

**Optimizando
al Extremo**
Mi **Build de**
Juegos de Rol
de Mesa en
Otro Mundo

Predica la Buena Palabra
del Sr. Henderson



Autor

Schuld

Ilustrador

Lansane



Optimizando al Extremo Mi Build de Juegos de Rol de Mesa en Otro Mundo

Predica la Buena Palabra
del Sr. Henderson

Escala Henderson

Una escala de medida para evaluar el descarrilamiento de la trama.

Tiene su origen en Old Man Henderson, un personaje del Oeste que milagrosamente cerró su campaña con un lazo ante un GM sediento de sangre.



«Así que *no* dudes en confiar en mí...»



«!!! Erish, eres un maliito!!!»



«No seas rudo, ¿quieres?»

El comentario laudatorio procedía de la ogra que me había metido en esto. El vendedor de espadas permaneció sentado en su silla, mirando de mí al casco y viceversa con la boca abierta.

«¡Espléndido!»

Elisa

Erich





¿De qué sirve tener una segunda
oportunidad si ni siquiera hago
lo que hay que hacer?

«Ahora llega
la hora de los
dados.»

La Escala Henderson

- 9: Todo es como debería ser y todos disfrutan de un final feliz para acabar con todos los finales felices.
- 1: Se mata al dragón, se salva a la princesa y los aventureros brindan en la taberna.
- 0: Para bien o para mal, las cosas van según los planes del GM y los jugadores.
- 0.5: Una tangente afecta a la historia principal.
Por ejemplo, un PNJ recurrente que está destinado a tener un papel menor muere, o uno de los jugadores le da un extraño rasgo de personaje.
- 0.75: Un argumento secundario ocupa el lugar de la trama principal.
Por ejemplo, el grupo se enfada durante una conversación común con el PNJ y decide actuar. Dejan atrás a un PJ para cumplir el destino de este PNJ aleatorio.
- 1.0: Algún error fatal impide que el verdadero final llegue a realizarse.
Por ejemplo: "Yo dije: «El señor de la mansión podría ser un vampiro. Deberían proceder con cautela». ¿Alguien me oyó decir que prendieran fuego a la mansión? ¿No?"
- 1.25: El GM condena a sus jugadores pero intenta averiguar cómo continuar en su próxima sesión.
Por ejemplo: "¿De verdad? En esta situación, ¿aún van a irrumpir en la mansión todo por un consejo que les di de pasada?"
- 1.5: La partida se borra intencionadamente.
Por ejemplo: "De acuerdo, mira. Admito que es una pena que tu personaje sea ahora un fugitivo de por vida. Pero eso no te excusa de traicionar al grupo matando a tu propio sacerdote nada más empezar el combate."
- 1.75: Los jugadores cometen un genocidio o se mueven para poner el escenario de rodillas. El GM cierra la pantalla en silencio.
Por ejemplo: "No, no tengo ningún problema con el hecho de que hayan seguido luchando, o que todos hayan huido en diferentes direcciones para refugiarse en territorio bárbaro. Lo que pregunto es por qué empezaron a cazar caballeros. ¿Puede alguien decirme por qué era necesario?"
- 2.0: La historia principal se rompe irremediamente. La campaña termina.
Por ejemplo, el GM recoge sus cosas sin decir nada.
- Sobre**
2.0: El reino de los dioses. A pesar de haber experimentado todo desde 0.5 hasta 1.75, los jugadores continúan por cualquier razón... y de alguna manera hacen progresar la historia. Después de una cantidad de tiempo desconocida, los personajes encuentran algún nuevo objetivo y lo completan obedientemente.
Por ejemplo: "Y así, por alguna razón, su reinado de terror en las tierras baldías les ha ganado la gloria eterna como los más grandes bárbaros que jamás hayan existido... ¿Qué? ¿Quieren que les conceda experiencia por eso? ¿Me tomas el pelo?"

Contenidos

Prefacio

Verano del quinto año

Verano del sexto año

Invierno del séptimo año

Primavera del séptimo año

Otoño del octavo año

Verano del octavo año

Verano del noveno año

Verano del undécimo año

Otoño del duodécimo año

Escala Henderson 0.1

Invierno del duodécimo año

Primavera del duodécimo año

Un Henderson Completo 0.1





**Optimizando
al Extremo
Mi Build de
Juegos de Rol
de Mesa en
Otro Mundo**

**Predica la Buena Palabra
del Sr. Henderson**

Autor

Schuld

Ilustrador

Lansane

Munchkin

1: Un jugador infantil que hace berrinches para intentar obtener todas las ventajas posibles para su PJ.

2: Un jugador que prefiere disfrutar del acto de construir un personaje fuerte en lugar de desarrollar su lugar en el mundo. Estos jugadores respetan incondicionalmente las reglas en su búsqueda de la invencibilidad. También conocido como munchkin japonés.

Prefacio

Juego de rol de mesa (o, como se conoce por sus siglas en inglés: TRPG).

Versión analógica del formato RPG que utiliza un libro de reglas y dados.

Una forma de arte escénico en el que el Maestro del Juego y los jugadores esculpen los detalles de una historia a partir de un esquema inicial.

Los PJ (Personajes Jugadores) nacen de los detalles de sus hojas de personaje. Cada jugador vive a través de su personaje mientras supera las pruebas del Maestro del Juego para llegar al final.

En la actualidad, existen innumerables tipos de *TRPG*, que abarcan géneros como la fantasía, la ciencia ficción, el terror, el chuanqi moderno¹, los shooters, el postapocalíptico e incluso ambientaciones de nicho como las basadas en *idols* o sirvientas.

Cuando me di cuenta de que el primer pensamiento que acudió a mi incipiente ego cuestionaba mi propia cordura, empecé a preguntarme si había contraído algún tipo de deuda kármica.

Me llamo Erich. No tengo apellido, ya que nací el cuarto hijo de una familia de granjeros independientes en las afueras del Imperio Trialista de Rhine. A los simples campesinos no se les permite tener apellidos, así que lo mejor que pude hacer fue identificarme como Erich del cantón de Konigstuhl. En otros lugares, bastaría con presentarme como el último hijo de Johannes.

Mi madre tenía las manos ocupadas atendiendo a la recién nacida que había traído al mundo durante el invierno. Por ello, en la

¹ Una forma de ficción china.

primavera de mi quinto año me vi abandonado a mi suerte, y mi psique empezó a retorcerse de una manera peculiar. No estoy seguro de si debo atribuirlo únicamente a una vida pasada, pero la causa subyacente era cierta: otro yo habitaba en mí, totalmente separado de mis experiencias personales.

Para bien o para mal, el típico niño de cinco años es un animal inocente y estúpido. Se sorbe los mocos y juega con la vida de criaturas menores mientras retoza en el barro. Esto debería ser aún más común en un pueblo rural, donde todo atisbo de comodidad se sustituye por naturaleza hasta donde alcanza la vista.

Sin embargo, me sentí curiosamente iluminado, dotado de perspicacia tan pronto como mi deshilachada razón tomó conciencia de sí misma. Y esta percepción vino acompañada de experiencias totalmente ajenas a mí y, al mismo tiempo, inconfundiblemente mías. Estas experiencias formaban recuerdos, recuerdos de un hombre llamado Fukemachi Saku.

No encontré mejor manera de describir estos recuerdos que etiquetarlos como una vida pasada. Mis experiencias anteriores detallaban la anodina historia de un soltero treintañero. Había nacido en un hogar normal y había sido bendecido con una felicidad igualmente normal, hasta que había llegado a un final abrupto y desafortunado debido a un caso precoz de cáncer.

Me había convertido en directivo de una empresa comercial en la que trabajaba y disfrutaba de todo corazón de mis aficiones en mi tiempo libre. Pensaba que había sido una vida libre de remordimientos. Aunque mi soltería me había impedido dar nietos a mis padres, afortunadamente mi hermana mayor sí los tuvo, así que no tuve que cargar con un horrible remordimiento por ello.

La cuestión era por qué ahora estaba vivo en una tierra desconocida, percibiéndome como un niño de cinco años. Me vino a la mente un único recuerdo: mi cáncer de inicio precoz se había desarrollado rápidamente y yo había abandonado enseguida las esperanzas de tratamiento. En el ala de cuidados terminales, me había perdido con frecuencia en profundos pensamientos mientras meditaba para calmar mi alma. Al sentarme en la posición del loto y

sumergirme en las profundidades de mi mente, podía sentir cómo el miedo creciente se disipaba de mi cuerpo enfermo y chirriante.

En medio de mi meditación, me encontré con Buda.

Para ser franco, yo mismo sólo podía imaginar que se trataba de alguna forma de alucinación, pero sencillamente no había otra manera de describir lo que había ocurrido. Después de todo, en mi encuentro casual con este hombre sentado sobre una flor de loto, él mismo afirmaba ser un *Bodhisattva*² en formación en el camino de convertirse en un futuro Buda.

Según este futuro Buda (*si se estaba entrenando para ser un Bodhisattva, ¿eso lo convertía en Maitreya*³?), entre toda la existencia había muchos mundos que en última instancia estaban destinados al colapso. Los dioses que supervisaban estos mundos acudían a él en busca de ayuda. En lugar de intervenir directamente, el sabio optaba por arrojar almas que acabaran resolviendo los problemas que se les asignaban o, de lo contrario, los evitaban.

En cualquier caso, su entrenamiento consistía en gestionar y mantener toda la existencia hasta salvar todas las vidas y convertirse en un *Bodhisattva*.

Entonces pensé que, en lugar de invocar a una persona corriente en su lecho de muerte, lo mejor sería utilizar algún tipo de poder divino para resolver estos problemas, pero al parecer había factores que se lo impedían, principalmente que la excesiva intervención de los dioses a menudo llevaba a los mortales a volverse ociosos y a decaer como seres. En consecuencia, los dioses se ocupaban de los asuntos dando un empujón indirecto para que la fuerza correctora fundamental procediera de los propios habitantes del mundo.

Es más, me dijo que a los profetas que sentaron las bases morales de los mitos religiosos se les hicieron ofertas similares a la que yo

² Bodhisattva es un término propio del budismo que alude a alguien embarcado en el camino del Buda de manera significativa, es decir, cualquier persona que está en el camino hacia la budeidad.

³ Un ser iluminado que ha alcanzado la iluminación, pero elige permanecer en el ciclo de nacimiento y muerte para ayudar a los seres sintientes a alcanzar la liberación.

estaba recibiendo ahora. Como resultado, se convirtieron en hijos de Dios, iluminados y similares.

Era toda una gran historia. Para un hombre humilde, cuya mayor forma de lujo era comprar un nuevo libro de reglas o suplemento, este elevado discurso resultaba totalmente incomprensible. Tenía mis dudas sobre su método de selección. Había almas más virtuosas por ahí, personas de carácter sobresaliente, rebosantes de intenciones filantrópicas. ¿Por qué no elegir a un santo o a alguien que ya hubiera alcanzado la iluminación?

Y, sin embargo, su voluntad evidentemente no flaqueó, ya que ahora yo estaba aquí relatando solemnemente lo que había sucedido... como Erich, cuarto hijo de un granjero del cantón de Königstuhl.

A pesar de su gran discurso, no me había dado ninguna misión concreta. No me había dado ninguna enseñanza que difundir, ni una profecía que exhortar. Todo lo que había predicado era el conocido evangelio de cierta deidad que había encontrado a lo largo de mis muchas aventuras en mi vida anterior: «*Haz lo que quieras*»⁴.

Un dios del mal, ¿verdad?

Bromas aparte, estaba seguro de que la voluntad de los dioses preveía alguna estrategia profunda, compleja e indescifrable para mí. No me cabía la menor duda de que existía un plan para que yo pudiera hacer lo que quisiera y que, de algún modo, funcionaría a favor de lo divino... para bien o para mal. Mi presencia aquí probablemente tenía un significado en sí mismo, en cuyo caso, no tenía nada más que hacer que vivir.

Con mi propósito establecido, tenía una única prueba que bastaba para demostrar la existencia de tales dioses. Al final de

⁴ La frase “Do what thou wilt” (“Haz lo que quieras”) es un lema y principio central de la filosofía y religión conocida como Thelema, fundada a principios del siglo XX por el escritor y ocultista británico Aleister Crowley. La frase proviene de la obra de Crowley titulada “The Book of the Law” (El Libro de la Ley), que él afirmaba que le había sido dictada por un ser divino llamado Aiwass en 1904. La frase “Do what thou wilt” se presenta como una afirmación de la libertad y la autonomía individual, y sugiere que cada persona debe buscar su propósito único en la vida y seguir su verdadera voluntad en lugar de obedecer a las convenciones sociales o religiosas impuestas por otros.

nuestro encuentro, el venerable ser me ofreció una bendición junto con su evangelio: el poder de moldearme como quisiera.

Aunque en aquel momento no lo había entendido, ahora que mi sentido del yo estaba firmemente anclado en este mundo, por fin lo sabía. Podía *desarrollar mis habilidades* «como quisiera». Levanté la vista y me concentré para ver un documento de diseño que describía todos los detalles que me conformaban. Lo que podía hacer, lo que se me daba bien y lo que podía hacer realidad estaban claramente enumerados. Además, podía manipularlos a mi antojo.

Cada elemento influía en otro y, a su vez, recibía la influencia de otros para crear la compleja red de sistemas que ofrecían los juegos que tanto me habían gustado en mi vida anterior. El tiempo que había pasado garabateando personajes y explorando otros mundos en la forma más hermosa de entretenimiento conocida por el hombre se desplegaba ante mis ojos.

Me enamoré al instante del sistema, sencillo pero cautivador. Un cilindro que se extendía representaba mi crecimiento físico, con otros cilindros a su alrededor, cada uno de los cuales encarnaba un trabajo, una habilidad o un rasgo que servía para construir un avatar.

Cuando por fin mi mente reconoció lo que mis ojos me mostraban, pensé: *Esto es un juego de rol de mesa*. La interfaz era más parecida a la de un juego de consola, pero la estructura subyacente era la viva imagen del contenido de los gruesos y caros libros de reglas con los que a menudo me había deleitado. Era igual que las hojas de personaje en las que había trazado la historia de muchos personajes. Recordaba con cariño los trozos de papel que había utilizado para representar una historia con mis amigos mientras jugábamos a través de nuestras campañas analógicas.

¡Oh, qué alegría! pensé. Al fin y al cabo, eso significaba que ahora tenía ante mí un número infinito de posibilidades.

Por lo general, todas las criaturas ganan experiencia en relación con las acciones que realizan. Si realizabas tareas cotidianas como arrancar malas hierbas, te volvías más hábil escardando. Si blandías una espada, acumulabas experiencia con ella. Esto era evidente: no

podías descubrir los secretos de la espada por muchas malas hierbas que arrancarás.

Pero yo sí podía. Al acumular todos mis puntos de experiencia, podía gastarlos en lo que quisiera, igual que un aventurero de un juego de rol podía abrirse camino hasta la sabiduría. Si me lo proponía, podía dominar el arte de la esgrima simplemente escardando el césped.

¿Cómo podría llamar a esto si no *diversión*? El sistema estaba diseñado igual que un *TRPG*: siempre que ahorrara experiencia en mis aventuras, podría conseguir habilidades completamente independientes de las hazañas que las alimentaban, igual que en mi amado pasatiempo.

Con unas condiciones tan increíblemente perfectas, no era ningún misterio que mi ego despierto no pudiera evitar dudar de su propia cordura. Este mundo era como una agradable fantasía que podría ver en la cama antes de dejarme llevar al país de los sueños.

Sin embargo, a diferencia de un sueño, yo existía de verdad y mi poder funcionaba *tal y como yo esperaba*. La única prueba que necesitaba para confirmarlo era el simple ídolo de madera que tenía en las manos.

Odio admitirlo, pero había sido torpe en mi vida pasada. Seguir las instrucciones originales era lo máximo a lo que había llegado con los modelos de plástico, e incluso entonces resultaban un desastre, ya que a menudo los rompía al utilizar las piezas equivocadas.

¡Pero mírame ahora! Al poner puntos de experiencia en Destreza, había desbloqueado la habilidad Tallar madera. Tras adquirir el primer nivel, Principiante, era capaz de tallar una figura con solo un cuchillo y un trozo de madera.

Soy Erich, del cantón de Konigstuhl, el chico que hace lo que quiere.

[Consejos] Los puntos de experiencia sirven para mejorar las estadísticas básicas, los rasgos y las habilidades.

Verano del quinto año

Dados

Una herramienta íntimamente familiar a la historia de la humanidad, utilizada en cuestiones de juego desde los albores de los tiempos.

Los *TRPG* ofrecen una experiencia de juego de rol en forma analógica, por lo que los dados son esenciales para añadir un elemento de aleatoriedad al asunto.

El tipo más común tiene seis caras, pero los *TRPG* suelen utilizar dados de ocho, diez, doce o veinte caras. A veces se utilizan dados de cien caras, que son esferas que ruedan eternamente. Otras veces, pirámides de cuatro caras pueden caer al suelo y causar una dolorosa catástrofe más adelante.

Una notación habitual para las tiradas de dados es «xDy», donde D representa dados, el primer número el número de dados y el segundo el tipo de dados. Así, 2D6 equivale a tirar dos dados que tienen seis caras cada uno.

Entre las naciones del extremo occidental del Continente Central, el Imperio Trialista de Rhine era una monarquía bien establecida con vastas posesiones que se extendían hacia el centro del continente. La abundante tierra estaba gobernada por tres casas imperiales, de entre las cuales siete casas electoras elegían a un emperador. Este proceso político había demostrado su estabilidad, ya que el gran país aún no había flaqueado en sus quinientos años de historia.

La parte sur de Rhine era conocida por su historia de diversidad racial y albergaba un distrito administrativo llamado Heidelberg. Debido a su clima más fresco, el sur era conocido sobre todo por el

cultivo de uvas destinadas a la producción de vino. Su próspera industria olivarera también era una de las mayores fuentes de aceite vegetal del Imperio, por lo que era muy valorada.

La parte occidental de esta vital —aunque humilde— región estaba defendida por las tropas acuarteladas en la fortaleza de Konigstuhl. Y en uno de los varios condados que caían bajo su protección, un matrimonio igualmente corriente se devanaba los sesos en una deliberación.

El hombre se llamaba Johannes y la mujer Hanna. Los dos mensch —un tipo de humano que se encuentra por todo el Imperio— eran agricultores independientes que habían echado su suerte con la Diosa de la Cosecha. Trabajaban campos de cereales llenos de centeno y tenían un único olivar. Se podían encontrar cientos, si no miles, de familias medianamente prósperas como ellos dentro de las fronteras de Rhine.

La fuente de los problemas de la pareja era su cuarto hijo, Erich, que iba a cumplir seis años en otoño. Sin embargo, no es que fuera un inadaptado incontrolable o falta de ingenio. De hecho, era un niño maravilloso del que estaban muy orgullosos. Escuchaba obedientemente sus órdenes, se abstenía de las payasadas a las que son propensos los niños pequeños e incluso intentaba honestamente cantar los himnos durante el culto del sábado. No se avergonzaban de llamarle hijo. La pareja no se preocupaba por sus deficiencias, más bien, era demasiado bueno.

La pareja tenía cuatro hijos y una hija. Su hijo mayor había cumplido ocho años este año, y los gemelos que habían seguido poco después al mayor tenían siete. Habían esperado algún tiempo para dar a luz a Erich, su cuarto hijo, y por eso tenía cinco años. Esta era la raíz de sus preocupaciones: ¿a quién iban a enviar a la escuela privada del magistrado?

En el país imperaba un nivel de vida relativamente alto entre la clase plebeya, lo que significaba que se fomentaba la alfabetización incluso entre los campesinos. Para un campesino independiente que deseaba ganarse las gracias del magistrado o señor local, aprender la lengua palaciega (un derivado de la lengua imperial que empleaba

una pronunciación con más clase, un fraseo peculiar y cierta gramática irregular) era una obligación. Además, se esperaba que se hubiera incursionado en la poesía y que se supiera tocar algún que otro instrumento.

En consecuencia, era típico que las familias campesinas pagaran una elevada matrícula para que su primogénito pudiera asistir a la escuela de magistrados de su localidad. Era habitual ver a los agricultores más pobres forzar sus escasas finanzas con la esperanza de asegurar un futuro a sus hijos. En cambio, los que disponían de márgenes holgados llegaban a educar a su segundo hijo para tener un heredero de reserva o fundar una familia filial. Era natural que Johannes y Hanna pensaran enviar a su propio hijo a la escuela.

La cuestión era... *¿qué hijo?*

Johannes había conseguido recientemente el permiso del magistrado para ampliar sus tierras de cultivo y, como preparación, había hecho la gran compra de un caballo de tiro. Sus ahorros eran escasos; para mantener un fondo de emergencia, lo mejor era elegir sólo a uno de sus hijos.

Normalmente, podría enviar a su hijo mayor sin rechistar. El patriarcado prevalecía entre los mensch de corta vida y, más concretamente, la primogenitura era un principio fundamental del derecho imperial. Sin embargo, el talento cegador de Erich proyectaba una gran sombra sobre su hermano mayor.

Johannes sabía que, por lo general, era de esperar una gran disparidad en las capacidades de niños con tres años de diferencia. Era algo perfectamente lógico, ya que el cuerpo del mayor estaba más desarrollado y su mente más llena de experiencia. Pero la disparidad invertida entre su primer hijo, Heinz, y el cuarto, Erich, no era algo que pudiera ignorar.

Mientras que Heinz recitaba a tientas himnos destinados a ensalzar lo divino y apenas podía recitar oraciones de memoria, Erich recitaba las palabras a la perfección a pesar de su ceceo infantil. No sólo eso, sino que Erich incluso había memorizado salmos difíciles

lentos de lenguaje arcaico, ganándose el favor del obispo de su iglesia.

Además, mientras que Heinz se ensangrentaba las manos con sólo pelar verduras, Erich utilizaba los dedos con una gracia inusitada. Cuando la pareja accedió a sus súplicas de una navaja, Erich talló un ídolo de madera de su diosa antes de que acabara el día. El mes pasado, había reproducido un set de piezas de un juego de mesa entero sin instrucciones.

Además de todo esto, Erich *también* estaba más dotado mentalmente. Cuando se le pedía que realizara una serie de tareas, reconocía al instante la forma más eficaz de agruparlas. Si había alguna que requiriera toda su atención, la realizaba con esmero y sin perder un instante. En cambio, Heinz era perezoso y su trabajo era a menudo chapucero. Cuando le habían mandado dar forraje al caballo, había acabado empapando de agua el comedero.

No cabía duda de quién estaba mejor preparado para aprender. Aun así, aunque no era absoluta, la primogenitura era un principio omnipresente en la tierra. Dar prioridad no ya al segundo, sino al *cuarto* hijo, tendría graves implicaciones sociales.

Además, Heinz estaba muy interesado en ir a la escuela. Como padres, la pareja tenía que pensar en cómo se sentirían sus tres hijos mayores si su hermano menor les adelantara. Y así, los prudentes Johannes y Hanna se pasaron otro día reflexionando mientras se acercaba la fecha límite para presentar la solicitud.

[Los Mensch son una raza humana que se encuentra en todos los continentes. Debido al gran desequilibrio entre los que tienen talento y los que no, a veces se les llama la «raza de los sabios tontos» o la «raza de la lotería», pero ninguna puede superarlos en cuanto a crueldad.]

Rellenar tus estadísticas es muy, muy importante. Después de todo, las bonificaciones hablan más que los dados la mayoría de las veces.

Yo era un devoto creyente de lo que llamaban «valores fijos». Bueno, con la suerte que tenía, tenía que serlo. Siempre que había estado en el lado del jugador, sacaba una media de *cinco* en una tirada estándar de 2D6 y a menudo había sido bendecido con la friolera de 250 puntos de experiencia como consuelo por una sola sesión de tiradas de dados chapuceras. Pero si me convertía en el Maestro del Juego, mi media se disparaba a un asombroso *nueve*. Ni siquiera recordaba cuántas veces había matado a mis jugadores con golpes críticos inesperados.

Teniendo en cuenta mi historial, me pareció justo centrarme en la capacidad de eliminar cualquier atisbo de variación al planear mi *build* ideal⁵. Dado que el concepto de media matemática no se aplicaba a mí, siempre me habían parecido especialmente tranquilizadoras cosas como el poder divino de la bonificación de precisión +1 de una maza.

También había escuelas de *powergaming*⁶ que se basaban en el uso de un puñado abrumador de dados para eliminar cualquier variabilidad, pero incluso entonces, el uso de valores críticos fijos era el medio más robusto de masacre. *Supongo que tendré que evitar por completo la suerte. Qué pena más absoluta.*

En consecuencia, decidí no probar nada extraño y me esmeré en nivelar mis estadísticas básicas en cuanto mi ego tomó forma.

Había diez estadísticas físicas que podía manipular: Fuerza, Resistencia, Inmunidad, Aguante, Agilidad, Destreza, Inteligencia, Memoria, Capacidad de maná y Producción de maná. Al parecer, el

⁵ En el ámbito de los juegos, una “build” se refiere a una estrategia específica de configuración de habilidades, características y equipamiento de un personaje o jugador en el juego. La construcción de la build puede ser realizada por el propio jugador o puede ser sugerida por la comunidad de jugadores como la forma óptima de jugar.

⁶ El “powergaming” es una práctica en los juegos que consiste en buscar la forma más efectiva de obtener el máximo poder, habilidades o beneficios en el juego, sin necesariamente enfocarse en la historia o el desarrollo del personaje. El objetivo principal del powergaming es maximizar la eficacia de un personaje o jugador en el juego, a menudo en detrimento de la diversión o el disfrute del juego.

sistema giraba en torno a estos diez atributos que se entrelazaban mediante complejas ecuaciones para calcular un resultado final, aunque aún no estaba seguro de lo que significaban las dos estadísticas de fantasía del final.

Debido en parte a mi torpeza en el pasado, había prestado mucha atención a la destreza. Ya tenía cierta confianza en mi memoria, pero también puse puntos en mejorarla aún más. La ventaja de tener manos diestras no necesita explicación, y ser capaz de recordar más cosas nunca es malo.

Me había costado un poco asimilar lo que significaba «inteligencia», pero en esencia se reducía a velocidad de pensamiento y racionalidad. La idea de jugar con esta estadística me aterrorizaba un poco, pero después de probarla con un puñado de puntos de experiencia y confirmar que no tenía efectos adversos en mi conciencia, empecé a mejorarla sin dudar.

Siendo un no tan inocente niño de cinco años con una edad mental que rondaba la treintena, me había convertido en una especie de niño prodigio. Cualquiera en la treintena podía hacer el papel de niño prodigio, pero ahora que me había potenciado aún más, era todo un espectáculo para la vista. A pesar de haber vivido una infancia normal en mi vida anterior, ahora era conocido como el genio del barrio. Pero, para que quede claro, no me comportaba así para inflar mi propio orgullo sin sentido.

Ahora bien, me considero un adicto a los datos y un creyente en valores fijos, pero diría que mi característica más notable es que idealizo las *builds* terminadas. Aunque no ignoro del todo lo rápido que avanza mi personaje, mi máxima prioridad es siempre el ideal de un producto acabado.

Muchos juegos de rol permiten a los jugadores seguir acumulando puntos de experiencia sin parar, pero siempre hay una forma final que alcanzar. Puede ser el momento en el que alcanzas el Nivel 15 o una *build* que se dispara después de 200 XP, pero independientemente de eso, creo que hay belleza en llegar a un punto final claro.

Es un momento magnífico cuando tu daño es tan completo que entras en combate e instantáneamente infliges cientos de puntos que no se pueden defender, mitigar o bloquear, o cuando tu defensa puede absorber decenas de puntos de daño de cualquier ataque que se te ponga por delante. La belleza de estos personajes completados, combinada con un Maestro del Juego a un paso de gritar «¿¡Pero chicos, acaso no pueden contenerse un *poco!*?» es nada menos que la cima del arte.

Por eso pensé que era el momento de centrarme en los fundamentos. Quería dedicar mi crecimiento a cualquier forma final que persiguiera en el futuro, tanto con respecto a mis estadísticas como a mi posición social.

La capacidad de cada una de mis estadísticas físicas estaba encapsulada por niveles que se calculaban con respecto a la media de mi raza. Y, según las notas de mi página de estadísticas, cuando mi capacidad alcanzaba el límite inferior de un nuevo nivel, la evaluación en mi pantalla cambiaba.

En general, las entradas físicas oscilaban entre I: Endeble, II: Tembloroso, III: Débil, y sólo en la Escala IV alguien se convertía en Promedio. Después venía V: Bueno, VI: Soberbio, VII: Excelente y, por último, VIII: Ideal, pero por encima estaba el límite superior, la Escala IX, Favor Divino. La formulación del último nivel implicaba que era un nivel reservado sólo para aquellos que eran literalmente amados por los dioses.

Alcanzarlo requeriría una cantidad impía de puntos de experiencia. Mi primer objetivo iba a ser aumentar todos mis atributos a V: Bueno. El camino hacia mi objetivo provisional era largo y las cifras mareaban. Pero estaba acostumbrado a que se burlaran de mí por ser un maniático de los datos: Era un bicho raro que mataría a un dios si tuviera datos que respaldaran mis esfuerzos. Olfatear habilidades interesantes de las que abusar no era más que parte de mi rutina.

Mientras miraba intensamente el árbol de habilidades cilíndrico, encontré una característica en la categoría básica llamada Prodigio Infantil. Su efecto era sencillo: mientras fuera un niño, me resultaba

más fácil ganar experiencia. Esta habilidad de tiempo limitado estaba destinada a agotarse con el tiempo, pero yo intuía que aumentaría significativamente el total de experiencia que ganaría a lo largo de mi vida, así que invertí mis puntos en ella de inmediato.

Ni que decir tiene que se trataba de un rasgo poco común, y me llevó varias semanas de tallar madera y tareas cotidianas ahorrar lo suficiente para hacerme con él. Pero los resultados fueron exactamente como esperaba.

Después de medio año, mi habilidad para tallar madera había pasado de I: Principiante, pasando por II: Novato, hasta llegar a III: Aprendiz, con IV: Artesano a pocos pasos. Por encima estaban V: Adepto, VI: Experto, VII: Virtuoso y VIII: Maestro. Lo único que había más allá era IX: Divino, por lo que probablemente me acercaba al nivel de habilidad medio de un artesano del sector.

Prodigio Infantil fue el factor clave de mi explosivo ritmo de crecimiento. Echando la vista atrás a mis anteriores índices de experiencia, probablemente apenas habría llegado a III: Aprendiz sin la habilidad.

Al ver cómo el nivel de competencia necesario para alcanzar el siguiente rango aumentaba exponencialmente (las cifras reales eran francamente repugnantes) junto con los rangos de mis estadísticas y habilidades, comprendí por qué un rasgo como <Prodigio Infantil> debía encontrarse en los niños con talento e incluso en algunas personas normales.

En cualquier caso, como ya he mencionado, uno de mis objetivos era utilizar Prodigio Infantil para ganar puntos de forma eficiente y utilizarlos para aumentar todas mis estadísticas y situarme por encima de la media. Además, quería conseguir una fuerza claramente definida. Me encantaría llegar al menos a Escala IX, como IX: Favor divino o IX: Divino, pero... bueno, eso podría ser un objetivo a alcanzar por ahora.

Lo que pasa es que los dígitos me parecían raros. El salto de VIII: Ideal y VIII: Maestro a IX: Favor Divino y IX: Divino era de *dos dígitos* de puntos de experiencia. Si tuviera que ahorrar

suficientes puntos para saltar de I: Débil a V: Bueno de una sola vez, *seguiría* sin estar ni cerca de la cantidad necesaria para una habilidad en la Escala IX. Todo esto me recordaba a la rutina masoquista de los juegos para móviles, especialmente su contenido final.

Por el momento, opté por reflexionar sin perder de vista mi ritmo de entrada de experiencia. Aún no sabía lo suficiente sobre el mundo como para decidir qué tipo de estrategia quería seguir. No me haría ninguna gracia apostar por un camino que fuera el equivalente a la basura industrial de este mundo.

Garantizar una fuente eficaz de experiencia era un hecho. Mi siguiente prioridad era ganarme la confianza de la gente que me rodeaba. No había ningún esquema complejo detrás: cuando al final encontrara algo que quisiera hacer, lo mejor sería que todos creyeran en mi capacidad y me ayudaran. Así fue con mis padres, el obispo de la iglesia y...

—Erich, ¿qué estás haciendo?

...Hasta mis hermanos.

—Oh, Heinz, —dije a modo de saludo. Estaba sentado en una pila de leña junto al granero cuando mi hermano mayor me llamó.

Era un muchacho corpulento que tenía el mismo pelo castaño y rasgos toscos que nuestro padre. Últimamente, la gente lo comparaba conmigo fuera donde fuera, así que estaba de muy mal humor. Yo era el menor en mi vida pasada y el menor de mis hermanos en la actual, así que no podía entender del todo sus sentimientos, pero aun así simpatizaba con él.

Los padres constituyen la mayor parte del mundo de todo niño. Ver a esos mismos padres alabar a tu hermano pequeño por encima de ti cuando ni siquiera era un niño pequeño que necesitara atención constante sería, como mínimo, poco divertido. Estos niños suelen volverse desobedientes en busca de atención y entran en una espiral descendente en la que sus travesuras no hacen sino empeorar aún más la opinión que sus padres tienen de ellos.

Para mí era evidente el doloroso futuro que le esperaba. Pero yo quería a mi hermano (mentalmente más joven), así que con los pensamientos marchitos de un hombre de treinta y tantos, me propuse crear armonía entre nosotros.

—Estaba haciendo esto, —le dije.

—¡Vaya!

Le ofrecí a mi hermano una espada de madera de tamaño infantil hecha con leña y astillas. Con mi navaja de bolsillo y la lima para cascos de nuestro caballo, había creado una espada larga que un héroe vestido de verde podría blandir en sus aventuras, y que seguro que le haría cosquillas en el corazón a un niño pequeño. La punta de la espada era casi caricaturescamente larga, pero el niño de cinco años que yo llevaba dentro gritaba lo increíble que era, así que pensé que estaría bien.

—¡Puedes quedártela, Heinz!

—¿Qué?!

Por su expresión en cuanto vio la espada de madera, me di cuenta de que mi hermano había empezado a maquinarse algo terrible, pero sonreí mientras se la entregaba. Para empezar, no la había tallado para mí; el otro día había visto a Heinz mirando con envidia cómo otro niño blandía una espada de juguete que le habían regalado sus padres.

—¿E-En serio? —preguntó.

—¡Sí, quería devolverte el favor! —le expliqué.

Cuando ladeó la cabeza, confundido, empecé a enumerar todo lo que se me había ocurrido que había hecho por mí. Por ejemplo, a mí no me gustaban los tomates (curiosamente, ya estaban muy extendidos como producto alimenticio en este mundo) que se había comido por mí. En otra ocasión, me había descuidado para aumentar mis niveles de fuerza y él me había ayudado cuando me costaba sacar agua del pozo (aunque creo que sólo quería presumir). Era fácil encontrar cosas por las que estar agradecido cuando vivíamos juntos.

—¡Gracias, Heinz!

Ante mi sonrisa y mi gratitud, mi hermano se quedó sin palabras, pero acabó devolviéndome una sonrisa tímida. Estaba seguro de que su corazón era un remolino de emociones. Probablemente se arrepentía de sus celos infantiles y de haber pensado en actuar con violencia. En cuanto a mí, lo único que podía esperar era que se estuvieran sembrando las semillas de la amistad.

—¿Qué tal?! ¿Me veo genial!? —preguntó, adoptando una pose vagamente parecida a la de un espadachín.

—¡Sí, supergenial! —le contesté. Verle tan contento con lo que le había hecho era la felicidad más dulce que podía pedir. Dejando a un lado mi vida pasada, Heinz era mi familia. ¿Cómo podía sentir otra cosa que no fuera felicidad al verle disfrutar?

Al fin y al cabo, los únicos que podían juzgarle eran los que nunca habían sido niños.

[Consejos] <Prodigio Infantil> es una de las muchas habilidades de tiempo limitado. Existe una contraparte de nivel inferior llamada <Aprendizaje Acelerado>. <Talento Temprano> y <Joven Genio> ofrecen efectos durante la infancia y la edad adulta temprana, respectivamente. Otro es <Juventud Explosiva>, que ayuda a preservar la belleza adolescente.

La dirección es indispensable cuando se trata de pensar en cualquier cosa.

El lateral del granero se había convertido en mi guarida. Me senté allí en un pedestal colocado entre pilas de leña, perdido en mis pensamientos. La proyección tridimensional de cilindros entremezclados que yo llamaba menú de estadísticas era enorme. Había leído innumerables libros de reglas de principio a fin, pero con tantas habilidades y rasgos entrelazados, aún no había sido capaz de comprenderlo todo.

Supongo que era natural. Esta tabla estaba repleta para que pudiera elegir entre todas las posibilidades que el mundo ofrecía. Por

suerte, disponía de cómodas funciones de clasificación y búsqueda, pero aun así necesitaría años de investigación para comprender todo el contenido.

Sólo la sección principal giraba en torno a Cuerpo, y la rodeaban Mente, Educación, Artes Marciales, Sentido y Sociabilidad. A su vez, cada una de ellas estaba rodeada por un sinfín de categorías laborales.

Si se tienen en cuenta los efectos y las explicaciones de cada habilidad, todo el sistema presentaba una complejidad ridícula y un número de palabras hercúleo que hacía imposible imaginarlo en términos de número de páginas. Intentar convertirlo en un número equivalente de suplementos me daba escalofríos sólo de pensar en el coste. No tenía más que gratitud para el futuro Buda que había lanzado todo esto gratuitamente.

Mi única queja era que mi corazoncito no podía evitar distraerse a cada momento. Por supuesto, reconocía que era un problema tonto, pero, aun así.

Rápidamente había encontrado unas cuantas combinaciones que me hicieron pensar: «*Esto está roto*». Me había puesto absurdamente nervioso sólo de imaginar cómo funcionarían en la práctica. Ningún jugador de *TRPG* sería capaz de contener su emoción cuando se enfrenta a un abanico cada vez mayor de posibilidades diversas que se pueden utilizar para hacer frente a situaciones reales y prácticas.

Sin embargo, las distracciones y la practicidad iban de la mano como puntos de preocupación. Si las habilidades y demás eran todas prácticas, eso conllevaba el riesgo de utilizar unos puntos aquí y otros allá cada vez que encontrara algo útil. En última instancia, eso daría paso a un futuro en el que acabaría siendo el proverbial Milusos, sin una pizca de maestría a mi nombre.

No me quejaba de la cómoda interfaz ni de sus funciones, pero, por desgracia, mi bendición no era precisamente complaciente. A diferencia de las hojas de personaje que había hecho con lápiz y papel o en una hoja de cálculo, no había forma de eliminar una habilidad o un rasgo, y quejarme no era una opción.

Había cometido muchos errores similares en mis inicios. Mi personaje parecía estar bien cuando lo creaba por primera vez, pero se quedaba corto debido a mi afición por adquirir con avidez todo tipo de habilidades. Recuerdo haber llorado por los daños que sufrí durante la batalla final de esas campañas. No podía permitirme acabar como un producto a medio terminar, aunque sólo fuera por honrar a aquellos personajes que seguían languideciendo en sus batallas en los confines de mi memoria.

Estaba seguro de que había Maestros del Juego compasivos por ahí (entre los que me consideraba uno) que amablemente permitirían a sus jugadores reconfigurarse si todo iba mal. Por desgracia, el Maestro de Juego a cargo de este mundo no era lo suficientemente blando como para saltarse las reglas.

Suponía que lo mismo ocurría en la realidad. Si cualquiera pudiera cambiar de vida, a nadie se le habría ocurrido dar un largo paseo por un acantilado. Para no acabar así yo mismo, necesitaba decidir una dirección.

¿En qué quería convertirme? ¿Qué quería conseguir? ¿Cuál era mi voluntad? Mi bendición me permitía convertirme en casi cualquier persona y hacer casi cualquier cosa, pero eso también significaba que podía acabar siendo un don nadie que no había logrado nada.

Tenía que ser prudente. Mi conocimiento de este mundo era prácticamente nulo. Lo único que sabía eran los nombres de mi cantón, *Regierungsbezirk*⁷ (me había sorprendido encontrar un distrito administrativo alemán en uso aquí), y el señor y el obispo locales. No sabía casi nada de gobierno ni de política, y lo mismo ocurría con temas como la geografía, el clima y la historia.

Tendría innumerables oportunidades entre las que elegir, pero era innegablemente demasiado pronto para decidir mi futuro. Si fijaba mis planes en piedra mientras ignoraba el mundo, no sería ninguna broma descubrir que el camino que había elegido era en realidad una herejía que haría que me expulsaran de la civilización. No quería

⁷ En cuatro estados federales alemanes, un *Regierungsbezirk* es una región de una autoridad estatal intermedia de recursos en el que se agrupan varias tareas departamentales de Alemania.

problemas del tipo «Tu campo de fuerza te impide pasar la noche con tus compañeros».

En ese caso, necesitaba dar prioridad a rasgos poderosos y eficientes, como el de Prodigio Infantil, al tiempo que aumentaba mis atributos básicos. Mi orientación provisional era estar preparado para el día en que descubriera lo que quería hacer.

En mi vida pasada, mi padre me había dicho a menudo: «No hay nada malo en estudiar». Su razonamiento había sido que un estudiante de medicina graduado en la Universidad de Tokio podía dar el paso y convertirse en autor, pero un adulto sin estudios fracasaría casi con toda seguridad en su intento de convertirse en médico. Eso significaba que era crucial que me preparara para mis futuros sueños mejorando en diversos campos.

Sinceramente, mi padre me había dado un consejo sagaz, si se me permite la expresión. Sería demasiado tarde para convertirme en espadachín de adulto si descuidaba entrenar mi cuerpo ahora.

Muy bien, me resumí, primero me centraré en equilibrar mi entrenamiento físico mientras desarrollo mi mente tanto intelectual como culturalmente. También recogeré cualquier rasgo digno de mención, y el resto de mis esfuerzos se dedicarán a recopilar datos. Cualquiera que fuera el plan, la montaña de habilidades y rasgos me dejaba rascándome la cabeza, y muchas de las condiciones previas eran auténticos misterios, por lo que necesitaba más información.

Aun así, hojear las habilidades y los rasgos me llenó de alegría. Había un sinfín de cosas interesantes que me llamaban la atención. Había habilidades vocacionales de todo tipo que parecían fuertes de forma directa. También encontré un rasgo que mejoraba mi observación para saber si un determinado artículo era auténtico o no. Cada vez que me topaba con un rasgo perenne como éste, mi sangre munchkin hervía⁸. La importancia del caballo de batalla y de las

⁸ “Tener sangre munchkin” se refiere a una mentalidad en los juegos de mesa y videojuegos que se centra en maximizar las reglas del juego para obtener la mayor ventaja posible en lugar de centrarse en la diversión o el desafío del juego en sí mismo. Los jugadores que “tienen sangre munchkin” a menudo se enfocan en la optimización de los personajes y en la búsqueda de los objetos y habilidades más poderosos en el juego.

habilidades que infligen daño en combate está bien establecida, pero las habilidades que enriquecen el viaje antes del clímax también son partes esenciales de la fortaleza de un personaje.

Sin embargo, en este punto me di cuenta de que existían algunas cosas a las que no podía echar mano. Por ejemplo, había algunos rasgos como la Sangre Azul que se basaban en la ascendencia, lo que obviamente no se podía cambiar. Según la explicación adjunta, el rasgo daba una compensación extra para dominar los modales nobles y una bonificación al negociar con alguien de estatus adecuado. Era un rasgo poderoso que me hacía la boca agua... pero, aunque podía fingir mi pedigrí, las verdaderas circunstancias de mi nacimiento eran permanentes, así que tenía sentido que no pudiera tenerlo.

También había algunos que se alejaban demasiado de mi propio personaje. Por ejemplo, desde la categoría Mente, podía ir a la subcategoría Auxiliar y luego a la subcategoría Fe para encontrar un rasgo de Santo bloqueado. Cosas como la vorarefilia⁹ en la categoría Vicio y todos los rasgos raciales alienígenas también estaban bloqueados.

Me resultó fácil entenderlo, ya que había demostrado que mis estadísticas y rasgos no afectaban directamente a mi sentido de identidad cuando mejoré mi Intelecto y mi Memoria. Estos rasgos eran títulos puramente externos que se distribuían al cumplir ciertas condiciones. Por supuesto, eso también significaba que un desengaño amoroso o un despertar espiritual podían llevarme a adquirir rasgos que, de otro modo, habrían permanecido ocultos.

Por último, no podía hacer grandes cambios retroactivos en mi cuerpo. La categoría central Cuerpo, que anclaba todas las demás a su alrededor, contenía los detalles más precisos sobre mi estatura proyectada, la estructura de mi esqueleto y cosas por el estilo. Supuse que mi ego se había manifestado a los cinco años porque era entonces cuando por fin había distribuido el mínimo de experiencia en este tipo de estadísticas. Probablemente se trataba de un mecanismo de

⁹ Parafilia caracterizada por un deseo y práctica sexual que consiste en el anhelo erótico por comer o ser comido por otra persona o animal.

seguridad para evitar que desperdiciara experiencia en un estado de despiste y muriera por ello.

Lo único que podía manipular eran los valores proyectados, cosas como «Serás así de alto» o «La grasa de tu cuerpo se distribuirá así». Lo único que conseguía era consolidar las proporciones de mi *futuro* cuerpo. No era como si experimentara un cambio físico en cuanto acumulaba puntos de experiencia.

Esto también era fácil de entender. Imagina que vaciara mi cerebro y dijera: «¡Vaya! Quiero ser alto y musculoso». Podría gastar todos los puntos ganados en tareas varias relacionadas con mi estatura y estructura ósea, y si los resultados fueran instantáneos, montaría una escena enorme. Todo el cantón se sumiría en el caos mientras la gente se preguntaba quién era yo.

Las restricciones eran inevitables para las cualidades en las que necesitaba parecer natural, a diferencia de las estadísticas que mejoraban con el entrenamiento activo. Sentí que todas las facetas del sistema se habían pulido para crear una experiencia equilibrada. *Me pregunto quién estará a cargo del control de calidad.*

Aunque había seguido dándole vueltas al tema, al fin y al cabo, seguía siendo un niño de cinco años. Todavía podía hacer cualquier cosa, así que no era tan importante resolverlo ahora.

—Erich, ¿estás aquí soñando despierto *otra vez*?

Estaba pensando en lo alto que quería llegar a ser cuando apareció mi hermano Heinz. *No estaba soñando despierto, estaba absorto en serias reflexiones, muchas gracias.* Por si fuera poco, también había estado practicando la talla de ídolos de madera hasta hacía poco, ya que había oído que se pagaban muy bien cuando estaban bien hechos.

Al parecer, mi hermano había terminado sus tareas, pues parecía dispuesto a jugar. Llevaba en la mano derecha lo que ahora era su característica espada de madera, y de la izquierda colgaba una vieja tapa de olla a modo de escudo. Me alegró ver que seguía disfrutando con mi regalo y pensé que debería fabricarle un escudo adecuado si alguna vez encontraba un trozo plano de corteza.

—Oh, —dije—, hola, Heinz.

—Venga, vamos a jugar, —dijo—. Michael y Hans están esperando.

Tras superar su hostilidad hacia mí, mi hermano había empezado a invitarme a jugar con él y con mis hermanos segundo y tercero, Michael y Hans. Heinz era un poco turbulento y asustadizo, así que los gemelos se habían puesto de su parte, pero parecía que no quedaba ninguna hostilidad residual entre ellos y yo. Ahora todos éramos simpáticos y amigables.

—Claro, —acepté, caminando tras él con mis piernecitas—. ¿Qué vamos a hacer?

—*Duh*, vamos a jugar a los aventureros, —dijo mientras apuntaba con orgullo su espada al cielo.

Aventurarse era una de las pocas ocupaciones que no estaba sujeta a las normas y reglamentos del Imperio Trialista. Sus compatriotas dirigían gremios en todas las naciones, y ellos eran libres de viajar a su antojo. A veces, se detenían para ayudar a los magistrados y señores locales, y otras veces se encargaban de asuntos menores en la ciudad. Su viaje podía llevarles a matar a una bestia terrible o a descubrir un gran tesoro en una tierra inexplorada u olvidada. Éstos eran los héroes errantes conocidos como aventureros.

Un juglar ambulante había cantado una saga sobre ellos cuando nos visitó hacía algún tiempo, y Heinz se había encaprichado de ellos desde entonces. La historia era de lo más básica, y se trataba de un relato tan familiar sobre la matanza de dragones que no podía evitar sentir que me estaba cansando de las aventuras con dragones.

En esencia, la princesa había sido maldecida por un mago malvado, y el rey había ofrecido la mano de su hija en matrimonio a cualquiera que pudiera obtener la gema curativa del dragón malvado. Un aventurero respondió a esta búsqueda, sólo para descubrir la legendaria espada sagrada y emprender su viaje con las bendiciones divinas guiándole.

La saga había sido un clásico a la vieja usanza. Probablemente, en mi mundo anterior, el escenario habría sido hecho trizas por carecer de giros o vueltas de tuerca, pero resultaba irónicamente refrescante para un hombre hastiado que rondaba la treintena.

Tenía experiencia escribiendo e interpretando tramas similares cuando jugaba con Maestros del Juego o jugadores inexpertos. Por muy trilladas que estuvieran, las historias clásicas habían poseído un encanto que sólo los clásicos podían proporcionar, y recordaba con cariño los momentos de diversión que ofrecían.

Además, lo más encantador de los *TRPG* era que la historia no podía completarse en solitario. Era responsabilidad del Maestro del Juego dictar el esquema general, pero las acciones de cada PJ las determinaban los jugadores. En consecuencia, lo que empezaba con una sinopsis clásica pronto podía estar plagado de infinitos momentos poco convencionales.

Veamos, hubo una vez en la que un tonto empezó a engatusar al dragón y acabó casándose con él. En otra ocasión, alguien preguntó: «¿No sería más fácil comprar la gema que luchar contra un dragón?» y el dragón respondió: «Te la cambio por el tesoro máspreciado del reino». Ese idiota hizo que toda la sesión se convirtiera en un gigantesco atraco. Mientras reflexionaba sobre el hecho de que todos los giros que había disfrutado eran, para empezar, variaciones basadas en los clásicos, me invadió una abrumadora gratitud por la saga de antaño y por el juglar que la había cantado.

En cualquier caso, esta aventura de matar dragones había despertado la sensibilidad de mi hermano, que ahora se encontraba en medio de un intenso fervor. Había declarado en voz alta que algún día se convertiría en aventurero, y ahora nos guiaba a mí y a mis hermanos mientras fingíamos ser una banda de exploradores. No pude evitar sonreír ante estas payasadas.

Por supuesto, Heinz era el espadachín al mando, mi segundo hermano era el sacerdote con milagros curativos, mi tercer hermano era un erudito arcano que había empezado a desentrañar los secretos de la magia y yo era un ladrón. Era la muestra perfecta de nuestra jerarquía como hermanos, ¿no? El grupo estaba bien equilibrado en

términos de combate, así que quizá mi hermano era más listo de lo que aparentaba.

Y, como todos nos estábamos divirtiendo, decidí contenerme; no había necesidad de abofetear a un niño de ojos brillantes con un duro golpe de realidad. La cruda realidad era que los aventureros no eran más que vagabundos que trabajaban en cualquier cosa que encontraban, y Heinz estaba destinado a heredar la casa después de asistir a la escuela privada del magistrado.

Hace unos días, mi padre me había sentado a hablar. Me había dicho que, si lo deseaba, podía ir a la escuela en lugar de mi hermano. Con mi mentalidad de adulto cínico, no me costó nada entender el razonamiento de mi padre. Básicamente, había empezado a plantearse dejar que su talentoso cuarto hijo heredara la casa.

Yo me había negado educadamente.

Dicho sin rodeos, me parecía aburrido hacerme cargo de la granja de mi padre cuando tenía a mi alcance posibilidades incalculables. Sería difícil encontrar un nuevo lugar al que llamar hogar, pero no tenía ningún problema en comprometerme a seguir un camino diferente mientras existiera el riesgo de arrepentirme de haber elegido la vida de granjero.

Simpatizaba con mi padre, que había trabajado desesperadamente para construir la vida que llevábamos. Pero éste era un auténtico *mundo de fantasía*. No podía evitar querer explorarlo.

A pesar de todo, yo era su cuarto hijo. Habría muchas restricciones para mí, aunque heredara nuestra granja, y no quería crear fricciones entre mis hermanos y yo ahora que por fin nos llevábamos bien. No tenía ningún motivo para obligar a mi padre a cargar con semejantes penurias, así que pude decirle que enviara a mi hermano a la escuela con el corazón alegre.

Fue entonces, como un inciso, cuando me enteré de la verdad sobre los aventureros que mi hermano adoraba. Los que mataban dragones y se adentraban en mazmorras repletas de riquezas eran sólo una pequeña fracción de todos los aventureros. La realidad era que trabajaban principalmente en tareas diversas para señores y

magistrados cuando los que ostentaban el poder consideraban un desperdicio movilizar sus propias fuerzas. Los poderes fácticos simplemente tenían demanda de mano de obra barata que pudieran enviar a cualquier rincón del mundo.

Una fría verdad, en efecto. Por eso, también había pensado en el futuro de mi hermano cuando rechacé la oferta. Para ser completamente franco, no necesitaba ir a la escuela para encontrar el éxito. A todos en nuestra familia nos daría más tranquilidad que mi hermano se quedara con la casa y viviera una vida sana y segura aquí en la granja.

—¿A dónde nos aventuraremos hoy? —pregunté.

—Vamos al bosque de atrás, —respondió Heinz—. El vecino me contó que, hace unas décadas, un niño murió tras esconder una moneda bendecida por un hada en un viejo agujero de árbol. ¿¡A que es un tesoro de locos!?

Por ahora, quería dejarle disfrutar de sus aventuras. Correr por un bosquecillo sin pensar en sueldos ni peligros era agradable y sano. ¿Una moneda de hada? No podía pedir nada mejor. Estaba a kilómetros y kilómetros por encima de que le pagaran centavos por cazar bandidos o bestias, atrapar ratas en una alcantarilla o limpiar una zanja de drenaje.

Aun así, no es que *no me gustaran* las aventuras. Muchos de los avatares que había vivido llevaban ese nombre cuando iniciaban sus viajes: había sido un niño que abandonó su aldea sólo porque pensaba que las espadas mágicas eran geniales. Yo había sido un joven que abandonó su alianza cuando la voz de Dios le dijo que se enfrentara a las tribus bárbaras que se acercaban. Había sido un semidemonio que codiciaba honores mientras huía de la persecución. Había sido una viuda nigromántica, empeñada en revivir al amante que había perdido en su viaje. Había sido un robot que idealizaba las ruinas de las que emergía, adentrándose en sus profundidades mediante maquinaria mágica.

Recordaba todos y cada uno de ellos tan vívidamente que podría escribir repeticiones de ellos hasta el día de hoy. Eran recuerdos brillantes, dichosos.

Hubo algunos que se ganaron la gloria. Otros tuvieron un número notable en la escala de Henderson¹⁰ al encontrarse al frente de una enorme organización de bandidos. Otras veces, los esfuerzos combinados del Maestro del Juego y los dados de los jugadores les llevaron a una muerte prematura en el primer acto.

Mientras alineaba estos recuerdos, pensaba que quizá ser aventurero no era tan malo después de todo. A pesar de la realidad, no era como si los héroes de las sagas no existieran en absoluto. Empecé a correr tras los pasos de mi hermano soñador, sumergiéndome yo mismo en el sueño.

[Consejos] La experiencia gastada en una habilidad o rasgo no se puede devolver. Por desgracia, Dios no te permite alterar su bendición con un portaminas.

¹⁰ En los juegos de mesa, la “Escala de Henderson” se refiere a una herramienta utilizada para medir el nivel de dificultad de un juego. Esta escala se basa en tres criterios principales que incluyen: Complejidad de las reglas del juego, tiempo de juego promedio y dificultad estratégica.

Verano del sexto año

Valor esperado

El número que aparece en el espacio en blanco cuando te dices a ti mismo: «Estoy seguro de que sacaré al menos un ____».

Para 2D6 es un 7, el resultado medio. Como resultado, muchos juegos de mesa equilibran su dificultad en torno a este tipo de valores.

Sin embargo, la probabilidad sólo tiende hacia los resultados esperados después de un número infinito de repeticiones, así que la gente con una suerte atroz sigue existiendo y puede encontrarse en todas partes.

Creo que todas las personas tienen un mal hábito o dos que no pueden dejar. El primero mío era ser impulsivo. El segundo era que una cartera llena se me subía a la cabeza.

—Drat, ¿dónde está?

—Vamos, ¿dónde estás, Erich?

—Es el último que queda...

Y ahora, mi vicio irredimible estaba en plena exhibición. ¡No podía creer que escogí Sigilo, Bloqueo de Percepción, y Pasos Silenciosos, ¡todo para el escondite...!

Realmente soy un completo imbécil. No puedo creer que comprara habilidades porque estaba a punto de que me encontraran y no quería perder. ¡Hay un límite para lo derrochador que puedo ser! Y pensar que hace un rato hablaba de la necesidad lógica de orientación... ¿Adónde me he ido?

Esta vez, las habilidades en las que me había sumergido seguirían siendo útiles en otras situaciones, pero a este paso estaba

abocado a la ruina. Todas eran habilidades de bajo nivel de la categoría de Artes Marciales. A diferencia de las habilidades específicas de un cazador o un asesino, éstas habían sido relativamente baratas, así que fui adquiriendo una tras otra.

Me había detenido en III: Aprendiz en cada una de ellas, pero sólo con eso ya me había cargado una semana entera de trabajo serio en casa. Mi falta de autocontrol era asombrosa.

Me encontraba en los bosques de las afueras del cantón. El verde de principios de verano que me rodeaba no era del todo natural, ya que el bosque se conservaba gracias a los esfuerzos de replantación, pero eso también significaba que la zona era más segura que la mayoría. Por supuesto, sería peligroso alejarse del territorio de los leñadores, pero por lo demás el bosque era como un patio de recreo. Allí venían a jugar todos los niños del cantón, y yo no era una excepción. Cuando cumplí seis años, mis padres me permitieron aventurarme más lejos de casa y empecé a mezclarme con mis vecinos.

Nuestro juego preferido era el zorro y la oca, una variante híbrida del escondite y el pillapilla. En pocas palabras, cada ganso capturado se convertía en un zorro, lo que significaba que los perseguidores crecían en número con cada captura. Las reglas no estaban bien definidas, y abandonar el escondite inicial no era mal visto. Oí a un grupo de zorros con mi habilidad Escuchar (otra habilidad de Artes Marciales de bajo nivel que era demasiado útil para considerarla un desperdicio... aunque la subiera hasta IV: Artesano), así que activé Pasos Silenciosos para escapar con cautela sin agitar el follaje disperso.

Sinceramente, esta capacidad de adquirir habilidades era una bendición. Naturalmente, muchos rasgos estaban encerrados tras condiciones previas, pero pude desbloquear habilidades basadas en el sigilo, todas por un juego de niños... No solo eso, sino que ahora podía ganar puntos de experiencia constantemente dejando mis habilidades activadas en todo momento.

Esperaba poder abusar de un sistema así algún día, pero nunca habría pensado que fuera legítimamente posible. Puede que fuera una

de esas mecánicas en las que los puntos de experiencia se reparten en función de la gravedad de la situación, y teniendo en cuenta lo en serio que me estaba tomando el juego, podía entender por qué los porcentajes eran tan altos. Unas horas más escondido y podría pagar todos mis gastos.

...Por supuesto, el hecho de que me estuviera acalorando tanto por un juego del escondite con niños cuando me acercaba a los cuarenta años de edad total me carcomía la mente. Por el momento, decidí decirme a mí mismo que todo esto era para ganar más puntos de experiencia. Dejaría que el número creciente demostrara mi altura moral. Aun así, no podía permitirme ser engreído, o corría el riesgo de que el cierre de mi monedero de puntos se aflojara aún más de lo que ya estaba. La idea de que pudiera hacer una compra exagerada a causa de mis acelerados ingresos actuales me aterrizzaba. El recuerdo de recibir una caja llena de suplementos caros mucho después de haberme olvidado de pedirlos me hizo sudar frío por la espalda.

Puse cierta distancia entre los otros niños y yo para dedicar un momento a afinar mi disciplina, cuando de repente noté algo detrás de mí. Ese algo no era una presencia fantasmal; había oído el crujido tenue y crujiente de una hoja caída bajo mis pies.

—¡Aquí taaas! —gritó, y eso fue todo para mí.

—¡Guau!

El «algo» saltó sobre mí por detrás. Estaba en cuclillas, así que el repentino impacto me hizo caer hacia delante. Me alegro de haber subido la Resistencia a VII: Excepcional y Caída a V: Adepto. Sabía que podía hacerme daño jugando al aire libre...

—¡Je, je, eres mío! —me dijo una niña muy linda, mirándome a los ojos mientras yo yacía en el suelo. Su cara redonda y encantadora estaba adornada con grandes ojos y una nariz adorablemente gorda. Era Margit, otra niña del cantón dos años mayor que yo.



—Urgh... ¿De dónde has salido...? —gemí.

—Bueno, me imaginé que te darías cuenta si hacía algún ruido, así que me colé detrás de ti tan silenciosamente como pude, —dijo alegremente. Con una sonrisa dentada, añadió—: Los mensch sí que lo tienen difícil, al no poder ver detrás de ellos y todo eso.

La chica de las coletas castañas no era un mensch, ni siquiera un humano. Para empezar, ninguna caída me salvaría de una lesión si me hubiera tirado al suelo una niña mensch dos años mayor que yo. La insondablemente ligera niña de ocho años se apartó de mí sin hacer ruido y me ofreció una mano. Estaba a la altura perfecta para estar a su alcance, pero sólo porque yo estaba arrastrándome por el suelo.

—Vamos, arriba. ¡Oiiiiigan! ¡Todos! ¡¡¡He encontrado a Erich!!!

Cuando me puse en pie, sólo me llegaba a la cintura. No era ningún tipo de problema congénito, sino más bien porque sus piernas eran las de una araña: Margit era una aracne. Mi primer encuentro con ella había sido el momento en que interioricé realmente el aspecto fantástico del mundo en que vivía.

En este mundo existían tres tipos de personas: los humanos, como los mensch; los demonios, cuyo maná les confería peculiaridades desconocidas (aunque podía hacer algunas deducciones basándome en el texto descriptivo de habilidades y rasgos); y los semihumanos, como Margit. Este último grupo estaba formado por personas que combinaban rasgos humanos con los de otras especies.

El Imperio Trialista Rhine no ofrecía preferencia legal a ningún grupo, y no era raro ver a un puñado de razas diferentes coexistiendo en un mismo cantón. De hecho, había oído que una de las casas imperiales de Rhine era de linaje vampírico, así que evidentemente no era un problema.

—Uy, estás cubierto de hojas, —comentó Margit—. Lo siento, Erich. También tienes algo en la cara. Ven, deja que te lo quite.

—Gracias... —dije.

Como resultado, Margit era considerada lo más normal que se podía ser, a pesar de su parte inferior del cuerpo parecida a una araña. Yo casi estallo de sorpresa cuando la conocí, pero todos a mi alrededor eran tan indiferentes que no tardé en acostumbrarme. En cualquier caso, era una chica normal que cuidaba bien de los miembros más jóvenes (no me mires a mí) de nuestro grupo.

Debo admitir que en mi vida anterior tenía... preferencia por los personajes no humanos. Sin embargo, Margit era bastante diferente del tipo de aracne al que estaba acostumbrado. Sus ocho patas eran cortas, rechonchas y cubiertas de placas oscuras, como las de un cangrejo peludo. Estaban muy lejos de las largas y esbeltas patas de una aracne estereotipado. Aunque todavía era joven, estaba a punto de mudar por última vez y se estaba volviendo picante (y antes de que te hagas ilusiones, me refiero a picante como un buen vino es picante, plenamente realizado como ejemplo de su tipo, *¿capisce?*), así que nunca encajaría en el molde al que yo estaba acostumbrado.

Dicho esto, no era nada fuera de lo común; ella procedía de una línea de aracnes basada en arañas terrestres como la araña saltarina. Por otra parte, las formas de aracnes que procedían de las arañas tejedoras de orbes tenían las clásicas patas largas. Para ponerlo en términos más familiares, era una simple diferencia de ascendencia.

—Aw, no soy rival para ti, Margit... —suspiré.

—Claro que no, —respondió ella—. Quizá tengas una oportunidad cuando seas mayor.

—Sólo nos llevamos dos años... —dije, haciendo un mohín.

—Eso no es muy convincente viniendo de un chico que sólo presta atención a lo que tiene delante, —dijo con una sonrisa de suficiencia. Entonces hinchó su escaso pecho con orgullo, y los orbes oscuros que adornaban lo que parecían ser un par de adornos para el pelo brillaron con la luz del sol de la tarde.

No eran lazos de cuentas para sujetar sus coletas, sino ojos completamente funcionales. Además de un par de ojos que destacaban en la percepción de la profundidad, los aracnes poseían un par de ojos compuestos que ofrecían un campo de visión increíble.

Además, el acto de pegarse al suelo y abalanzarse sobre la presa era perfecto para una araña saltadora.

Estos rasgos raciales estaban por completo rotos en un juego de escondite. Pero más que eso, significaba que los aracnes eran naturalmente aptos para ser guardabosques y exploradores, y a menudo se convertían en cazadores en la edad adulta. Personalmente, también estaba seguro de que un aracne con una *build* de agarre o esgrimista podría convertirse en un tanque de esquiva que rompería toda apariencia de equilibrio.

De hecho, Margit procedía de una larga e ininterrumpida estirpe de cazadores estatales. No sólo abastecían al cantón de carnes y pieles, sino que también eliminaban de los bosques los animales no deseados para mantener el ecosistema. Esto último lo hacían bajo las órdenes directas del magistrado, por lo que estaban por encima del cazador local medio.

No se puede exagerar lo impresionante que era que el magistrado los empleara. En esta época, un sueldo del Estado tenía infinitamente más peso que cualquier cosa que un trabajador público pudiera obtener en la era moderna. El salario era una muestra de confianza, anunciaba que un artesano valía su trabajo incluso a costa de pagos regulares.

—...No me encontrarás la próxima vez, —dije.

—Oh, ¿estás seguro? Prepárate, ¡me aseguraré de que seas el primero en caer! —respondió con una sonrisa radiante.

Mientras observaba su alegre rostro, me sorprendí a mí mismo pensando: «Quizá debería pillarme Detección de Presencia para la próxima vez». Toda mi madurez parecía haberse desvanecido en un instante.

[Consejos] Existen muchas razas con poderosas bonificaciones únicas. Muchas tienen subrazas que son muy diferentes entre sí.

Se dice que la proporción entre humanos, demonios y semihumanos en el Imperio Rhine era de 5 : 1 : 3, respectivamente. Teniendo en cuenta que no existían divisiones institucionales ni culturales entre los tres tipos de personas, es probable que la proporción se debiera al simple hecho de que los humanos eran los que se propagaban con mayor rapidez. La adaptabilidad y la capacidad de reproducirse en cualquier entorno habían provocado un aumento de su población. En concreto, los mensch eran tan numerosos que constituían la mayoría de los humanos.

Sin embargo, el número no se traducía fácilmente en poder. A pesar de su ventaja numérica, la influencia mensch palidecía en comparación con la de sus congéneres humanos, por no hablar de las otras razas altamente inteligentes. Su aptitud mágica era muy inferior a la de los longevos matusalenes, y sus habilidades físicas se veían empequeñecidas por las de los poderosos dvergar¹¹. Y sólo se trataba de otros humanos; pocos mensch podían aspirar a igualar a demonios o semihumanos en cuanto a estadísticas en bruto.

Los niños con pocos años de diferencia no eran rivales: el mayor siempre ganaba. Esto era aún más evidente con un semihumano. Ni siquiera un mensch adulto podía seguir el ritmo de un centauro joven. Lo mismo ocurría con la fuerza de un audhumbla. Y dado que los aracne eran famosos por sus proezas como cazadores, exploradores y asesinos, pocos mensch en la historia podían seguir el ritmo de uno en un juego serio de escondite. Bastaba la más mínima diferencia de habilidad para condenar a un niño al ostracismo.

Por eso, la hija de un cazador aracne ya no sabía qué hacer. Margit seguía siendo demasiado hábil, incluso después de que se establecieran nuevas normas que le impedían trepar a los árboles y cosas por el estilo. Había llegado un punto en el que los niños de la zona habían empezado a evitarla.

Poco podía hacer contra el hecho de que, como la mayoría de los semihumanos bichos, los aracnes maduraban con rapidez. La velocidad de este desarrollo solía estar en correlación inversa con la

¹¹ «Dvergar» es una palabra nórdica antigua que se refiere a los enanos de la mitología nórdica.

esperanza de vida; dado que los aracnes vivían más o menos lo mismo que los mensch, Margit estaba a punto de alcanzar la madurez física. Su superioridad era más que evidente. Los juegos se habían convertido literalmente en competiciones entre niños y un adulto, con una dura división entre razas que no podía superarse fácilmente.

Sin embargo, su madurez no se extendía necesariamente a su estado mental. El Imperio Trialista consideraba que los aracne eran maduros a los quince años, y una educación en una sociedad así seguramente lo reflejaría. Margit podía ser una aracne saltadora completamente desarrollada, pero seguía siendo una niña.

Margit quería compañeros de juego, como todos los niños, pero no encontraba a nadie que jugara a su juego favorito: zorros y ocas. Cada intento terminaba con una cacería instantánea de gansos, o bien se quedaba sin cazar durante horas. Los demás niños estaban cansados de su ininterrumpida racha ganadora y a menudo se ponían de mal humor cuando ella participaba.

Entonces, un día, apareció un niño nuevo. Se llamaba Erich y sus padres acababan de permitirle vagar por el bosque. No tenía ningún rasgo especialmente destacable, pero sus hermanos mayores ya formaban parte de su grupo, así que encajaba perfectamente. Parecía bastante apegado a Margit, ya que corría a hablar de todo tipo de cosas cada vez que la veía.

Sin embargo, lo más importante es que Erich era bueno como un zorro. Cuando apareció, era torpe y no sabía esconderse, como la mayoría de los niños. Pero un día, de repente, se convirtió en un experto. Sus movimientos eran más rápidos que el vaivén de las sombras y desaparecía entre la maleza en un abrir y cerrar de ojos. Además, era exasperantemente difícil de encontrar una vez que se perdía de vista.

El sigilo de Erich significaba que cuando era un zorro, te capturaba antes de que te dieras cuenta; cuando era un ganso, el juego no terminaba nunca. Además, era todo un estratega en ciernes. Su ingenio dio a los demás niños los medios para hacer frente a la amenaza conocida como Margit.

—¡Si hacen un círculo y buscan hacia dentro, podrán atrapar a cualquier ganso!

Naturalmente, esta estratagema también fue eficaz contra cierta aracne. Con la introducción de un nuevo prodigio y de nuevas tácticas, Margit volvió a encontrar un lugar dentro del grupo; al fin y al cabo, era la única que tenía alguna posibilidad de atraparlo de tú a tú.

Por eso a Margit le gustaba. Le gustaba su pelo liso y dorado. Le gustaba cómo a veces sus ojos azules parecían maduros más allá de su edad, y le gustaba su rostro suave y delgado. Le gustaba cómo hablaba de forma clara y concisa, a diferencia de la mayoría de los niños de su edad. Le gustaba la calidez de su cuerpo de mensch. Y, sobre todo, le gustaba que no la dejara fuera de su juego favorito.

Erich fue el único al que Margit tiró al suelo. En algún momento, algo en el fondo de su mente había empezado a decírselo, así que se abalanzó sobre él una y otra vez. Lejos estaba el día en que se daría cuenta de que se trataba de un comportamiento instintivo de la matriarca aracne, pero por hoy, una vez más saltó sobre su pequeño mensch favorito.

[Consejos] Los aracnes son una raza con torsos humanos y patas de araña. Se adaptan bien a muchos climas y pueden encontrarse en la mayoría de las regiones del continente. Aunque son originarios de la Costa Sur, su adaptabilidad llevó a su propagación y división subracial.

El Imperio Rhine alberga asentamientos de aracnes que se asemejan a arañas saltadoras notablemente pequeñas, arañas tejedoras de orbes grandes y delgadas, y tarántulas llegadas de tierras extranjeras.

Invierno del séptimo año

Valor fijo

Número fijo utilizado en cálculos que no dependen de las tiradas de dados. Fuera de las tiradas críticas como los ojos de serpiente¹² o los vagones¹³, los juegos de rol de mesa generalmente usan una fórmula aditiva de [Valor fijo (que representa la habilidad base)] + [Tirada de dados] = resultado.

Por ejemplo, digamos que la <Fuerza> (valor fijo) de uno es 5 y quiere empujar una roca. Si el número necesario para tener éxito es un 12, el jugador necesitará un valor total de 7 de su tirada 2D6. Esta tirada de dados añade un elemento de aleatoriedad para disfrute de los jugadores.

Sin embargo, si este valor fijo estuviera en 6 o 7, el resultado mínimo del dado necesario para tener éxito sería menor; de ahí que, en los sistemas que los utilizan, los valores fijos más altos indiquen personajes más fuertes.

Aquí el verano era agradablemente seco en comparación con mi tierra natal, y el año se deslizaba rápidamente hacia el otoño. El panteón de dioses que supervisaba Rhine y sus estados fronterizos contaba con la Diosa de la Cosecha entre sus miembros, y la abrumadora carga de trabajo de su estación hizo que pasara antes de que me diera cuenta.

No tuve tiempo de apreciar la romántica vista del trigo resplandeciente, mecido por el viento bajo el sol otoñal poniente.

¹² Ojos de serpiente se refiere a una tirada en la que ambos dados muestran un uno. Esta tirada es llamada así porque los dos unos parecen los ojos de una serpiente.

¹³ Vagones se refiere a una tirada en la que ambos dados muestran un seis. Esta tirada es llamada así porque los dos seis parecen la forma de un carro de ferrocarril.

Tampoco pude dedicar un momento a ponerme sentimental por un año más de edad a mi nombre. Mis hermanos y yo nos apresurábamos a ayudar en la granja siempre que podíamos.

Con todo lo que había que hacer durante la cosecha, un niño de siete años era más que suficiente para ser considerado un peón. Mi familia había sacado provecho de mí: la resistencia infantil que antes creía ilimitada se agotó en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, los únicos recuerdos que tenía del otoño eran el trabajo en el campo y el sueño. No podía dejar de maravillarme al ver cómo mis hermanos seguían jugando al aire libre *después* de un día de trabajo.

Teníamos mucho más que hacer que nuestra propia granja familiar. La idea de un cantón no era sólo para aparentar: una parte de nuestros impuestos se destinaba al mantenimiento de los campos del señor. Sus incontables acres de tierra¹⁴ se repartían entre todas las casas del cantón para su gestión, y aún quedaba mucho por hacer.

Después de todo, yo también tenía que echar una mano en las granjas de mis parientes. Por muy molesto que fuera, no podía restarle importancia a este tipo de cooperación. En una época totalmente alejada de las comodidades modernas y de los avanzados equipos agrícolas, la mano de obra era la reina. Los campos se quedarían bloqueados de trigo para siempre si no echábamos mano de nuestros parientes para llevar a cabo todo el trabajo. Necesitábamos poder sembrar las semillas de las flores antes de que empezara a nevar, para poder convertirlas en abono verde cuando llegara la primavera. De lo contrario, podríamos enfrentarnos a graves repercusiones durante la cosecha del año siguiente.

Nuestra siega consiguió concluir antes de que la Diosa de la Cosecha diera la hora de salida al año. Cuando el ajeteo del otoño empezó a dar paso al bullicio de los preparativos para el invierno, un recuerdo me rondó por la cabeza. Las granjas japonesas modernas sólo tenían un único cultivo que se sembraba en primavera y se

¹⁴ Acre de tierra es una medida de superficie utilizada en algunos países, principalmente en los Estados Unidos, para medir la extensión de terreno. Un acre equivale a aproximadamente 4.046,86 metros cuadrados o 0,404686 hectáreas.

cosechaba en otoño, así que no había pensado en ello, pero de repente me di cuenta de que la planta que estábamos manipulando era trigo.

El tipo de trigo que cultivábamos era un cereal de invierno, es decir, que se sembraba en otoño y se cosechaba cerca del final de la primavera. Aunque nunca llegué a ver su final, una vez había leído un cómic que entraba en detalles sobre la industria agrícola moderna, así que el recuerdo era bastante claro. El clima de Königstuhl era menos propenso a los ventisqueros que el del cómic, pero dudaba que el trigo en sí pudiera diferir tanto, y pedí explicaciones a los adultos que me rodeaban.

—¿A qué viene eso ahora, Erich? —preguntó mi padre—. El trigo se planta en primavera. Es cuando la Diosa de la Cosecha decidió que debíamos sembrar nuestras semillas.

—La tierra es un vestido hecho para la Diosa de la Cosecha, —explicó mi madre—. Queremos vestirla con el vestido más hermoso durante la época más pródiga del año, así que sembramos nuestras semillas en primavera.

Las respuestas que recibí tenían poca sustancia. El único hilo conductor en cada una de ellas era la mención de nuestra deidad, la Diosa de la Cosecha. No servía de mucho teorizar por mi cuenta, así que decidí simplemente ir a preguntar a alguien que supiera la respuesta. En cualquier caso, estaba acostumbrado a que este tipo de investigación inicial fuera una parte habitual de cualquier campaña. Lo importante era preguntar «¿Qué es eso?» cada vez que me enfrentaba a un término desconocido.

Encontré un momento entre mis tareas de preparación para el invierno para escabullirme a la iglesia y hacerle la misma pregunta al obispo, donde por fin obtuve una respuesta satisfactoria. Tal y como habían afirmado mis padres, la Diosa de la Cosecha utilizaba su poder divino para dictar la época de siembra de las cosechas.

Esto era algo que ya había supuesto por mis propias bendiciones, pero las enseñanzas del obispo confirmaron que los dioses de este mundo eran existencias probadas, a diferencia de las deidades de mi vida anterior. Hacían milagros en la tierra, susurraban profecías a los

oídos de los fieles y castigaban a los paganos con prejuicios. Gobernaban el mundo con sus asombrosos poderes y estaban innegablemente presentes en nuestras vidas.

En esencia, eran los dioses clásicos de los juegos de rol de mesa que sólo estaban a una ferviente plegaria de responder con una bendición celestial. Era esta bendición la que alteraba las estaciones y la flora según los caprichos de los dioses. La Diosa de la Cosecha presidía la fertilidad del hombre y del campo, y como árbitro de la vida misma, nos había pedido que la adornáramos cuando la vida era más abundante. Puesto que la tierra era Su forma corpórea, esto significaba que debíamos planificar nuestra cosecha para el otoño.

El obispo tuvo la amabilidad de explicar nuestro mito sagrado con más detalle de lo que había oído en nuestro servicio habitual:

—En primavera, confeccionamos pijamas con hierba verde para asegurarnos de que Ella pueda despertarse cómodamente. Luego labramos la tierra y plantamos nuestros cultivos, creando un fino velo para que se proteja del calor del verano. En otoño se teje un vestido dorado adornado con todo tipo de frutas para celebrar el ciclo del año. Una vez terminado todo el trabajo, la Diosa de la Cosecha se acuesta envuelta en un manto de nieve blanca.

Estoy seguro de que el obispo estaba dispuesto a enseñarme durante este caótico ajetreo (se había estado llenando la ropa de invierno de algodón mientras me daba el sermón) sólo porque yo había sido un buen participante en la iglesia. Había memorizado los himnos que cantábamos durante el servicio, y estaba claro que yo no preguntaría si solo me tomara la fe a la ligera. Acarició el blanco incipiente de su barba pulcramente cuidada y añadió: «También compensamos nuestra temporada de cosecha con las de las naciones vecinas para evitar conflictos». Al parecer, esta información sólo debían aprenderla los sacerdotes ordenados, pero se limitó a darme una palmadita en la cabeza y me despachó después de decirme esto.

Ya había experimentado muchas veces la sensación de que mi mundo se expandía, pero ahora me sentía tan vigorizado como el día en que compré mi primer libro de reglas suplementario. Había algo conmovedor en sumergirme en el mundo que no podía conseguir

hojeando las páginas de estadísticas que venían con mis habilidades.
¡Qué divertido!

Era vital meter la cabeza en todo lo que fuera remotamente interesante. No hay resultados sin hacer nada antes, y el éxito en este mundo de combinaciones estaba directamente relacionado con la cantidad de datos que tenía a mano. Acumular información era una parte importante del trabajo preliminar.

Gracias al obispo, pasé el resto del día de lo más animado mientras realizaba mis abundantes tareas invernales. No vivía en una región propensa a quedar sepultada por la nieve, pero el frío del invierno seguía siendo una amenaza real. La temperatura descendía con frecuencia por debajo del punto de congelación, como demostraban las jarras de agua helada que a veces veía por las mañanas.

Incluso de niño, había mucho que hacer: por ejemplo, muchos de los niños de nuestro grupo de amigos se encargaban de aumentar nuestra pila de leña con ramas perdidas o de ir por frutas que se conservaran bien. Sin embargo, los niños de Konigstuhl estaban más que encantados de ayudar. De hecho, este tipo de «tareas» se podían hacer en el mismo bosque en el que jugábamos, así que parecía más una prolongación del recreo que un trabajo. Además, era una forma especial de jugar que sólo podíamos disfrutar una vez al año, y nuestros padres nos elogiaban cuando lo hacíamos bien. ¿Cómo no íbamos a querer ayudar?

Pero los momentos de diversión siempre duran poco. Los preparativos para el invierno ya eran todo un reto, pero cuando mi hermana Elisa se acercaba a su segundo cumpleaños, le dio una fiebre terrible que puso a nuestra casa en estado de emergencia.

[Consejos] Los dioses son existencias superiores que han hecho acto de presencia. Si el mundo fuera un ordenador de sobremesa, los dioses serían administradores que podrían utilizar el software instalado en él. Vigilan a quienes habitan sus programas y obtienen poder de su fe.

No se sabe cuándo un alma inocente regresará a los dioses, porque su inocencia no puede soportar la crueldad corrupta de la realidad efímera.

Johannes se sacudió de la cabeza el viejo adagio Rhiniano y secó el sudor de su jadeante bebé. La más pequeña estaba al rojo vivo y jadeaba mientras se retorció en la cama. La pequeña Elisa había nacido una fría noche de invierno hacía dos años. Había llegado a un mundo oscuro y helado, con la luna nueva colgando sobre su cabeza. Había sido más pequeña de lo que debería, y también había tardado en madurar.

Un año bastaría para que otros niños mostraran signos del habla y dominaran sus piernas tambaleantes. Elisa se acercaba a los dos años y aún no había llamado a su madre y a su padre. Además, aún no se había puesto en pie, y mucho menos había dado sus primeros pasos. De hecho, acababa de ser destetada el mes pasado.

La monja que la había atendido había calmado las preocupaciones de Johannes y Hanna diciendo que la niña simplemente había nacido un poco antes de tiempo y que había obrado un milagro para mejorar la resistencia de Elisa. Aun así, su crecimiento era preocupantemente lento.

La pareja había pensado primero que su hija estaba enferma y luego sospecharon que podía ser sorda. Incluso pensaron en alguna terrible avería en alguna zona sensible de su cráneo, pero todas esas teorías se quedaron en nada. No tuvieron más remedio que aceptar que ella era así.

Y después de todo eso, ahora estaba más caliente al tacto que el fuego de la estufa. Tosía toda el agua que le daban, por no hablar de las gachas. Con la garganta demasiado irritada y la nariz demasiado taponada hasta para llorar, la pareja fue plenamente consciente de la fugacidad de la vida de su hija.

Su familia había estado libre de problemas hasta la llegada de Elisa. Los tres hijos mayores, que seguían el ejemplo de su padre, nunca habían padecido ninguna enfermedad grave. Erich era tan flaco

como su madre, pero incluso él había crecido perfectamente sano. Nunca habían tenido que suplicar un milagro al obispo, y las únicas veces que recurrieron a un médico fue para curar un moratón o un corte. Se habían vuelto complacientes. Nuestros hijos crecerán con buena salud, habían pensado.

Sólo pudo hacer pasar una pequeña cantidad de agua por la garganta de Elisa, Johannes dejó de secarse el interminable torrente de sudor y se volvió hacia su mujer. «...¿Podemos permitirnos la siguiente dosis?», preguntó, abrazándola con fuerza. El médico local había acompañado a una caravana al Mar del Sur para pasar el frío invierno, y había sido una gran odisea comprar la medicina, tanto física como económicamente.

—...Por poco, —respondió Hanna. Johannes se había burlado a menudo de que no se merecía una mujer de la belleza de Hanna, pero ahora su habitual encanto había dado paso a un ceño gastado y ojeroso mientras rebuscaba en su bolsa de monedas. Los impuestos de otoño y los gastos de invierno lo habían dejado notablemente ligero: sólo quedaban unas cuantas monedas de bronce acompañadas de un puñado de plata. Tenían un pequeño alijo escondido en el sótano en caso de robo, pero ni siquiera eso serviría para reforzar su monedero.

Habían gastado parte de su dinero en ampliar sus campos tras recibir la aprobación del magistrado. Otra parte la habían invertido en un caballo de labranza para mantener la parcela más grande. Luego habían comprado semillas de arroz para cultivar sus nuevas tierras. Si la catástrofe se hubiera producido un año antes, capear el temporal habría sido una tarea elemental. El momento era trágico.

Los medicamentos eran caros. Las hierbas medicinales requerían cuidados constantes para evitar que se pudrieran y carecían por completo de sentido sin la comprensión de las proporciones de los brebajes por parte de un médico experimentado. Además, estos herboristas no elaboraban medicamentos a su antojo, sino que adaptaban cada cura a su petición correspondiente, teniendo en cuenta los síntomas, la edad y demás. El elevado precio del producto final era algo natural.

Poco quedaba de la medicina por la que la pareja había vaciado sus bolsillos. Era evidente que sólo duraría una o dos dosis más, y si no curaba a Elisa, había pocas esperanzas de que algo lo hiciera.

Muchas eran las jóvenes almas que partían de este mundo a causa de la enfermedad. Hasta ahora, Johannes y Hanna habían sido bendecidos con la extraordinaria fortuna de no ver a sus hijos partir hacia el abrazo celestial a manos de un resfriado. Pero en verdad, la muerte era un asunto corriente.

—...Ya veo, —dijo Johannes con amargura. Sus manos se tensaron sobre sus muslos. *¿Qué clase de padre ni siquiera puede salvar a su propia hija?* Con el nacimiento de Elisa había planeado ampliar sus tierras de labranza para proporcionar una vida mejor a todos los que vivían bajo su techo... Sus anchos hombros, tonificados por años de trabajo físico, se desplomaban ahora bajo el inmenso peso de su propia maldita decisión.

Había medios para conseguir fondos rápidamente. Johannes conocía a un puñado de posibles prestamistas y, en el peor de los casos, podría hipotecar sus campos recién ampliados para conseguir el capital. Pero, ¿podría pedir a su mujer y a sus cuatro hijos sanos que sacrificaran su futuro para salvar a su hija?

Las emociones de Johannes le pedían a gritos que hiciera todo lo posible por Elisa, pero el jefe de familia racional que llevaba dentro le pedía a gritos que lo reconsiderara. Mientras sostenía la vida de su hija en una mano, el peso de su mujer y sus hijos pendía de la otra. No podía justificar el gasto de sus últimos ahorros para tener una oportunidad de recuperar la salud de Elisa, mientras se arriesgaba a que el resto de la familia muriera de hambre durante los meses de invierno.

—Querido, —susurró Hanna—, ¿crees que...?

—Nosotros... —Johannes hizo una pausa—: Puede que tengamos que prepararnos para lo peor.

—¡Querido!

—¡No me hagas decirlo! ¡Lo sabes tan bien como yo!

Una vez agotada la última medicina, tendrían que armarse de valor. No era fácil tomar una decisión, ya que sus pensamientos se entrecruzaban como serpientes que se tragaban su propia cola. Entonces, de repente, las tablas del suelo emitieron un crujido perceptible.

La pareja se giró sorprendida y exclamó: «¿¡Erich!?!». En el umbral de la puerta estaba su hijo menor, con paso soñoliento. Los chicos habían estado ocupados últimamente cuidando de la casa mientras Johannes y Hanna cuidaban de su hija, por lo que Erich debería haberse reunido con sus hermanos en el país de los sueños hacía tiempo. Verle aquí ahora era un gran shock; no querían que sus hijos oyeran una discusión tan preocupante.

—Mamá, papá... —murmuró Erich.

El niño era increíblemente maduro para su edad, pero un niño era un niño. Algunas cosas eran adecuadas para que las aprendieran a su edad, y otras era mejor no verlas ni oírlas. Los dos padres se adelantaron asustados, preocupados por lo que le dirían. Pero este estado de alarma hizo que sus pensamientos se paralizaran al ver el objeto que su hijo tenía en la mano cuando adelantó el brazo.

Las pequeñas manos de Erich sostenían una estatua de madera. Representaba una figura voluptuosa con una abundante cabellera que desprendía un aura de maternidad: la Diosa de la Cosecha. El movimiento palpable de su cabello y la suavidad visible de su cuerpo eran lo bastante seductores como para que incluso un par de labradores incultos vieran la maestría de su artesanía.

—Si vendemos esto por dinero, ¿Estará bien Elisa? —preguntó Erich.

A los dos adultos se les fue el color de la cara al instante. Después de todo, su hijo acababa de convertirse en ladrón. Aunque la ley imperial no permitía que los hijos heredaran los delitos de sus padres, éstos eran plenamente responsables de las fechorías de sus vástagos.

El hurto conllevaba una gran cantidad de castigos potenciales, pero las multas y los castigos ejemplares constituían la mayoría.

Aunque circulaban historias de delincuentes primerizos que se libraban con un anuncio público de sus delitos, la mayoría eran condenados a vivir un tiempo encadenados o con grilletes de madera para mostrar al mundo sus pecados. Si el objeto robado era especialmente valioso, existía la posibilidad de que les quitaran las manos como daño.

Incluso para un ojo inexperto, el ídolo que tenían ante ellos era claramente bastante sofisticado. La madera había sido refinada en un avatar de la Diosa, e incluso en su estado sin pintar claramente alcanzaría una suma ridícula. Pertenece a un templo, no a su humilde morada.

—Erich, ¿de dónde demonios has sacado esto...? —preguntó Johannes, agarrando a su hijo por los hombros. En ese momento, bajó la mirada hacia los andrajosos pantalones del chico, que habían pasado por tres iteraciones de hermanos, y se dio cuenta de que aún se adherían a ellos copiosas virutas de madera. La talla de madera también olía fuertemente a cortes recientes, sin rastro de barniz en el olor. Aunque el acabado era liso, estaba claro que había sido un trabajo minucioso con una lima rugosa, y la textura de las coníferas que la familia utilizaba como leña asomaba por debajo de la superficie.

—Lo hice yo, —explicó Erich—. Pero me llevó mucho tiempo. Intenté copiar el de la iglesia.

Ahora que lo mencionaba, la estatua era más bien una estatuilla: tenía aproximadamente la longitud de un antebrazo. Era razonable pensar que había sido tallada en un trozo de leña.

Sin embargo, por muy hábil que fuera su hijo, era impensable que hubiera creado algo así sin una herramienta adecuada. No sería extraño que la obra alcanzara unas cuantas piezas de oro si se le diera algún acaba... *¿¿piezas de oro??* El marido y la mujer jadearon al unísono.

—Erich, —preguntó Johannes a modo de confirmación—, ¿de verdad has hecho tú esto? ¿Tú solo?

—Sí, —respondió Erich mientras se sacaba una astilla de la mano. Contuvo un bostezo y continuó—: Lo hice poco a poco, ya que mamá y tú han estado hablando de cuánto dinero necesitamos desde que Elisa enfermó.

A sus padres les invadió la vergüenza. Habían hablado en voz baja mucho después de que se pusiera el sol para que sus hijos no los oyeran y, sin embargo, su hijo menor había captado sus conversaciones con toda claridad. Ningún padre o madre querría que su hijo tuviera que cargar con semejantes preocupaciones.

—Estoy ocupado durante el día, —explicaba Erich—, así que he estado trabajando cuando la luna sube por el cielo. Entonces hay mucha luz.

Johannes enterró la cara entre las manos. Su hijo, que estaba creciendo, había estado luchando contra la somnolencia todas las noches para quedarse despierto hasta tarde trabajando en una forma de ayudar. Se sentía como si le hubiera fallado como padre.

—¿Crees que esto ayudará a pagar la medicina? —preguntó Erich.

—...Sí. Lo hiciste bien... Eres increíble. —Siempre que Johannes elogiaba a sus hijos, añadía al final «Realmente eres mi hijo». Pero esta noche no se atrevía a hacerlo. Tales palabras de un padre decepcionante se desperdiciaban en un hijo espectacular.

Vender la estatuilla a la iglesia sin duda daría lo suficiente para comprar más medicinas. De hecho, si la dedicaban a la iglesia, podrían solicitar el uso de un <Milagro> en su lugar. Los poderes curativos de la Diosa de la Cosecha no eran tan potentes como los de la Diosa de la Noche, que presidía la curación, pero eran más que suficientes para curar alguna que otra enfermedad.

—Eres increíble, —repitió el padre—. Realmente eres... Realmente eres el hermano de Elisa.

—¿Su hermano? —se hizo eco el hijo.

—Sí, eres un hermano maravilloso... De verdad. —Johannes levantó a su hijo que asentía para llevarlo al dormitorio de los niños.

Erich no había podido descansar bien en los últimos días trabajando a la luz de la luna como lo había hecho. Además, había estado ayudando en las tareas domésticas, por lo que el cansancio se le pegaba ahora como una ropa mojada que arrastraba allá donde iba—. Es hora de irse a la cama. Déjame el resto a mí.

—Sí... Bien... mm... —se interrumpió el niño.

Llevando a su hijo dormido en brazos, Johannes dejó escapar un enorme suspiro. *Voy a ir a la iglesia en cuanto la gente empiece a levantarse por la mañana.* El hijo lo había dado todo, ahora el padre tenía que devolvérselo con la misma moneda.

Johannes ignoró su propio cansancio y juró a la luna helada al otro lado de la ventana que lo conseguiría. La luna estaba llena esta noche. En el panteón Rhiniano, el perfecto círculo resplandeciente en el cielo representaba la manifestación de una mitad de los dos dioses paternos: la Diosa de la Noche, que presidía la maternidad y la divinidad.

Con la Diosa Madre y sus asistentes siderales como testigos, Johannes dejó descansar suavemente a su trabajador hijo y regresó en silencio al lado de su hija.

[Consejos] Los milagros son actos de la divinidad que provocan realidades que, de otro modo, se considerarían insondables. La voluntad de los dioses inclina la realidad hacia la «verdad» y, para ello, puede deformar las leyes de la física y la naturaleza.

Quienes tienen el poder de provocar milagros lo hacen con una gravedad considerable, independientemente de su fe. Los milagros siguen siendo milagros precisamente porque no ocurren casualmente.

Primavera del séptimo año

Crítico

Ciertas franquicias de juegos populares etiquetan determinadas tiradas de dados como golpes críticos o ataques desesperados, dependiendo de quién esté atacando.

En el caso de 2D6 se trataría de una vagoneta; 1D100 podría pedir 01 a 05, mientras que 1D20 requiere un 20 perfecto, y así sucesivamente. Estas escurridizas tiradas perfectas son casi siempre éxitos garantizados para cualquier tipo de acción.

En combate, un golpe crítico representa un ataque especialmente devastador. Por ejemplo, algunos juegos permiten una incalculable sed de sangre ofreciendo al jugador la oportunidad de volver a tirar si consigue un 10 o más al tirar 2D6. Algunos herejes absolutos llegan a rebajar este umbral y se pasan toda la campaña machacando a los enemigos con golpes críticos.

Buenas noticias. En la primavera de mi séptimo año, fui testigo por primera vez de lo que podría llamarse «magia».

Había derrochado mi experiencia acumulada para elevar mi habilidad de tallar madera a VI: Experto, y mi hermanita había aguantado el invierno gracias a ello. Sólo con eso ya habría tenido una primavera espléndida, pero la estación vino acompañada de otro acontecimiento maravilloso.

La magia era el epítome de la alta fantasía y aparecía en mucho más que en campañas de mesa. Podía curar heridas, derrotar enemigos, calmar la naturaleza y preparar elixires. Aunque existía una infinita variedad de sistemas e implementaciones, la magia siempre era un factor importante en todos los escenarios. Yo mismo he desempeñado el papel de mago en innumerables ocasiones.

Había sido un chico que perseguía a su amigo convertido en aventurero debido a sus escasas aptitudes para la magia. Había sido un espadachín maldito abandonado por su pueblo debido a sus raíces heréticas, aventurándose para pagar las facturas. Había sido un investigador que comenzó su viaje a los cuarenta años en busca de una forma de alargar la minúscula vida de su compañero creado por el hombre.

A lo largo de una miríada de sistemas repartidos en un número incalculable de sesiones, la magia siempre desempeñaba un papel, tanto bueno como malo. Sabía que la magia existía en este mundo gracias a mi página de estadísticas, pero, por desgracia, esta campaña estaba salpicada de duros golpes de realidad aquí y allá. Era una rareza ser capaz de usar la magia.

Hoy era una fiesta religiosa en la que se atravesaba la tierna tierra con un arado para celebrar el deshielo y rezar por un año de paz. En la plaza del pueblo se celebraba un pequeño festín de carnes secas y otras sobras del invierno. Fue en esta glorificada excusa para beber donde vi por primera vez la magia.

Francamente, no era nada espectacular. Las numerosas caravanas de Rhine volvían a funcionar y una de ellas había oído hablar de una fiesta local. Habían abierto un puñado de puestos con la esperanza de obtener algún beneficio, por escaso que fuera.

Un viejo escriba-mago que viajaba junto a ellos había sacado algo de pólvora de un pequeño saco... cuando, boom, aparecieron fuegos artificiales en el cielo. Los vivos colores palidecían en el cielo del mediodía, pero el sonido de sus *pops* y el estallido de sus luces bastaban para hacer bailar el corazón.

Los magistrados locales solían financiar este tipo de espectáculos; los magos se ganaban la vida con ellos y con otras actividades. Había esperado con impaciencia. *¿Será así como descubra mis habilidades mágicas?*

Por desgracia, no fue así. Lo que antes eran buenas noticias, ahora sólo provocaban desesperación. Entre la multitud de niños que clamaban por otro, le pregunté al viejo hechicero cómo podía

aprender a usar la magia. Entonces me preguntó: «A ver... Joven, ¿cuántas lunas hay en el cielo?»

Me uní al coro de niños que me rodeaban y respondí simplemente: «Una».

Ah, mierda, espera. Recordé que me había fijado en unas cuantas habilidades relacionadas con la magia que ni siquiera me dejaban leer el texto descriptivo; entre ellas, muchas tenían nombres con implicaciones lunares. *¿Los magos ven una segunda luna? No, ¿quizá haya incluso más?*

Sin embargo, no siguió ninguna explicación sobre lunas o lo que fuera, y el anciano se limitó a darme unas palmaditas en la cabeza con una sonrisa comprensiva. A los otros chicos les pareció extraño su comportamiento y cedieron, pero yo era demasiado testarudo para ceder tan fácilmente.

Teniendo en cuenta que estaba en medio de su trabajo, yo debía de ser bastante molesto desde su punto de vista. Pensándolo racionalmente, mis acciones fueron bastante vergonzosas. Tal vez mi estado mental estaba siendo influenciado por mi cuerpo infantil, pero en cualquier caso mi emoción había echado por la borda todo autocontrol y consideración.

Sin embargo, parecía que era un personaje de carácter íntegro.

—Bueno, dame un minuto, —dijo el hombre—. No puedo dejar mi trabajo desatendido. —Y en efecto, volvió para hablar conmigo cuando terminó el espectáculo de fuegos artificiales.

Ya sin pólvora, el anciano sacó un frasco de agua y un pañuelo para limpiarse las manos. Tras un breve momento, sacó una vieja y gastada pipa del bolsillo del pecho y la rellenó de tabaco con mano experta.

—Joven —continuó—, eso no ha sido más que un truquito, difícilmente *magia* de verdad. En cualquier caso, no es algo que se pueda aprender en un día.

—¿Qué significa eso? —le pregunté.

La punta de su dedo se convirtió en una pequeña llama que utilizó para encender las hojas de su pipa. Sonrió.

—¿Puedes diferenciarlas? ¿Hechicería de verdad o simple magia de setos?

La humildad de admitir la propia ignorancia es el primer paso en el camino hacia la sagacidad. Podría tentar a la suerte con una de mis muchas hipótesis, pero preferí guardar las teorías personales y negué con la cabeza.

—La magia de setos utiliza las leyes de la naturaleza; la verdadera magia las doblé. —El axioma y la siguiente explicación que me ofreció eran bastante abstractos, así que permítanme reinterpretarlo con mis propias palabras. En esencia, la magia de setos era el arte de utilizar el maná que fluía por el propio cuerpo como desencadenante de una reacción pseudoquímica. La magia utilizaba el mismo maná para torcer o anular las leyes fundamentales de la naturaleza, por ejemplo, la noción de que existe una fuerza que tira de las cosas hacia abajo.

Una llama como la que parpadeaba en la yema del dedo del anciano podía ser una reacción química de combustión o el propio concepto de arder. El fuego provocado por un truquito podía quemar la pipa y el tabaco que contenía, al tiempo que consumía el oxígeno cercano para alimentarse. El elemento mágico estaba cargado de antemano: el maná era el cebador inicial que provocaba el fenómeno, y la brasa seguía su curso silenciosamente y se desvanecía.

Por otro lado, se podría inventar una llama mágica que sólo quemara las hojas de tabaco si el anciano lo hubiera deseado. No afectaría a la pipa ni necesitaría oxígeno para alimentarse. Sin embargo, una vez agotado el maná vertido en el hechizo, desaparecería sin dejar rastro, incluidos los signos reveladores de un fuego normal. Aunque el tabaco estuviera en plena combustión, se detendría espontáneamente. Esto también significaba que una llama hecha con magia verdadera podía permanecer encendida bajo una lluvia torrencial en un planeta sin oxígeno. Seguía las especificaciones de su hechizo hasta que se quedaba sin maná o el lanzador la detenía manualmente.

Aunque a primera vista parecían similares, ambos fenómenos se encontraban en niveles completamente distintos. Por poner un ejemplo, una bola de fuego lanzada por un mago de seto podía apagarse deteniéndose, dejándose caer y rodando. Pero la obra de un mago seguiría quemándote aunque te enterraras en el barro. Sinceramente, era un poder aterrador.

Mientras me deleitaba con asombro, el anciano continuó con el siguiente tema. Es decir, empezó a hablar de lo que se necesitaba para usar la magia. Según él, ninguna de las dos técnicas podía utilizarse lanzando maná al azar.

Todos los seres vivos contenían maná, y aunque el volumen difería según la especie y la predisposición individual, ninguna forma de vida existía sin él. La variación en la habilidad mágica venía dictada por la capacidad de cada uno para almacenar y producir maná. Básicamente, eran como el tamaño de un depósito de agua y el de la manguera conectada a él, respectivamente.

El último punto que dividía a los que podían usar la magia de los que no era la «visión» necesaria para manejar los hechizos. Los magos tenían ojos especiales que podían ver la estructura del mundo, y su magia era similar a saltarse una puntada a propósito mientras tejían un chaleco.

Debe de ser por eso que me preguntó cuántas lunas podía ver, me di cuenta al fin.

Algunos recibían sus poderes de percepción al nacer; otros llegaban a ver más tarde en la vida a través de algún episodio u otro. Los magos mensch solían ser estos últimos. En el tono amable y persuasivo que emplean los adultos para tranquilizar a los niños emocionados, añadió: «Existe un medio para inducir artificialmente este proceso, pero es *extremadamente* raro».

Era fácil comprender por qué. Dicho sin rodeos, tanto la magia como la hechicería se beneficiaban de ser oficios exclusivos. Si todos los campesinos pudieran lanzar hechizos, el valor de la magia caería en picado. Naturalmente, la nobleza que utilizaba su poder y la

influencia de magos y magas seguirían su ejemplo. No tenía ningún mérito permitir que proliferara la educación mágica.

Como resultado, la comunidad mágica había llegado al consenso de que sería mejor mantener sus secretos ocultos para todos excepto para aquellos que fueran dignos de ellos. Además, los aspectos técnicos del arte parecían seriamente desafiantes. Si alguien despertara su tercer ojo de maná y empezara a lanzar hechizos o conjuros a discreción, podría provocar un incendio inextinguible o desencadenar una serie de explosiones. Sería una tragedia menor si esto quemara una o dos casas, pero en el peor de los casos, este tipo de incidente podría arrasarlo todo un cantón. Querer mantener estos detalles en secreto era más que razonable.

Aquellos que hacían uso de la magia estaban ligados a su oficio por un pacto. Tenía sentido que yo no desbloqueara los prerequisites necesarios sólo por entrar en contacto con la magia una vez.

Bueno, para ser precisos, podría despertar a mis poderes por voluntad propia. El primer mago de la historia debió de hacer exactamente eso, y yo había encontrado algunos rasgos y desbloqueado habilidades que probablemente me habrían permitido utilizar la magia... pero eran demasiado ineficaces para mi gusto.

Estos hechizos no sólo tenían pocas probabilidades de éxito, sino que además tenían un elevado coste de maná y una gran variabilidad en cuanto a precisión y daño. Como ya he dicho en otras ocasiones, soy un devoto creyente de los valores fijos, ya que la suerte me ha rechazado durante años. Era una pena, pero no podía justificar desembolsar la experiencia para adquirir algo tan volátil. Si una tirada baja diera resultados decentes y los efectos mejoraran al aumentar los números, lo habría considerado, pero las opciones disponibles no estaban adaptadas a mi tipo de suerte. Si al menos hubiera habido una estadística de Suerte en la que invertir mis puntos...

En cualquier caso, sólo podía hacer una cosa para aprender magia correctamente: ahorrar dinero. A largo plazo, podía elegir entre ser aprendiz de un mago o matricularme en la institución oficial de formación mágica del Imperio, en la capital imperial. Ambas opciones costaban una cantidad ridícula de dinero que mi familia no

podía permitirse ni aunque vendiéramos cada centímetro cuadrado de nuestras tierras de labranza.

—¿Entonces no podré aprenderla...? —pregunté.

—Así son las cosas, jovencito. Lo siento... Soy un poco mayor para aceptar aprendices a mi edad, —dijo dando una calada a su pipa. Recorrió la zona con la mirada un momento y, con una sonrisa comprensiva, volvió a llevarse la mano al bolsillo del pecho—. Hm, hoy he hablado demasiado... ¿Crees que podrás mantener esto en secreto?

Asentí enérgicamente ante la pregunta juguetona del anciano. Estoy seguro de que parecí un niño de siete años sin ninguna actuación por mi parte.

—Muy bien. A cambio, puedes quedarte con esto. Ya no lo necesitaré. —El hombre sacó un viejo anillo desgastado. Su color era una mezcla indescriptible de grises entre la plata y el plomo, y carecía de cualquier tipo de adorno en su nombre. A pesar de su aspecto sencillo, mis jóvenes manos lo notaban bastante pesado, y era lo bastante grande como para que se me resbalara fácilmente del pulgar.

—Si alguna vez se presenta la oportunidad, este anillo te prestará su poder, —dijo.

—Gracias, señor, —respondí—. Pero ¿por qué me daría algo tan...

—¿Tonto?

Esta vez mi cabeza se agitó vigorosamente de un lado a otro. Admito que la idea se me *había* pasado por la cabeza, pero no podía evitar sentir que había algo más de lo que parecía. Después de todo, el viejo era la viva imagen de un mago. ¿Cómo podría un regalo suyo ser algo menos que un objeto clave?

—Algo muy valioso, —corregí.

El anciano soltó una carcajada de humo al oír mi apreciación.

—Eso es algo que utilicé en mi juventud. Eso es todo lo que es: apenas tiene valor un viejo anillo como ese.

No, estoy bastante seguro de que esto va a ser un objeto único vital, pensé. Así era como funcionaban los juegos de rol de mesa: el viejo caballero que tenía delante resultaría ser un sabio sin parangón, su anillo había sido fabricado hace un milenio con técnicas perdidas, etcétera, etcétera. En algún momento del futuro, seguro que conocería a alguien con más conocimientos técnicos que miraría el anillo y exclamaría: «¿Podría ser?!». Tú hazme caso.

—Bueno, el camino de la magia es impredecible. Tal vez te encuentres en él por un peculiar giro del destino. Cuídate, pequeño, —dijo con una sonrisa juguetona. Después de darme una palmadita en la cabeza, sacó más polvos y me despidió para volver a su trabajo.

Y así, con buenas y malas noticias rebotando en mi cabeza, recibí un tesoro de valor incalculable en la primavera de mi séptimo año.

[Consejos] Hay razas que necesitan un catalizador para utilizar magia y razas que no, y los mensch entran en la primera categoría. Además, un catalizador químico puede utilizarse para aumentar la eficacia o el rendimiento de la reacción de un truco de magia.

En realidad, yo ya había visto milagros en acción mucho antes de poner mis ojos en la magia. Ni que decir tiene que había presenciado el milagro que había curado a mi hermana el invierno pasado, pero el obispo también solía lanzar un puñado durante las fiestas.

Personalmente, me consideraba a mí mismo más devoto que la mayoría, y tenía toda la intención de venerar a los seres superiores, independientemente de los beneficios adicionales que pudiera reportar mi culto. Estoy seguro de que cualquiera de mis compatriotas japoneses se sentiría identificado: incluso aquellos que no eran explícitamente fieles inclinaban la cabeza al pasar bajo una puerta torii y cuidaban con esmero los amuletos que poseían.

Tenía toda la intención de venerar a los dioses de este mundo. Juro que es así...

—*Ugh... Los clientes del Reino Superior son tan...*

Hasta que, a los cinco años, había recibido una señal —o quizá sería más exacto llamarla profecía divina— de la Diosa de la Cosecha durante la misa dominical. En aquel momento, no pude evitar la extraña sensación de que me estaban subcontratando para rezar, y desde entonces no me atrevía a sumergirme en la sección de fe de mi árbol de habilidades.

Más tarde, le pedí al obispo que me enseñara más sobre las religiones del mundo y me enteré de que la mayoría de la gente era politeísta y aceptaba que el mundo estaba plagado de dioses. A diferencia de las sectas de la Tierra, aquí la gente simplemente adoraba a la deidad o deidades que ostentaban el poder en su región. Teniendo en cuenta lo evidentes que eran las presencias superiores, no podía culparles. En lugar de confiar en el boca a boca para extender su influencia, los divinos se inmiscuían directamente en los asuntos de los mortales, así que sería más extraño que el ambiente religioso fuera el mismo que en casa.

Los dioses protegían a sus adoradores a cambio de fe y empleaban el resto de su energía en competir entre ellos. Al parecer, entraron en conflicto directo en los primeros tiempos de la historia, pero hoy en día libraban guerras por poderes a través de sus súbditos mortales en un intento por alcanzar la supremacía.

Como resultado, algunos dioses se alineaban en panteones similares a los de los antiguos griegos (los del Imperio eran un buen ejemplo), otros pretendían ser el Dios único, omnisciente y omnipotente, y otros eran partes de la naturaleza que adquirían divinidad a través de la devoción humana. El panorama religioso era tan colorido y diverso como absolutamente caótico. Estoy seguro de que este mundo tuvo su buena dosis de sabios que caminaban sobre el agua, hacían pan y repartían profecías.

Sin embargo, por muy divinos que fueran, los seres superiores de este mundo sólo eran de este mundo. Es decir, no eran Bodhisattva

ni Shiva¹⁵, y se limitaban al planeta en lugar de gobernar todo el espacio y el tiempo. El texto explicativo de algunas de las habilidades de fe de más alto nivel explicaba que el tiempo que pasaban gobernando este mundo no era más que un entrenamiento para ganarse el derecho a dar a luz un nuevo mundo más adelante.

En esencia, la «subcontratación» de la que había hablado el futuro Buda daba en el clavo. Al darme cuenta de que ni siquiera los dioses podían librarse de este tipo de burocracia, se me saltaron las lágrimas.

Mis habilidades basadas en la fe se habían desbloqueado tras mi profético mensaje, pero el flagrante trato de favor atenuó mi entusiasmo. Piénsalo: Sería como un nuevo empleado emparentado con el director general. Eso es incómodo para ambas partes.

Por supuesto, comprendí que las habilidades religiosas serían útiles. Los milagros eran como un sacramento, que utilizaba el privilegio de ser un creyente devoto para provocar un cambio divino en el mundo. No requerían maná y se hacían más poderosos con el celo propio. Además, la acción en sí era técnicamente el ejercicio del poder de un dios, por lo que (precisión y resistencias aparte) no había riesgo de fracaso. No tenía ningún reparo en su eficacia.

Pero... no podía borrar la incómoda sensación de mi corazón. La tolerancia religiosa y la experiencia empresarial que había adquirido en mi vida anterior no encajaban bien con las acciones de un ferviente devoto. Además, el hecho de que las habilidades basadas en la fe fueran un poco más baratas de lo que parecían valer tenía un fuerte olor a cebo para algún plan divino aún no revelado. A pesar de su poder, esto no hacía más que disminuir su valor en mi mente.

Toda esta pesadez amenazaba la siempre crucial fe que me permitía utilizar estas habilidades en primer lugar. Podía emplear toda la experiencia del mundo en estas habilidades, pero no sabía lo que me ocurriría si mi estado mental se degradaba lo más mínimo. Los dioses eran aterradores. Con lo mucho que intervenían en los asuntos

¹⁵ Shiva es uno de los dioses más importantes del panteón hindú y se le considera miembro de la sagrada trinidad del Hinduismo, junto con Brahma y Vishnu.

cotidianos, provocar su ira era una grave preocupación. Después de todo, tanto la estantería de la iglesia como el propio obispo estaban llenos de historias sobre juicios celestiales.

En cualquier caso, no había ninguna mecánica del tipo «¡Aprender magia te impedirá hacer milagros!». Una parte de mí sentía que no sería tan malo besar a los dioses, pero mientras veía al obispo esparcir polvo y rezar para convertirlo en flores durante las fiestas de primavera, sentí que me invadía una amargura contradictoria.

[Consejos] Las habilidades de fe son activadas por los dioses. Como resultado, es imposible utilizarlas para actuar en contra de la voluntad divina. Las actividades fraudulentas, dañar a inocentes o participar en guerras religiosas injustificadas son sólo algunas de las acciones que los dioses no permiten.

La resistencia de un niño es un pozo sin fondo. La forma en que mis hermanos salían corriendo de casa para jugar después de nuestras agotadoras horas de trabajo no hacía sino reforzar esa idea. Su asombro infantil era radiante. Me recordaba a la visión cegadora de los niños del colegio retozando durante educación física, los recreos y después de clase hasta que se ponía el sol. Mi cuerpo anterior se había vuelto crujiente por años de trabajo de oficina y de conducir. Para un anciano que apenas podía correr diez minutos para tomar un tren, sus juegos me resultaban extraños.

—¡Vamos, Erich! —me llamaron mis hermanos—. ¡¿Qué haces?! ¡Vámonos ya!

Bueno, ahora estoy en el cuerpo de un niño, así que debería poder seguirles el ritmo. Aun así, toda esta actividad era mentalmente agotadora. Quería relajarme después de un duro día de trabajo.

—¡Hoy yo voy a ser el líder! —exclamó Michael—. ¡Seré el espadachín! El, um, uhh... ¡el dullahan, Emil!

—¡Guau, impresionante! —dijo Hans—. ¡Entonces yo seré nuestro explorador, el errante Sir Carsten!

—¡Eh, esperen! ¡Yo soy el mayor, así que se supone que yo debo elegir primero! —gritó Heinz—. ¡Ah bien, entonces yo seré Nicolaus, la llama del cielo!

—¿¿Quééé?! ¡Pero ahora tenemos dos guerreros! —protestó Michael.

—¡Sí, no necesitamos dos espadachines! —Hans coincidió.

—¡Ustedes se callan! ¡Yo no sé nada de magos! —replicó el mayor.

Mi cansancio hizo poco más que una suave brisa para disuadir a mi banda de hermanos de aventurarse de nuevo en el bosque. Con mis armas caseras (que, por supuesto, eran meros juguetes de madera) en la mano, estaban listos para partir y jugar a ser aventureros.

Desde principios de la primavera hasta el comienzo del verano, cada granja tenía un calendario de trabajo diferente. Naturalmente, esto llevaba a muchos niños a jugar con sus hermanos y hermanas durante esta estación. A diferencia del tranquilo verano, era casi imposible reunir a todos los niños del vecindario para jugar, así que nuestras opciones eran bastante limitadas.

La opción de siempre era un buen juego de simulación a la antigua usanza. Estoy seguro de que todo el mundo ha interpretado alguna vez en su vida el papel de su héroe favorito en un parque o en el patio del colegio. Este tópico se mantenía en este mundo, con la única diferencia de que los personajes de la televisión y el manga fueron sustituidos por los héroes populares transmitidos a través de canciones y leyendas.

Aunque antes mencioné que los aventureros eran meros manitas, históricamente habían sido los protectores de la humanidad durante los conflictos divinos en la era de los dioses. En una época en la que bestias monstruosas vagaban por la tierra y los pueblos del planeta tenían poco espacio al que llamar suyo, surgieron héroes poderosos

que viajaban para acabar con aquellos que amenazaban vidas inocentes, y así nacieron los primeros aventureros.

A su imagen se fundó la moderna Asociación de Aventureros. Al parecer, esa era la razón por la que a los aventureros se les permitía cruzar fronteras libremente en una época en la que la globalización era una broma digna de risa en el mejor de los casos. La organización abarcaba varios estados y continentes para prepararse para el día en que una amenaza mítica volviera a presentarse.

Por supuesto, cada nación lanzaría sus propias fuerzas militares en un asunto como ese, por lo que la razón de ser de la Asociación hacía tiempo que había dejado de tener sentido.

Independientemente de la realidad de la situación, a los niños les gustaban los aventureros legendarios. Mi segundo hermano, Michael, se había puesto la máscara de Emil, el legendario dullahan que había matado a una tremenda polilla que escupía veneno. Mi tercer hermano, Hans, había adoptado el seudónimo de Sir Carsten, el famoso caballero que recorrió el mundo a pesar de estar maldito por los dioses. Acabó ganándose su perdón y obtuvo el asombroso poder de obrar milagros.

Por último, mi hermano mayor, Heinz, se había inspirado en la historia de un cazador de dragones que blandía una espada sagrada bañada en fuego eterno para ganar una cabeza de dragón tras otra. Todos y cada uno de ellos eran una leyenda inmortal, pero tener dos espadachines y un explorador sobrecargaba tanto el grupo que me daban ganas de ponerme a despotricar sobre la composición del equipo.

Podría haber funcionado con cinco jugadores, pero con sólo cuatro de nosotros, un guardia delantero con la habilidad de atraer a varias unidades sería suficiente. A partir de ahí, un guardia intermedio, un sanador y un mago completarían bien el grupo. ¡La composición del equipo es importante, maldita sea!

Una aventura diseñada para un grupo debía incluir enemigos suficientemente poderosos. Sería absurdo desafiarlos con un equipo que tuviera más agujeros que sustancia. La hilarante posibilidad de

que un grupo sin magia no pudiera rastrear rastros de magia —o peor aún, que fueran demasiado analfabetos para encontrar la línea de misión principal— se cernía sobre nosotros.

—Um... —intervine—. Supongo que yo seré San Raimundo.

—Siempre estás eligiendo sacerdotes y magos, —señaló Hans—. ¿No es un poco aburrido?

¿Me pregunto por qué! Dejando a un lado el sarcasmo, no me gustó que Hans se burlara de la retaguardia. ¿Te gustaría intentar luchar contra enemigos incorpóreos sin ningún tipo de magia? Te haré saber que la inutilidad de intentar abatir a un espectro con una espada es bastante agotadora para el espíritu.

—Déjale hacer lo que quiera, Hans, —dijo Michael—. ¡Muy bien, adelante hombres! ¡¡¡La moneda de hadas espera!!!

—¡¡¡Sí!!! —gritaron los otros dos al unísono.

Al final, todo esto era un juego de simulación. No éramos espadachines cazando bestias inmundas; éramos niños cazando el cuento de hadas de un anciano. No había necesidad de discutir sobre el equilibrio o la composición. Por supuesto, estaría a punto de dar la vuelta a la mesa si se tratara de un juego de verdad.

Mis hermanos empuñaron sus espadas de juguete y su ballesta desencordada y se adentraron en el bosque. Yo tomé el siempre impopular bastón (que seguía sin usarse a pesar de lo mucho que me había esforzado por darle un aspecto genial) y me apresuré a seguirlos.

Nuestro objetivo, como siempre, era la moneda del hada. Era un premio insignificante para un grupo de héroes tan venerables, pero parecía que a mis hermanos les parecía más emocionante perseguir un tesoro que podía existir que cazar monstruos con los que nunca nos encontraríamos. Dependiendo de la estación del año, las hadas a veces bailaban en el rincón de la visión, por lo que la moneda de la leyenda resultaba aún más atractiva.

Dicho esto, las hadas sólo aparecían en los cuentos como fuentes de problemas. Si esta moneda estaba realmente imbuida de su poder, ¿quién podía decir si estaba bendita o maldita?

Seguí a mis tres hermanos que cantaban mientras se adentraban en el bosque. La forma en que marchaban en lo que podría definirse como una fila india y llevaban mochilas llenas de mis armas de madera me hizo sonreír de verdad. *¿No tiene todo el mundo una aventura así cuando es niño?*

Desde luego, los aventureros no tenían la mejor reputación, pero me pregunté si era realmente imposible tener un viaje divertido con un grupo lleno de compañeros soñadores. Quizá incluso tuviéramos la oportunidad de dejar nuestros nombres en la historia como los héroes a los que ahora imitábamos mis hermanos y yo. Mientras consideraba las posibilidades, me venían a la mente las brillantes historias de los aventureros que yo había vivido.

...Quizá ir de aventuras no sea tan malo. No es que yo lo haya intentado. Quién sabe, quizá los adultos nos cuentan todas las malas historias para evitar que sus hijos se conviertan en vagos profesionales.

Mientras emprendíamos nuestra búsqueda infantil, por fin caí en la cuenta. Por muchos sermones que recibiera, la ambición y la pasión que encendía la palabra «aventura» nunca se apagarían.

[Consejos] La Asociación de Aventureros es una organización colectiva que garantiza la identidad de las personas de base a las que sirve. Aunque técnicamente trasciende las naciones, en la práctica las ramas de cada estado son en su mayoría autónomas y sólo sirven para retransmitir el trabajo desde dentro de las fronteras de su país. Las distintas ramas mantienen una comunicación mínima entre sí.

Otoño del octavo año

Pifia

La cumbre de la mala suerte. Como contrapunto a los golpes críticos, las pifias suelen resultar en un fracaso, independientemente de cómo salgan las cuentas.

Los ataques fallan; si caminas por la calle, caes en una alcantarilla; si intentas leer un libro, tu cerebro explotará y se te chorreará por la nariz.

Las pifias se representan con ojos de serpiente al tirar 2D6, 95 a 100 para 1D100, y un 1 al tirar 1D20.

Algunos juegos incluyen una temible «tabla de pifias», que es una colección de desgracias como el daño autoinfligido. En juegos con reglas severas, la tabla de pifias puede hacer que cambien las relaciones entre los personajes jugadores. El Maestro del Juego puede encontrarse en un buen aprieto cuando uno de los personajes se revela de repente como malvado, como una especie de supervillano de dibujos animados del sábado por la mañana.

Sin embargo, de vez en cuando, este tipo de pifias serán un golpe crítico para la historia y se convertirán en un trozo de historia inmortal entre amigos.

Cierto Virgo enfermizo y piloto de aviones comerciales se autodenominó una vez «hombre impaciente»; por mucho que me molestara la comparación, ahora me preguntaba si mi propio cumpleaños prematuro de otoño era la razón de mi falta de moderación.

Tras celebrar mi octavo cumpleaños (sorprendentemente, Rhine funcionaba con un calendario solar de doce meses, lo que significaba

que este planeta tenía aproximadamente la misma escala que la Tierra), me tomé un momento para echar un vistazo a mi página de estadísticas. La prueba innegable de mis hábitos incurables me llenó de temor.

Mira, cuando me tomo la molestia de ordenar las habilidades recién desbloqueadas y encuentro una habilidad generalista de larga duración —por calderilla, nada menos—, no puedo evitarlo. Lo entiendes, ¿verdad? Puede que te devanes los sesos ante una gran compra, pero un rápido «¿Por qué no?» es toda la resistencia que puedes reunir para un simple libro de bolsillo. Y a final de mes, culmina con una factura de la tarjeta de crédito que hace que se te escapen improperios por la boca.

En cualquier caso, el resultado final fue que había echado mano de mis ahorros unas cuantas veces el año pasado para hacerme con un puñado de rasgos de la categoría Cuerpo. Físico Felino me proporcionó una gran flexibilidad. Me hacía menos propenso a las heridas, mejoraba mis caídas, me ayudaba a resistir los ataques de agarre y me daba una bonificación a las acrobacias. Incluso incluía una bonificación de corrección al caer desde alturas. Esqueleto Flexible potenciaba mis huesos y me permitía evitar rompérmelos cuando creciera. Ojos de Gato me permitía ver con claridad por la noche. La visión nocturna era lo bastante clara como para leer un libro bajo la tenue luz de las estrellas. Estómago de Acero era un rasgo que reforzaba mi sistema inmunológico al permitirme resistir tanto las intoxicaciones alimentarias como algunos venenos reales.

Todo esto era de vital importancia: después de todo, no quería tener una muerte embarazosa cayéndome por las escaleras o algo así. Teniendo eso en cuenta, me pareció que esta alineación era perfecta para mantener una vida cotidiana saludable. Eso, siempre y cuando ignorara las circunstancias en las que compré cada rasgo.

Me había hecho con Físico Felino y Esqueleto Flexible para seguir el ritmo de Margit y los demás niños a medida que nuestros juegos se volvían cada vez más intensos. Tanto si jugábamos al zorro y la oca como si nos peleábamos, los niños del campo eran increíblemente revoltosos. Y la única razón por la que tenía Ojos de

Gato era que me había sentido frustrado por lo difícil que era mi trabajo secundario por la noche, y Estómago de Acero había sido una compra de pánico cuando mordí un higo de sabor peculiar.

Resultaba sorprendente lo poco que había pensado en esta breve selección de rasgos. Estaba claro que la moderación no era una palabra presente en mi diccionario. Aun así, me las había arreglado para trazar la línea en alguna parte, sin permitirme todavía tocar las habilidades laborales de más alto nivel.

Además, mis decisiones no habían sido *del todo* descabelladas. Esto estaba bien dentro del alcance de mis planes iniciales. Probablemente. Un cuerpo robusto era perenne, y mi visión nocturna nunca —o *casi* nunca— sería un obstáculo en una época sin farolas. Sólo tenía que ignorar el momento en que vislumbraba a mis padres haciendo ejercicio amistosamente.

En realidad, mi estrategia original de aumentar mis estadísticas básicas iba viento en popa, así que mis desvíos apenas tuvieron repercusiones a largo plazo. Cuando alcanzara la madurez, mi estatura rondaría los 180 cm y mi musculatura se endurecería en lugar de hincharse.

También se me había pasado por la cabeza que estaría bien parecerse a mi madre y ser un chico guapo de contornos esbeltos, pero por desgracia la categoría de belleza estaba sellada con el resto de los rasgos de nacimiento. Había pensado que probablemente estaba bloqueada para evitar que consiguiera un rostro tan apuesto que cegara al instante a cualquiera que me contemplara. Al sentirme perseverante, adquirí Salido a su Madre y Calmante de Ver como una forma de atacar al sistema, lo que me entusiasmó por cómo me vería en el futuro y también me preocupó un poco por haber ido demasiado lejos...

A pesar de todo lo que había gastado, mi estadística básica más baja era Fuerza en IV: Media, lo que me situaba por delante de lo previsto. Mi objetivo provisional era tener todas mis estadísticas en V: Bueno cuando cumpliera diez años, pero parecía que iba a completar mi tarea un año antes.

Hablando de estadísticas básicas, hacía poco que había descubierto que la cantidad de puntos de experiencia ganados se correlacionaba directamente con la Inteligencia y la Memoria. Me había topado con este incremento cuando un día subí de nivel las dos a la vez. Esta interacción no se mencionaba en ninguna parte, así que era un modificador oculto que probablemente se justificaba afirmando que las personas más inteligentes aprendían más rápido. Este tipo de cosas eran bastante comunes en los videojuegos antiguos: cierto juego postapocalíptico sobre vagar por el páramo nuclear americano empleaba la misma táctica con su estadística INT. Era parte del sistema.

Esto explicaba por qué Inteligencia y Memoria habían sido un poco más caras de subir de nivel. Si hubiera sabido que podía recuperar la experiencia que invertía en esas estadísticas, habría apostado por ellas hace tiempo.

Mientras estaba sentado en mi sitio habitual para lamentarme por mi monedero suelto y alegrarme por mis progresos, un repentino escalofrío me recorrió la nuca. Mi habilidad Detección de Presencia me alertó de la presencia de un tercero. No había oído pasos ni respiraciones, así que no podía ser mi familia; es más, la presencia estaba *en el tejado*. Sin pensarlo ni un momento, salté hacia delante. Pude oír el débil sonido de alguien aterrizando sobre el montón de leña que acababa de abandonar.

—Qué pena, —dijo Margit chasqueando la lengua. Me giré para ver que estaba decepcionada por no haber conseguido atrapar a su presa.

Margit había crecido muy poco desde el año pasado, pero seguía siendo difícil creer que me llevaba dos años. Su habilidad como cazadora, por otra parte, era mejor que nunca. Yo había invertido un montón de recursos en subir Detección de Presencia a V: Adepto, pero ella se me había escapado del radar con facilidad.

—¿No puedes venir normalmente? —le pregunté.

—Imposible, —anunció de forma palaciega. Luego, con un mohín, añadió—: ¿Cómo podría disfrutar de algo tan aburrido?

Hmm... Definitivamente sabe lo lindo que es ese mohín. Yo no tenía ninguna queja sobre el uso deliberado de sus encantos, ya que, bueno, ella era linda. Pero eso no impidió que me avergonzara de mí mismo por morderme la lengua y renunciar a mi respuesta. Juro que las chicas más jóvenes nunca estaban en mi zona de ataque...

Margit se hizo a un lado y me dio una palmada en mi asiento habitual, haciéndome señas para que volviera. A pesar de su aspecto infantil, sus modales en situaciones como aquella resultaban curiosamente atractivos. Obedientemente, me senté y ella se subió a mi regazo como si nada, *de cara a mí*. Nos sentamos en una especie de posición de loto.

Pero como yo era un niño inocente, carecía de las típicas fantasías que uno puede tener. Me di cuenta de que intentar remediar la situación sería contraproducente y haría que sus insinuaciones se multiplicaran por diez, así que tomé la prudente decisión de ignorarla.

En aquel momento no lo sabía, pero los aracnes son una especie matriarcal y, al igual que otras especies en las que las hembras dominan a los machos, su sentido de la virtud y la sexualidad es el reverso de los mensch. Como curiosidad, también tienen la extraña costumbre de negarse a cohabitar con su pareja si ambos son aracnes.

—Entonces, ¿qué necesitabas? —pregunté.

—¿Qué? Simplemente quería verte la cara. —Junto con su encantadora sonrisa, la declaración de Margit desbordaba significado oculto. La forma en que inclinó la cabeza me llegó al corazón a pesar de mis muchos años de experiencia como hombre. Me alegré de que sólo fuera una niña; si no, me habría metido en un buen lío... *Espera, ¿no estoy ya en serios problemas ahora?*

—¿Qué se supone que significa eso...? —pregunté.

—Por fin he terminado de acompañar a mi familia en su trabajo del día, —dijo, cambiando de conversación—. ¿Y tú...?

—Pronto estaré ocupado. —Dejé a un lado el misterioso tinte de tristeza que sentía y volví mi mente al hecho de que mi cumpleaños

había llegado y pasado. Eso significaba que la temporada de cosecha estaba a punto de llegar.

La siega, la trilla y la entrega dejaban poco tiempo para el ocio, e incluso después de eso había toda una serie de otros trabajos por hacer. Ni siquiera podía contar cuántas cosas había que empaquetar antes de la primera nevada del invierno. Sabiendo que mi trabajo estaba ligado al éxito de mi familia, incluso un tacaño como yo estaba dispuesto a invertir mucha experiencia para mejorar mi destreza en las tareas agrícolas.

Con seis trabajadores en la familia, un caballo y la ayuda de nuestros familiares y amigos, a duras penas conseguíamos hacer todo el trabajo del campo, para luego echar una mano a los que nos habían ayudado. Para colmo, teníamos que hacer el papeleo de vender nuestras cosechas para pagar nuestros impuestos líquidos y, al mismo tiempo, mantener suficientes existencias para pagar nuestros impuestos sobre las cosechas. La aplastante ola de ajetreo se sentía como si la libertad del verano se estuviera pagando con intereses.

Mi Resistencia y Aguante estaban en VI: Soberbio, pero la estación aún conseguía reducir mi pequeño cuerpo a un caparazón chirriante. Pensar en ello me hacía un nudo en el estómago, pero no podía quejarme; después de todo, nuestra casa tenía la suerte de contar con un caballo y cuatro hijos.

—Ya veo, —dijo la pequeña aracne—. En efecto, nosotros pronto estaremos más ocupados también. —Soltó una risita, pero yo sabía que los cazadores tenían mucho que hacer durante el otoño y el invierno. A Margit le habían regalado su propio arco este año y me había contado emocionada cómo sus padres la llevaban de caza para que aprendiera lo básico—. Supongo que tendremos que divertirnos mientras podamos.

—¿Sólo nosotros dos? —reflexioné en voz alta. En cuanto lo pregunté, Margit puso cara de estar a punto de llorar. *¡Qué expresiones más vivas tiene!*

—¿Eso es un no? —me susurró al oído. Su voz era una pluma que me recorría la columna vertebral, provocando escalofríos en todas

direcciones. Se me metió en el oído y me hizo un agradable cosquilleo en el cerebro.

Sé que eres una chica y todo eso, ¡pero no deberías ser tan buena ligando, jovencita! ¿O es que todos los aracnes son así? Como ocurre con la mayoría de los caballeros del mundo, yo tenía debilidad por las mujeres encantadoras, y lo único que podía hacer era mover la cabeza de un lado a otro.

No me consideraba denso, per se, pero sólo ahora empecé a cuestionarme si había establecido aquí algún tipo de bandera de relación. *¿Cuándo, dónde y cómo me tropecé con este argumento? Yo no lo llamaría desagradable, pero un hombre cuya edad mental rozaba los cuarenta años y una aracne que apenas y llegaba a los dos dígitos era una pareja bastante cuestionable. ¿Qué clase de bicho raro dirige este juego?*

Quería evitar desesperadamente que la situación se complicara más de lo que ya estaba, así que intenté desviar la conversación. Aunque no me disgustara su afecto, técnicamente seguía teniendo *ocho años*. Tenía que proteger mi pudor.

—De acuerdo, entonces cuéntame lo que has aprendido en la escuela, —sugerí.

—¿Quieres que te enseñe? —preguntó. Sus ojos llorosos se desvanecieron en el aire e inclinó la cabeza hacia el lado opuesto al de antes. Es una ternurita.

—Sí. Todos dicen que es aburrido, pero quiero saber qué haces allí.

Al principio esperaba que mi hermano me enseñara, pero lo único que conseguía de él eran quejas. Mi padre era lo bastante estricto como para atiborrarle el cerebro con la lengua palatina y la escritura, pero la historia, la poesía y las matemáticas eran para él empeños inútiles. Él estaba seguro de que olvidaría todo lo que había aprendido para cuando se reanudaran las clases en invierno.

—A ver, —musitó Margit—. Aprendimos a hablar el dialecto palaciego, así como a leer y escribir... Y también hubo un sencillo

curso de derecho. Aparte de eso, pasábamos la mayor parte del tiempo aprendiendo historia y escribiendo poemas.

Por otra parte, Margit era una alumna ejemplar, como demuestra su fluidez al hablar. Evidentemente, sus padres y profesores la habían instado a utilizar el dialecto superior en las conversaciones cotidianas para que no olvidara lo aprendido. La hermosa y melódica pronunciación de sus palabras distaba mucho de la infantil lengua vernácula en la que hablábamos mis hermanos y yo. Una sola frase bastaba para darse cuenta del esfuerzo que había dedicado a sus estudios.

—Suenas divertido, —exclamé—. ¿Me enseñarías?

—¿Eh? Supongo que sí.

La lengua palaciega era necesaria para triunfar en este mundo, como mi padre explicaba con tanta sinceridad a mi testarudo hermano. Naturalmente, eso hizo que yo también quisiera aprenderla, pero mi padre estaba ocupado y mi hermano no iba a ser precisamente un gran tutor.

Esta era la oportunidad perfecta para desbloquear las condiciones necesarias para aprender el dialecto. La magia no era el único campo de especialización en el que no podía introducirme de forma autodidacta; los estilos de esgrima, los conocimientos literarios, los asuntos legales y demás estaban fuera de mi alcance.

Mi mejor conjetura era que mi sistema de habilidades, similar al de los juegos de rol de mesa, no era capaz de forjarme conocimientos si el concepto con el que trabajaba era total y absolutamente desconocido. La razón por la que cierta clase de sabios podía aprender idiomas con tanta facilidad tenía que ser que encontrar un maestro y leer libros era demasiado complicado para transmitirlo en el juego. De lo contrario, no había forma de que pudieran aprender un idioma entero por el precio de unos míseros 1.000 puntos de experiencia.

—Entonces, ¿qué tal si empezamos con tu vocabulario?

—¡Sí! ¡Gracias, Margit! —Grité con el tono infantil del que por fin iba a poder librarme. Hasta ahora, sonaba como un niño pequeño

en cuanto abría la boca, por muy maduramente que organizara mis pensamientos. Me aliviaba tener por fin una forma de hablar con normalidad.

—Entonces empecemos con esto, —dijo Margit.

—¿Eh? —Mi cerebro se congeló mientras intentaba comprender lo que ella estaba haciendo. Tenía la boca muy abierta y la lengua fuera, como si la estuviera exhibiendo. Encima, un tentador dedo le recorría la lengua—. ...¿Margit?



En medio de mi confusión, me tomó la mano juguetonamente y sonrió.

—La enunciación es la vida y la sangre del palacio imperial. La forma en que debe moverse la lengua es totalmente distinta a la del habla normal, ¿sabes? Este es un método que me enseñó mi profesora. Usas el dedo para aprender la forma de la lengua de un hablante fluido y luego la colocas en tu propia boca para imitar sus movimientos. Claro que mi profesora no me dejaba hacer esas cosas. —concluyó con una risita. Su sonrisa de suficiencia me hizo entrar en pánico, a lo que ella preguntó—: ¿Qué? ¿No quieres?

—Um, bueno, —tartamudeé—, Es que... —Era embarazoso incluso admitir lo vergonzoso que era. Sentí calor mientras mi cara se ponía roja y la hirviente incomodidad me hacía sudar por la espalda. *¿Lo hace a propósito? De cualquier manera, ¡esta chica es demasiado provocativa!*

—Oh, ¿prefieres otro método? —preguntó Margit—. Hay otro medio que mi madre me presentó...

—¿En serio?! ¡¿Cuál es?!

La risita de Margit se intensificó y las comisuras de sus labios se dibujaron en una maravillosa y llamativa sonrisa. Se acercó hasta que nuestras narices se tocaron y nuestras respiraciones se entrelazaron. Sus ojos color avellana brillaron tenuemente y sentí como si fueran a clavarse en los míos hasta que llegaron al fondo de mi mente. *¿Es esto lo que se siente al ser devorado por una araña?*

—Según mi madre... sería más rápido sentir mi lengua con la tuya. ¿No estás de acuerdo?

—¿Qué?! —Chillé. *¡¿La Sra. mamá de Margit?! ¡¿Qué demonios le está enseñando a su hija?! ¡Tiene diez años!*

—Pero supongo que deberíamos dejarlo para cuando seamos adultos. ¿Qué te parece si seguimos con el método para niños?

—No creo que ninguno de los dos sea para...

Justo cuando intentaba exponer mi caso, una sensación húmeda envolvió mi dedo.

[Consejos] Ser tutelado puede recompensar con puntos de experiencia o reducir el umbral de adquisición de habilidades. A veces, esto puede hacer que la habilidad o el rasgo cambien su efecto.

Cuando el caos del otoño llegaba a su fin, Johannes y Hanna se encontraron angustiados por otra forma de caos. Sus muchas responsabilidades les habían impedido supervisar los estudios de su hijo mayor, Heinz, y éste había olvidado todo el material que había aprendido en verano.

Al cabo de unos años de asistir a la escuela del magistrado, era tradición que los alumnos le dieran las gracias personalmente durante las fiestas de primavera. Allí, todos y cada uno de ellos recitaban un poema utilizando el dialecto formal que habían aprendido durante sus estudios. Esta oda a la primavera era famosa como puerta al éxito. Los nobles de la tierra eran conocidos por permitir a los niños ampliar sus estudios si se mostraban prometedores desde una edad temprana. Algunas almas afortunadas podían incluso asegurarse un futuro como burócratas si al magistrado le entusiasmaba su rendimiento. Johannes y Hanna no tenían tales ambiciones. Querían a su hijo, pero no tenían el cerebro lleno de tonterías.

Todo lo que podían pedir era que Heinz completara su recitado sin provocar la ira de nadie en la multitud. Y, sin embargo, sus humildes esperanzas se tornaron en desesperación cuando se sentaron a examinar a su hijo después de vaciar los campos. Era dudoso que mejorara hasta alcanzar un nivel respetable en un solo invierno.

Mientras la pareja temblaba por razones ajenas al creciente frío, su hijo menor se presentó ante ellos una noche con la cabeza bien alta. Anunció que había immortalizado su aprecio por ellos en forma de poema. Al parecer, el chico había aprendido la lengua palaciega de un amigo y quería animar a sus exhaustos padres con una canción. La

pareja se sorprendió y escuchó con impaciencia la interpretación del pequeño.

Aunque tosco, el poema estaba bien hecho. Algunas de las palabras elegidas eran bastante infantiles, pero eso sólo hacía que pareciera más genuino. No había nada fuera de lugar en su voz preadolescente, que articulaba cuidadosamente cada palabra.

El poema era perfecto. La pronunciación era perfecta. La letra seguía perfectamente la forma tradicional. E igual de perfecto fue el uso que el chico hizo de la lengua palaciega femenina.

Cuando el recital llegó a su fin, el chico esperaba los pensamientos de sus padres con una sonrisa radiante. Ni Johannes ni Hanna pudieron abrir la boca. Durante el invierno siguiente, al hijo mayor se le unió su confundido hermano pequeño mientras la pareja empezaba a repasar los fundamentos del habla imperial.

[Consejos] Hay varios subdialectos dentro del habla palaciega. Algunos se dividen por sexos, mientras que otros se reservan a personas de distinta estatura social: los nobles de clase alta hablarán de forma diferente a los de clase baja.

Verano del octavo año

GM

Un Game Master (o maestro del juego) está a cargo de las fuerzas fuera del control de los jugadores. Redacta los escenarios, prepara a los enemigos y tira los dados para los malos. Son a la vez el anfitrión acogedor y el malvado último jefe.

Muchos juegos tienen sus propias variantes del título, como la Mano del Destino, el Guardián o el Gobernante. A menudo se puede saber a qué juego de rol de mesa suele jugar una persona escuchando su término preferido para este papel.

Unos meses después de haber cometido un grave error lingüístico que seguramente me seguiría hasta la tumba, la oratoria de Heinz ante el magistrado había concluido sin incidentes. Con el recuerdo de mi habla femenina enterrado en una fina capa de tierra junto a las semillas de primavera, me encontraba en las afueras del pueblo.

—Me alegro de verlos a todos aquí, mocosos.

Miré alrededor de una llanura sin rasgos característicos bordeada de granjeros de nuestro cantón. Todos eran caras conocidas con un único rasgo unificador: ninguno de nosotros era el hijo mayor de nuestros respectivos hogares. Todos los presentes eran muchachos incapaces de heredar las granjas de sus padres.

El caballero de mediana edad que nos precedía nos había obligado a permanecer firmes en fila india. El hombre, alto y fornido, lucía una armadura de cuero curtido y blandía una espada larga roma. Sus ojos hundidos y los mechones grises que asomaban de su pelo pulcramente cortado sólo hacían que el tipo conocido como Lambert

pareciese más apto para su cargo de capitán de la Guardia de Königstuhl.

—Bienvenidos a nuestra primera sesión de entrenamiento, — anunció.

Nos habíamos reunido para participar en un proceso de selección y entrenamiento organizado por la Guardia de Königstuhl. Según lo que Margit me había contado sobre el gobierno imperial, la jerarquía militar era muy moderna y sistemática.

Cada región estaba dirigida por un noble de alto rango, que a su vez permitía a los nobles de menor rango gestionar los distritos administrativos bajo su control. A continuación, los miembros de la clase más baja de la nobleza o los caballeros distinguidos se encargaban de dirigir cantones y ciudades como magistrados locales. Todo este sistema escalonado parecía muy pintoresco y más que un poco estereotipado, pero la distribución del poder se asemejaba mucho a los modernos sistemas burocráticos de Japón, sólo que con la herencia sustituyendo a las elecciones.

Lo que esto significaba era que el cantón de Königstuhl estaba dirigido por el clan de caballeros imperiales de Thuringia, que residía en el castillo de Königstuhl, pero no eran en absoluto la autoridad final. Puede que Sir Thuringia fuera designado por el señor local para gobernar, pero con varios cantones bajo su jurisdicción, tenía poco tiempo libre para la administración diaria de Königstuhl. Además, no tenía suficientes hombres para proteger todo su territorio a la vez. En esto se diferenciaba el sistema de la Tierra moderna. Los ejércitos permanentes suponían un enorme agujero en el bolsillo. Eran tan costosos que sólo en la era moderna habían pasado de ser un lujo a la norma.

Ni que decir tiene que Sir Thuringia empleaba una orden de caballeros y tenía la capacidad de reclutar ciudadanos para mantener la paz en sus fronteras. Sin embargo, estas tropas eran pacificadores activos, no guardias de seguridad, y pasaban la mayor parte del tiempo encerrados en el castillo a la espera de ser desplegados. Mientras que un ejército permanente gastaba mucho dinero, un ejército en marcha era mucho peor. Ubicarlos donde pudieran lanzar

una campaña en cualquier momento era lo más responsable desde el punto de vista fiscal.

Esto era relevante hoy en día porque cada cantón necesitaba ser capaz de reunir una fuerza defensiva en caso de emergencia para ganar tiempo hasta que pudieran llegar refuerzos cualificados. La tecnología aquí era más avanzada de lo que había supuesto en un principio, pero aún no podía compararse con las maravillas del avance científico que yo había visto antes. En caso de ataque, un mensajero tardaría la mitad de un día en llegar al castillo. *Tal vez* alguien que se esforzara al máximo podría completar la ruta en un cuarto de día. En cualquier caso, era tiempo de sobra para que una banda de brutos se desbocara en nuestra ciudad.

El resultado fue la creación de la Guardia de Konigstuhl, una milicia de hombres de la localidad que defenderían el territorio hasta que llegara la ayuda. El grupo fue patrocinado oficialmente por el magistrado, que llegó a proporcionar un cuartel y un sueldo a los implicados, por lo que estaban a medio camino de ser soldados regulares. Este salario era una de las pocas fuentes de ingresos a las que un segundón podía aspirar sin salir del cantón.

—Yo soy Lambert, el capitán de la Guardia, —anunció secamente el hombre—. Bueno, estoy seguro de que los he conocido a la mayoría en reuniones y festivales, pero es el primer día y todo eso, así que ahí va mi presentación. Todo el mundo sabe que hay un proceso para este tipo de cosas.

Lambert mostró los dientes en una sonrisa salvaje. A los niños que me rodeaban les gustaban las espadas, pero eran demasiado ingenuos para pensar que podían resultar heridos o, peor aún, morir. La cara de desprecio del hombre rudo era lo bastante intimidante como para hacer que todos se estremecieran. No esperaba menos de él. Lambert no era un matón que parloteaba sobre su propia fuerza; era un soldado de carrera que había sido nombrado directamente para su puesto tras su jubilación. Según los relatos que se contaban de él en el festival, había participado en una veintena y pico de batallas, le habían concedido honores y tesoros una docena de veces y, lo que era más impresionante, había reclamado las cabezas de veinticinco

generales (distinguidos por sus impresionantes armaduras). Era un guerrero certificado, más que apto para dirigir los programas de reclutamiento y entrenamiento de la Guardia de Konigstuhl.

—Pero vaya, ya veo que vienen en tropel... Bueno, al menos todos tienen brazos y piernas. Aunque no sé de qué les servirá eso a un puñado de mocosos escuálidos como ustedes.

Lambert empezó a ladrarnos exactamente como me había imaginado que lo haría un sargento instructor. *Veo que la escuela Hartman¹⁶ de reprender y menospreciar está viva y coleando en este mundo.*

—Me alegro de ver que todos ustedes, adoradores de héroes y amantes de la épica, estén tan asustados.

Si se me permite un momento para intervenir, en realidad yo no estaba aquí por mi propia voluntad. Mi tercer hermano, Hans, estaba demasiado asustado para venir solo, así que me interrumpió mientras tallaba un juego de mesa para arrastrarme con él. Aun así, mientras reflexionaba sobre mis futuras opciones profesionales, me di cuenta de que quería familiarizarme con el armamento. En un mundo en el que los soldados en apuros podían exigir comida y alojamiento en los meses de invierno, estaba bien tener algo de experiencia en combate.

—Pero este trabajo no es tan divertido. Es una vida sucia, donde los brazos y los dedos se rompen como ramas y los intestinos se enrollan a tu alrededor como montones de cuerda. Hemos tenido suerte de que no haya muerto nadie en los dos últimos años, pero todos han oído cómo enviaron a Lukas al manicomio, ¿verdad?

Con la espada apoyada en el hombro, Lambert se paseaba alrededor de la fila para aterrorizarnos. El presupuesto de la Guardia no era impresionante y el proceso de selección era brutal, así que debía de estar intentando eliminar a los gallinas lo antes posible.

De hecho, había oído de antemano que la mayoría de los aspirantes eran rechazados. Incluso si uno era capaz de seguir el

¹⁶ Referencia a la película *Nacido para matar* (Full Metal Jacket) del año 1987 y que fue dirigida por Stanley Kubrick.

entrenamiento, los limitados fondos significaban que a lo más que se podía aspirar era a ser enviado a casa y ocasionalmente convocado como vigilante de reserva. Aun así, cada miembro de las reservas era lo suficientemente hábil como para merecer una reducción de impuestos, por lo que bien valía la pena el esfuerzo de unirse.

—Es *duro*. Imaginen que un maníaco sediento de sangre te arranca el brazo de un tirón. Si no mueres, es pura suerte. Los mejores luchadores mueren también, y mueren tan rápido como el resto de nosotros.

Esta horrible imagen consiguió invocar un chillido de algún niño adorador de héroes. Era un chillido triste, como si hubiera intentado inspirar y no lo hubiera conseguido.

—Así que déjenme mostrarles cómo es la realidad. —Sin perder un segundo, Lambert bajó su espada sobre el niño con un golpe practicado. Sus movimientos eran tan naturales que, por un momento, pensé que se había movido para acariciar la cabeza del chico. Pero el indescriptible sonido del metal sobre la carne dejó claro que había recibido un ataque. Por la forma en que el chico rodaba con las manos en la cabeza, pude suponer que había sido golpeado con el lado ancho de la espada de Lambert.

—Corran. Es para lo único que sirven.

Sólo vi su sonrisa malvada por un momento antes de que un destello de dolor me golpeara.

[Consejos] Las primas para los funcionarios públicos son bastante respetables.

Lambert resopló por la nariz mientras contemplaba la desagradable escena de los niños corriendo aterrorizados y sufriendo. Por supuesto, esta situación no era algo que él provocó debido a algún sadismo retorcido, sino como un acto de amor duro.

No se había inventado ninguno de los horrores que había mencionado. La vida de un mercenario era miserable, y los soldados de la Guardia no lo tenían mejor. Tenían que purgar nidos de monstruos que aparecían cerca de la aldea, y cuando los cazadores tropezaban con una manada de lobos rabiosos que no podían manejar, los vigilantes no tenían más remedio que ir por sus lanzas y marchar.

Además, tenían que reunir a todos los hombres de la aldea cuando una banda de bandidos hambrientos o un ejército en busca de refugio invernal llamaban a la puerta. La gloria cantada en los poemas épicos no aparecía por ninguna parte. Después de todo esto, lo único que les esperaba al otro lado de su desesperada lucha era dolor y sangre. Lukas había tenido suerte durante la cacería de goblins del año anterior; a pesar de la paz de la última década, muchos habían muerto bajo la espada sólo en Königstuhl.

La batalla no era la magnífica danza que ensalzaban las épicas. Era el frío acto de matar o morir, rodeado de sangre de verdad. Por eso, Lambert se empeñaba en mostrar a los niños del cantón lo que significaba luchar cada pocos años, abofeteándoles hasta que conseguía que volvieran a ser granjeros razonables. No quería que nadie desperdiciara su vida huyendo de casa para convertirse en mercenario o aventurero.

La ingenuidad conduce al error y a sueños irracionales. Así pues, lo más amable que Lambert podía hacer era introducir a estas almas descarriadas en el dolor genuino. Entre encontrar una muerte prematura por ignorancia y experimentar la violencia de forma controlada, no quedaba ni el más mínimo resquicio para la duda sobre qué era mejor.

Los chicos eran más que bienvenidos a levantarse después de que él les golpeará. Cualquiera que tuviera el valor de enfrentarse a un enemigo cuando la situación lo requiriera tenía derecho a portar armas, tal era la convicción de Lambert. Al fin y al cabo, cuando se acercaba la espada, la voluntad de luchar sólo podía surgir del interior. Si alguno de estos chicos mostraba este espíritu, Lambert estaba más que encantado de entrenarlo.

Desafortunadamente, este año parecía ser un fracaso. El capitán había contenido perfectamente sus fuerzas para asegurarse de que todos podrían volver a casa andando y, sin embargo, todos se retorcían, lloraban y gritaban. Eran libres de quejarse todo lo que quisieran, pero ninguno de ellos tuvo siquiera el valor de lanzarle una mirada resentida.

Si la espada de Lambert no hubiera estado desafilada con la punta quitada, sus cabezas se habrían partido y sus huesos se habrían hecho añicos. Si iban a llorar por heridas tan comunes como éstas, nunca podrían llegar a ser vigilantes. Al fin y al cabo, en el campo de batalla el coraje hablaba más alto que cualquier otra cosa.

El capitán de la guardia suspiró. *Ni regulares ni reservas este año.* Justo cuando se había resignado a otra decepcionante campaña de reclutamiento, vislumbró por el rabillo del ojo a alguien que se levantaba del suelo.

Lambert sondeó su memoria y lo reconoció como el hijo de Johannes, cuyo noveno cumpleaños se acercaba. *Si no recuerdo mal, es el chico listo que hizo aquel juego de mesa para la sala de reuniones. Es escuálido, pero aún hay esperanza para él,* reflexionó el capitán mientras el niño embarrado se ponía en pie.

Dejando a un lado el aspecto blando que había heredado de su madre, Lambert podía decir que el chico tenía potencial. A pesar de sus hombros estrechos, sus huesos parecían sólidos y su estructura muscular era adecuada para un futuro entrenamiento. La mirada en sus ojos mientras se limpiaba la sangre de sus labios cortados no era desafiante per se, pero tenían la determinación de un hombre.

Este mocoso encajaría mejor con los caballeros o sirviendo a un noble, pensó Lambert mientras enseñaba los colmillos tan amenazadoramente como podía.

—¿Oh? Parece que a alguien le crecieron las pelotas.

[Consejos] Las caídas controladas pueden reducir mucho el daño.



Vaya, las caídas controladas son increíbles, pensé mientras me limpiaba la sangre de los labios. No sabría decir si la diferencia la marcó el hecho de que mi Resistencia fuera VI: Soberbia o mi letanía de habilidades para las caídas, pero me las había arreglado para hacer rodar la mayor parte de la fuerza del golpe de Lambert.

Sin mis bonificaciones, estoy seguro de que habría rodado por el suelo, gimiendo «Owwwww» como el resto de mis amigos. Era una locura lo mucho que dolía *después* de amortiguar el golpe.

—¿Oh? Parece que a alguien le crecieron las pelotas.

Al ver a Lambert sonreír mientras me elogiaba, no pude evitar admirar su madurez. Estaba enseñando a todos los niños de la ciudad lo estrechamente ligados que estaban sus sueños de heroísmo a la muerte, todo por el precio de unos cuantos moratones. El dolor que sentía ahora era algo que sólo él podía infligir. Su espada no tenía filo, pero seguía siendo un buen trozo de metal; su refinada esgrima era la única razón por la que mis compañeros aspirantes a soldados podían retorcerse con todos los huesos intactos.

No me malinterpretes: era demasiado rudo para mi gusto. *Una visita rápida al manicomio para ver las heridas de Lukas sería más que suficiente para... uuf.*

Había bajado la guardia después de que Lambert me elogiara y recibí otro fuerte golpe en la mejilla. Volé hacia un lado, pero dejé que el impulso de su golpe siguiera su curso rodando sobre mi hombro. Sin embargo, por mucha fuerza que lograra disipar, el dolor de ser golpeado con acero dolía igualmente. *No me rompí ningún diente, ¿verdad? Oh señor, todo sabe a sangre...*

El segundo ataque me bastó para recobrar el equilibrio, y logré aprovechar el impulso de mi rodada para volver a ponerme en pie. Pero mientras que en el primer ataque tuve la débil sensación de que me iba a golpear, éste me pilló por sorpresa y me dolió mucho más. El dolor y todas mis acrobacias me dejaron aturdido.

Así que esto es lo que significa luchar. Mi mundo anterior había sido bendecido. Alguien nacido en una familia decente en un país pacífico sólo experimentaría la violencia en forma de refriegas

infantiles. Nunca había levantado los puños para golpear a un enemigo, y nunca me lo había hecho un enemigo.

Ahora que había tenido una probada del combate, por fin entendía por qué tantos PNJ de juegos de rol, tanto virtuales como de mesa, habían abandonado la vida de batalla. *Si este es él conteniéndose, ¿cómo de insoportable es un combate de verdad? ¿Cómo de dolorosa es una flecha en mi carne? ¿Una espada atravesando mis huesos? ¿Un garrote aplastando carne y huesos por igual? ¿Las llamas ardientes de la magia derritiendo mi piel?*

Sólo de pensarlo me estremecía. Si un golpe deliberadamente débil, suavizado por continuas volteretas, era tan malo, no podía ni imaginar el daño físico y mental que me causaría una sed de sangre desenfundada. Imaginar mi cuerpo despedazado rodeado de un aura de brutalidad me hizo acobardarme... y no podía soportar pensar en cómo se sentiría mi familia si fuera yo quien recibiera el golpe.

Por eso la gente toma las armas como policías y soldados: para proteger a su familia y a personas inocentes de este tipo de dolor.

En ese caso, había que aprender un poco. La habilidad para la lucha sería muy útil en un mundo en el que la injusticia acechaba tras cada esquina. Abundaban las historias de pueblos que habían sido atacados por bandidos o monstruos; yo había salvado más de los que podía contar como jugador y creado otros tantos en el puesto de Maestro del Juego. Pero ahora necesitaba fuerzas para asegurarme de que mi ciudad natal no acabara igual.

Mientras me agarraba la mejilla dolorida y sacudía la cabeza para despejarme, una pequeña notificación apareció en la esquina de mi visión. Por fin había desbloqueado la categoría de combate.

[Consejos] La experiencia no es el único medio para desbloquear habilidades. Algunas se otorgan en función de la fuerza de voluntad.

Verano del noveno año

Personaje jugador (PJ)

Personaje que puede ser controlado por un jugador.

En una forma de recreación con muchas partes móviles, éstos conforman el elenco principal. De héroes a ceros, algunos se encuentran profundamente ligados al mundo que habitan, mientras que otros son arrastrados como briznas de paja.

Un avatar querido cuya muerte prematura provoca una gran tristeza y cuya gloria produce una gran alegría: en cierto modo, se parecen a un niño.

El noveno verano de mi cuerpo y el cuarto de mi mente fueron uno y el mismo. El clima fresco del sur de Rhine y la seguridad de la protección de la Diosa de la Cosecha hacían que la estación nos ofreciera a todos un respiro tranquilo. Dado que el gobierno hizo todo lo posible por vigilar los ánimos de los dioses y construyó afluentes para asegurarse una fuente de agua en caso de arrebatos divinos, lo único que había que temer era un verano inusualmente fresco.

Las tareas que quedaban por hacer incluían la lucha contra las alimañas y la construcción de nuevos caminos, todas ellas cosas que estaban lejos de ser sensibles al tiempo. Por lo general, los hombres trabajaban para conseguir leña para los meses más fríos o pasaban algún tiempo fuera de casa para ganarse un sueldo. Las mujeres empezaron a preparar las raciones de invierno; las hilas de carne salada colgando en el calor cómodamente árido (especialmente comparado con la humedad de Japón) eran una visión común en el vecindario.

La escuela del magistrado ofrecía clases con más frecuencia en esta época del año, y mis amigos que asistían estaban desbordados.

La forma en que murmuraban contemplativos, luchando por mejorar la calidad de su poesía, resultaba enternecedora de ver. Mi hermano mayor, Heinz, se encontraba entre estas almas en pena mientras se esforzaba por practicar su recién estrenado instrumento de viento de madera. Había elegido la flauta porque consideraba que los instrumentos de cuerda eran demasiado difíciles, pero la digitación y las notas cromáticas le habían dado tantos problemas que un mes después de que le asignaran la pieza seguía sin poder tocarla.

La música instrumental estaba muy arraigada en la cultura del Imperio Trialista, y los niños podían aprender a tocar la flauta o el violín en la escuela. Ambos eran populares por su refinamiento, y estaban en una liga completamente distinta de las liras de cuatro o seis cuerdas que se encontraban en las tabernas comunes.

Supongo que toda sociedad viene acompañada de la alta sociedad, y ser capaz de demostrar este tipo de habilidad llegaba muy lejos a los ojos de los burgueses. Recé en silencio por mi hermano, que se lamentaba de que sus largas horas de práctica le estuvieran robando su ansiado verano.

Heinz no estaba solo; yo también había estado esperando ansiosamente la estación. Los días largos y los horarios abiertos me dejaban tiempo de sobra para tallar madera, y los entrenamientos de la Guardia de Konigstuhl por fin empezaban a acelerarse. El sudor que sudaba jugando con mis amigos era refrescante, y las frutas enfriadas en el pozo que comíamos después eran lo mejor del mundo. Aunque, por supuesto, no podía olvidarme de los mercaderes ambulantes que traían golosinas congeladas con magia. Eran demasiado caras para llenarme el estómago, pero siempre esperaba con impaciencia la única vez al año que mis padres nos las compraban.

Estos días me recordaron las vacaciones de verano que pasé en la campiña de Kyushu. La televisión sólo tenía dos canales y la tienda de pilas más cercana estaba a kilómetros de distancia, así que no podía usar mi videoconsola portátil (aunque los niños de hoy en día no sepan que las consolas funcionaban con pilas AA y AAA). Recordaba con cariño cuando me invitaban a salir a jugar, igual que ahora.

A pesar de toda esta diversión, esperaba con impaciencia una parte del verano por encima de todo: la casa de baños del cantón abría todos los domingos. Sorprendentemente, los habitantes del Imperio eran famosos por su afición al baño. No éramos ajenos a ello: cada cantón tenía su propia instalación, y las ciudades más grandes, con miles de habitantes, tenían sin duda una casa de baños pública.

Francamente, cuando imaginaba una sociedad feudal, me venían a la mente dos situaciones: o bien la cultura tenía un cierto nivel de higiene con acueductos y baños, o bien la gente retozaba en la inmundicia mientras se acobardaba por miedo a la peste negra. Entre estos dos extremos, me alegró ver que me habían trasladado de la limpia nación de Japón a la primera opción.

Como anécdota, la proclividad de Rhine a la limpieza tenía su origen en una de las casas imperiales que habían fundado el Imperio. Mucho tiempo atrás, el rey de una pequeña nación había insistido en que el agua hervida evitaba la propagación de enfermedades y uno no corría el riesgo de contraer una enfermedad por el mero hecho de compartir una bañera (aunque técnicamente había algunos patógenos transmitidos por la sangre que podrían haber planteado un problema), lo que demostró sumergiéndose él mismo en agua caliente. Una vez demostrada la seguridad del baño, pasó a insistir en la importancia de la higiene, lo que dio lugar a la cultura actual.

Puede que me estuviera pasando de la raya, pero sospechaba que ese antiguo rey había sido uno de los míos. Cuando Margit me contó por primera vez la historia de este maníaco amante del baño, lo primero que pensé fue: ¡Eres igual que yo!

La rica historia que tocó mi corazón culminó en un edificio situado junto a un pequeño río en las afueras de nuestro pueblo.

—Muy bien, chicos, es su turno. Pórtense bien ahí dentro, ¿de acuerdo?

Los hombres del pueblo salieron arrastrando los pies de la casa de baños con cálidas bocanadas de vapor y nos hicieron señas a los niños para que nos acercáramos. Yo los llamo hombres, pero la

mayoría de los chicos se unieron a su grupo a los diez años o así. ¿Yo? ¿Yo? Bueno...

—¿Nos vamos, Erich?

Miré los suaves dedos que sujetaban mi mano y me pregunté por qué su agarre parecía tan inexplicablemente apretado. Más allá de mi mano, pude ver a Margit mirándome con una muda de ropa colgada del brazo que le sobraba.

Por alguna razón, me encontraba en el grupo de los niños. Como tenía nueve años, estaba en el límite superior, ya que incluso los más jóvenes se unían a los adultos a los doce. Los niños no estaban separados por sexos, probablemente porque éramos lo bastante pequeños como para caber todos juntos dentro y así resultaba más barato. Esto no era nada nuevo para mí; no era tan diferente de mi vida pasada. Los niños sin noción real de género a veces se cambiaban en las mismas aulas a principios de la escuela primaria, así que el razonamiento era sólido.

Mi única queja era que mi edad mental rozaba los cuarenta años. El hecho de que tuviera algún que otro pensamiento ingenuo y disfrutara inocentemente de zorras y ocas a pesar de ello podía atribuirse probablemente a que mi cuerpo influía en mi conciencia. Esta inocencia ciega era parte de la razón por la que no tenía reacción alguna ante los cuerpos desnudos de las chicas de mi edad. Ninguna en absoluto...

—¿Eriiich? Nunca entraremos en la casa de baños si no mueves esas piernas tuyas.

...Con la excepción de esta escalofriante amiga de la infancia de ocho piernas. Margit me sacó literalmente de mis cavilaciones escapistas y me metió en el edificio. *Estoy seguro de que sabe que me siento avergonzado... ¿No puede darme un respiro?*

Los vestuarios eran demasiado lujo para nuestras humildes instalaciones, así que nos desnudamos a cielo abierto. Había un espacio para guardar la ropa de invierno, pero a todos los efectos, el baño empezaba en cuanto uno entraba.

Abrí la puerta con el corazón puro e inmediatamente me invadió una ola de calor que los huéspedes anteriores habían dejado para nosotros, es decir, una nube de vapor. La clase baja de Rhine utilizaba baños de vapor en lugar de cubas de agua hirviendo. Era algo natural: aunque siempre se podía sacar agua de un río, el precio del combustible era astronómicamente superior al de la Tierra moderna. En Japón, el coste del gas y el agua podía ascender a cien yenes, pero aquí era otra historia. Incluso con una caldera romana, el número de troncos que necesitaríamos para hervir cientos de litros de agua no sería razonable.

En cambio, los baños de vapor eran maravillosamente eficientes. En el centro de la habitación había una estufa con una capa superior de piedra caliente. Al verter agua sobre la piedra ardiente, se podía llenar la habitación de vapor. Este vapor propagaba el calor por toda la habitación, elevando la temperatura por encima de los cien grados. Nuestro sudor expulsaba de forma natural la suciedad de nuestros poros y la sacaba a la superficie de nuestra piel.

A partir de ahí, era una simple cuestión de restregarse la mugre con un cepillo o una toalla mojada con agua calentada con la estufa. Tras treinta minutos de sudor, sólo quedaba saltar al río o lavarse con un cubo de agua en el rincón de las duchas. Una vez hecho todo el proceso, daba la sensación de que te habías mudado toda una capa de piel sucia. Lo único que había que destacar era que algunas mujeres que se preocupaban por su pelo hacían un esfuerzo adicional y usaban jabón.

—¿Y bien, Erich? —preguntó Margit—. ¿Puedo pedirte que vuelvas a lavarme hoy?

—Eh... Claro...

Sin más. Después de tumbarme en una toalla y calentarme durante media hora, Margit me tomó de la mano y me llevó al rincón de las duchas. No sabría decir por qué me sentía así, pero el camino hasta allí me provocó un recuerdo poco apropiado.

La visión de su pelo suelto debería haberme parecido infantil, pero tenía un encanto misterioso. Di gracias a mi cuerpo inmaduro y

a mi madura fuerza de voluntad, porque sabía que, si reaccionaba, me enfrentaría a toda una vida de burlas, aunque la verdad es que habría preferido eso a otros compromisos de por vida.

—No seas brusco, ¿quieres? —me dijo con una sonrisa mientras me entregaba una pastilla de jabón.

El jabón de grasa animal era común en el Imperio, pero éste era un producto especial de la familia de Margit. En lugar de sebo de vaca o manteca de cerdo, éste se había elaborado con carne de caza e infusionado con hierbas. A diferencia de los productos baratos del mercado, su jabón carecía del habitual olor a grasa y desprendía en su lugar un aroma refrescante y dulce.

Me senté detrás de ella, sumergí la pastilla en agua caliente y empecé a aplicarle lentamente las burbujas en el pelo. Margit soltó un gemido de placer —e igualmente provocativo— que me hizo pensar que ya era hora de que me cayera muerto. *Viejo, no lo entiendo. Nunca me han gustado las chicas más jóvenes...*

Vacíé mi mente, pero seguí concentrándome en usar un tacto delicado mientras le lavaba el pelo a conciencia. Recorrí sus mechones con los dedos, suavizados por el vapor de la habitación. El hecho de que permaneciera sedoso a pesar de su contacto con el jabón de barra era notable. Si lo tomara prestado para mí, me quedaría con la cabeza encrespada, así que tal vez esta textura fuera un elemento básico de los aracnes.

Cuando terminé de lavarle el pelo a Margit, empecé a masajearle el cuero cabelludo. Era importante eliminar la grasa no deseada, pero ésta era la parte más importante. En mi vida pasada, mi peluquero me había dicho que el exceso de caspa podía hacer que los pelos crecieran más débiles o incluso que se cayeran.

...Espera, ¿por qué recuerdo eso? Apenas recordaba las caras de mis padres, pero de alguna manera me quedé con un comentario que oí mientras me lavaban con champú. El otro día me pasé casi una hora intentando averiguar cómo se llamaba mi sobrina.

¿Qué le pasa a mi memoria? Los recuerdos ligados a la experiencia práctica parecían haber quedado intactos, pero mis

recuerdos episódicos habían empezado a desvanecerse. Es más, los títulos de las novelas y los mangas que morí sin terminar eran borrosos. Sólo recordaba los argumentos de unas pocas historias que había leído una y otra vez. *¿Qué demonios...?*

—¿Erich?

—O-Oh, lo siento... Déjame enjuagarte. —Había estado tan ensimismado que me había olvidado por completo de Margit. El jabón era una molestia una vez seco, así que tenía que darme prisa. Tomé un cubo de agua y me aseguré de que no estuviera demasiado caliente antes de echársela en la cabeza.

—Uf, —dijo Margit—. Gracias, me ha sentado de maravilla.

—De nada, —le contesté.

Una vez retirado todo el jabón, la luz del sol que entraba por la ventana formó un halo alrededor de su cabeza. Su suave sonrisa y los mechones mojados que se aferraban a ella formaban una escena inquietantemente hermosa. No quiero decir que su elegancia se me quedara grabada en su ausencia; quiero decir que me dejó lleno de afecto y pavor a partes iguales. La irregularidad de sus piernas monstruosas y su cuerpo de niña me hacían cosquillas en alguna parte primitiva de mi alma. Podía sentir una sacudida desde la punta de mi coxis hasta el centro de mi cerebro.

—¿Me harías el favor de lavarme también la espalda? —preguntó Margit con la misma belleza inquietante en su sonrisa. No sabía qué pensar de su petición mientras volvía a tomar la pastilla de jabón. Al verla recogerse el pelo por encima del hombro, tragué saliva instintivamente. Todos y cada uno de sus movimientos casuales tenían algún tipo de encanto... *Qué aterrador.*

Entonando himnos en mi mente, empecé a frotar la espalda de Margit con una toalla empapada cuando me pregunté si tenía que hacer esto. Los aracne eran casi idénticos a los mensch de cintura para arriba, pero su estructura ósea era completamente diferente. La amplitud de movimiento de sus articulaciones era significativamente mayor, lo que les permitía llegar a todas las partes de la parte inferior del cuerpo con facilidad, por lo que lavarse la espalda era algo natural

y sencillo. Lo que significaba que me había pedido ayuda porque...
bueno.

Cada vez que yo restregaba alrededor de sus hombros o su cintura, ella se aseguraba de hacer contacto con las yemas de mis dedos, llenándome de una sensación de cosquillas. Podía mantener la calma gracias a que aún no había llegado a la pubertad, pero pensar en cómo mi futuro cuerpo afectaría a mi mente me hacía temblar ante la perspectiva de controlarme. Margit sabía demasiado bien lo que hacía falta para excitar a un hombre. Si yo hubiera tenido menos experiencia, me habría tenido bailando en la palma de su mano en dos segundos.

—Ya está, —anuncié después de aclarar mi mente una vez más.

—Gracias. Ha sido muy refrescante, —dijo Margit, volviéndose hacia mí. Por supuesto, no llevaba camisa. De hecho, ninguno de los niños que hacían el tonto en la casa de baños se molestaba en ocultarse (aunque yo llevaba una toalla alrededor de las caderas), así que no estaba fuera de lugar. Entonces, con su característico susurro que provocaba escalofríos, preguntó—: Ahora, ¿cambiamos de sitio?

[Consejos] El Imperio Trialista de Rhine está muy por delante de sus estados vecinos en el campo de la higiene. Un granjero medio se baña una vez a la semana en verano y una vez cada dos o tres semanas en invierno. Cuando no es posible ir a la casa de baños por cualquier motivo, es una expectativa cultural asearse en casa.

Margit mira cómo cierra los ojos el chico delgado que tiene delante. Esto la hizo sonreír: verlo así sentado y desnudo le daba la misma impresión que el plato principal de un festín, un plato blanco con carne de caza de primera calidad: no, era lo bastante espléndido como para ser la pieza de resistencia en la cena de un noble.

Dos años menor que ella, el chico empezaba a mostrar signos de madurez. *Debe de ser por su entrenamiento con la Guardia cantonal,*

pensó Margit. De todos los niños de su edad, él era el único que había sido aceptado para entrenar con la Guardia regularmente. Donde todos los demás habían perdido las ganas de luchar después de recibir una bofetada, él se había levantado un total de siete veces e incluso había conseguido desviar el último golpe con una piedra. No era de extrañar que Lambert le hubiera pillado cariño.

Un puñado de dolorosos moratones salpicaban su cuerpo, y unas cuantas aristas se habían formado para reemplazar la redondez infantil que había lucido hasta hacía poco. Sus músculos, antes blandos, habían empezado a endurecerse, y su bonita barriga se estaba endureciendo. A este paso, pronto maduraría hasta convertirse en la robusta figura forjada por el trabajo de un granjero. Pensar en su futura forma hizo que el corazón de Margit se acelerara.

Su estado actual no era malo, desde luego. Sin embargo, era el refrescante aguijón agrio de un cítrico que recién había empezado a madurar. El sabor que derretía el alma era una dulzura paralizante que emergía con un color más profundo en una estación posterior. Teniendo en cuenta la forma en que envejecen los mensch, el chico estaba aún demasiado verde. Puede que hubiera quien sostuviera que éste era el mejor momento para recolectar; sin embargo, Margit tenía especial predilección por las naranjas que estaban en la cúspide de la sobremadurez.

Sucumbiendo a la llamada de su pulso acelerado, Margit picó juguetonamente en un moratón azul oscuro, resultado de un golpe con una espada desafilada. Era una herida leve, pero el dolor fue más que suficiente para sorprender al chico, que se había estado preguntando cuándo iba a lavarle el pelo.

—¡Ay! Qué es— ¿jeh!?

¡Eso es! Esta reacción es lo que estaba buscando. El inocente sobresalto del chico hablaba de los instintos depredadores de Margit. Pero él no era su presa promedio. No era un conejo huyendo, ni una oveja chapada. Era un monstruo sin desarrollar con la fuerza de un jabalí de colmillos afilados y la agilidad de un zorro astuto. *Si sus talentos son tan evidentes de niño, se preguntó la arañita, ¿cómo será*

cuando madure como yo? La expectación hizo que su corazón latiera con fuerza; al fin y al cabo, la mayor gloria provenía del mayor juego.

—Lo siento, —arrulló ella—, parecía tan doloroso que no pude evitarlo.

—Espera, ¿pensabas que sería doloroso y aun así lo hiciste?

A pesar de todo lo que había cambiado, el caleidoscópico azul bebé de sus ojos seguía siendo el mismo. Su mirada acusadora, combinada con aquellos iris encantadores, no hacía más que exacerbar la sensibilidad de la aracne.

Margit optó por dejarse llevar por sus instintos.

—Lo siento de verdad, ¿sabes? Veamos...

—Espera, ¡¿qué... Margit?!

Margit rodeó las piernas cruzadas del chico y se sentó en su regazo. Nunca habían sido de la misma altura, pero esta posición les permitía verse cara a cara. Sabiendo que pronto la pasaría por alto incluso aquí, Margit sintió que este momento era terriblemente precioso.

—Permíteme que te lave a fondo, —susurró. Como una araña que se acerca a una presa en pánico, la muchacha le rodeó el cuello con una sonrisa encantadora.

[Consejos] A diferencia de la mayoría de las razas humanas, los aracne tienen un rango de movimiento que puede alcanzar cualquier parte de la parte inferior de su cuerpo.

Verano del undécimo año

Jugador

La persona que hay detrás de un personaje. El ser humano real que está jugando.

Cada Personaje Jugador es en última instancia el mismo por dentro, por lo que un nivel de meta conocimiento está disponible para el jugador, pero no para el PJ.

Tras un choque de espadas, un hombre se quedó helado, conmocionado. *¿Quién demonios es este chico?* No le habría sorprendido que rechazara su ataque: había sido un golpe débil para probar el temple de un nuevo recluta. No quería herir a un chico de años más joven que él.

El hombre sabía muy bien que los niños eran propensos a tener grandes egos. Para su vergüenza, él mismo se había ido de la lengua en su infancia. En el mundo del combate, donde la competición estaba directamente relacionada con las lesiones, la arrogancia se apoderaba de muchos guerreros. Sabiendo esto, el hombre se había encargado de enseñar a su junior la dura realidad del mundo: la fuerza de un adulto eclipsaba con creces la de cualquier niño, y la diferencia sólo aumentaba cuando se enfrentaba a un oponente semihumano o gente demonio.

Sin embargo, de algún modo, la espada del hombre, antes firmemente empuñada, giraba ahora por el aire, con la hoja de su oponente apuntándole al cuello. A pesar del elegante truco que había tenido lugar ante sus ojos, el hombre se quedó con una incómoda falta de sensación táctil en la mano. Era como si le hubieran hechizado. La espeluznante sensación de haber sido engañado por algo que acechaba en la oscuridad se extendió por su mente.

—¿Satisfecho? —preguntó el chico.

El hombre se quedó mirando. Su combate había estado tan alejado de la realidad que el muchacho flaco que tenía delante parecía no ser humano. En el campo de batalla, esto habría sido el colofón. Le habría cortado las arterias del cuello y se habría ahogado en una fuente de su propia sangre. En el mejor de los casos, un protector de cuello o una cota de malla podrían detenerlo durante unos segundos, pero sería muy fácil atravesar esas defensas cuando se tenía tanta ventaja.

—...Vamos otra vez.

Sin embargo, el hombre fue incapaz de aceptar su derrota y pidió pelear una vez más. No podía creer que su espada se le hubiera escurrido entre los dedos como la nieve en polvo del comienzo de la primavera. El chico asintió con indiferencia. *Es real*, se aseguró el hombre. *No es un horror desconocido y tenebroso, es sólo el hijo de un granjero.*

El hombre reajustó su empuñadura dos veces, luego tres, como si quisiera decir que el baile de su espada en el aire había sido una ilusión pasajera. A pesar de todas sus dudas, no podía negar el peso de la espada en sus manos. Utilizó la certeza de su agarre para expulsar la inquietud de su mente y se preparó para el duelo. El chico le imitó: era una postura genérica en la que uno sujetaba la espada con ambas manos y apuntaba a su oponente. Sus posturas anodinas eran la base de las Artes de la Espada Híbridas que ambos estudiaban.

El hombre observó a su sereno oponente y sólo pudo ver a un niño lleno de aberturas. La mirada del muchacho era altiva y desenfocada, y su cuerpo poco desarrollado mostraba poco vigor. Aun así, el efecto inquietante que desprendía era tan fuerte como siempre. A pesar de mirarle directamente, el hombre no podía verle. La extraña forma en que el chico no se fijaba en su mente hizo que la ansiedad del hombre se desbocara.

El hombre disipó su agitación golpeando. Aunque su golpe por encima de la cabeza era básico, incontables horas de práctica le habían hecho confiar en su forma. Pero la espada no conectó:

desconcertantemente, el chico había empezado a moverse en medio del golpe del hombre, arrebatándole de nuevo su arma con un toque tan suave que parecía irreal. Una vez superado el acto inicial, el chico empujó su espada hacia delante hasta que estuvo a un pelo de partir el cráneo del hombre. Teniendo en cuenta lo preciso que era el manejo de la espada del joven, no estaba claro si un casco le habría salvado. El golpe le provocaría una conmoción cerebral o le cegaría con una salpicadura de sangre; en cualquier caso, sería una muerte fácil.

Habría muerto, comprendió finalmente el hombre. Tragando con fuerza, interiorizó su derrota. Sin embargo, su incredulidad inicial no hizo más que aumentar. *¿Quién demonios es este chico?*

El hombre no era de los que se enorgullecían de ser un guerrero invicto. Aún no le había quitado ni un punto a su mentor Lambert en los siete años que llevaba estudiando a sus órdenes. Cuando formó equipo con otros dos estudiantes sólo para perder terriblemente ante su maestro, aceptó que no era —y siempre sería— más que un soldado medio.

Aun así, el chico era un enigma. Se había entrenado durante siete años, había sobrevivido a innumerables batallas contra los que amenazaban el cantón y había sido reclutado dos veces por el señor de la región. Su experiencia no era nada desdeñable. Cuando su pueblo había sido atacado por asaltantes armados, había sido capaz de enfrentarse a varios a la vez y salir ileso, así que *¿cómo había perdido contra un mocoso de once años?*

Además, la intuición del hombre le decía que la técnica del chico era extraordinaria. *¿Acaso es posible arrebatarle la espada a un hombre sin siquiera rozarle la punta de los dedos?* Pero no importaba cuantas veces contemplara la situación, la realidad seguía siendo que la espada de su oponente estaba en su garganta, mientras que la suya había caído al suelo detrás de él.

—Me-Me rindo.

Mientras que el chico no había sudado, un susto indescriptible hizo que una gota fría corriera por la espalda del hombre. *Erich, cuarto hijo de Johannes*. El hombre comprendió por fin por qué

Lambert había tomado a este muchacho bajo su protección, y por qué había prohibido a cualquier otro que se enfrentara al joven Erich. Lambert había querido preservar el orgullo de vigilante que había pasado siete años cultivando. Pero la suerte del hombre se había agotado cuando decidió interrumpir la práctica del muchacho. Había pisoteado la bondad de su mentor con sus propias manos.

¿Y si tuviéramos escudos? ¿Y lanzas en lugar de espadas? El hombre imaginó desesperadamente varios escenarios posibles, pero su espíritu estaba tan destrozado que no podía visualizarse a sí mismo ganando en ninguno de ellos. Probablemente nunca se le ocurriría volver a dar clases a un nuevo recluta. Le dio la espalda al chico y expresó con amargura una última frustración.

—...Eres un monstruo.

[Consejos] Artes de la Espada Híbridas es una habilidad que representa un arte marcial mixto que se basa en el uso de espadas. Este arte, perfeccionado mediante el combate real, fomenta la familiaridad con todas las formas de armamento y hace hincapié en la comprensión del agarre, el lanzamiento y los proyectiles fuera de combate. A pesar de estar categorizada como una habilidad de esgrima, proporciona aptitudes para todo tipo de otras armas.

El momento cumbre para cualquier munchkin es cuando alguien mira lo que has hecho con tu complexión y puedes ver confusión y disgusto en su expresión.

Hace dos años, Lambert me había aceptado como recluta potencial y había hecho un hueco entre sus obligaciones oficiales para entrenar conmigo. Me había sorprendido ver la tremenda carga de puntos de experiencia que proporcionaba el combate. Este generoso ingreso era probablemente un reflejo del alto riesgo y la complejidad del acto: atacar, esquivar y defenderse exigían mucha concentración, y cada error podía ser fatal. Por ejemplo, todos y cada uno de los proyectiles que se cruzaban en mi camino tenían que ser parados o

bloqueados con una parte de mi cuerpo que no me matara. La interminable batería de decisiones y saltos intuitivos del combate colapsa toda una vida en fracciones de segundo.

Con una nueva fuente de ingresos que era mucho mejor que mis antiguos métodos de entrenamiento, mi experiencia iba en aumento... hasta que mi mal hábito volvió a asomar la cabeza. Aún no había decidido qué quería hacer en el futuro, pero de algún modo había gastado tanta experiencia que mi habilidad de Artes de la Espada Híbridas estaba en su sexto nivel, Experto.

Um, yo, uh... Lo siento, yo. ¡Pero siempre es bueno tener un medio de defensa en un mundo peligroso como este! Ni siquiera pude inventar una excusa convincente.

Dejando a un lado mi falta de fuerza de voluntad, me gustaba la sencillez del estilo de combate. Daba poco valor a la estética de la forma; era un estudio directo de los medios más eficientes para cortar a alguien y seguir adelante. La postura básica era aburrida: una espada en la mano derecha y un escudo en la izquierda.

Sin embargo, cambiaba la vistosidad por la eficacia salvaje. El ataque ideal era un golpe rápido y mortal con la espada, pero el estilo empleaba cualquier cosa que pudiera conducir al éxito. La técnica más elegante era sujetar la espada por la hoja (con guantes, por supuesto) y utilizar la empuñadura para atravesar la armadura de alguien. Sin embargo, lo más frecuente era golpear al enemigo con el escudo o buscar la oportunidad de barrerlo. Cuando me di cuenta de que me habían enseñado a estrangular a alguien en una situación desesperada, me pregunté cómo podía considerarse eso esgrima.

Independientemente de su categorización, la evolución del estilo fue muy natural. Los hombres con los que estudié eran veteranos de agitados combates cuerpo a cuerpo (a diferencia de los ejércitos campesinos tradicionales), por lo que tenía sentido que hicieran hincapié en el valor de recoger las armas desechadas para abatir a los enemigos lo antes posible. Sus orígenes prácticos significaban que el arte marcial enseñaba estrategias de combate en grupo para batallas de uno contra muchos y de muchos contra muchos, algo que agradecí

enormemente. Las lecciones sobre batallas defensivas y coordinación de aliados seguro que me serían útiles en el futuro.

Todo este entrenamiento vino acompañado de un buen número de nuevos rasgos y habilidades. Aquí es donde realmente brillé: mezclar y combinar habilidades para crear todo tipo de problemas es la vocación de un munchkin. Si alguien se quejaba, se lo decía directamente al dios que me había dejado ser multiclase.

Una habilidad en concreto gritaba «¡Abusa de mí!». Arte Encantador era un rasgo que ampliaba las bonificaciones de destreza a nuevas habilidades, daba una bonificación a los chequeos de destreza y me permitía *usar la destreza en lugar de otros valores* durante las tiradas. Ahora bien, no es raro ver un juego en el que una estadística destacada se utiliza en lugar de otra, pero esta implementación era un poco especial. Muchas habilidades y rasgos de combate utilizan múltiples estadísticas como fuerza y agilidad en sus cálculos, pero Arte Encantador me permitía sustituirlas *todas* por destreza.

Digamos, por ejemplo, que un golpe por encima de la cabeza determina la precisión con destreza y agilidad, y el daño se basa en la fuerza y la destreza. Mi nuevo rasgo me permitía sustituir agilidad y fuerza por destreza, lo que significaba que podía duplicar mi estadística más fuerte para ambos cálculos. Era casi *demasiado* eficaz.

El razonamiento en el que se basaba este efecto era que alguien con una técnica depurada sería lo bastante hábil como para utilizar la mínima cantidad de fuerza o velocidad necesaria para una tarea determinada, como un maestro de judo puede lanzar a alguien que le dobla el tamaño. Aun así, el efecto estaba totalmente roto.

Había invertido mucho en destreza para mejorar mis capacidades de tallado, elevándolas a VII: Excepcional. Sólo quedaban dos niveles más a los que aspirar, pero los recursos necesarios para llegar allí estaban más allá del alcance incluso del

juego *gacha*¹⁷ más sádico. Como no quería echar a perder toda la experiencia que tenía guardada para el futuro, dejé mi progreso en suspenso por el momento.

En mi día a día había ocasiones en las que necesitaba adquirir una o dos habilidades útiles, así que no podía permitirme poner toda la carne en el asador. Normalmente, en este tipo de juegos era mejor utilizar toda la experiencia disponible para subir de nivel lo más rápido posible, pero no quería encontrarme con un problema irresoluble durante los momentos de calma, así que valía la pena ser paciente. Si quería vivir entre mis iguales como un ser humano normal, no podía convertirme en una especie de máquina de matar andante y parlante. Además, no me gustaba ese tipo de vida.

Dar vida al propio viaje con habilidades únicas y buscar momentos divertidos era la verdadera alegría de un RPG de mesa. Mi vida no era un juego, y precisamente por eso necesitaba estar preparado para disfrutarla. Ir saltando mecánicamente de una aventura terminada a la siguiente sería un enorme desperdicio de potencial, ¿no crees?

Volviendo al tema, Arte Encantador tenía otro efecto absurdamente poderoso: me permitía tomar una habilidad basada en la destreza y combinarla con una habilidad de una categoría diferente. Siempre había considerado que el sistema de este mundo estaba orientado a los combos, pero esto iba mucho más allá de lo que había imaginado. Y sólo era cuestión de tiempo que alguien como yo, que tomaba una habilidad aquí y un rasgo allá, acabara rompiendo el sistema en algún momento. Yo era el vivo ejemplo de por qué nadie debería permitir a sus jugadores crear personajes multiclase, ni siquiera en broma.

Elegí la habilidad Desarmar de la categoría Artes Marciales y la añadí a mis ataques básicos, lo que me permitía dejar indefensos a mis enemigos. Entre la miríada de habilidades de defensa personal sin armas, Desarmar era una de las más baratas. Era mucho más fácil de

¹⁷ Un juego gacha es un tipo de juego de video que se basa en el modelo de negocio de las máquinas gacha o "gashapon" que son populares en Japón. En estos juegos, los jugadores gastan moneda del juego o dinero real para adquirir cajas o paquetes que contienen personajes o ítems aleatorios con diferentes rarezas.

adquirir que un contraataque caro que tal vez no lograría con regularidad. Además, su único inconveniente era su baja tasa de éxito básica, que Arte Encantador me permitía aumentar a niveles ridículos.

Un oponente muy capaz probablemente podría resistirlo, pero la recompensa potencial de crear un objetivo desarmado era embriagadora. Si no tenían experiencia en el combate cuerpo a cuerpo, mi nuevo ataque los dejaría tan indefensos como un pez en un plato esperando a ser picado.

Debería buscar más habilidades que inflijan debuffs¹⁸... Mis pensamientos se vieron interrumpidos de repente por un cosquilleo en la columna vertebral. Un leve olor transportado por la brisa puso mis sentidos en alerta máxima, y desplacé el cuerpo medio paso hacia un lado para esquivar un ataque... solo para darme cuenta demasiado tarde de que había sido una finta. Me había hecho notar su presencia a propósito para obligarme a realizar una maniobra evasiva, y ahora era su oportunidad de atacar.

—¿Cómo estás? —dijo Margit, balanceándose sobre mí con las manos alrededor de mi cuello. No sentí ningún dolor mientras se aferraba a mí; no sabría decir si fue su magnífico control del agarre o su magistral dispersión del impulso, pero se detuvo cómodamente justo delante de mi pecho. Su sonrisa se deslizó a la vista, tan adorable y brillante como hace dos años.

—Por favor, ven normalmente... —le dije.

—Pero esta es nuestra rutina, —protestó ella—. Hoy hace 134 victorias y 140 derrotas, así que poco a poco te voy ganando. —Mi collar viviente enterró su cara en mis pectorales en desarrollo como un gatito amistoso.

Nuestra relación había cambiado tan poco como su aspecto. La bandera romántica que yo había recogido en algún momento seguía viva, quizá gracias a nuestra larga historia juntos. Aunque supongo

¹⁸ Un debuff se refiere a una condición negativa que se aplica a un personaje o enemigo, lo que disminuye su eficacia en combate.

que yo conocía a todos los niños del cantón desde hacía el mismo tiempo, así que puede que eso no tuviera nada que ver.

Con unos cuarenta años de experiencia vital a mis espaldas, había tenido mis episodios románticos y conocía las señales de afecto cuando las veía. No era tan despistado como para no saber lo que Margit estaba pensando. Yo era la única persona a la que se abalanzaba, y no dejaba que nadie más anduviera por ahí llevándola como mochila. Puede que tuviera la costumbre de tomarme el pelo, pero no era una chica diabólica que jugaba con el corazón de los hombres.

Aun así, su aspecto infantil y el paradójico encanto de sus acciones me dejaron en un estado de confusión. *¿Cómo debo verla? ¿Cómo debo sentirme?*

Ignorando por completo mi dilema interior, Margit avanzó alegremente la conversación con el elegante acento palaciego que había pasado años perfeccionando.

—¿Has escuchado las noticias?

—¿Qué noticias? —le pregunté.

—Parece que tu hermano mayor va a casarse pronto, —anunció.

El repentino acontecimiento me hizo atragantarme y escupir.

—¡Ay, qué asco! —chilló Margit, volviendo a la lengua plebeya. Tenía la cara justo delante de la mía y las manos ocupadas aferrándose a mi cuello, así que había recibido un golpe directo. Me sentí demasiado culpable para quejarme cuando se limpió acariciándome la camisa.

—Lo-Lo sien... no, ¡espera! ¿Heinz se *casa*? —Me había pillado completamente desprevenido. Por supuesto, era habitual que los padres concertaran matrimonios para sus hijos cuando se acercaban a la edad adulta con el fin de formar lazos con otras familias de nuestro pequeño cantón. Yo tenía once años, por lo que Heinz tenía catorce; sólo le faltaba un año para ser mayor de edad, así que no era descabellado iniciar ahora el proceso de boda. *Pero, ¿por qué Margit lo sabía antes que yo? Soy literalmente su hermano.*

—Mmhmm, —dijo Margit—. He oído que se ha comprometido con Mina.

Mina solía ser una de nuestras compañeras de juegos habituales cuando éramos más jóvenes. Había dejado de venir al bosque el año pasado para aprender las tareas domésticas ayudando a su madre, así que hacía tiempo que no la veía, pero lo último que recordaba era que ella y mi hermano no tenían ese tipo de relación. *Supongo que fueron los padres los que lo prepararon todo...*

—Supongo que este tipo de cosas se extienden más rápido entre las chicas, —apunté.

—Supongo que sí, —respondió Margit—. Pero creo que la verdadera razón por la que se corrió la voz tan rápido se debe a que Heinz es uno de los favoritos entre las doncellas locales.

¿Oh? Era la primera vez que oía hablar de la popularidad de mi hermano. Sin embargo, ahora que lo pensaba, había heredado el aspecto rudo de mi padre. Yo era un poco parcial, teniendo en cuenta que era mi familia y todo eso, pero su complexión robusta desprendía un aura de fiabilidad. *Supongo que no es tan descabellado que haya entrado en el mundo de las citas mientras yo no miraba...*

—Él es el heredero de una casa sólida con ahorros saludables, después de todo.

Oh. Sentí que estaba a punto de caerme al suelo con Margit aun colgando de mi cuello. La crudeza de la realidad pragmática me había quitado el viento de las velas.

Para ser justos, nuestra casa estaba en el extremo superior en cuanto a granjeros independientes. Había llevado tiempo, pero mis padres habían ahorrado los fondos necesarios para enviar a mi segundo hermano, Michael, también a la escuela. De hecho, mi padre me había dicho que podía sacar el dinero suficiente para enviarme a mí también. Yo había utilizado la tutoría de Margit como excusa para negarme, pero el hecho de que tuviéramos esa opción era una prueba de nuestro increíble nivel de vida.

Los campos que habíamos ampliado seis años atrás eran ahora estables, nuestro caballo de tiro seguía gozando de buena salud y teníamos un puñado de olivos lo bastante maduros como para dar fruto. Por otra parte, cuando mi padre vendió las piezas de juegos de mesa y los ídolos de madera que fabricaba, parecía haber ganado un buen dinero. Puede que su oferta de enviarme a la escuela fuera un intento de compensarme por mi trabajo.

Pero guau... ¿Matrimonio?

—¿Ocurre algo? —preguntó Margit, mirándome mientras yo agachaba la cabeza en señal de deliberación.

No sabía qué responder, pero como sabía que no serviría de nada quedarme pensativo, le contesté con toda la sinceridad que pude. Con un pesado sentimiento de responsabilidad pesando sobre mí, dije: «Estaba pensando en que necesito averiguar qué quiero hacer con mi vida».

[Consejos] En el Imperio Trialista de Rhine, la herencia oficial, el empleo y el nombramiento son derechos reservados a los adultos legales. Existen algunas lagunas para empezar a trabajar antes de los quince años, como convertirse en mayordomo o aprendiz.

Existe un periodo de moratoria en la vida de toda persona. Un periodo de relajación en el que las responsabilidades son escasas. Para mí, fueron los días de universidad en los que mis amigos y yo nos encerrábamos en una habitación para tirar dados sobre libros de reglas durante horas y horas. Esta edad en la que uno tiene los derechos de un adulto pero el margen de maniobra de un niño es la parte más liberadora de la vida de un japonés si se aprovecha al máximo.

Sin embargo, este periodo es algo más que ocio. Es una encrucijada en la que uno debe decidir qué camino quiere tomar en la vida, y en este preciso momento, me encontré de nuevo en una bifurcación del camino.

A decir verdad, hacer planes para el futuro era difícil en este nuevo mundo. El hijo de un granjero debía ser granjero. El hijo de un cazador debía ser cazador. El hijo de un herrero debía ser herrero. Las reglas no escritas de mi vida anterior eran tan obvias aquí que habían sido codificadas en la ley imperial.

La lógica era razonable. Sin tecnología avanzada, la mano de obra era necesaria para todo tipo de cosas. El Estado necesitaba que sus ciudadanos trabajaran en determinados campos, o todo el sistema se derrumbaría.

En la Tierra, la escasez permanente de personal en las industrias agrícola y de la construcción y el número abrumador de oficinistas demostraban que ganarse la vida mediante un trabajo físicamente intensivo resultaba menos atractivo. Por mucho que se desarrollara la tecnología, eso nunca cambiaría.

No era difícil prever que el fomento de la alfabetización entre la clase baja por parte de Rhine podría provocar algún tipo de convulsión social. Dado que la mayoría de la gente nunca tuvo la oportunidad de recibir una educación, la demanda de mano de obra cualificada nunca cesó. Sir Grant, el escriba local de nuestro cantón atrasado, se ganaba la vida escribiendo un puñado de cartas y peticiones al mes. Pero sin medios para importar grandes cantidades de alimentos, el país no podía permitirse que sus agricultores y trabajadores de la construcción abandonaran sus puestos. Las regulaciones imperiales sobre carreras viables eran un mecanismo de seguridad para evitar el colapso total de la sociedad.

Existía cierta movilidad interdisciplinar a través del matrimonio o de la administración registrada, pero estas oportunidades eran muy parecidas a los trabajos a tiempo parcial en el campo japonés: sólo podías acceder si tenías contactos. Yo sólo tenía unas pocas opciones reales.

Según la ley imperial, un peón podía convertirse en aventurero, mercenario, soldado o vigilante sin restricciones. Las únicas otras opciones eran trabajar como jornalero o minero de carbón, o simplemente seguir cultivando en otra región que necesitara más mano de obra.

Sin ningún tipo de campaña de reclutamiento en la zona, me sería imposible ser soldado de carrera, y a pesar de mi entrenamiento con Lambert, por desgracia estaba atascado en el puesto de vigilante en perspectiva. La vacante de Lukas se había cubierto rápidamente, y era poco probable que me tuvieran en cuenta para un empleo a tiempo completo a menos que otro vigilante se jubilara. Como mucho, el Imperio estaba dispuesto a emplear al cinco por ciento de su población como parte de su ejército permanente, y sin la amenaza de la guerra, no tenía sitio para mí.

Podía considerar la posibilidad de ser agricultor, pero establecer un campo de cultivo desde cero requería enormes sumas de capital. Trasladarse a un cantón lejano para fundar una granja era como firmar la servidumbre, así que no me parecía una opción legítima. Además, había oído que los trabajadores menores de edad solían ser rechazados, incluso como jornaleros. Además, si tenía que rebajarme al nivel de trabajar por un jornal, para empezar, habría sido mejor ir a la escuela y heredar la granja de mi familia.

Eso me dejó con el triste hecho de que hacerme aventurero era la única opción que me daba alguna esperanza. Técnicamente, también podía casarme con una chica y dedicarme al oficio de su familia, pero eso no era muy útil en nuestro pequeño cantón. No era como si eso fuera a ampliar mucho mi lista de oportunidades.

Vaya lío. También consideré la posibilidad de unirme a las filas de autores, dramaturgos y artistas sin patrocinio, como bardos ambulantes y compañías de teatro. Sin embargo, yo no era lo bastante despreocupado como para ser como esos tipos que se empleaban en poco más que nombrar, y para empezar no sentía ninguna pasión por la interpretación. Podía gastar mis puntos de experiencia para convertirme en un artista experto, pero dudaba que pudiera soportarlo durante mucho tiempo.

—...Supongo que intentaré ir de aventuras, —murmuré. Digerí lentamente las palabras que salían de mi boca, y un sentimiento de curiosidad se hundió en un rincón de mi corazón. La afirmación era poco más que la vulgar cháchara pronunciada por los muchos niños cansados de sus pintorescas ciudades natales. Yo no era más que un

estudiante universitario empeñado en dejar los estudios y pagar las facturas con la música.

Sin embargo, ahora comprendía que ese deseo siempre había estado conmigo. El futuro Buda me había bendecido con este maravilloso poder y me había instado a vivir según mis propios deseos. No me habían traído aquí para hacer algo que debía hacerse, sino para hacer lo que yo *quisiera*.

¿Había algo de vergonzoso en dejarme llevar por la misma historia que tanto me gustaba en mi vida pasada? No es que hubiera interpretado el papel de un aventurero en todas las historias: Había sido una estudiante que se vio envuelto en un misterio sobrenatural tantas veces como había salvado el mundo.

Pero, pensé, no importaba en qué tipo de escenario me metieran, seguro que buscaría este tipo de viaje.

Era una historia cómicamente simple: la aventura no era la única opción que me quedaba, sino la única opción para mí. No podía creer que esta fuera la conclusión a la que había llegado con cuarenta años de sabiduría a mis espaldas. Desde averiguar los detalles hasta convencer a mis padres, aún quedaba una montaña de asuntos por resolver.

—¿Tienes algo en mente? —me preguntó Margit por debajo de la barbilla.

Como siempre, el timbre de su voz me sacudió la espalda. Miré hacia abajo y vi que la pequeña aracne había estado colgando de mi cuello durante todo mi viaje de búsqueda interior. *¿Por qué esos ojos color avellana y sus compañeros en su cabello siempre me paran los pies?* Pensándolo bien, últimamente sus ojos habían empezado a cambiar de un color avellana estándar a uno más profundo. Un tenue marrón se filtraba en sus iris, convirtiéndolos en ámbar... no, en un dorado profundo.

—Verás, —susurró con una pausa—, como hija mayor de mi casa... yo también he estado pensando bastante.

Un sudor incómodo recorrió mi piel. Sentía como si mi habilidad de Detección de Presencia intentara alertarme de algo, pero los engranajes de mi cerebro se negaban a girar. *No puedo apartar la mirada de esos ojos.*

La mirada de Margit adoptó una forma corpórea y acarició mis globos oculares, deslizándose a través de ellos hasta las profundidades de mi cráneo. No tenía ni idea de qué había provocado aquella alucinación, pero me parecía inusualmente anclada en la realidad. Casi parecía como si hubiéramos establecido contacto mental y esta fantasía fuera el intento de mi cerebro distorsionado de procesar su abrazo.

—Así que *no* dudes en confiar en mí, —suspiró. Los ocho miembros que rodeaban mi espalda se tensaron. No eran para asegurar su posición, sino la *mía*.

De repente, recordé que ciertas especies de arañas practicaban el canibalismo sexual. Margit era una araña saltarina. No recordaba si formaban parte o no de esa lista, pero una ráfaga de terror golpeó en lo más profundo de mi corazón, sólo para...

—Estoy segura de que puedo ser de ayuda, —me susurró Margit al oído—. ¿No crees?

De repente, la opresiva tensión que había sentido se desvaneció en el aire y ella me soltó.

—¿Qué te pasa? —preguntó con una risita, saltando al suelo—. Vaya, parece como si hubieras visto un fantasma. —Me miró desde el suelo con la misma sonrisa traviesa que había visto una y otra vez. La luz del sol brillaba en sus ojos, que volvían a ser de un tranquilo color avellana.

¿Estaba soñando despierto?

—¿Nos vamos? —arrulló Margit juguetonamente en su refinado dialecto habitual—. Creo que hoy has entrenado con Sir Lambert. No te conviene andar por ahí cubierto de sudor. No querrás resfriarte, ¿verdad?

Hacía poco que mi hermana Elisa había empezado a deambular por la casa, pero tomarla de la mano era totalmente distinto a tomar la de Margit. Los dedos de araña enroscados en la mía eran pequeños, suaves y más fríos al tacto que los de cualquier mensch. El frío refrescante de su mano ayudó a calmar mi corazón presa del pánico.

Sentía como si la ansiedad de hacía un momento hubiera sido pura ilusión. La rapidez con la que pasó de ser una realidad palpable a una absoluta fantasía me desconcertó. *Bueno, seguro que no hay de qué preocuparse...* Mi familia estaba dispuesta a dejar que me quedara con ellos, al menos hasta la mayoría de edad. Tendría que tener cuidado de no entrometerme en el tiempo a solas de los recién casados, pero seguro que mis padres tenían una solución para eso.

Construiríamos un anexo o un cobertizo, o incluso podríamos derrochar y construir otra casa entera. Al menos uno de mis hermanos se quedaría en casa en un futuro próximo, así que no lo desperdiciaríamos.

Mientras me aferraba a la pequeña mano que me guiaba hacia delante, mis preocupaciones se desvanecían poco a poco.

[Consejos] Muchas familias permiten que el segundo o tercer hijo se quede en casa por si el mayor enferma o fallece. Una vez que el hermano mayor tiene un hijo propio, se espera que el hermano menor se case en otro hogar de la zona.

La madre de Margit siempre mantuvo que toda presa tenía un medio seguro de captura. Ellas dos no eran como la paciente araña tejedora de orbes, la tarántula gigante o la poderosa araña cazadora. Las que trazaban su linaje hasta las arañas saltadoras se acercaban silenciosamente y extinguían vidas con un único y hábil golpe.

Primero, se colaban en el punto ciego de su objetivo con la respiración contenida. Luego, saltaban con una daga o un arco, apuntando a un punto vital que mataría instantáneamente a la criatura desprevenida. Sin veneno ni telaraña, su especie tenía que acabar con

todo al instante. La subraza había sobrevivido a pesar de su pequeña estatura y su peso pluma gracias a su inclinación evolutiva hacia el primer golpe.

La madre de Margit se basó en esto obligando a su hija a estudiar su preza. *¿Dónde son débiles?* Había muy pocos puntos en los que una daga o una flecha pudieran matar instantáneamente a un animal. Aunque muchas heridas hacían que la criatura se desangrara, rara vez eran los lugares que podían causar la muerte inmediata. *¿Dónde están ciegos?* Por pequeños que fueran estos aracnes, una masa en movimiento de poco más de un metro de altura seguro que llamaba la atención. Rastrear los cinco sentidos y dónde estaban menos activos era una necesidad para el éxito. *¿Dónde son peligrosos?* Conocer la fuerza del enemigo significaba conocer sus aberturas. Un espadachín confiaba en su espada; un arquero, en sus flechas.

Margit había recibido este sermón innumerables veces en un número incalculable de expediciones de caza. Pero un día, su madre concluyó de otra manera.

—Todo esto se aplica también a los hombres. Los hombres también tienen debilidades. No me refiero a atacar sus gargantas y arterias, sino a atacar donde son débiles.

Por desgracia para Margit, las arañas saltadoras eran completamente ajenas a los cuerpos maduros y voluptuosos que eran populares entre las razas humanas. Incapaces de soportar cualquier peso muerto, su físico estaba perfectamente adaptado a una estatura infantil. Si una hembra aracne tenía un pecho generoso, le costaría mantener el equilibrio el resto de su vida. Para bien o para mal, la edad nunca afectaba a su aspecto.

La madre de Margit había tenido varios hijos y, sin embargo, por fuera seguía pareciendo una niña. Eran pocos los que podían adivinar su edad sólo por la parte superior de su cuerpo. Cuando formaba pareja con su marido mensch, parecían más un abuelo y una nieta que un matrimonio. Se rumoreaba que algunos mensch anormales se sentían atraídos por esta disonancia, lo que provocaba que las aracne se convirtieran en el blanco de una perversa cosificación.

Afortunadamente para Margit, su blanco elegido era un chico amable y agradable. Puede que se debiera a que era más joven que ella o a que aún no había crecido lo suficiente como para que su aspecto pareciera fuera de lugar. En cualquier caso, sus avances funcionaban, especialmente cuando apuntaba a su punto más débil: Erich no podía soportar un susurro en su oído. Cada palabra en voz baja le hacía retorcerse, y no podía ocultarlo cuando ella estaba pegada a su cuerpo.

El amor no era más que una prolongación de la caza, y esto era aún más cierto en el caso de una aracne, cuya sensibilidad estaba más próxima a la de la gente demonio que a la de los semihumanos; un tinte de locura era inherente a su sangre.

Así que se abalanzaba sobre él para mostrárselo al mundo: *Este es mío*. Le encantaba que su piel fuera cálida al tacto, y disfrutaba con el brillo de sus ojos azules cuando se sorprendía, pero más que nada, le encantaba la sensación de satisfacción y seguridad que le proporcionaba.

Al ver a Erich atrapado en su propia mente, la arañita quiso echarle una mano. Como cuarto hijo, estaba demasiado abajo en la escala para quedarse en casa, pero no era como si vivieran en una tierra de oportunidades. La Guardia no tendría una vacante hasta dentro de algún tiempo (aunque la tuviera, había otros haciendo cola para el puesto) y Erich no era el tipo de persona capaz de apartar a los demás por un puesto de trabajo.

Sin embargo, era bien recibido por la gente que le rodeaba. Había memorizado casi todos los himnos y salmos que cantaban en la iglesia, y siempre rezaba con fervor durante la misa, por lo que la iglesia estaría encantada de acogerle. Además, su capacidad para leer y escribir, combinada con sus buenos modales y su comprensión de la lengua palaciega, le daban posibilidades de trabajar para el magistrado. Margit tendría que tomar prestados los dedos de otra persona para contar el número de adultos que avalarían su capacidad.

Si todo lo demás fallaba, siempre podía casarse con otra familia y heredar sus negocios. De hecho, éste era el camino más fácil hacia el éxito. A decir verdad, Heinz no era el único miembro de su familia

que llamaba la atención de las chicas de la zona. Erich tenía talento tanto con la pluma como con la espada, trabajaba duro, fabricaba tallas de madera comercializables y era de complexión delgada, rubio y de ojos azules, todo ello popular entre las mujeres rhinianas. Era motivo más que suficiente para ser el blanco de las miradas apasionadas de jovencitas, adultas advenedizas e incluso viudas que habían perdido pronto a su marido. Margit ya podía ver el baño de sangre que provocaría cuando se acercara a los quince años.

De repente, la aracne pensó en construir una casa en la copa del árbol donde pudiera encerrarlo. La fantasía hizo que el corazón le diera un vuelco y sintió un fuego en la boca del estómago.

Ah, recuerdo que estaba pensando en irse de aventuras. Margit sabía muy bien lo que implicaba la realidad de ese trabajo: su madre había sido una aventurera trotamundos hasta que se enamoró a primera vista de un cazador local. Entre las historias de sus viajes por el mundo como exploradora de su grupo, había algunas que no dejaban dormir a la pequeña araña.

Y esas historias eran exactamente la razón por la que estaba decidida a seguir a su amado guerrero si se marchaba por su cuenta. En el camino siempre hacía falta un explorador con buen ojo y oído sensible. Por muy agudos que fueran los sentidos de Erich, estaba sujeto a las limitaciones físicas de un mensch.

La joven pero madura aracne miró al chico mientras caminaba con ella a cuestas, y una fina sonrisa se dibujó en su rostro. ¿Lo inmovilizaría o le mostraría un verdadero baile? Margit estaba impaciente por ver cómo se desenvolvía.

[Consejos] Los valores culturales de cualquier cantón o pueblo tienden a verse influidos por los valores de la raza más influyente de la zona.

Otoño del duodécimo año

Sesión

Es el capítulo de una campaña. Cada sesión es un momento para que todos los jugadores y el Maestro del Juego se reúnan y hagan avanzar la historia.

Que sólo aquellos cuyo orgullo no se ve afectado por el dulce elogio de los demás me arrojen una piedra.

—Por la Diosa, esto está a otro nivel.

—¿Lo dice en serio? —Me encontré rascándome tímidamente la mejilla mientras el dvergar (tuve que contenerme para no llamarle enano en más de un par de ocasiones) maestro de la única herrería del cantón se maravillaba de mi trabajo.

—Sabía que tenías un buen par de manos, pero nunca habría pensado que terminarías un juego entero tan rápido, —dijo, acariciándose la espesa barba con asombro. Un conjunto de tallas de madera se alineaba en la encimera frente a él. Los veinticinco tipos diferentes de figuras representaban cada una una pieza distinta de un juego de mesa popular en Rhine y sus países vecinos.

El ehrengarde era un juego parecido al shogi¹⁹ que se jugaba en una cuadrícula de doce por doce y en el que cada jugador intentaba derrotar al emperador y al príncipe enemigos. Las reglas únicas que dictaban el movimiento y los ataques de cada pieza recordaban al shogi clásico, pero no todas las reglas eran tan familiares. De los veinticinco tipos de piezas, sólo las del emperador y el príncipe eran

¹⁹ El shogi es un juego de mesa de estrategia originario de Japón, también conocido como "ajedrez japonés". El shogi se juega en un tablero de 9x9 casillas, con piezas de diferentes tipos que se mueven de manera diferente. El objetivo del juego es capturar la pieza del rey del oponente, llamado "gyoku".

obligatorias para ambos jugadores: los jugadores llenaban entonces las cuatro primeras filas de su tablero con veintiocho piezas más a su elección para empezar la partida con un total de treinta unidades.

La abundancia de cosas en el tablero evocaba la imagen de un juego de cartas coleccionables, y las complejidades durante el juego complicaban las cosas de manera similar. Aunque el juego debía su poder de permanencia a su complejidad y profundidad, un nuevo jugador podía arreglárselas por sí mismo con una hoja de trucos que resumía brevemente las reglas más particulares. La tasa de alfabetización relativamente alta del país convirtió el juego en un pilar en Rhine y los estados satélites vecinos.

Las piezas podían jugarse entre una y doce veces; naturalmente, las poderosas piezas tipo torre sólo podían tomarse una vez, mientras que se permitían doce peones en cada bando. Este equilibrio dio lugar a un puñado de composiciones arquetípicas, pero ninguna de ellas era lo suficientemente poderosa como para arruinar el juego. El juego era tan popular en la región que había oído historias de matusalenes que dedicaban *siglos* a estudiar este deporte mental.

Uno podría pensar que 144 fichas con sesenta piezas darían lugar a un tiempo de juego prolongado, pero la asimetría que surge cuando las piezas fuertes y débiles se entremezclan hace que el juego termine rápidamente una vez que un jugador acapara al príncipe y al emperador del otro. Tiene rondas rápidas para un juego de su escala.

Por supuesto, las piezas para un juego de mesa tan popular como el ehrengarde estaban muy solicitadas. El precio variaba enormemente en función de la calidad, pero cada juego tenía garantizado encontrar un comprador. Como vendedor, esto no podía ser más sencillo. Como cada juego requería un total de 140 piezas, no me faltaba trabajo, y la variedad de mercados a los que podía abastecer era una gran ayuda. Al fin y al cabo, no había muchas otras mercancías que pudieran venderse tanto a patricios como a plebeyos.

Un conjunto de trozos de madera con palabras escritas en ellos era muy barato, pero una colección de estatuas hechas a medida para la nobleza podía alcanzar un precio muy elevado, dependiendo de la calidad de su fabricación. Al parecer, algunos conjuntos eran tales

obras maestras que podían rivalizar con el precio de una mansión entera. Yo había dedicado todo el verano de mi undécimo año a pulir un lote de piezas listas para servir de base a un molde.

—No puedo creer que sólo te haya llevado un verano, —dijo el herrero con una pausa contemplativa—. Si tuviera un aprendiz como tú, estoy seguro de que los demás herreros golpearían el mostrador con sus cinceles por no haberte encontrado primero.

—Oh, por favor, —dije—, sólo me está halagando.

—...Hm, sí, bueno, alégrate de ser un chico de campo. Las cosas se ponen difíciles en esta parte del bosque para la gente que no entiende una indirecta.

¿Eh? ¿Soy yo o me ha insultado a la cara? Dejé a un lado el comentario grosero mientras el herrero que solo le llegaría a un hombre adulto hasta la cintura recogía la pieza del emperador con un gruñido. Representaba a un hombre de mediana edad enarbolando una bandera en alto: el motivo era el heroico emperador que, junto a su hijo, había repelido una invasión conjunta en Rhine hacía más de 120 años. Sabiendo que los dvergar apreciaban sus barbas, fue una buena señal que el herrero se acariciara la suya mientras contemplaba la bandera ondeando en un viento invisible.

—Estoy muy orgulloso de esa, —le dije—. Me basé en un retrato de la Bandera Negra que vi en la iglesia.

—Claro, es un emperador famoso. Él y el Príncipe de Plata forman un buen dúo padre-hijo, así que apostararía a que se venderán bien como piezas de emperador y príncipe.

Aunque no siempre se vendían por una mansión completa, las piezas bien hechas podían venderse por una cantidad considerable. Me habían dicho que, como muchos mecenas optaban por comprar sólo las piezas que les llamaban la atención, las siempre presentes piezas de emperador y príncipe se vendían mejor, sobre todo si representaban a monarcas populares, por lo tanto, fue en las que más tiempo y esfuerzo había dedicado a convertirlas en obras de arte.

Las piezas mayores tenían la altura de un dedo índice y las menores la de un meñique. Había sido una tarea desalentadora esculpir poses gloriosas que pudieran caber en el pedestal de la sala de reuniones de nuestro pueblo.

—¿Qué le parece, señor? —pregunté con cautela después de que el hombre inspeccionara cada pieza.

—Hrmm... Muy bien, —dijo cruzándose de brazos. Con una fuerte inclinación de cabeza, selló el trato y declaró—: Te haré un juego de armadura.

—¡¡¡Muchas gracias!!!

—No creí que fueras capaz de lograrlo, y aunque lo fueras, pensé que tardarías al menos medio año. Lo has hecho bien, chiquillo.

Solté una risita tímida. Era una sensación maravillosa que aceptaran el fruto de mi trabajo, y tanto mejor cuando podía cambiarlo por lo que realmente quería.

—Muy bien, vamos a medirte. Sigues creciendo, ¿verdad? Me aseguraré de construir un conjunto que puedas ajustar. —El hombre bajó del taburete del mostrador y me condujo a la parte trasera de su taller, balanceando los hombros para revitalizarse. La idea de que un mes de duro trabajo por fin estaba dando sus frutos me produjo un escalofrío de alegría.

Todo había empezado este verano, cuando me acercaba a mi duodécimo cumpleaños: Necesitaba dinero. Un equipo y un arma era lo mínimo para un aventurero. Por desgracia para mí, el equipo y el armamento eran alucinantemente caros. En general, una cota de malla con cuero duro debajo costaba lo que mi familia se gastaba en comer durante todo un mes.

No había forma de evitarlo, ya que sólo el cuero y el metal necesarios ya eran caros. Puede que yo me rigiera por un sistema de juegos de rol de mesa, pero eso no se extendía a las finanzas de los que me rodeaban. El mundo no era tan amable con los aventureros como para permitirse comprar una armadura entera que valiera lo que unas cuantas noches en la posada. En los nostálgicos escenarios de

antaño, donde todo el universo giraba en torno al concepto de aventura, las armas estaban al alcance de la mesada de un niño, pero aquí una simple espada de bronce costaba una pequeña fortuna.

Como cuarto hijo, ni que decir tiene que no estaba en condiciones de mendigar las sobras. Además, nuestra familia había construido recientemente una casa de campo para preparar la boda de mi hermano, por lo que nuestro monedero había dado un rápido giro hacia el país de la austeridad. Con los gastos de los esponsales, la ceremonia y una novia oficialmente casada en camino... no había amor paterno que pudiera justificar una moneda de sobra para mí.

La única opción que tenía era ganármelo yo mismo. No era tan descerebrado como cierto cazador que se había aventurado en las profundidades de las ruinas en busca de tanques²⁰... o mejor dicho, de armas en general. También veía venir los costes de las materias primas, así que me negué a tomar las habilidades de herrero como un parche.

Además, tenía otro medio de ganar dinero. Para asegurarme un camino más fácil hacia la independencia (aunque eso sonaba poco convincente viniendo de mí), hice esculturas de madera hasta que mi habilidad Tallar Madera llegó hasta VII: Virtuoso. Adquirí la habilidad Arte para mejorar los detalles de las piezas de los juegos de mesa y, cuando llegué a V: Adepto, me hice con un complemento llamado Representación Realista para completar mis habilidades para ganar dinero.

Dejando a un lado las excusas poco veladas, la primera vez que llevé un peón al herrero como muestra, quedó tan impresionado que se ofreció a hacerme una armadura a cambio de un juego completo de ehrengarde. Mi esperanza inicial había sido que me lo comprara y utilizar las ganancias para encargarme una armadura, así que esto superaba todas mis expectativas. Aproveché la oportunidad sin pensármelo dos veces.

²⁰ Si alguien entiende la referencia, por favor compartirla en comentarios para ponerla luego. Gracias.

Es cierto que el proceso de diseñar y tallar veinticinco piezas diferentes había sido un trabajo agotador, pero la tentadora idea de mi propia armadura personal me mantenía trabajando a un ritmo acelerado. Había disminuido mis tareas artesanales habituales sin dudar y, en su lugar, dedicaba todo mi tiempo libre a crearlas. Los hombros se me habían puesto rígidos, sin duda debido al peso extra de Margit, que colgaba de mi espalda pidiendo atención, pero ella me recompensó con un masaje (de la variedad más sana, debo añadir), así que estamos en paz.

A cualquier amante de la fantasía se le encendería el corazón ante la perspectiva de tener su propia armadura personal. Ese entusiasmo, unido a la inquieta sensación de que sólo me faltaban dos años y pico para irme de casa, me impulsó a trabajar a un ritmo que nunca antes había alcanzado. Y ahora, mi trabajo estaba siendo reconocido mientras me quedaba quieto para ser medido.

—Crece­rás una o dos cabezas, —dijo el herrero con una cinta métrica en una mano y mi hombro en la otra. Había invertido una considerable suma de experiencia en mi futuro crecimiento, así que debía medir unos 180 centímetros a tamaño natural.

—¿Puede saberlo? —pregunté.

—Cuando trabajaba en la herrería de Innenstadt, me ocupaba de muchos aventureros y soldados, —explicó, anotando las medidas de mis brazos y hombros—. Cuando has visto a tantos chiquillos convertirse en hombres hechos y derechos como yo, basta un buen roce para darse cuenta.

Innenstadt era una gran ciudad situada en un río al oeste de Königstuhl. Decenas de miles de personas la llamaban hogar, y mi padre iba allí a menudo a vender cosechas al por mayor para pagar nuestros impuestos líquidos. Mis hermanos también habían hecho autostop una vez con una caravana para aprender un oficio en la ciudad, pero yo nunca había ido, por desgracia. Pero eso me hizo preguntarme: ¿por qué alguien pasaría de una herrería en la gran ciudad a esta pequeña aldea?

—Tienes un buen cuerpo de espadachín, —dijo. Luego, tras una breve pausa, se preguntó en voz alta—: Pero aquí tienes un poco más de músculo en un lado de la espalda y el pecho... ¿Esto es por el arco corto o algo así?

—Vaya, ha dado en el clavo. —Me sorprendió que pudiera distinguirlo con un simple toque. La espada era mi principal arma de combate, pero Margit me había enseñado a manejar el arco. A pesar de mi fenomenal encontronazo con el viejo mago que me había dado el anillo, aún no había tenido mi segundo episodio con la magia, y quería una opción de ataque a distancia.

Había estado contemplando cómo mi situación no era muy ideal cuando recordé que mi amiga de la infancia era cazadora. Me preocupaba que se negara por tratarse de un oficio familiar, pero mis temores resultaron infundados y aceptó al instante mi petición. Cuando los dos teníamos tiempo libre, a menudo me instruía en algún entrenamiento ligero con el arco.

Gracias a Margit, había desbloqueado habilidades de tiro con arco y toda una serie de destrezas de sigilo y rastreo mientras acechábamos las montañas boscosas. Nunca acumularía polvo como aventurero siempre en movimiento, no, nunca. Nunca jamás. No me lo decía sólo para apartar la vista de mi menguante reserva de experiencia. Además, mi entrenamiento era una fantástica fuente de ingresos, lo juro.

—Un arco, eh... Bueno, los arcos están fuera de mi jurisdicción. Es una pena, pero no puedo hacerte uno por mucho que me traigas.

—¿En serio?

—Se me permite hacer cualquier tipo de armadura sin placas, espadas y puntas de lanza. Los arcos no sirven. Sólo porque dirija la herrería no significa que pueda hacer lo que quiera.

En mi mente, un herrero local era un todoterreno que hacía de todo, desde armas a armaduras e incluso garfios, pero la ocupación tenía sus limitaciones aquí. Mientras me tomaba las medidas, el hombre dvergar me explicó que era miembro de una asociación de

artesanos —un gremio, por así decirlo— que expedía licencias que permitían a los herreros abrir sus talleres.

Para evitar que los avances en fundición o moldeado se filtraran a otras naciones, todos los talleres de herrería debían registrarse en un sindicato de artesanos. Eran ellos quienes determinaban a quién se le permitía crear qué; todo esto sonaba bastante estricto, pero una filtración de información podía tener graves implicaciones militares, así que supuse que era bastante justo.

En esencia, los herreros necesitaban una cualificación nacional... La gente que fabricaba clavos o aros para cubos y barriles en pequeños cantones me pareció de repente mucho más impresionante. Durante mucho tiempo, había considerado que el herrero de aquí era el propietario de una especie de tienda de clavos y cuchillos de cocina. Si Sir Lambert no me hubiera indicado este lugar, aún estaría buscando armaduras sin rumbo.

—¿Pero *sabe* hacer espadas?

—Todas las que cuelgan de los cinturones de los vigilantes fueron martilladas por tu servidor. Si quieres una para ti, trae otro juego de éstas, —dijo, refiriéndose a las piezas de madera. El precio era ligeramente escandaloso, pero el señor de nuestra región había impuesto un precio mínimo a las armas marciales en aras de la seguridad pública. Cada vez que el herrero fabricaba armas para alguien que no fuera el señor, se veía obligado a venderlas a un precio absurdo.

Tenía sentido; permitir el fácil acceso a las armas prácticamente rogaba que se formaran grupos de bandidos en la zona. A pesar de la ambientación fantástica, el mundo distaba mucho de las fantasías con las que yo había soñado. No sólo eso, sino que todas y cada una de las espadas estaban marcadas con un número de serie y documentadas con un certificado. *¿Qué es esto, un rifle de caza?* El dvergar me sermoné explicándome que se daba por sentado que una herramienta capaz de matar a otra persona estaría estrictamente controlada, lo que probablemente debería haber sido obvio para alguien que hubiera vivido en el Japón moderno.

—Bueno, —añadió—, he oído que éste es el único sitio *así* de estricto. —Tras terminar mis mediciones, cerró su bloc de notas y se sentó ante un rechoncho escritorio de planificación, donde sacó una fina hoja de papel fibroso. A estas alturas, ya me había acostumbrado a que en este mundo medieval el papel se tratara como un producto cotidiano. Aun así, siempre era áspero y débil, por lo que la escritura a largo plazo siempre utilizaba pergamino en su lugar.

—Veamos, tengo un montón de pedidos de clavos, púas y cosas así... —El herrero dobló los dedos mientras contaba los pedidos y murmuró algo sobre que uno de ellos era para el nuevo alojamiento de mi hermano—. Bueno, la tendré lista para la primavera.

No sabía si medio año era el tiempo normal para completar un pedido. Había comprado bastantes trajes de negocios en mi vida anterior, pero era la primera vez que encargaba una armadura (más raro sería que no fuera así), así que no sabía qué pensar. Para empezar, era dudoso que mis piezas de ehrengarde se vendieran al por menor a un precio suficiente para cubrir los costes.

Bueno, en un cantón tan pequeño como éste, donde todo el mundo se conoce, dudaba que me timara. Los dvergar, al igual que sus primos enanos de los juegos de mesa, vivían mucho tiempo, unos trescientos años. Si iba a pasar todo ese tiempo en este pueblecito, era justo que empleara algo de sentido común. Sin airear preocupación alguna, inclinó la cabeza y le di las gracias.

[Consejos] Los dvergar son conocidos por su baja estatura, menos de la mitad que un mensch medio. Son una raza con esqueletos de hierro y sangre roja hirviente. Procedentes de montañas llenas de mineral, están bendecidos con una gran fuerza, resistencia al calor y una excelente visión en la oscuridad. Los hombres son fornidos y tienen barbas impresionantes, y las mujeres son voluptuosas a pesar de sus rostros jóvenes; en cualquier caso, es fácil distinguirlos de los que les rodean.

En los días que siguieron a mi episodio en la herrería, empecé a preparar la cosecha. Limpié el aceite conservante de nuestras hoces y azadas, les di un pulido a fondo y afilé sus hojas en la piedra de afilar. Así, cortar el centeno y la avena era pan comido.

Ante el precario brillo de nuestras herramientas afiladas, los detalles de mi orden de armadura flotaron en mi mente. Al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo intentando averiguar lo que quería y, sin embargo, no tenía nada concreto.

Las habilidades de fe eran tan inquietantes como siempre, así que seguía sin querer tomarlas. No me había topado con los encuentros adecuados para la magia y, en aras del realismo, no tenía sentido esperar a tener una experiencia que me cambiara la vida antes de cumplir la mayoría de edad. Los únicos caminos de aventurero que tenía a mi disposición eran los de espadachín o explorador; y no era difícil hacer ambas cosas en este mundo.

En los juegos de rol de mesa, los exploradores suelen ser personajes pequeños y enérgicos (exactamente como Margit), cuyos puntos débiles son su escasa armadura y su bajo poder de ataque. Sin embargo, mi gran cantidad de puntos de experiencia y la falta de un bloqueo sistémico de lo que podía hacer me permitieron pulir ambas habilidades a mi gusto. Si no cargaba mucho equipo, podía desempeñar ambas funciones a la vez.

Teniendo todo esto en cuenta, mi nuevo plan provisional consistía en mejorar mi habilidad como espadachín, dejando cierto margen para convertirme en un espadachín arcano o sagrado en el futuro.

Por eso dediqué tanto tiempo y esfuerzo a las figuras de madera que le vendí al herrero. Estar en el frente con una armadura de clase baja es simplemente *vergonzoso*. Intentar reclutar a miembros del grupo como «espadachín» equipado con una vara y ropa sencilla está condenado al fracaso, y tus perspectivas no serían mejores intentando unirte a uno.

Pensando que esta estrategia era mi oportunidad más realista de tener éxito, la armadura fue mi primer paso real para dar forma a mi

futuro. Dominar las espadas y las lanzas me sería de gran ayuda allá donde fuera, ya que la autodefensa era siempre necesaria.

Si alguna vez tenía la suerte de aprender magia, o si finalmente me decidía por la religión, siempre tenía tiempo de incorporarla a mis habilidades; si no, podía seguir por el camino de la espada. Afortunadamente, la escuela de artes marciales que aprendí no discriminaba entre tipos de armas, lo que me dejaba en libertad de utilizar el tipo de arma que más me conviniera.

...Lo que significaba que nada había cambiado realmente. No podía hacer nada al respecto, ya que el plan era *provisional*; después de todo, quería usar magia si podía. ¿Hubo alguna vez un hombre que no anhelara acuchillar a sus enemigos mientras desplegaba magia llamativa, para luego salir del combate y usar sus talentos en una variedad de situaciones comunes? No, digo yo.

Vi brillar mis sueños para el futuro junto a la hoz recién afilada y me reí entre dientes. Quería ser tan afilado como esta hoja cuyo acero reflejaba perfectamente mi rostro. Pero por ahora, había terminado de pulir nuestro equipo y me preparaba para pasar a cuidar de Holter. Nunca nos quedábamos sin cosas que llevar durante la temporada de cosecha, y nuestro caballo de batalla pronto iba a estar tan ocupado como nosotros.

Ordené el cobertizo y me dirigí al establo cuando percibí una presencia que salía de la casa y empezaba a seguirme.

—¡Señor hermano! ¡Señor hermano!

Todo lo que me sigue es adorable, y eso es especialmente cierto en el caso de mi hermana pequeña.

—Hola Elisa. ¿Qué pasa?



Elisa se tambaleó hasta mí y se agarró a mi cinturón. A sus seis años, mi querida hermanita acababa de empezar a salir de casa. Su débil cuerpo no había mejorado desde la primera terrible fiebre que casi la mata. Tal vez por eso, su desarrollo se había atrofiado y su apetito era escaso. Sólo por su aspecto, se podía adivinar que no tenía más de cuatro años. No era de extrañar, teniendo en cuenta que aún no había pasado una temporada completa sin resfriarse y que todos los inviernos estaba postrada en cama.

Era un milagro que ahora pudiera salir a la calle en días cálidos como hoy. A pesar de parecer una versión en miniatura de mi madre, era realmente frágil.

No menosprecies el resfriado común; en un mundo sin antibióticos, los médicos y los curanderos (estos últimos eran una especie de magos o sacerdotes) eran exorbitantemente caros. Los niños frágiles morían de enfermedades simples todo el tiempo: Yo había visto morir en este mismo cantón a niños demasiado pequeños para andar. Cada año, los resfriados se cobraban la vida de algunos niños débiles, e incluso los adultos no estaban a salvo si sufrían alguna complicación.

Un certificado de buena salud era una fortuna de valor incalculable comparado con su precio en la Tierra moderna. Los que carecían de esa fortuna tenían que pagar su cuota en metálico si querían ver el próximo amanecer.

Afortunadamente, yo proporcionaba a nuestra casa un ingreso secundario. Cuando había una caravana de mercaderes en la ciudad, les vendíamos mi trabajo y, si no, mi padre viajaba a la ciudad más cercana para cambiar mis ídolos de madera por medicinas. Cuando realmente ponía todo mi empeño en una talla, a veces el obispo incluso arrojaba un milagro sobre mi hermana como agradecimiento por una generosa «donación». En una ocasión, arreglé una rueda y un eje nuevos para un carruaje roto que nos reportó una buena suma justo cuando Elisa había enfermado de pulmonía. El momento no pudo ser más oportuno, e inmediatamente utilizamos el dinero para llevarla a un curandero.

Ya estábamos mejor que la mayoría de los campesinos, así que mis aportaciones extra bastaban para preservar la vida de una niña que normalmente habría muerto hace años. Todos los miembros de la familia se esforzaron por cuidar de nuestro pequeño milagro para que pudiera caminar por su propio pie.

Y, sin embargo, por alguna razón inexplicable, mis padres me convertían constantemente en un héroe a mí y sólo a mí. Cada vez que Elisa se resistía a tomar su amarga medicina, le decían: «Tu hermano ha hecho todo lo posible por conseguirte esto, así que haz todo lo posible por bebértelo». En algún momento me había convertido en una figura de admiración para ella, y por eso ahora me seguía a todas partes como un patito.

En realidad, yo no era nadie especial, pero no me atrevía a romper la imagen infantil que tenía de mí. Puse mi mejor sonrisa de hermano mayor y me arrodillé para acariciarle la cabeza.

—Mamá no quiere jugar. Está otra vez con lo de las agujas. — La forma en que resopló fue tan tierna que se me dibujó una sonrisa en la cara.

—Aww, pero ya sabes, es casi la boda de Heinz. Debe estar ocupada.

Mientras yo cumplía doce años, mi hermano mayor cumplía quince este otoño, lo que lo ponía en edad de casarse. Habíamos terminado de construir una cabaña (aunque, sinceramente, era un poco grande para llamarla así) para él y su mujer. Tenían previsto casarse con otras dos parejas durante la fiesta de la cosecha, a finales de otoño.

En Konigstuhl, o mejor dicho, en el Imperio Rhine, las bodas siempre se celebraban en otoño. La diosa de la cosecha no sólo presidía la vida de las plantas y los ciclos naturales, sino que también era la autoridad que regía el matrimonio. Al igual que las florecientes cosechas eran el resultado de una reproducción exitosa, la teoría decía que, como los humanos hacíamos lo mismo, lo mejor era casarse en otoño, cuando Sus poderes estaban en su apogeo.

Además, las bodas eran un gran acontecimiento en un pueblo tan pequeño como el nuestro. Sería una gran molestia celebrar más de una, y sin duda teníamos razones pragmáticas para combinar todas las ceremonias con la fiesta de la cosecha, cuando el dinero fluía por el cantón de todos modos. Además, el obispo regalaba a los recién casados una cantidad de dinero —aunque el impuesto de matrimonio (que hacía que mi mente de la Tierra se retorciera de agonía) anulaba de hecho este regalo— que permitía celebraciones aún mayores. Teníamos pocas razones para no hacerlo así.

El gran acontecimiento que se avecinaba dejó nuestro hogar sumido en el caos durante la recta final. Ante todo, necesitábamos ropa. Por suerte, las otras familias eran las que se encargaban de la uniformidad nupcial más intensiva, pero aun así teníamos mucho entre manos. Reutilizar la ropa de etiqueta antigua hacía que la familia descendiera de estatus, por lo que la boda del primer hijo siempre suponía un caos para su madre. Sin embargo, los segundos hijos y los de rango inferior solían llevar lo mismo con pequeños ajustes para tener en cuenta la estatura.

Además del traje de Heinz, los jóvenes necesitábamos algo que ponernos como asistentes. Los nuestros no tenían que ser tan elegantes como el jubón que debía llevar el novio, pero se necesitaban nuevos conjuntos de ropa o bordados adicionales. Esto también era probablemente el resultado de algún tipo de política social en el cantón de la que yo no era consciente debido a mi edad. Ya de niño me daba cuenta: la disposición de los asientos en la iglesia y el orden en que saludábamos al magistrado reflejaban nuestra posición en la sociedad.

—¿Qué es una boda? —preguntó Elisa.

—Bueno, una boda es una ocasión muy feliz, —le expliqué. Para una niña pequeña que un día sería enviada como novia, y para un cuarto hijo que estaba destinado a dejar atrás su hogar, nada de esto era relevante para nosotros—. Hay mucha comida rica. Elisa, ¿te acuerdas de las novias bonitas cuando fuiste a la fiesta de la cosecha antes?

—¿Las de los vestidos blancos?

—Sí. Las novias con los bonitos vestidos blancos.

Curiosamente, este mundo también tenía una historia cultural de ceremonias nupciales con vestidos de novia blancos. El único matiz era que (a pesar de la bendición y guía del obispo durante toda la ceremonia) el matrimonio no se consideraba sagrado: era un contrato civil que se presentaba ante el magistrado. La mezcla de elementos romanos antiguos y europeos de la Edad Media se arremolinaban para dar lugar a una cultura peculiar.

Y lo que era más extraño, la moda femenina tenía claras influencias victorianas y art déco²¹ directamente de la Inglaterra de principios del siglo XX, pero también contenía antiguas prendas acolchadas e incluso bebía de los diseños tradicionales del Lejano Oriente. Había tantos estilos diferentes entremezclados que todo era un caos.

Hacía tiempo que lo sospechaba, pero debía de haber gente como yo de vez en cuando. La moda aquí abarcaba desde la prehistoria de la Tierra hasta el siglo XX, y había un puñado de procesos modernizados, como la fabricación de papel y el modelo gubernamental, sospechosamente bien estructurado... Cuanto más aprendía sobre mi patria, más seguro estaba de que aquella quimera de culturas antiguas y modernas tenía que ser el resultado de influencias externas.

Por supuesto, eso no tiene nada de malo. Como hombre, ver a las mujeres ataviadas con un colorido surtido de adornos era sin duda más agradable que la incolora (¡el tinte era caro!) ropa de calle que todos llevábamos en el trabajo.

—...Yo también quiero, —dijo Elisa.

—¿Quieres llevar un vestido de novia?

—Mhmm.

²¹ El término "art déco" se refiere a un estilo artístico y de diseño que tuvo su apogeo en las décadas de 1920 y 1930. Se caracteriza por su estética elegante, moderna y geométrica, con influencias provenientes de diversas corrientes artísticas de la época, como el cubismo, el futurismo y el constructivismo.

Supuse que era natural que una chica joven se enamorara de un vestido elegante. Incluso en un cantón frugal como el nuestro, casi todo el mundo se arreglaba en esta época. Seguro que los volantes y el encaje le despertaban algo.

—Pero Elisa, tú no tienes con quién casarte.

—Umm, entonces Señor Hermano.

—¿Hm?

—Haré la boda con el Señor Hermano.

Aww, dices las cosas más lindas. Habiendo sido el hijo menor en mi vida pasada, nunca había sabido lo que era adular a un hermano pequeño, pero... esto era adictivo. Entendía por qué algunos decían que todos los hermanos mayores tenían una fase de cariño incondicional.

—Ja, ja, ja, ¿vas a ser mi novia, Elisa?

—Mhmm.

Me di cuenta de que Elisa no lo entendía muy bien, así que la levanté y la puse sobre mis hombros cada vez más anchos. A principios de otoño todavía hacía calor y no quería que estuviera mucho tiempo al sol. Obviamente se resfriaba en invierno, pero también era débil al calor, así que debía tener cuidado.

—¿Ah, sí? Entonces tendremos que pedirle a mamá un vestido bonito.

—Mm, —gruñó con un adorable movimiento de cabeza.

Había visto a mi madre ser un as de la costura para los hombres en nuestra casa, y estaría extra motivada para su hija menor. En cualquier caso, siempre podíamos ir a la ciudad a vender el vestido una vez que lo hubiéramos terminado, así que era inútil escatimar. Al fin y al cabo, todos en casa queríamos a Elisa. Estaba seguro de que estaría tan linda como la novia.

Una parte racional de mi cerebro observó mi insensato amor fraternal y se preguntó si me estaba permitido esperar su vestido con

tanta ilusión como yo. *Bueno, me hace feliz, así que supongo que es justo.*

[Consejos] Las leyes familiares en el Imperio Trialista de Rhine son de las más fundamentales. En él, los mensch tienen prohibido casarse con sus parientes, es decir, con cualquier pariente en segundo grado o más cercano.

Las cortinas del otoño se cerraron en un abrir y cerrar de ojos. Me acercaba a los diez años como peón de granja con IV: Artesano en la mayoría de las habilidades agrícolas, pero las prisas de la temporada de cosecha eran tan implacables como siempre. Sin embargo, al parecer la rutina se había metido en mi cuerpo, haciendo que los ingresos por experiencia disminuyeran, y no podía justificar invertir más en hacer la tarea más fácil.

Después de sobrevivir al trabajo vertiginoso, el alivio de tener suficiente para pagar los impuestos y la euforia de la fiesta que se avecinaba crearon una atmósfera difícil de expresar con palabras. Intenté compararlo con el desvanecido recuerdo de ganar un ascenso tras gestionar un gran proyecto, y era difícil decir cuál era mejor.

Fuera como fuese, tenía que ofrecer mis devociones a los de arriba por el hecho de estar aquí para disfrutar de este día. A diferencia de la Tierra, los dioses no tardaban en responder a una adoración sincera, y era su diligencia lo que hacía que el mundo siguiera girando. Sería negligente por mi parte no ofrecer una o dos plegarias.

Nuestra celebración dedicada a la Diosa de la Cosecha fue, como de costumbre, bendecida con cielos despejados. La plaza del pueblo, junto a la casa del jefe de la aldea, fue el escenario de nuestros festejos. El producto del trabajo de innumerables mujeres se alineó en un sinfín de mesas en las que el vapor se desprendía de cada plato. La Diosa sabía de nuestras dificultades y siempre era considerada: durante ese día del año, el favor divino impedía que toda la comida perdiera su calor, y el licor se mantenía helado una vez enfriado.

Seguro que no tenía reparos en hacer milagros a diestro y siniestro, ya que todo el evento era en Su nombre.

Hombres y mujeres se habían puesto juguetones, y un aire de frivolidad recorría el cantón. Algunos esperaban con impaciencia los trajes de gala de las bodas, a otros les rugían los estómagos por el festín, y otros aún recorrían los puestos instalados por las caravanas de mercaderes que habían venido a sacar provecho de las festividades... pero esa no era la causa de la niebla rosada que se había instalado sobre la región. No, la razón era simple: se trataba de una oportunidad para un encuentro lleno de acontecimientos.

Abundaban los músicos, que tocaban sus melodías en todos los rincones del cantón, y todos los que estaban a su alcance bailaban hasta caer rendidos. En una época en la que se buscaba diversión, ningún pasatiempo podía competir con el baile. Después de una o dos juergas con todo el mundo de buen humor, no hacía falta decir lo que ocurría cuando se ponía el sol.

En este planeta, el trigo aún no se había criado selectivamente para obtener tallos más cortos, y proporcionaban una amplia cobertura para cualquier tipo de juego de dos jugadores que se pudiera practicar en un festival como éste. Algunas de estas parejas llegaron a casarse oficialmente, mientras que otras entre hijos e hijas segundos se convertían en relaciones secretas. Había sido lo bastante prolífico como para dar lugar a una canción folk llamada *Veniendo por entre el trigo*.

En otras palabras, había muchos jóvenes y jovencitas que esperaban este tipo de cosas; en concreto, mis dos hermanos del medio. Ambos habían desaparecido cuando debían ayudarnos a preparar la boda de Heinz.

Yo estaba a punto de estallar mientras llenaba otra mesa de comida. Se suponía que debía haber muchas más manos ayudantes, pero las ganas de jugar sólo se hinchaban en los niños a medida que se acercaban a la edad adulta, y era habitual que los casi mayores de edad abandonaran sus puestos. Como resultado, sólo un puñado de niños como yo nos quedábamos, sintiéndonos tan humillados como

el niño serio antes de un festival escolar. Suponía que un cambio de universo no podía cambiar el comportamiento humano.

Después de cargar con una cantidad absurda de comida bien caliente, me sequé el sudor de la frente y miré alrededor de la plaza, que estaba cubierta por una enorme alfombra dorada gracias a la maleza marchita. Todos a mi alrededor se afanaban con el sudor cayendo por sus rostros dichosos. El trabajo era duro, pero la monotonía por una causa divertida se olvida enseguida.

Me invadió una oleada de nostalgia. En la universidad, mis amigos y yo habíamos aceptado trabajos a tiempo parcial para alquilar una habitación en la que jugar a juegos de mesa, pero como éramos pocos, era difícil sacar suficiente dinero entre todos. En cualquier caso, jugar a los dados fue más divertido en aquella habitación que en cualquier otro lugar del planeta. Estoy seguro de que las dificultades que superamos fueron la razón por la que pasé más tiempo leyendo mis valiosos libros de reglas que cualquiera de mis libros de texto de la universidad.

Por otro lado, en mi vida pasada nunca conseguí aceptar los sistemas cuyas copiosas tiradas de dados me desfavorecían a los ojos del RNGesus²², pero desde entonces he aceptado mi papel en tales juegos. Deseaba desesperadamente tener otra oportunidad de sentarme en esa mesa y tirar los dados con mis amigos. Los momentos en los que destruía a mis jugadores con veinte naturales y vagones para que me llamaran Maestro del Juego fracasado eran divertidos por derecho propio...

Una fuerte ovación me sacó de mi ensoñación. Me giré para ver a un grupo de pequeños ni... oh. *Perdón*. Me giré para ver a Margit y su familia tirando de un carro gigante con un jabalí extrañamente grande. Me di cuenta de que la bestia desollada medía casi dos metros mientras la llevaban a la vista. Recordé que Margit me había dicho

²² RGNesus sería una combinación entre Jesus y RNG (Random Number Generator o Generador de Números Aleatorios), que se refiere a un algoritmo o dispositivo que produce secuencias de números aparentemente aleatorios. Por lo tanto, RNGesus sería una alusión a ver el RNG como una especie de Dios.

que esperara con impaciencia el plato de su familia, y supongo que así fue.

¿Cómo demonios habían conseguido aquellos diminutos cazadores abatir una monstruosidad como aquella? Había oído una vez que los jabalíes gigantes podían sobrevivir a un disparo de 5,56 mm en la cabeza, y no podía imaginar que hubieran usado veneno en algo que iban a servir en un banquete...

—Eh, ¿te has entera'o? El magistrado preparó unos fuegos artificiales para el festival.

—¿En serio? Eso significa que debe haber invita'o a un mago. Es increíble.

Mientras me quedaba boquiabierto al ver cómo el tamaño del jabalí hacía que los pequeños aracnes parecieran motas en movimiento, la conversación de los ayudantes de la mesa de al lado llegó a mis oídos. Últimamente, mis habilidades de Escucha y Detección de Presencia se habían vuelto tan efectivas que era un poco demasiado sensible.

Fuegos artificiales, ¿eh? Me encantan. Los fuegos artificiales nocturnos eran fantásticos, pero me encantaban igualmente los de la tarde, que animaban el ambiente. Además, siempre me recordaban al anciano. Me moría de ganas de que llegara el día en que el anillo que colgaba de mi cuello se convirtiera en un objeto clave.

Sumergido en el espíritu festivo que me rodeaba, mi corazón se elevaba tan alto como el cielo otoñal abierto más allá de mi vista.

[Consejos] Las bendiciones divinas son un hecho durante las festividades, especialmente cuando el dios en cuestión es el que se celebra. Algunos de ellos llegan incluso a descender y mezclarse con sus súbditos a través de un avatar.

A mediodía, la fiesta estaba en su apogeo. El discurso del magistrado fue sencillo y, como todos los años, duró sólo unos

minutos. Eckard Thuringia, señor del castillo de Konigstuhl y magistrado del cantón del mismo nombre, salió ataviado con una digna coraza y con un puñado de caballeros a su lado. Pronunció unas palabras sobre la cosecha del año, rezó por un invierno sereno desde lo alto de su caballo y se despidió rápidamente. Supuse que aún tenía que atender a los demás cantones bajo su dominio.

Por otra parte, el sermón que sustituyó a nuestra misa habitual también fue bastante breve. Esto se debía a que el festival en sí mismo era una forma de himno, salmo y oración en alabanza a la Diosa de la Cosecha, por lo que no teníamos necesidad de un largo culto. No se debía a que nuestro obispo fuera tan infame amante del vino que algunos se preguntaban si adoraba o no al Dios del Vino. Y, *desde luego*, no gritó «¡Terminaremos nuestra oración más tarde!» porque quisiera pasar a la bebida... creo. O al menos, me gustaría creerlo. Creo que él no haría algo así... de hecho, pensaré eso. Sea como fuere, este breve preámbulo explicaba por qué los ciudadanos del cantón habían desaparecido por completo en las primeras horas del día.

—Mmjee, —rió Margit—, ¿estás bebiendo?

—Sí, sí.

Mi habitual collar de aracne no fue una excepción. Ver su carita de bebé enrojecida mientras arrastraba las palabras era francamente criminal, pero bastante común en esta tierra. Las ollas para hervir y los dispositivos elementales de filtración hechos con tela, grava y carbón daban a los rhinianos acceso a agua limpia, pero esos medios eran demasiado caros para el uso cotidiano. La mayoría de las veces, el agua potable se desinfectaba con alcohol.

Con su clima relativamente cálido, el sur de Rhine era la capital de la producción de uva del Imperio. No era tan templado como el de los estados más pequeños a lo largo del océano meridional, pero era lo suficientemente bueno como para que las vides florecieran y el vino fluyera por la región. En esta época del año, se podía salir a la calle y ver un flujo constante de carros cargados de vino que salían de las cervecerías bajo la influencia del Dios del Vino.

Además, la iglesia sacaba barriles y barriles de su propia bodega para la fiesta. Este espectáculo era lo que ocurría cuando la gente dejaba que sus acciones superaran a sus pensamientos y se bebía el fuerte licor sin diluirlo. No necesité comprobarlo para saber cuál era la causa del olor agrio que emanaba de los árboles que rodeaban la plaza del pueblo.

Este era el estado de las cosas a primera hora de la tarde; *¿va a estar bien este cantón para la boda?* Bueno, las bodas de antaño se las habían arreglado de alguna manera, así que estaba seguro de que todo saldría bien. El peor escenario posible era una pareja de recién casados demasiado impacientes que pasaban de la ceremonia a la luna de miel *antes* de retirarse a la seguridad de su casa de campo. No me malinterpretes, eso sería terrible de ver, pero con la mitad de la población demasiado borracha para recordar nada, seguro que el daño duradero sería mínimo.

—Oyeeee, no me ignoreeeees... —Margit balbuceó.

Hacía tiempo que no oía a Margit parlotear en la lengua común. Miré hacia abajo y la vi haciendo pucheros con las mejillas hinchadas, todavía colgada en su lugar favorito.

—Te dije que no bebieras tanto... —le dije.

—Sólo he bebido un poco. Un poquitito, —insistió.

A decir verdad, no se equivocaba. De dos a tres copas estaba bien dentro del ámbito de «un poco», pero por desgracia esa lógica no funcionaba con los aracne. Lo que tenían de ventaja sobre los humanos en capacidad digestiva, lo pagaban con creces en su tolerancia al alcohol. No tenía ni idea de lo que pensaba que iba a pasar.

—No quieres echar un vistazo a los puestos callejeros? A este paso no vas a poder, —le advertí.

—Tá bieeen, —ronroneó Margit—. Tú me llevarás allí, ¿verdad, Erish?

La araña parecía una gatita mimada mientras acurrucaba sus sonrosadas mejillas contra mi pecho. Me preocupaba que su vibrante

maquillaje rosa me manchara la camisa, pero mi ropa estaba tan limpia como siempre... *¿Los aracnes pueden ponerse así de rojos sin maquillaje?*

Por desgracia, no podía satisfacer su petición; tenía que cambiarme.

—No puedo, —le expliqué—, se acerca la boda de Heinz. Tengo que ir a cambiarme de ropa.

—¡Paraaaa! —chilló.

No me chilles. Tienes catorce años, te falta un verano para ser una adulta, jovencita. Margit apenas parecía mayor que Elisa, pero yo no había olvidado que era dos años mayor que yo. No importaba lo linda que estuviera con su pequeña rabieta, yo no... No dejaría que... ella...

—¡Está bien! —Dije—: Vamos, es hora de soltarse.

—¡¡¡Erich, eres un maliito!!!

Vencí salvajemente las ganas de jugar con Margit con una voluntad de hierro y la levanté por las axilas para desprenderla de mi cuello. Cuando la coloqué en el suelo, me di cuenta de que yo había crecido tanto que ya no me llegaba a la cintura. Me miraba con ojos llorosos y acusadores que me retorcían los sentidos y me hacían sentir que estaba legítimamente equivocado, lo cual era poco útil. Para empeorar las cosas, estábamos en público: había hombres borrachos como cuba por toda la plaza, y algunos de ellos eran nuestros antiguos compañeros de juegos.

—¡Vamos, Erich! No seas tan estricto.

—¡Sí, llévatela a pasear, viejo!

—¡Ojalá fuera tú, maldito glorificador de la vitalidad!

Los borrachos eran buenos chismosos, y yo sabía muy bien que las palabras suaves no atravesarían sus gruesos cráneos. Grité: «¡Lárguense ya, irresponsables! ¡O les quitaré la borrachera a golpes!».

A pesar de levantarles el puño, lo único que obtuve como respuesta fue un seco silbido. Por cierto, «ir a pasear» en este contexto significaba encontrar una zona apartada de follaje en la que desaparecer; ya había presenciado personalmente cómo lo hacían un puñado de parejas.

Por otra parte, «glorificador de la vitalidad» era una forma indirecta de llamarme lolicón. Un antiguo hombre santo había sido infamemente aficionado a ciertos semihumanos y demonios que, en el mejor de los casos, eran «juveniles» para los estándares de los mensch. Cuando se le llamó la atención por su libertinaje, afirmó que simplemente amaba su abrumadora vitalidad con un corazón puro e inocente. El cuento se había convertido en una alusión histórica que sobrevivió hasta nuestros días.

¿Qué? ¿Quieres saber qué le pasó al tipo? También había estado persiguiendo a semihumanos menores de edad, así que fue molido a palos por todas las partes implicadas y excomulgado por la iglesia. Las autoridades religiosas de este país no eran nada fervientes, teniendo en cuenta que estaban dispuestas a despedir a un miembro de una de las casas imperiales.

Ignoré el hecho de que mi amiga de la infancia se las arregló para iniciar un ataque social contra mí con sólo llorar y abandoné la escena para evitar que me marcaran de forma no consentida con cualquier rasgo o título no deseado. No quería tener que anotar un nuevo miembro de la familia en mi hoja de objetos a esta edad (aunque supongo que técnicamente estaba a medio camino de la edad adulta). Aun así... no podía negar que no estaba totalmente en contra de la idea después de todo el tiempo que había pasado con Margit.

—Eh, Erich, llegas tarde.

Volví a casa y me encontré a mi hermano mayor vestido en el salón. El jubón blanco no le sentaba muy bien al rostro cincelado que se parecía al de nuestro padre, pero hoy se había peinado el pelo castaño con un poco de gel, lo que le ayudaba a redondear el look. Sería exagerado decir que parecía un noble, dado su rostro tostado por el sol y sus manos callosas, pero era la figura galante del hijo mayor de nuestra familia.

—¿Qué tal está? ¿Tengo buen aspecto?

—Sí, se ve muy bien, Heinz.

—¿Ah, sí? —dijo, frotándose tímidamente la nariz. Tenía el mismo aspecto que el niño al que le había entregado una espada de madera; al mismo tiempo, ver su crecimiento me llenaba de un orgullo que pocas veces había sentido en mis casi cincuenta años de vida.

Recordé con cariño los días que pasamos cazando la escurridiza moneda de hada con mis armas caseras en la mano, y el tiempo que había asistido a sus clases de lenguaje para arreglar mi fabuloso acento. Me habría gustado borrar este último recuerdo de las mentes de todos los implicados, incluida la mía, pero aun así.

Fuera como fuese, era notable lo mucho que había crecido desde aquel niño llorón que imitaba a los héroes aventureros de las viejas sagas. Había asimilado las matemáticas que le habían atormentado durante años y podía mantener una conversación en la lengua palaciega con sólo un tartamudeo ocasional. El futuro de nuestra familia estaba a salvo en sus manos.

Mi hermano y yo estuvimos un rato hablando de felicitaciones y de futuros hijos. Me puse mi ropa de etiqueta (un conjunto de ropa usada que había pasado por las manos de mis hermanos) cuando me di cuenta de que mis dos hermanos del medio no aparecían por ninguna parte.

—Oh, llegaron a casa borrachos... Creo que nuestro viejo los llevó al pozo. No queríamos que Elisa los viera así, así que la mandamos a casa de Mina para que se vistiera.

Esos gemelos tontos... No sólo se habían saltado su trabajo, sino que se las habían arreglado para beber sin que los descubrieran. Podía imaginarme a mi padre hirviendo de rabia mientras bombeaba (con una manivela que me había sorprendido ver, muy parecida como con el papel) agua irónicamente helada del pozo y salpicaba generosamente a sus dos hijos idiotas.

Con la cosecha terminada y el otoño dando paso al invierno, recé para que los dos tontos pudieran evitar pillar un resfriado, pero un par de fuertes estornudos que sonaron en el patio trasero echaron por tierra mis esperanzas al instante.

[Consejos] El alcohol se utiliza en todo el Imperio para esterilizar el agua potable. Sin embargo, es común que las razas que pueden subsistir con agua contaminada tengan poca tolerancia a la bebida.

La boda fue menos una ceremonia magnífica y más una fiesta jovial. Las bodas plebeyas en nuestro cantón estaban totalmente alejadas del concepto de elegancia, optando en su lugar por una gala estridente. Era casi una tradición que los borrachos gritaran a los recién casados para que el novio replicara con un comentario vulgar, lo que provocaba que la novia, uno de sus parientes o el obispo le dieran una bofetada al pasar.

Fue un proceso sencillo en el que la pareja recorría el pasillo plagado de pétalos de flores e insultos groseros para recibir la bendición del obispo y firmar un contrato. Después, todo se convertía en la fiesta habitual. La bebida y el alboroto eran compañeros ancestrales de las bodas, y este mundo encajaba en el molde. Todos, desde el novio hasta la novia, bailaban, cantaban y bebían como locos.

Las canciones cambiaban de un momento a otro, y los bailes y las parejas también. Cualquiera que estuviera cansado del alboroto podía comer algo o saciar su sed con licor. Al atardecer, los recién casados eran levantados y paseados por la ciudad, para finalmente ser arrojados a su dormitorio acompañados por una cacofonía de gritos.

Después de causar el caos que se merecían, los novios se marchaban a una segunda (o tercera, si contamos las borracheras que preceden a todo el proceso) fiesta. Era alborotado y potencialmente incluso bárbaro, pero me pareció mucho más divertido que los extraños discursos y trucos de salón que había visto en el pasado. Por supuesto, no podía negar que mi visión de soltero de treinta años

podía estar deformada por los regalos de boda que sólo intercambiaban las manos en una dirección.

En cualquier caso, la ceremonia fue maravillosa. Heinz parecía triunfante mientras llevaba a su novia del brazo. Él y la frágil señorita Mina formaban un binomio tan criminal como Margit y yo de una forma completamente distinta —una rápida mirada a la pareja hacía que las palabras «secuestro» e «intimidación» vinieran a la mente—, pero el rostro de la nueva señora estaba teñido de un dichoso rojo rosado. Factores prácticos como las relaciones familiares y las finanzas desempeñaban un papel en el matrimonio, pero eso no quería decir que los implicados no fueran felices.

—Señor Hermano, —dijo Elisa, tirando de mi camisa.

—¿Eh?

Yo había estado tranquilamente sentado en un rincón de la plaza con mi hermana en el regazo. A toda la familia le preocupaba que se desplomara si se veía envuelta en el baile, así que me pusieron de guardia.

—¿El señor Hermano no quiere bailar?

—No me gusta bailar, —respondí. Eso era cierto sólo a medias. Confiaba en que mi destreza con la espada se tradujera en los pasos de un slide²³ o un vals, pero... sencillamente no tenía a nadie con quien bailar. Margit había estado bien hasta mediados de la boda, cuando se bebió un recipiente lleno de hidromiel (hidromiel destilada con hierbas lo bastante fuertes como para emborrachar a un mensch, nada menos), dejándome sin pareja.

Por supuesto, podría haber seguido los pasos de Michael y Hans, que se sobrepusieron a sus recién descubiertos estornudos para bailar con todas y cada una de las doncellas que se cruzaron en su camino. Sin embargo, últimamente las chicas de mi edad evitaban bailar conmigo. Estaba seguro de que la culpa la tenía un pequeño arácnido

²³ El slide es una danza folclórica de la música tradicional irlandesa, a veces confundida con el *simple jig*. En realidad, es uno de los tres tipos básicos de giga. Suele estructurarse en un compás de 6/8 y, ocasionalmente, de 12/8. El nombre slide deriva del movimiento de los bailarines al deslizar sus pies.

que estaba a punto de convertirse en el mejor amigo de un cubo vacío. No sabía por qué estaba tan preocupado, ya que yo era el cuarto hijo con pocas posibilidades de tener una pretendiente.

—Pero bailaste con Elisa, —señaló mi hermana.

—Eso es porque eres especial, —le dije. Mi único baile del día fue con Elisa en las afueras de la zona. Digo «baile», pero yo solo había tomado a mi hermana y la había hecho girar lentamente porque ella quería participar en la fiesta. No la había dejado dar ni un solo paso por sí misma, pero parecía bastante contenta, así que supuse que estaba bien.

—¡Especial! —Elisa resopló con suficiencia y se apoyó en mí mientras agitaba sus piernecitas. *Ternurita.*



Pero como hermana pequeña de carne y hueso... probablemente dentro de unos años diría cosas como «Oh por favor, qué pesado es mi hermano». Pensar en ello ahora casi me hace llorar. Si ocurriera de verdad, podría verme berreando sin reservas, ya que sólo imaginármelo era suficiente para que se me oprimiera el pecho.

—Oh, ya sé. Elisa, ¿quieres ir a ver los puestos?

—¿Puestos? —repitió ella.

—Sí. ¡Allí hay comida rara y poetas!

Ahuyenté los pensamientos deprimentes con una simple sugerencia. Con lo a menudo que Elisa se quedaba encerrada en casa, estaba hambrienta de salidas para su curiosidad, y la idea de echar un vistazo a los puestos callejeros le encantó. Respondió con un entusiasta «¡sí quiero!».

Nuestro padre me había dado algo de calderilla para gastar en el festival, así que estaba seguro de que podría comprarle una o dos cosas. Era difícil saber si quedaba algún caramelo de hielo ahora que habíamos terminado la cosecha, teniendo en cuenta lo popular que era, pero tal vez si podía encontrar alguno, mi calificación como hermano mejoraría. Con mi emocionada hermana en brazos, me dirigí a la larga fila de puestos callejeros.

[Consejos] El Dios del Vino, que preside las festividades y la alegría, tiene seguidores que rivalizan con los de la Diosa de la Cosecha. Afirma que «el dolor de la resaca no es más que parte del encanto del licor» y que no existe ningún milagro para curarla. A sus ojos, para ser un verdadero amante del vino, hay que amar todos sus efectos.

¿Por qué los festivales son más divertidos de niño que de adulto? Una pila de billetes de 10.000 yenes basta para comprar cualquier cosa, incluso para participar en las rifas con las que los niños sólo pueden soñar. Y, sin embargo, los días en que salía de casa

apretando con fuerza unas monedas de unos cientos de yenes eran siempre los que hacían bailar mi corazón.

Disfruté de un hechizo de nostalgia mientras observaba los numerosos puestos callejeros que se habían instalado. Todos estaban regentados por comerciantes errantes que habían acumulado existencias en el extranjero. A veces, se detenían en pueblos como el nuestro para vender sus mercancías.

—¡Tenemos cuchillos de obsidiana hechos en el norte! ¡Van geniales para recoger hierbas!

—¡Oiga, oiga! ¿Qué tal algo de laca que le traigo de una ruta oriental? ¡No hay nada por aquí que brille como eso! ¡Compre un juego entero como regalo! ¿Qué le parece? Va muy bien con el cielo azul de hoy.

—¡Hieeerbas! ¡Hierbas de la península occidentaaaal! Magulladuras, rasguños, cortes, ¡lo curará todo!

Los comerciantes se sentaban en alfombras o asomaban la cabeza por unos carros especiales que se abrían por un lado mientras llamaban al menguante tráfico. Este pasillo comercial había estado repleto de actividad a primera hora del día; con los lugareños demasiado borrachos para estar de pie u ocupados bailando, el negocio siempre se ralentizaba después de la boda, pero algunos compradores aquí y allá preferían echar un vistazo a su antojo o querían probar suerte con lo que quedaba en stock.

No son pocas las cosas que me llaman la atención, pero hoy seguía las órdenes de la princesita de nuestra familia. Ni siquiera tuve que preguntarle adónde quería ir. Su mirada centelleante estaba claramente fija en un punto: un puesto de joyas para amas de casa. El propietario, claramente de buena cuna, estaba sentado en una silla plegable, con una enorme guardaespaldas ogra a su lado. Su entusiasmo por vender había decaído claramente, mientras observaba tranquilamente pasar a la escasa multitud de clientes potenciales.

—¡Señor Hermano! ¡Lindas! ¡¡¡Lindas!!! —chilló Elisa.

—Sí, son muy lindas, —coincidí.

Mi hermana se acercó dando tumbos con los ojos llenos de estrellas, pero el tendero no se molestó en espantarla. Una niña que no podía pagar no habría sido más que una molestia si hubiéramos venido en las horas punta, pero ahora que el negocio iba lento, el joyero la llamó con voz suave.

—¡Tienes buenos ojos, señorita! Ésta es una perla desenterrada por las sirenas que viven en el azul profundo del mar interior del sur. Mira qué redonda e inmaculada es. Y ésta es la perla sin pulir: salió del agua exactamente así.

Supongo que a este hombre bien vestido y extravagante le gustan los niños. Después de todo, mostró cuidadosamente la belleza de su inestimable perla a Elisa como si fuera legítimamente una clienta potencial. *¿Cuál es el precio de esta cosa? ...Ack, ¿tres dracmas?*

El sistema numérico del Imperio era de base diez, y su moneda lo reflejaba. Una dracma de oro valía cien libras; una libra de plata valía cien assariis de cobre. Era un sistema sencillo y familiar.

El agricultor independiente medio esperaba ganar cinco dracmas en un año. A partir de ahí, se tomaba una dracma como impuesto líquido, y se necesitaban unas cincuenta libras para comprar los materiales necesarios para pagar el impuesto sobre los productos que no se podían cultivar, como la seda. Los gastos de manutención y agrícolas sumaban alrededor de dos dracmas, por lo que la renta final disponible para un año se calculaba en una dracma y cincuenta libras. La proporción entre lo que nos quitaba el gobierno y lo que nos quedaba era aproximadamente de cuatro a seis, lo que situaba a nuestro cantón en el lado más indulgente.

Si añadimos a la mezcla mi otra ocupación y nuestros campos adicionales, nuestra familia podía ahorrar tres dracmas al año, lo que significaba que tendríamos que destinar todo el dinero que nos sobraba a comprar esta *única* perla.

—Va-Vaya, qué joya más bonita, —tartamudeé, tensándome por reflejo. *¡Este bazar de pueblo no es lugar para este tipo de tesoros, viejo!*

—Vaya, vaya, —dijo el hombre acogedoramente—. Parece que el joven caballero comparte el ojo de la pequeña dama para la belleza. De hecho, éste es un premio que tenemos en stock en nuestra tienda principal de la capital imperial. Lo traje conmigo por si alguien quisiera comprarlo, pero esto suele ser algo que se encadena para adornar los cuellos de las mujeres de la nobleza.

El dueño de la tienda se acarició la barba y se rio afablemente. A juzgar por el anillo de sello que llevaba en el dedo, probablemente era el encargado de surtir de mercancías a una empresa de la capital... lo que le convertía en alguien importante. *Sé que tienes tiempo libre, pero, por favor, no abras tu tienda en el campo. Esto es malo para mi corazón.*

—Ja, ja, ja, —reí torpemente—, ya veo. No me extraña que sea tan estelar. Nosotros nunca podríamos comprar algo así.

—No, verás, hay una tradición entre los tritones de comprar una perla cada vez para crear un collar con ellas cuando te casas. ¡He oído que se ha puesto de moda en los reinos mensch también! ¿Qué te parece? ¿Por qué no lo hablas con tu madre y le compras uno a tu adorable hermanita?

¿De qué clase de mensch estás hablando? ¿El granjero burgués? ¿El rico capitalista? ¿Eh? Escúpelo, te reto. Esa perla podría comprar mi armadura y algo más.

—Ahh, bueno... —Puse mi sonrisa más cortés y dije—: Mi hermano mayor se ha casado hace unos momentos. Por desgracia, un tesoro tan espléndido como éste está fuera del alcance de lo que nuestra casa puede permitirse.

—¿Ah? —dijo el hombre, abriendo mucho los ojos—. ¿No eres el hijo mayor?

—En absoluto, señor. Soy el cuarto.

—¿En serio?! Tu dominio de la lengua palaciega es tan impecable que hasta yo desearía recibir lecciones tuyas.

Ah, ya veo. Pensó que era un heredero basándose en mi forma de hablar. ¡Espera, no! Parece que piensa que nuestra familia es lo

suficientemente rica como para enviar a cuatro chicos a la escuela. ¿Qué haré si realmente empieza a buscar a mis padres...?

—Bueno, verás, no estoy en posición de presumir; simplemente he aprendido lo que he podido de mi padre y de algunos amigos que han ido a la escuela. Por supuesto, me encantaría comprársela a mi hermana, pero el precio es un poco caro para nosotros, así que si nos discul...

—Oye, chico. ¿Qué te parece?

Mientras intentaba escabullirme, oí una voz que me llamaba desde el cielo. Levanté la vista y vi los afilados colmillos de un ogro que se cernía directamente sobre mí. Medía al menos tres metros. Había oído que su piel era azul porque contenía algún tipo de metal rígido, pero que seguía siendo lo bastante flexible y elástica como para que una espada ordinaria simplemente rebotara en ella. Sus músculos corpulentos sobresalían como placas de armadura, con cada extremidad tan digna como un pilar de mármol.

—El premio son cinco dracmas, —dijo señalando hacia la tienda de un vendedor de espadas. Seguí con la mirada su afilada garra (capaz de desgarrar fácilmente la carne humana) y vi que el puesto de espadas anunciaba un desafío. Garabateado con una letra que parecía escrita por un ratón, el cartel decía que, si alguien podía partir el preciado yelmo del dueño de un solo golpe, pagaría cinco monedas de oro. La tarifa por el intento era de cincuenta assariis.

Junto al anuncio, escrito a la rápida y desordenado, el vendedor de espadas daba caladas a su pipa entre llamadas ocasionales a la multitud. Por la forma de su cara y su cuerpo enjuto y diminuto, supuse que era un stuart: la gente rata.

Este tipo de desafíos eran habituales en los festivales. Eran parecidos a los campos de tiro de corcho de Japón, donde los premios más grandes se apuntalaban por detrás, o a las rifas en las que sospechosamente nunca salía un número ganador. Era una trampa diseñada para atraer y sacar la calderilla a los padres que se habían rendido a sus hijos o a los tontos que habían sido incitados por sus parejas.

—Eh, Lauren... —dijo el primer tendero.

La ogra guardaespaldas ignoró el reproche del joyero. Con una sonrisa tan imponente como para hacer llorar a los niños, me puso la mano en el hombro. *Me alegro de que Elisa esté ocupada mirando la perla.*

—Está hecho para la prueba, —insistió Lauren. Luego se volvió hacia mí y me dijo—: Ese gorrón lleva tiempo acumulando calderilla. ¿No crees que sería divertido?

Hmm. El casco parece de acero estándar, pero probablemente me obligaría a usar una de las destartaladas espadas que tiene alineadas junto a él. Mi padre me había dado exactamente cincuenta assariis: podría hacer dos o tres compras pequeñas o compartir un capricho con mi hermana, pero...

—Parece interesante.

—¿Qué?! —exclamó el joyero.

Presumir forma parte del papel de hermano mayor. Saqué la calderilla y la agité un par de veces mientras me acercaba al puesto.

—¡Hola, futura leyenda! —saludó el hombre con una sonrisa—. ¿Vienes a probar?

—Sí, señor. Son cincuenta assariis, ¿verdad?

Aunque su rostro era bastante amable, se notó una pizca de sombra cuando dejé caer las monedas en su palma abierta. Pero cuando miró los grandes cobres que tenía en la mano, su expresión se transformó en un ceño fruncido.

—Hmm, cuartos de Beyton, ¿eh? Dos de estos sólo suelen valer cuarenta y cinco assarii, con lo pobre que es su fabricación...

Los cuartos eran piezas de cobre de mayor tamaño que valían lo mismo que veinticinco cobres normales, pero sin una estandarización total, el dinero era susceptible de cambiar de valor dependiendo de la calidad de su acuñación. El caso más extremo fue el de las monedas de José, fundidas para celebrar la ascensión o el reinado de José I, el Emperador Avaro, sólo llegaron a valer dos tercios de su supuesto

valor, incluso en el caso de las mejores piezas de oro. Esto dio lugar a una serie de situaciones odiosas como ésta.

—Bueno, eres un niño y todo eso, así que haré la vista gorda. Lo atribuiremos al ambiente festivo que se respira.

—Gracias, —dije, tragándome un comentario sarcástico.

Las cuchillas entre las que podía elegir eran, dicho sin rodeos, todas de acero barato. Por otro lado, gracias a la habilidad Gusto Estético que había adquirido en el árbol de Sociabilidad como preparación para futuros encuentros sociales, pude darme cuenta de que el casco tenía una fina capa de mystarillo a pesar de su cuerpo de acero liso.

El mystarillo era un metal especial que solía aparecer en las sagas de poetas errantes. Tenía un aspecto plateado con un matiz azul que brillaba tenuemente en la oscuridad, y solía aplicarse como capa de acabado sobre otros metales. Sin embargo, su propiedad más impresionante era su capacidad para desviar los golpes físicos. Esto significaba que para darle una forma utilizable se necesitaba magia especializada o herramientas del mismo tipo. A la altura de su legendaria reputación, llegó a formar parte de los adornos de la realeza como emblema de fortaleza indomable.

Este casco tenía una letanía de pequeñas marcas, pero la ausencia de daños en la capa inferior de metal era probablemente la causa de la confianza del comerciante. Con la cantidad de muescas y abolladuras que tenía, sólo podía preguntarme cuántos años llevaba con este plan. *Los cuartos amontonados se convierten en tesoros, estoy seguro.*

Aun así, la tarea no era inútil. Pude ver que el revestimiento exterior era escaso, y la ornamentación rota del casco delataba su vejez. Si lo hubiera forjado todo con mystarillo, habría tirado la toalla, pero el herrero local me había dicho que una fina capa de este material sólo era resistente, no indestructible.

Si tenía una oportunidad, entonces era mi deber como munchkin poner a prueba cuál rotura ganaría. *Intentémoslo.* Envolví la espada desechable con mis manos y la alcé en alto tras confirmar mi agarre.

Esta era la mejor manera de usar todo mi poder contra un objetivo inmóvil.

—¡¡¡Vamos Señor Hermano!!!

En algún momento, la atención de Elisa se había liberado de la hipnotizante gema y había vuelto a mí. Todavía a salvo al lado del joyero, sus gritos llegaron a mis oídos mientras me preparaba para golpear. *Gracias, Elisa. ¡Tus gritos son como un montón de potenciadores!*

—¡Hup! —La hoja silbante que acompañó a mi breve gruñido se detuvo a un pelo... del suelo.

—Espera, ¿qué... eh?!

El casco y el pedestal sobre el que descansaba se habían partido en dos.

—¡Espléndido!

—¡Sí! —exclamé. El otro comentario laudatorio procedía probablemente de la ogra que me había metido en esto. El vendedor de espadas permaneció sentado en su silla, mirando de mí al casco y viceversa con la boca abierta.

En mi cumpleaños, mi Destreza estaba en la cúspide de VIII: Ideal, y mis Artes de la Espada Híbridas y Arte Encantador estaban en VI: Experto. Con una habilidad de espadachín de nivel superior llamada Perspicacia y el mencionado Gusto Estético, encontrar los puntos débiles de las estructuras era pan comido, y partir el metal había seguido el mismo camino.

Perspicacia era una habilidad que me otorgaba una forma de intuición visual. De acuerdo con las enseñanzas de Miyamoto Musashi²⁴, la técnica oculta me permitía observar a mi oponente sin fijarme en un solo punto, lo que me otorgaba la capacidad de esquivar una espada sin tener que mirarla fijamente. Además, mi aguda visión hacía más evidentes las aperturas en las defensas de mi oponente. En

²⁴ Miyamoto Musashi fue un guerrero famoso del Japón feudal. También es conocido como Shinmen Takezō, Miyamoto Bennosuke, o por su nombre budista Niten Dōraku. Es autor del reconocido tratado sobre artes marciales titulado El libro de los cinco anillos.

esencia, era una habilidad monstruosa que añadía bonificaciones al ataque, la esquivas y el contraataque, tanto en precisión como en daño. Los tres meses de experiencia que invertí en conseguirla no fueron en vano.

...Es decir, sus bonificaciones de esquivas serían útiles incluso si abandonaba el camino de la espada, así que era una compra segura. Nunca acumularía polvo, ni hablar.

En cualquier caso... el casco que había rebanado debía de haber sido golpeado por todo tipo de guerreros y forzudos a lo largo de los años. Aunque la parte superior no tenía ninguna hendidura notable, había algunos puntos que habían sido aplastados. Supuse que una fina capa de mystarillo no bastaba para amortiguar el impacto de todo el maltrato.

El grosor del blindaje es importante, pero la forma del casco también es una parte vital de su estructura defensiva. La curvatura de la armadura dirige las cuchillas para que no se claven en el cuerpo, que es la razón por la que la esgrima occidental en la Tierra incluye el arte de apalear a alguien hasta la muerte con el pomo.

Un pequeño trozo de metal plano había sido toda la oportunidad que había necesitado. La espada que había utilizado estaba un poco desafilada, pero el resto era cuestión de técnica. Tal vez debido a su larga historia de malos tratos, el yelmo se partió mucho más limpiamente de lo que había esperado. Sir Lambert había predicho que yo podría partir acero si se daban las circunstancias adecuadas, y me alegró ver que las habilidades que se habían ganado su sello de aprobación no se habían oxidado durante la ajetreada temporada de cosecha.

El único contratiempo digno de mención era que había estropeado la espada. La sostuve erguida, pero incluso una inspección superficial habría revelado lo completamente deformada que estaba la hoja. Por perfecta que fuera mi forma, un arma menor no estaba hecha para este uso.

—Ahora bien, —dije—, me gustaría reclamar mis cinco dracmas.

Extendí la mano hacia el rostro inexpresivo del stuart. Parecía como si quisiera protestar, pero con el ogro aterrador aplaudiendo alegremente detrás de mí y los comerciantes vecinos uniéndose, optó por cerrar la boca. El joyero estaba al menos unos cuantos mundos por encima del vendedor de espadas en cuanto a posición social, y la presencia del primero entre la multitud que aplaudía dejaba al cobarde hombre rata con poco margen para objetar.

El comerciante de espadas probablemente se dio cuenta de que era peor arruinar su reputación con una reticencia indecorosa que pagar. En realidad, yo no había utilizado ni magia ni milagros, y había cortado el tocado sólo con mi habilidad. La forma en que había ganado era simplemente demasiado abrumadora como para encontrar defectos razonables.

—Va-Vaya, eres impresionante, chi-chiquillo... Toma... El dinero del premio... Tómalo.

Tu elección de palabras te hace parecer magnánimo, pero no engañas a nadie con lo mal que te tiemblan la voz y la mano. Aun así, supongo que el dinero es... ¿dinero?

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? ¿No estás contento? —preguntó el ogro, observando mi ceño fruncido mientras el oro brillaba tenuemente en mis manos. Me pregunté qué clase de increíble habilidad había necesitado esta guerrera con armadura completa para acercarse sigilosamente por detrás sin hacer ruido. Tras ver el metal en mis manos, se volvió para fulminar con la mirada al mercader y le espetó—: ...Expílicate, escoria.

—¡Mira el cartel! —chilló la rata—. ¡No he hecho nada malo!

Las relucientes monedas que tenía en las manos eran piezas de oro acuñadas para celebrar el quinto año de José I en el poder. El riguroso rostro impreso en el oro era indicativo del más impuro de las Monedas de José.

El triste brillo de estas cinco monedas se veía entorpecido por las sucias huellas dactilares que salpicaban su superficie, sin duda prueba de una larga historia de paso entre los pobres. Como mucho, sumaban dos dracmas y cincuenta libras.

Escoria... ¿Quién hubiera pensado que en un lugar como éste habría una póliza de seguro extra? Ahora que volvía a mirar, el cartel decía cinco monedas de oro y no cinco dracmas. Si hubiera cambiado los dos, podría haberme quejado de que me estaba estafando, pero la publicidad no era falsa en modo alguno... Qué fastidio.

Al no poder ocultar mis hombros caídos, la amenazadora mano de la ogra se alzó a mi vista, haciéndome estremecer. Sin embargo, las terroríficas garras de sus dedos fueron inesperadamente suaves al arrancarme tres de las monedas de la mano. Dejándome confundido, se volvió hacia el joyero y empezó a hablar con énfasis.

—Ahora bien, oh patrón mío, ¿ha sido testigo del brillante golpe de este pequeño espadachín?

—En efecto, —respondió—, en nombre de la casa Gresham, desde luego que sí.

Nunca antes había oído hablar de los Gresham, pero debían de ser bastante prominentes para que el mercader declarara tan expresamente el nombre en esta situación. *Espera, ¿podría ser el patrocinador de toda esta caravana o algo así?*

—E incluso estas viles piezas de oro, —continuó Lauren—, valen tres dracmas después de haber sido ganadas por un campeón. ¿No está de acuerdo?

—En efecto, sin duda, —dijo su jefe con un fuerte asentimiento. Sir Gresham el joyero colocó entonces la perla gigante en una pequeña caja de anillos. Con una sonrisa radiante, se la entregó a mi perpleja hermanita y le dijo—: Tienes un hermano maravilloso, jovencita.

—Muchas gracias, —respondió Elisa. Sus juveniles intentos de imitar mi habla palaciega no hicieron sino ampliar la sonrisa del caballero.

Ojojó, Ahora lo entiendo. Una venta generosa aquí le permitía presumir de su magnanimidad ante los demás mercaderes de la caravana, que debía de ser su objetivo. En una época en la que las conexiones interpersonales estaban más cerca de las amistades

personales que de los contratos robotizados, una buena reputación valía su peso en oro. *Qué hombre de negocios tan astuto*. Si se corría la buena voz de este episodio, la diferencia de una dracma y cincuenta libras era totalmente trivial.

Aun así, una buena acción era una buena acción independientemente de la intención, así que me preparé para dar las gracias también, pero mis pies perdieron de repente el contacto con el suelo.

—¡Guau!

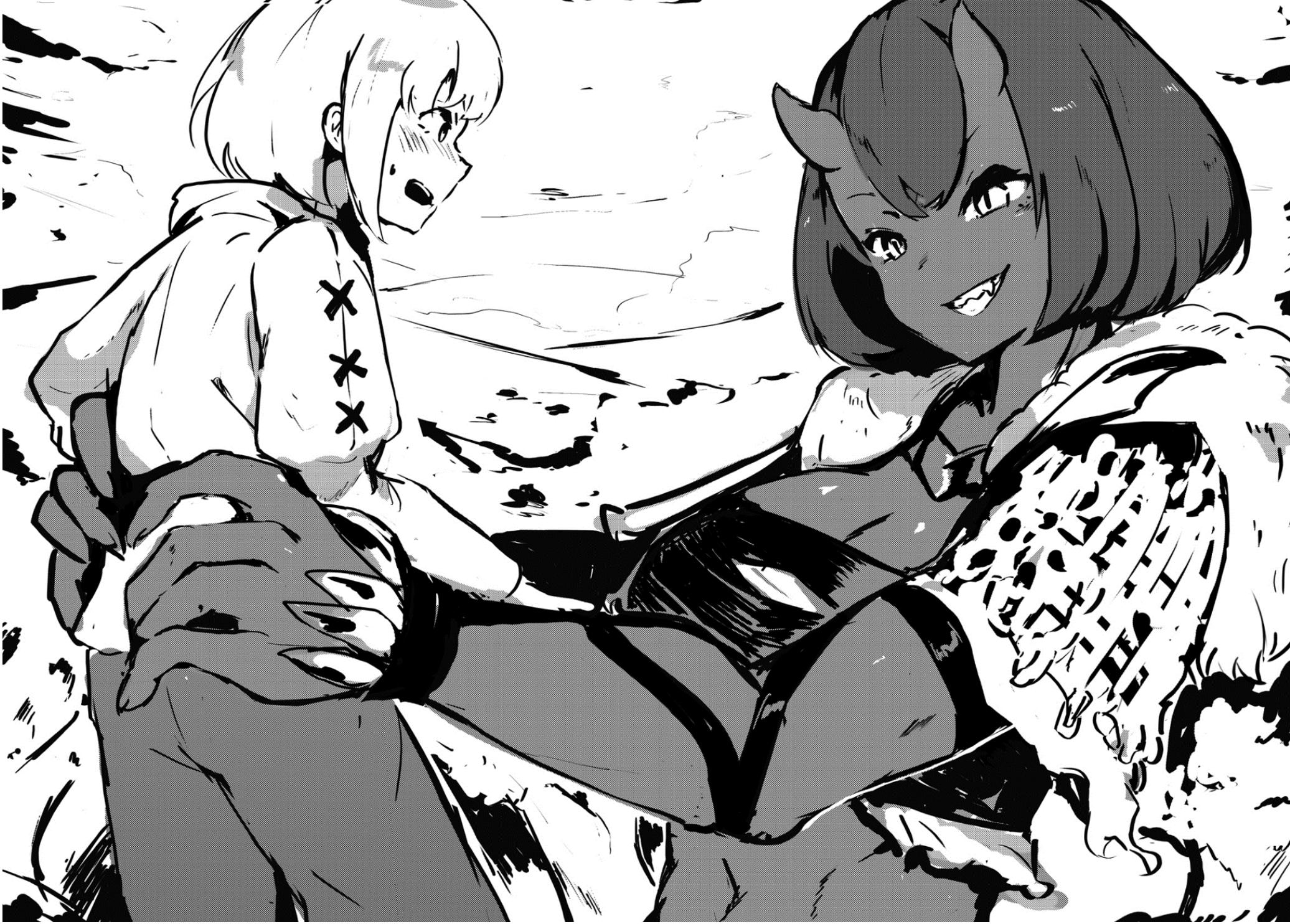
La ogra gigante me había agarrado por las axilas y me sostenía en alto, poniéndome a la altura de los ojos.

—Ahora bien, te envié con la promesa de que obtendrías cinco dracmas.

—Cierto, —dije, todavía un poco aturdido—. Pero ya han hecho más que suficiente para...

—Eso te deja todavía con una dracma menos, —anunció, acercándose más a mí.

Podía distinguir claramente el azul de su piel infundida de metal, los caninos desgarradores que delineaban su sonrisa y los iris dorados que marcaban los ojos de toda persona demonio. Sus ojos eran hermosos, y las pestañas que los delineaban se alargaban a medida que me acercaba. La nariz perfectamente equilibrada que descansaba sobre su boca galante encajaba a la perfección con su rostro, y los mechones castaños que le daban contorno emanaban el agradable olor de un aceite capilar de alta calidad.



La distancia entre la cara de la atractiva ogra y la mía llegó a cero antes de que pudiera reaccionar. La impresionante demonio me dio un pequeño pico, un suave roce de nuestras bocas.

—¿Será suficiente? —me preguntó.

Era mi primer piquito en esta vida; utilizo esta palabra con precisión, ya que se trataba de un intercambio formal de labios; ciertamente, no era un *beso*. Recibir uno de una mujer más elegante que la mayoría de las modelos de la televisión me hizo asentir por reflejo a su pregunta.

—Muy bien. Mi gente te tratará bien si les das el nombre de Lauren, de la Tribu Gargantuana. Les diré que he encontrado un chico *mensch* interesante. —La hermosa guerrera, Lauren, esbozó una hermosa sonrisa mientras me bajaba. Con una suave palmada en mi cabeza, añadió—: Estoy deseando que llegue el día en que vengas a desafiarme como un espadachín hecho y derecho.

La inminente realidad de un futuro golpe de historia se hundió en mi cuerpo con el cosquilleo de mis labios.

[Consejos] Los ogros proceden de la parte occidental del continente central, no tienen patria y se organizan en tribus individuales, todas las cuales valoran la destreza marcial. Su piel y sus huesos están impregnados de elementos metálicos. Son sexualmente dimórficos, sobre todo las hembras, que suelen superar los tres metros de altura, y muchas naciones financian directamente con cargo al erario público estas potencias absolutas. Por el contrario, los machos son relativamente pequeños, de dos metros de altura, y se dedican a trabajos manuales o esporádicos para llegar a fin de mes en su sociedad matriarcal.

—¡Un brindis por nuestro legendario espadachín! —llamó un hombre.

—¡¡¡Salud!!! —respondió la multitud.

Sabía que se corría la voz rápidamente en el recóndito mundo de nuestro pequeño cantón, pero *tengan piedad*. Sólo había pasado media hora desde mi victoria en el puesto comercial, y ahora los borrachos levantaban jarras de bebida en mi nombre por toda la plaza, sus vítores alcohólicos mezclándose con el suave rojo del sol poniente.

Por cierto, el hombre que había estado dirigiendo los brindis todo este tiempo no era otro que uno de nuestros invitados de honor: el bufón de mi hermano. Parecía que su mente borrachísima no podía registrar a su esposa recién casada poniendo los ojos en blanco mientras él bramaba y gritaba.

Por otro lado, yo estaba atrapado en medio de esta locura, sosteniendo aburrido la copa que me habían dado. Había tomado el rasgo Bebedor Tolerante sabiendo que el licor era un alimento básico en la dieta de cualquier aventurero, así que estaba a un paso de perder el control. Después de todo, no quería despertarme en la calle, firmar un contrato dudoso o, en general, hacer cualquier estupidez mientras estaba borracho.

Al beberme la copa de un trago, mi lengua fue asaltada por un potente dulzor y un sabor a hierbas que no encajaban bien en mi paladar infantil. *Un momento, este hidromiel no está diluida, de hecho, ¿está destilada! ¿Están intentando matarme, idiotas?*

Quería agua o leche para diluir la mezcla: mi lengua aún no había desarrollado ningún tipo de aprecio por el alcohol en este cuerpo. En mi vida anterior me habían gustado bastante los licores occidentales, pero había tardado hasta la segunda mitad de la veintena en disfrutarlos de verdad, así que era natural.

—¡Vaya! ¡Parece que eres tan fuerte con la bebida como con la espada!

—¡¡Ta bien, denle otra! ¡¡Otra!!

Ellos también saben exactamente lo que hacen... Maldito seas, querido padre. Miré a mi viejo, que estaba en las afueras de la plaza cuidando a la princesa de nuestra familia, que dormía la siesta. Se dio la vuelta al instante tras dirigirme una mirada de disculpa. Al parecer,

el instigador de aquel pandemónium no tenía intención de salvar a su hijo del caos.

Después de separarme de la dama ogro (que, en un giro poco común, todavía estaba dentro del rango de edad adecuado para ser llamada «dama», incluso teniendo en cuenta mi vida anterior), le hice saber a mi padre lo que había sucedido. No podía quedarme exactamente callado, teniendo en cuenta que habíamos hecho una gran compra y habíamos traído a casa calderilla en forma de una dracma.

Sin embargo, el alcohol en el organismo de mi padre había frustrado mis intentos de discreción, y había empezado a fanfarronear en voz alta. Para colmo, había llevado el dinero que yo le había dado —que, según yo, debía servir para nuestros preparativos de invierno— directamente a mi madre y había conseguido convencerla de que esas monedas debían ser totalmente independientes de nuestro presupuesto normal. Lo que eso significaba era que las monedas habían ido a parar rápidamente al bolsillo del obispo y mi padre había anunciado: «¡Invita Erich!» mientras sacaban más barriles de bebida de la iglesia.

Sin ninguna experiencia como marido o padre, sólo podía suponer que los padres eran criaturas que no podían contenerse cuando su hijo hacía algo impresionante. Aun así, dado lo extasiados que estaban todos, ya no tenía que preocuparme de que mis padres le quitaran la perla a Elisa por ser demasiado joven para ella. Por supuesto, no me preocupaba que fueran tan avariciosos como para imitar a los villanos que se embolsaban el dinero de Año Nuevo de sus hijos, pero desde luego eran lo bastante precavidos como para preocuparse de que ella la perdiera en algún sitio. Mis padres eran precavidos porque nos querían, pero eso era difícil de ver desde la perspectiva de un niño. No quería que mi linda hermanita se enfadara con ellos por algo así.

Mientras la gente me rellenaba la copa que yo había vaciado, exhalé un suspiro de pena, pero con una pizca de alivio. Esta vez me habían dado vino con agua de miel. Hasta mis inmaduras papilas gustativas podían disfrutarlo.

Sin embargo, el sol casi se había puesto y no pude evitar preguntarme... *¿No va siendo hora de meter a los recién casados en sus dormitorios?*

—¡Lo sabía, lo sabía desde el principio! —Heinz gritó—. ¡Lo supe en cuanto oí que te levantaste en aquella sesión de entrenamiento! Sabía que mostrarías al mundo algo asombroso con tu espada.

A pesar de que el reloj avanzaba, mi ebrio hermano no mostró ninguna intención de levantar a su novia como princesa. Con el brazo alrededor de mi hombro y una copa en la mano, parloteaba alegremente con todo el vocabulario que su mente ebria podía reunir. Yo rezaba desesperadamente para que sólo tuviera más cantinelas preparadas para salir de su boca.

—Escucha, Erich, cortar un casco es estupendo para tu confianza, pero mira, un enemigo de verdad se mueve por ahí... —Y para empeorar las cosas, tuve la desgracia de sentarme frente a un borracho Sir Lambert, que hizo que acabar con todo este asunto fuera un suplicio imposible. *¿Si vas a estar borracho, límitate a decir cosas de borracho! ¿Cómo se supone que voy a tacharte de idiota incoherente cuando tus consejos siguen pareciendo útiles?*

Si las cosas siguieran así y todo el mundo se desmayara de esta manera, nunca lo olvidaría. Las mujeres de nuestro cantón me fulminarían con la mirada por el resto de los tiempos si les arruinara la noche de luna de miel.

—Oye, Heinz... —Le dije.

—¡Lo sé, lo sé! No te preocupes, hablaré con papá por ti. Serás un gran aventurero, y también encontrarás la moneda del hada.

Olvidémonos ya de la moneda, ¿de acuerdo? El hecho de que nunca consiguiéramos encontrarla debía pesarle. Yo personalmente estaba de acuerdo, pero mi hermano ya era todo un adulto.

Maldita sea, ¿por qué a todos los hombres les gustan tanto las espadas? No me malinterpretes, a mí me gustan tanto como al que más, pero ¿realmente merece la pena ponerse tan nervioso como

para desperdiciar la preciosa experiencia de tu noche virginal? Es una vez en la vida. Una. Vez. En. La. Vida.

Cuando empecé a pensar en hacerle entrar en razón con una revisión corporal, la novia gritó:

—¡¡¡Heinz!!!

—¿Qué, Mina?! —Heinz gritó—. Estoy aquí... tratando de ayudar al futuro de mi hermanito, uh...

—¡Nuestro futuro es lo primero, imbécil! —gritó ella. Su cara estaba roja y su voz retumbó en la plaza mientras se inclinaba hacia su marido. La fuerza de su rugido fue suficiente para callar a los otros borrachos y envolver la plaza en un velo de silencio—. ¡Venga, vamos! ¡Todos! No me digan que alguno de ustedes ha olvidado qué día es hoy.

La otrora frágil doncella me arrebató la copa (llena casi más de agua que de vino) de las manos y se la bebió de un trago antes de agarrar la oreja del novio. Permítanme reiterar que le agarró la oreja y no se la pellizó.

—¿Owowowowowow?! ¿Mina?! ¡Ouchhh! ¡Espera, oye, owwww!

Este momento grabó en piedra la dinámica de poder de esta pareja. En el futuro, el estúpido de mi hermano probablemente sería refrenado por la Sra. Mina, que usaría esta noche para burlarse de él y avergonzarlo delante de sus hijos durante años. *¡Vamos, Sra. Mina, vamos!*

—¡Cállate! ¡Vamos, levántense, matones! Hagan trabajar sus cerebros y recuerden qué día es hoy.

El aullido enfurecido de una novia ignorada hizo que la multitud se pusiera en pie al recordar cómo debían cerrar una boda. Los engranajes de sus aturdidas cabezas giraron tan frenéticamente como sus cuerpos se movieron para izar a las tres parejas de recién casados. *Me pregunto cuántos de ellos conseguirán volver con vida.*

Me escabullo entre la multitud y encuentro un milagroso vaso de agua desatendido en una mesa vacía.

—Tengo que tener más cuidado a la hora de destacar... — reflexioné.

El agua enfriada por la bendición de la Diosa de la Cosecha se deslizó suavemente por mi garganta. Busqué un tazón caliente de gachas para aliviar las olas de licor que rebotaban en mi estómago, y la comida humeante me supo aún más suave.

[Consejos] El alcohol de cada cantón suele conservarse en un templo del Dios del Vino o de otra deidad en su ausencia, y se gestiona y vende en función de las necesidades. Hay un precio nacional fijado para todos los licores que suele bajar en los años en que la cosecha es abundante; el objetivo es que esté más disponible que no.

El alcohol es más que un lujo: es un recurso estratégico para sofocar disturbios, un medio sanitario para purificar el agua y una droga medicinal para estabilizar trastornos mentales.

El sol de la mañana brillaba sobre mí mientras me arrastraba fuera de la cama y respiraba hondo... sólo para casi vomitar. El espíritu del licor no se había quedado más de la cuenta (eufemismo para referirse a la resaca), sino que una nube de hedor agrio había entrado por la ventana abierta.

Después de la celebración —sin incidentes según la métrica más laxa—, las tres nuevas parejas habían sido arrojadas a sus respectivos dormitorios, y el resto de la manada había tomado la bebida extra que les había proporcionado para empezar la tercera fiesta del día. Probablemente, la comida aún caliente se acompañó de canciones y bailes, y a algunos les debió apetecer un combate o una prueba de fuerza mientras festejaban hasta altas horas de la noche.

Era mi mejor suposición, porque me había escabullido muy pronto. Por muy Bebedor Tolerante que fuera, mi estómago sólo tenía

espacio limitado para líquidos. Quería evitar hacer el papel de bomba humana sobria simplemente porque tenía capacidad para ello.

Me acosté como de costumbre, pero me desperté con náuseas. El olor emanaba de un árbol situado justo al lado de la ventana. Me volví para echar un vistazo a la habitación de los niños de nuestra casa —que parecía más grande que antes— y encontré a los culpables en mis dos hermanos medianos. Me entraron ganas de echarles agua de pozo por encima. *Pero ya soy adulto. Tranquilo, estoy tranquilo.* Aun así, me vengaría de ellos aconsejando a mi padre que no volviera a dejarles beber durante algún tiempo. *Con eso bastaría.*

Con ganas de lavarme la cara, me dirigí a la cocina para encontrarme con que mi madre ya se había despertado (aunque me pareció ver que había bebido más que mi padre) para remover la misma olla que todas las mañanas.

—Vaya, —saludó—, buenos días, Erich.

—Buenos días, madre.

—Menudo numerito montaste ayer, ¿verdad, señor espadachín de nuestra humilde casa? —añadió con una risita.

Mi padre y mi hermano me habían alabado la noche anterior, pero era la primera vez que mi madre lo hacía; me sentí un poco avergonzado.

—¿Ha seguido su curso el alcohol? —preguntó.

—Oh, sí, estoy bien, —respondí—. Iré a dar de comer a Holter en cuanto termine de lavarme.

—Entonces parece que no necesitarás nada de esto, —dijo con una sonrisa traviesa que parecía años más joven de lo que era. Seguí su mano y me asomé a la olla, donde la fragancia de una sopa dulce en ebullición me llegó a la nariz.

—Oh, es apio de raíz... —El apio de raíz era una variante del apio que crecía más gruesa en la raíz; una vez cocido o hervido, tenía una textura blanda y quebradiza similar a la de las patatas. El potaje

que preparaba mi madre se llamaba sopa de apio de raíz y era uno de mis favoritos.

En una olla hirviendo se mezclaban raíces de apio finamente ralladas con nata fresca y caldo para crear un caldo ligeramente dulce. El calor era bueno para los resfriados y no tenía sólidos duros, por lo que era perfecta para las resacas matutinas. En nuestra casa era un elemento básico del menú después del festival.

—Con resaca o sin ella, con mucho gusto tomaré un poco, — dije.

—Lo siento, Erich. No puedo evitar bromear contigo, —rio mi madre mientras preparaba un tazón—. Sabes, me sentí bastante sola cuando empezaste a llamarme «madre» y no «mamá».

—Entonces, ¿te gustaría que te llamara «Ma» como los gemelos? —pregunté mientras me limpiaba la cara con un paño que había mojado en un jarrón lleno de agua de pozo.

—No, deja eso, —dijo riendo—. Eso me hace parecer la mujer de un campesino. —Yo tenía el ingenio suficiente para no decir que sí que era la mujer de un campesino.

—Entonces, madame, —le dije—, permítame pedir un tazón de su mejor sopa. Un trozo de pan la acompañaría maravillosamente, si fuera tan amable.

—Como desee, Lord Espadachín. Permítame agradecerle con queso complementario.

Hice una reverencia al expresar mi petición en la lengua palaciega, y mi madre respondió del mismo modo con el complemento femenino. Acepté la sopa caliente y el pan de centeno que componían mi desayuno.

—¿Te apetece un té? —preguntó mi madre, ofreciéndome una bebida hecha con raíces de hierba silvestre hervida conocida como té rojo.

Los rhinianos tenían debilidad por el té, pero no por los tés negros o verdes del mundo que procedían de las hojas. Preferían

infusiones de hierbas varias. El agua se hervía regularmente para esterilizarla, por lo que beberla cruda se consideraba un desperdicio. Al estar tan acostumbrados a hervir el agua, naturalmente empezamos a incluir hierbas para atraer a nuestras papilas gustativas y mantener nuestra salud. Hoy en día, cada sorbo del Imperio incluía el sabor de hierbas hervidas.

El té rojo se hacía con raíz de achicoria, infame en la Tierra por su mala reputación como sucedáneo del café para quienes lo han probado. Sin embargo, en nuestra casa se trataba con cuidado y no sabía tan mal siempre que lo considerara una bebida propia y no un café. En lugar de mezclarlo con la leche que cambiábamos a nuestros vecinos, solíamos ponerle nata fresca. Tenía la tierna delicia del hogar... *¿Cuántas veces más podré probar este sabor?*

Mi hermano ya estaba casado y seguramente dormitaba junto a la señora Mina en la casita. Algún día tendría sus propios hijos y yo me convertiría en tío. Entonces tendría que marcharme para hacer sitio en la casa a su nueva familia. Nuestra vivienda no estaba ni mucho menos mal hecha, pero ni mucho menos del tamaño de una mansión, así que no podía quedarme para siempre. Con el tiempo, mis padres se mudarían a la casa de campo y Heinz tomaría el relevo como legítimo sucesor de nuestra casa.

A pesar de la actitud laxa de mis dos hermanos del medio, estaba seguro de que tenían sus propios planes sobre dónde vivirían en el futuro. Había viudas que querían volver a casarse y hogares llenos de hijas que buscaban novio por todo el cantón. El alboroto que causaron ayer seguramente fue un medio para que combatieran la ansiedad de elegir sus propios caminos. Al final, lo mejor que podía hacer el hijo de un granjero por su familia era marcharse antes de causar más problemas.

Mientras sorbía mi té rojo, mi madre empezó a prepararse para llevar sopa a su marido y a sus hijos, atrapados gimiendo en la cama. Contemplar su espalda me llenó de una melancolía indecible. No es que quisiera quedarme; no estaba tan mimado. Ya había abandonado el nido para ganarme la vida una vez. Sabía lo importante y

significativo que era eso. Pero aun así... no podía evitar sentirme solo.

Teniendo en cuenta el hecho de que mi madre no había impedido que mi padre montara una escena ayer, no debía tener ningún reparo en que yo viviera a costa de mi espada. Tanto si emprendía un viaje para dominar la espada como si me aventuraba a una tierra lejana para convertirme en soldado o me forjaba como aventurero o mercenario, ella no diría nada.

No es que no tuviera nada que decir: el amor que me habían demostrado aquí me bastaba para estar seguro de ello. Si mis padres no se preocuparan por mí, nunca me habrían preguntado si quería ir a la escuela en lugar de mi segundo hermano.

Mis padres hacían todo lo posible por dejarme forjar mi propio camino, como había hecho el futuro Buda que me arrojó a este mundo. Nuestro hogar era la forma que tenían mis padres de crear un entorno en el que todos pudiéramos hacer lo que quisiéramos.

Nos habían dicho la verdad sobre las aventuras para calmarnos cuando éramos niños, pero no tuvieron palabras de reprimenda cuando empecé a estudiar esgrima o cuando pedí una armadura. Esa era la prueba de su reconocimiento.

Al igual que yo demostraba mi piedad filial ayudando en casa y donándoles mis tallas de madera, ellos me demostraban su amor paternal enseñándome todo lo que podían sin obligarme a hacer nada. *¿Podría pedir algo más?*

Una vez que me fuera, sería difícil volver. La aventura es un asunto de base que sigue el rastro del trabajo. Sin trenes ni aviones que me trajeran a casa, un trabajo en territorio extranjero me dejaría con pocos medios para visitar el hogar. Sólo el viaje a Innenstadt me llevaba tres días en caravana. Un viaje de ida y vuelta de seis días era demasiado para ir a ver a la familia.

Por supuesto, lo mismo ocurriría como temporero. Además, sabía que era una estupidez, pero había sido bendecido con el privilegio de convertirme en lo que mi corazón deseaba, y había

utilizado mis poderes con la esperanza de ser uno de los héroes de los cuentos que tanto había amado.

Tengo que prepararme y decirles...

—Madre.

—¿Sí, cariño? —preguntó mi madre—. ¿De qué se trata?

He decidido mi futuro.

[Consejos] Hay muchos medios de transporte, pero la diligencia es el más común. Incluso un niño puede gastarse su paga para que le lleven al siguiente cantón, pero viajan por rutas predeterminadas, por lo que no se dirigen directamente a un destino determinado. Además, el número de carruajes disponibles puede disminuir considerablemente en determinadas temporadas. La única forma de evitarlo es utilizar otro medio de transporte: los zapatos.

Escala Henderson 0.1

Escala Henderson 0.1

Un evento que descarrila y que no tiene impacto en la historia general.

Por ejemplo, una conversación con un PNJ aleatorio podría alargarse demasiado, provocando que los jugadores se precipiten en una batalla menor.

Los ogros se pasaban la mayor parte de la vida evitando el aburrimiento. Nacieron guerreros: la aleación de su piel frustraba los ataques y sus huesos metálicos eran la tenacidad misma. Sus articulaciones eran tan fuertes como sus esqueletos adamantinos, y su impresionante musculatura permitía a sus enormes cuerpos bailar con facilidad. Los cincelados regalos del cielo a los que llamaban cuerpos no eran sino aptos para el arte de la batalla.

Sin embargo, la complejidad superior de una raza guerrera por sí sola no habría bastado para que los ogros vagabundos fuesen bienvenidos en todo el país como luchadores patrocinados por el estado. Sus instintos estaban tan afinados para el deporte del combate como sus cuerpos. Al igual que las criaturas inferiores buscaban pareja, los ogros buscaban la emoción de la batalla.

La necesidad instintiva de luchar está presente en todas las formas de vida: el conflicto suele ser necesario para sobrevivir o conseguir pareja. Sin embargo, la inclinación de la mayoría de las especies por la violencia palidece cuando se compara con la de los ogros. La mayoría de las formas de vida consideran la hostilidad sólo como un medio para alcanzar un fin, como la conservación de la vida o la adquisición de material. Pero los ogros no lo ven como un medio: es el propósito mismo de sus vidas.

El entrenamiento es un medio para experimentar una batalla más pura; el consumo existe para seguir luchando; la victoria no es más que una transición al siguiente encuentro. Todo lo que hacen conduce a la emoción de la lucha. Una parte fundamental de su alma lo ansía. Los que caen enfermos o están demasiado heridos para ir al campo de batalla suelen quitarse la vida en menos de medio año. Desde el momento de su nacimiento, la vida fuera del combate es impensable para ellos.

Sin embargo, su físico perfeccionado les aporta algo más que el deleite de la batalla. Con él viene un hambre insoportable, porque hay pocos que puedan igualar su poder innato. Una espada mundana apenas puede hacerles un rasguño en la piel, y los trucos baratos vacilan ante su imponente estatura. Además, su excepcional metabolismo los bendice con una larga vida libre de enfermedades.

Aunque sus cuerpos francamente injustos son objeto de envidia para muchos, esa misma ventaja es la raíz de una de las tragedias fundamentales de la condición de los ogros. Incluso los ogros adolescentes pueden pisotear a luchadores experimentados con facilidad. Para un pueblo que valora más la emocionante danza de un combate bien igualado que una rápida paliza unilateral, su físico es demasiado extraordinario. Si no fueran más que una banda de brutos salvajes que utilizan su constitución natural para arrasar con todo lo que se interpone en su camino, nadie les otorgaría el título de *guerreros*. Había un abismo entre llevar ese título y ser simplemente sinónimo de violencia.

En este mundo abundan los fuertes. Los gigantes eclipsan a los ogros tanto en tamaño como en fuerza, y su población sigue siendo considerable a pesar de los estragos de la peste. Los dragones aterrorizan los cielos y arrasan todo lo que encuentran a su paso, como calamidades divinas vivientes. Sin embargo, eran actores de una violencia primitiva, sólo interesados en exprimir al máximo los poderes de su derecho de nacimiento. No había nada particularmente extraño en ello. Al fin y al cabo, un tigre es fuerte porque es un tigre, y reina sobre su territorio utilizando la fuerza que le corresponde. Entrenar más sería admitir su debilidad: ya es suficientemente fuerte.

Los ogros discrepan, pulen su fuerza insuperable estudiando el arte de la guerra. Una inefable militancia en sus corazones les obliga a afilar sus cuerpos hasta convertirlos en las armas perfectas.

Sin embargo, cuanto más se entrenan, más se alejan de la satisfacción. A veces se conforman con un desafío menor, pero la decepción de la aventura sólo atormenta su creciente sensación de hambre. Luchar contra débiles es como comer un bocado de pan al borde de la inanición.

Sabiendo que no deben dejar que los conflictos internos les consuman, los ogros se dividieron hace tiempo en pequeñas tribus nómadas que vagan por el continente, buscando nuevos campos de batalla que puedan ofrecerles mayores alturas.

Algunos, impulsados por este mismo fin, abandonan sus clanes para recorrer el camino de un guerrero solitario. Se ganan la vida como guardaespaldas o luchadores de torneos (aunque es raro el circuito que admite a uno), todo ello mientras buscan un oponente que pueda saciar su ansia.

Lauren, de la tribu Gargantuana, no era más que una de esos muchos vagabundos que se encontró empleada como guardaespaldas de un mercader. Honrada con el apreciado título de La Valiente dentro de su clan, los había dejado atrás en el extremo occidental del continente y se encontraba recorriendo la tierra. Su pueblo se había asentado en el Oeste hacía mucho tiempo porque la tierra era rica en conflictos, pero Lauren se había cansado de luchar contra los reclutas campesinos y se había marchado hacía unos años.

Ahora, en el extremo occidental del Continente Central, estaba rodeada por el Imperio Trialista y sus naciones satélite, todas ellas famosas por su tranquilidad. Aunque los ladrones y salteadores de caminos no eran del todo desconocidos, había pocos campamentos de bandidos lo bastante notables como para ser nombrados, y las frecuentes patrullas de las autoridades contribuían aún más a impedir el desarrollo de infraestructuras de villanos. Además, las carreteras principales eran patrulladas por jinetes de dragones varias veces al día, por lo que los insensatos o desesperados que se dedicaban a robar en las carreteras eran pocos.

A pesar de su pacifismo, el Imperio Trialista estaba lleno de guerreros bien entrenados.

Desde el momento de su fundación, el Imperio había guerreado con todos sus vecinos. Edades de sangre lavada con sangre inculcaron la certeza cultural de que las épocas de paz no eran más que tiempo para prepararse para el siguiente estallido de violencia; la clase guerrera rhiniana era excepcional a pesar de los tiempos amistosos.

Los torneos locales atraían a aquellos que confiaban en sus habilidades, y a menudo se podía ver a los nobles asistiendo a concursos de fuerza o simulacros de batallas. Estas competiciones eran un medio para que los participantes perfeccionaran sus habilidades más que un entretenimiento ocioso o un espacio para la búsqueda de elogios.

Lauren había llegado al país a raíz de la noticia de esta abundancia de combates que merecían la pena. Todos y cada uno de los mercenarios entrenados en esta región lograban mucho en campos de batalla extranjeros, así que le había entusiasmado ver una plétora de hombres fuertes en su tierra de origen.

Además, Lauren se había cansado de la guerra. Aunque resulte difícil de comprender, entre la guerra y la batalla tal y como la entienden los ogros hay un abismo: traducido a valores más familiares, ella era más gourmet que glotona.

Pensándolo bien, consideraba que el acto de la guerra era un auténtico desperdicio. Después de años de entrenamiento, los guerreros más hábiles eran cortados como hierbajos indefensos por flechas perdidas o golpes de lanza afortunados de labradores comunes. Peor aún, podían ser aniquilados por una ráfaga de magia sin oportunidad de demostrar sus habilidades o asesinados mientras dormían. En el peor de los casos, podrían morir de hambre sin reclamar una sola cabeza si un asedio durase lo suficiente como para agotar sus provisiones.

Considera un filete marmolado que podría ofrecer un sabor inimaginable con sólo un ligero chamuscado; estos crímenes serían similares a empaparlos en un adobo innecesario. Por supuesto, el filete

seguiría sabiendo bien, pero no había necesidad de tales cosas, o al menos esa era la refinada opinión de Lauren.

Rhine, en cambio, era muy de su agrado. A diferencia de los cobardes que se rendían en cuanto veían un ogro en el campo de batalla, aquí había gente dispuesta a pelear con ella para poner a prueba su temple. Además, su sencillo trabajo estaba obscuramente bien pagado, y los bandidos a los que abatía de vez en cuando eran lo bastante hábiles como para ganarse la vida en este país tan bien protegido.

A Lauren le costaba encontrar oportunidades para blandir su espada en comparación con el campo de batalla, pero la calidad de cada encuentro individual era mucho mejor aquí. Era suficiente para satisfacer su eterna búsqueda del aburrimiento.

Mientras Lauren esperaba su próxima comida epicúrea, siguió a su jefe y a la caravana que patrocinaba en su viaje hacia el sur, lejos del frío invierno. Tomache Gresham era el jefe de adquisiciones de la Compañía Comercial Gresham *und* Gesell, y se había detenido en un pequeño cantón de camino a comprar nuevas existencias en el sur.

Era un lugar sin pretensiones; innumerables cantones como éste poblaban el Imperio. A Lauren le llamó la atención el jefe de la Guardia local que había venido a recibirlos, pero él había rechazado totalmente sus insinuaciones. Aparte de él, había pocas cosas interesantes en los alrededores.

Iban a llenar sus odres y barriles, tomar prestada una casa de baños y relajarse bajo un techo sólido mientras ganaban algo de dinero extra en el festival de la cosecha local. Las razones que tenían para pasarse por allí eran las típicas, y hoy no iba a ser diferente del día anterior o posterior... o eso pensaba la ogra.

A medida que se intensificaban las celebraciones en la plaza del pueblo, la monotonía de la cada vez más escasa multitud hizo que Lauren soltara un enorme bostezo. Una lágrima flotó en el rabillo de sus ojos dorados, cuyos demoníacos iris verticales cambiaron rápidamente para mirar a la mensch que corría hacia el puesto de su

empleador. A pesar de su visión borrosa, no le costó examinar a la pequeña visitante.

Lauren era guardaespaldas, pero protegía a su cliente de algo más que la fuerza bruta. Los dedos pegajosos eran una amenaza habitual, y su trabajo consistía en vigilar a todos los clientes que se cruzaban en su camino.

La chica que había venido corriendo hacia ellos era una niña mensch. La ogra tenía una extraña sensación sobre ella, pero no había nada raro en la forma en que la niña sonreía entusiasmada por una joya. Por su tamaño y su paso inestable, Lauren supuso que tendría unos cuatro años.

—¡Señor hermano! ¡Linda! ¡¡¡Linda!!!, —chilló la niña.

—Sí, es muy linda. —Detrás de la niña surgió otra persona, que vigilaba alegremente a la niña. En cuanto apareció, Lauren entrecerró los ojos. El chaperón que acompañaba a la «cliente» era un joven mensch, delgado y de rostro femenino. Tendría unos diez años, y los remiendos desgastados de su ropa anunciaban que era hijo de un granjero.

No era precisamente un chico lindo de una belleza incomparable, y a simple vista parecía poco más que un peón de granja. Sin embargo, su forma, aún poco refinada, tocó ligeramente la fibra sensible de Lauren. Tenía unos músculos que seguían perfectamente la línea central de su cuerpo de una forma que sólo los luchadores entrenados lo hacían.

Tanto si caminaba como si se agachaba, su equilibrio era estable, y sus pasos prudentes le dejaban libertad para actuar en cualquier momento. El centro de gravedad de las criaturas cuadrúpedas sobre dos patas se encontraba justo encima del cinturón, cerca del ombligo, pero Lauren dudaba de que se hubiera caído aun cuando ella le hubiera dado un pequeño empujón. Esto tenía que ser el resultado de una práctica constante. El aroma de un guerrero se desprendía de él en oleadas.

Lauren le miró las manos y vio una letanía de callosidades. Aunque en sí era algo habitual en los niños de las granjas, se dio

cuenta de que había desarrollado algunas en lugares donde ningún granjero lo haría. Los callos del pulgar y el índice de la mano derecha eran indicativos de una espada de una mano, pero los de la base de los dedos anular y meñique de la mano izquierda eran más comunes en los espadachines de dos manos. Además, su muñeca presentaba un pliegue de lancero, y las marcas del dorso de la mano y del brazo desnudo delataban el uso de un escudo.

Las marcas que su entrenamiento había dejado en él lo pintaban con tonos vibrantes, como parte de una tradición mercenaria que ella conocía demasiado bien. A Lauren le resultaban nostálgicos los recuerdos de los luchadores arrojando sus armas al romperse como palillos.

La visión del chico también era aguda. Mantenía el contacto visual mientras hablaba, pero los pequeños movimientos de sus ojos demostraban que estaba captando la posición, las manos y el equipo de su interlocutor —aunque él mismo no lo supiera—, todo ello mientras mantenía sus hombros y caderas (es decir, los fulcros del movimiento) en los ángulos de su vista.

El hecho de que se hubiera puesto rígido durante una fracción de segundo al ver a Lauren era aún más motivo de elogio a sus ojos. Significaba que tenía la intuición para determinar la habilidad de un oponente. La forma en que había retrocedido un incómodo medio paso demostraba que era lo bastante sensible al peligro como para que sus instintos le empujaran fuera de la distancia de ataque.

Era un buen guerrero. A pesar de no parecer más que un granjero enjuto, emanaba el aroma de la buena cocina o, mejor aún, del *whisky*, el favorito de Lauren. A diferencia de la dulzura enfermiza del hidromiel o el débil sabor del vino, la caricia diabólica del whisky elaborado en las islas del lejano norte era lo bastante potente como para hacer caer incluso a sus parientes.

Con un metabolismo en un reino separado del de los *menschen*, a los ogros les cuesta disfrutar de la embriaguez, y el color de su rostro apenas cambia sin un espíritu seriamente poderoso. Y entre estos espíritus, el amante del ámbar, cuyos años de fortificación en algún

barril lejano le daban la fuerza para acunarlos en una dichosa embriaguez, tenía encantada a toda la raza ogra.

Los amantes del licor sabían cuándo una bebida estaba lista, y Lauren consideró que esta copa estaba demasiado inmadura, como su aspecto podía sugerir. No tenía suficiente picante, quizá lo suficiente para una cata rápida, pero eso no tenía ninguna gracia.

No, el alcohol era mejor cuando se dejaba envejecer. Personalmente, Lauren prefería los gloriosos vapores ahumados del whisky con infusión de turba a las cosas sin rarezas. Los seguidores del Dios del Vino estaban de acuerdo, teniendo en cuenta que el Imperio Trialista ahora fermentaba algunos de los suyos, pero las bebidas más finas seguían siendo las más antiguas de los barriles originales del norte.

Y este chico envejecerá igual de bien. Lauren se tragó su corazonada profética, pero el deseo empezó a aflorar a la superficie. Como un lote de prueba de licor, quería tomar un sorbo. Por supuesto, no era tan grosera como para pelearse con él. Aunque no se derrumbaría de un golpe como los débiles del Oeste, sabía que los mensch se derrumbaban con rapidez.

Mientras su mirada nadaba en busca de un medio para ponerlo a prueba, se dio cuenta de que tenía ante sus ojos al caballo de presa perfecto. Había un insignificante mercader Stuart que comerciaba con espadas —del tipo que hasta los plebeyos podían comprar, demasiado endebles y desechables como para molestarse en regularlas— y que tenía un desafío abierto de cortar cascos que utilizaba para ganar monedas extra. Lauren había querido intentarlo, pero el tonto le había suplicado que no lo hiciera, con lágrimas en los ojos. Ella había cedido a regañadientes cuando él empezó a sollozar, aferrándose a su patrón.

Aunque estaba hecho polvo, el ogro sólo podía imaginar dónde se las había arreglado la rata para hacerse con un casco con acabado de mystarillo, y decidió que ya había ganado dinero más que suficiente con este plan. Aprovechando el encaprichamiento de la hermana con una perla, Lauren consiguió hacer avanzar al chico sin que se diera cuenta de sus intenciones ocultas.

La suerte quiso que la espada sin filo del puesto del Stuart atravesara directamente el viejo yelmo, *maldita sea la capa de mystarillo*. El agradable silbido al partirse en dos sonó en los oídos del ogro como una campana anunciando buenas nuevas.

Cuando el cuerpo de este muchacho madure y su mente se llene de experiencia... estoy segura de que envejecerá en un licor tan fino que un solo sorbo será inolvidable.

—Ahora bien, —dijo Lauren—, te envié con la promesa de que obtendrías cinco dracmas.

—Cierto. Pero ya han hecho más que suficiente para...

Y entonces el ogro pensó que una reserva era necesaria. Se pondría lívida si uno de sus compañeros menos cultos abriera un barril de esta calidad antes de tiempo. Reclamar mientras el producto aún estaba fermentando tenía su encanto: el tiempo de espera no hacía sino realzar el sabor, convirtiéndose en un acompañamiento que acompañaba a la bebida mejor que ningún otro.

—¿Será suficiente? —preguntó Lauren tras un intercambio de labios. Entre los ogros, un «intercambio de saliva» denotaba el reclamo de una mujer. Las ocasiones en que los ogros comprometían sus labios con otro eran raras: su sociedad matriarcal significaba que la idea de una sola pareja les era ajena. Aunque buscaban a sus congéneres masculinos para procrear —o simplemente para pasar el rato—, no se besaban como muestra de emoción.

La boca era sagrada para los ogros; sólo era superada por las manos que empuñaban sus armas. La boca declaraba el nombre de uno, rugía en la batalla y ofrecía un elogio a cualquiera que lograra vencerlos. No debía ser mancillada: los ogros se enorgullecían de las bellas palabras que dirigían a sus enemigos.

Así, sólo había dos ocasiones en las que un ogro pensaba en besar: cuando quería marcar a alguien como de su propiedad o cuando quería demostrar al mundo que había encontrado a un futuro enemigo. Hasta el día en que uno de ellos pereciera a manos del otro, ningún extraño debía intervenir.

—Muy bien. Mi gente te tratará bien si les das el nombre de Lauren de la Tribu Gargantuana. Les diré que he encontrado un chico mensch interesante.

Las diversas tribus que vagaban por la tierra mantenían contacto de pasada, y las reglas del honor les impedían robarse a otro retador de las narices. Después de todo, sabían bien la rabia que sentirían si les ocurriera a ellos.

—Espero con impaciencia el día en que vengas a desafiarme como un espadachín hecho y derecho.

No te pido que te des prisa, pensó Lauren. Ella sobreviviría al mensch, así que tenía tiempo de sobra para esperar. Rebosante de emoción, esbozó una sonrisa ferozmente hermosa. Todo lo que pido es que envejezcas en algo delicioso.

[Consejos] El «intercambio de saliva» es un juramento tradicional ogro de posesión. Este pico formal hace saber a los hermanos hambrientos de batalla que un enemigo está fuera de los límites. Evolucionado a partir de su costumbre de dejar supervivientes con la esperanza de que vuelvan como potentes retadores alimentados por la venganza, el ritual es una peculiaridad de su cultura centrada en el combate.

Invierno del duodécimo año

Campana

Una historia larga que se desarrolla a lo largo de varias sesiones.

Suelen girar en torno a problemas de gran envergadura que no pueden resolverse en una sola sesión, e implican a enemigos poderosos o misterios complicados.

El sonido de la cuerda de un arco señala una vida extinguida. A cambio de un gran peso en el tiro, el arco corto compuesto, fabricado con tejo y reforzado con tendones de animales, tenía una gran potencia. Su distancia mínima y su fuerza respetable lo hacían perfecto para la caza.

—Espléndido, —dijo Margit. La pequeña aracne no era rival para mí en resistencia, pero su agilidad eclipsaba con creces la de cualquier mensch; ella y los de su especie estaban tan bien adaptados al arma que prácticamente salían del vientre materno con una en la mano.

Levanté la vista de mi escondite y vi a mi vieja amiga aferrada al tronco de un árbol, alabando mi uso de su arma personal. Al verla escalar despreocupadamente la madera sólo con las piernas, me di cuenta de que era realmente diferente de un humano normal, por muy tarde que fuera la revelación.

—Le has pillado el truco muy bien, —continuó—. Impactar desde esta distancia es razón suficiente para estar orgulloso de tus habilidades.

Margit saltó al suelo desde encima de mi cabeza sin hacer ruido y se apresuró a levantar mi presa a una velocidad aterradora. La flecha había volado unos veinte metros para atravesar un conejo enterrado

en el follaje. Estas liebres marrones eran bichos grandes con cara de rata, mucho más feos que los conejos domésticos de la Tierra.

Éste era corpulento y parecía medir unos setenta centímetros. Su pelaje servía de camuflaje durante todo el año en esta región con pocas nevadas, pero el marrón ahora goteaba rojo. Mi flecha le había atravesado el ojo. Había apuntado a la cabeza, pero el tiro fue más limpio de lo que esperaba.

Lo achaqué a la habilidad de puntería con arco corto, que había aumentado a IV: Artesano. Mi larga rutina de destreza, combinada con Arte Encantador, me había llevado a una situación en la que todas mis tiradas de destreza tenían un éxito desternillante. *Un rasgo que lo puede todo es lo mejor.*

—Parece bonito y carnoso, —dije.

—Qué suerte, —comentó Margit—. Parece que nos espera una cena lujosa.

Los dos estábamos solos en el bosque a las afueras del cantón, el mismo en el que solíamos jugar de niños. Yo había estado tomando clases de tiro con arco con Margit (como sospechaba, tener un tutor daba más experiencia, más rápido) mientras ganaba algo de dinero para cuando me fuera de casa.

—¿Destripamos la liebre antes de seguir? —preguntó.

—Sí, vamos, —contesté.

Aunque empezamos a preparar el conejo para comerlo, en realidad había una recompensa por estas criaturas. Veinticinco assarii por liebre era bastante para un niño. Eran plagas que mordisqueaban los árboles jóvenes para pasar los meses más fríos, y eso incluía los árboles plantados artificialmente que sustentaban la industria maderera. Impedir los esfuerzos de reforestación retrasaba el ciclo de renacimiento del que dependía nuestra civilización, y significaba que nos quedaríamos sin madera y leña.

Además, estos conejos eran muy sensibles y veloces, lo que dificultaba su captura. Incapaces de colocar trampas en un bosque frecuentado por leñadores, las autoridades se encontraban en un

callejón sin salida. Como los animales más grandes se cazaban rápidamente en estos bosques preservados, la población de liebres se había dejado crecer, por lo que los poderes fácticos de Heidelberg ofrecían recompensas monetarias a los cazadores como incentivo para reducir proactivamente su número.

Yo había seguido las cacerías de Margit con la vista puesta en esta recompensa. Todo era para mi futuro presupuesto. Anunciar que me iba era una cosa, pero irme de verdad era otra muy distinta. El proceso de entrar en una oficina de alquiler y mudarse un mes después en Japón era estúpidamente fácil en comparación.

Al día siguiente del festival, les dije a mis padres que quería ser un aventurero. Tal vez en parte debido a la extraña pasión con la que mi hermano mayor me había cubierto, mis padres aceptaron mis planes sin incidentes. Aunque, para ser sincero, creo que yo solo habría estado bien.

Sin embargo, ese día también fue cuando descubrí que mi madre y mi padre habían estado preguntando por ahí para asegurarse un futuro estable para mí de adulto. Habían mantenido conversaciones con algunas familias interesadas en acogerme como novio y enviado costosas cartas a parientes lejanos para ver si me adoptaban como heredero. Al parecer, incluso habían pedido al jefe de la aldea que preparara una carta de recomendación para mí, si decidía presentarme como ayudante del magistrado.

A pesar de haber reducido a polvo todo su duro trabajo, mis padres ni siquiera suspiraron cuando les conté lo que esperaba hacer. Me permitieron labrarme mi propio futuro a pesar de que mi ocupación elegida era algo tan pícaro como las aventuras.

Que me dijeran que podía perseguir mis sueños por amor y no por desinterés me llenó de gran alegría... y llenó mi corazón de un dolor insoportable. Nunca olvidaría las lágrimas que no pude contener aquel día.

Aun así, mis padres no eran tontos; a diferencia de los payasos que apoyan ciegamente a los aspirantes a músicos sin futuro, me dieron una serie de tareas que cumplir. Aventurarse era una prueba

constante de vigor, así que me dijeron que tenía que ahorrar el dinero suficiente para emprender el viaje con seguridad. Si no podía hacer eso, no sobreviviría ahí fuera por mucho que me esforzara.

Tenía que hacer frente a una larga lista de gastos. El precio del viaje a mi primera gran ciudad era demasiado obvio como para mencionarlo, y mi pedido de armaduras por sí solo no bastaría para equiparme. Sólo podría partir como un orgulloso aventurero si lograba reunir todo lo que necesitaba para cuando cumpliera la mayoría de edad.

No podía sino agradecer las exigencias de mis padres. Habían preparado un objetivo alcanzable y se desvivían por rechazar mis ganancias tallando madera. Lo único que me quedaba era hacer todo lo que estuviera en mi mano para cumplir sus expectativas. Así, me encontré pasando el tiempo libre del invierno acumulando experiencia, dinero y provisiones para la cena.

—Has mejorado magníficamente, —comentó Margit.

—¿Tú crees?

Metí la liebre desmembrada en mi bolsa mientras ella le quitaba la grasa no deseada de la piel. La piel se vendía por otros quince assarii, lo que la convertía en una importante fuente de ingresos. Las diez piezas de cobre que costaba alquilar una destartalada habitación de motel me parecían extrañamente baratas y caras al mismo tiempo.

—Dejando a un lado la rapidez con la que apuntas y tu ocultación de intenciones, —dijo Margit lentamente—, no tengo nada más que decir sobre la precisión de tus disparos.

La aracne se encogió de hombros, como para demostrar que no necesitaba dar consejos. Después de una ligera limpieza, guardó la piel de conejo en su mochila, ya que más tarde se convertiría en una molestia si aún quedaba exceso de aceite adherido a ella.

—Pero mi alcance es limitado, —dije—. Más lejos que esto es demasiado para mí...

—Uno no debería apuntar a disparar mucho más lejos que esto, ¿sabes?

A pesar de su afirmación, Margit podía disparar a la cabeza de los ciervos desde el doble de mi alcance efectivo, ¿en qué clase de fenómeno de la naturaleza la convertía eso?

—Acercarse sigilosamente y acabar con el asunto de un solo golpe: esa es la clave, —continuó diciendo—. Este arco golpea fuerte, pero una bestia grande necesitará varios disparos para caer.

Subestimar la piel de los animales no era un error pequeño. Incluso un pequeño fallo en el ángulo de entrada de una flecha podía bastar para convertir un impacto sólido en un rozón. Además, las criaturas territoriales, como los jabalíes en época de celo, estaban equipadas para sus guerras territoriales con una dura capa de grasa que actuaba como armadura. Comprendí por qué se contaban historias de cazadores que morían a manos de jabalíes, incluso en un mundo en el que los rifles de caza eran de uso común. El valor que necesitaban los cazadores de este mundo para enfrentarse a uno con un arco y una daga no era nada desdeñable.

—Bueno, entonces, —dije—, me esforzaré por mantenerme en la buena gracia de mi maravillosa maestra.

—Vaya, qué admirable, —respondió Margit—. Entonces, ¿buscamos nuestra próxima presa?

En cuanto terminamos de deshacernos de los sangrientos subproductos de mi presa, paseamos por el bosque en busca de más objetivos. Sólo yo manejaba el arco de Margit por el bien de mi entrenamiento, pero mis ojos no podían compararse con los de un aracne, así que ella se encargó de acechar a las criaturas del bosque.

Había asignado algunos puntos a Conocimiento de los Animales y Rastreo de Animales, pero enseguida me di cuenta de que Margit estaba al menos en el nivel VI: Experto. Incapaz de justificar el ridículo coste de alcanzarla, abandoné la idea por completo.

Desde el primer intento de marcar el rumbo de mi viaje, supe que sería un error hacerlo todo yo solo. Recordar las construcciones a medio hacer que mi avaricia impulsiva había dado a luz ya era bastante doloroso; no tenía ningún deseo de experimentar ese tipo de cosas en primera persona.

En consecuencia, opté por dedicar el mínimo de experiencia a las habilidades de exploración: la suficiente para detectar a otras personas. Grandes y descuidados, eran mucho más fáciles de detectar que los animales salvajes, y como aventurero probablemente tendría que limpiar un campamento de bandidos en las montañas en algún momento.

A Margit no se le habían subido los talentos raciales a la cabeza, y años de práctica diligente la habían convertido en una asombrosa experta en el rastreo. Gracias a sus habilidades, habíamos conseguido cazar tres liebres desde la mañana hasta la noche. Yo fallé un tiro cuando Margit me lamió la nuca, pero creo que en general conseguimos un botín respetable. Por supuesto, eso no quería decir que me creyera su juguetona excusa de que estaba poniendo a prueba mi capacidad para mantener la concentración en cualquier circunstancia.

El otro momento culminante del día había sido cuando Margit escaló silenciosamente un árbol y capturó un faisán con sus propias manos. Después de presenciarlo, sentí una oleada de confianza, teniendo en cuenta que me las arreglaba para evitar sus ataques sorpresa con bastante frecuencia.

—Se está haciendo tarde, —dijo Margit.

El sol se acercaba al horizonte y la luz que brillaba a través del follaje se oscurecía. Aunque el coto no estaba densamente poblado, todos los árboles eran lo bastante altos como para que la luz del sol invernal disminuyera a gran velocidad, dejando poco tiempo para disfrutar del resplandor escarlata de las últimas horas de la tarde.

—Vamos a acampar, —dije. La llegada de la noche requería refugio, y esto también formaba parte de mi entrenamiento. No éramos como los héroes de los juegos de rol de consola, que corrían sin dormir ni descansar durante días y días con ropas que se burlaban de los elementos.

Además, acampar, ese elemento básico de las fantasías de sobremesa, me hacía vibrar el corazón. ¿Quién no se ha pasado unas

cuantas horas tirando dados para representar una escena así con mucho más detalle del necesario?

Recuerdos entrañables aparte, cruzar fronteras era básicamente parte de la descripción del trabajo de un aventurero. Dormir a la intemperie era habitual dependiendo de los planes de viaje, y había oído que era perfectamente normal tener que acampar solo si uno no tenía la suerte de hacer *autostop* con una caravana. Por lo tanto, estaba aprendiendo con alguien más experimentado que yo en un bosque seguro.

—¿Puedo pedirte que prepares la ropa de cama? —Dijo Margit—. Yo me encargaré del fuego.

—Gracias, —respondí—. Ya me cuesta ver con esta luz, la verdad.

—Parece que nos hemos dejado llevar, —señaló—. Seamos más cuidadosos mañana.

Tomé cuerda y lona de mi mochila e hice un sencillo tejado entre unos árboles como defensa contra un chaparrón inesperado. Mientras tanto, Margit recogió un puñado de ramas secas y utilizó un yesquero para encender una hoguera. Su visión en la oscuridad racial la dejaba con poca necesidad de encender un fuego a menos que estuviera cocinando, pero mis Ojos de Gato no eran tan efectivos en este bosque bajo la luna nueva, así que la luz era necesaria.

El bosque de medianoche era un lugar demasiado oscuro para cualquier mensch, independientemente del talento que poseyera. Como hija de un cazador, Margit había acampado al aire libre desde niña: a veces para aprender de sus padres, a veces para enseñar a su hermana pequeña y a veces sola. Últimamente, con sus quince años a la vista, se había ganado el privilegio de salir de caza en solitario y, en el peor de los casos, yo corría el riesgo de morir sin su guía.

Para un miembro de una de las razas humanas más frágiles, el paso de la luz diurna a una oscuridad y un frío insondables era un desafío monstruoso. Aunque ya le había pillado el truco, mi primera experiencia de acampada había sido un desastre. Margit había

sobrestimado la capacidad de un mensch para ver en la oscuridad, y no habíamos empezado los preparativos hasta que cayó la noche.

El toldo había bloqueado la poca luz que quedaba de la luna y mis Ojos de Gato habían quedado inutilizados, convirtiendo el simple acto de encender fuego en todo un calvario. Me había cortado mientras preparaba un iniciador de fuego y me había roto un dedo con el pedernal; había sido un mal momento en general. No sé qué habría hecho sin Margit.

Ella me había pedido disculpas después, pero yo había aprendido de primera mano el peligro de retrasar los preparativos nocturnos en un entorno seguro, así que no me importó. Al fin y al cabo, los humanos eran propensos a dar por sentado el éxito de las tareas cotidianas. Sinceramente, debería haber sido yo quien se disculpara: los aracnes podían dormir perfectamente en el dosel, y Margit tuvo que transigir por mi bien.

Nos acurrucamos alrededor del agradable crepitar del fuego y preparamos una comida sencilla. Sin utensilios de cocina, los dos únicos pasos de nuestra receta consistían en frotar bien la carne de conejo con sal y hierbas y chamuscarla. Pero no nos engañemos, este plato aparentemente aburrido tenía su propio encanto rústico y un sabor increíble.

—Por cierto, ¿te has enterado? —Margit empezó a hablar de repente mientras daba la vuelta al asado para evitar que se quemara—. Un tipo de pimienta negra que dicen que es bastante deliciosa es popular en la ciudad ahora mismo.

—Pimienta negra, ¿eh? —*Así que la tienen en las zonas urbanas...* El lento avance de la cría de animales significaba que una especia que pudiera suprimir los olores a caza sería naturalmente popular. Yo me había acostumbrado al olor, pero si alguien viniera directamente de mi viejo mundo a compartir una comida con nosotros, probablemente se quedaría boquiabierto sólo por el hedor.

—Una compañera mía presumía de haber comido hace poco un plato con un poco, —explica Margit—. Dijo que lo habían traído del extranjero.

—Así que es de importación, —reflexioné—. Seguro que es cara.

—Una libra por grano de pimienta, de hecho.

El coste de la mercancía marinera me asombró, pero supongo que debía esperar lo mismo de algo que pasaba meses enteros balanceándose de un lado a otro bajo la cubierta de un barco. Si la mercancía procedía de un continente recién descubierto o algo así, entonces sólo podía elogiarles por un trabajo bien hecho.

—¿No crees que sería divertido surcar los mares como mercante? —preguntó Margit.

—Seguro que sí, —acepté—. Me encantaría probar la comida de una tierra extranjera.

—¡Y mi corazón baila cuando imagino las hermosas telas y joyas del extranjero! —dijo teatralmente—. Oh, ¿no hay nadie que me adorne con un regalo tan bonito?

—Sé que es un cliché, pero ¿es esta la parte en la que te digo que ya estás suficientemente preciosa sin él?

—Lo único que conseguirás en esta situación es parecer un tacaño, —dijo ella, riéndose entre dientes.

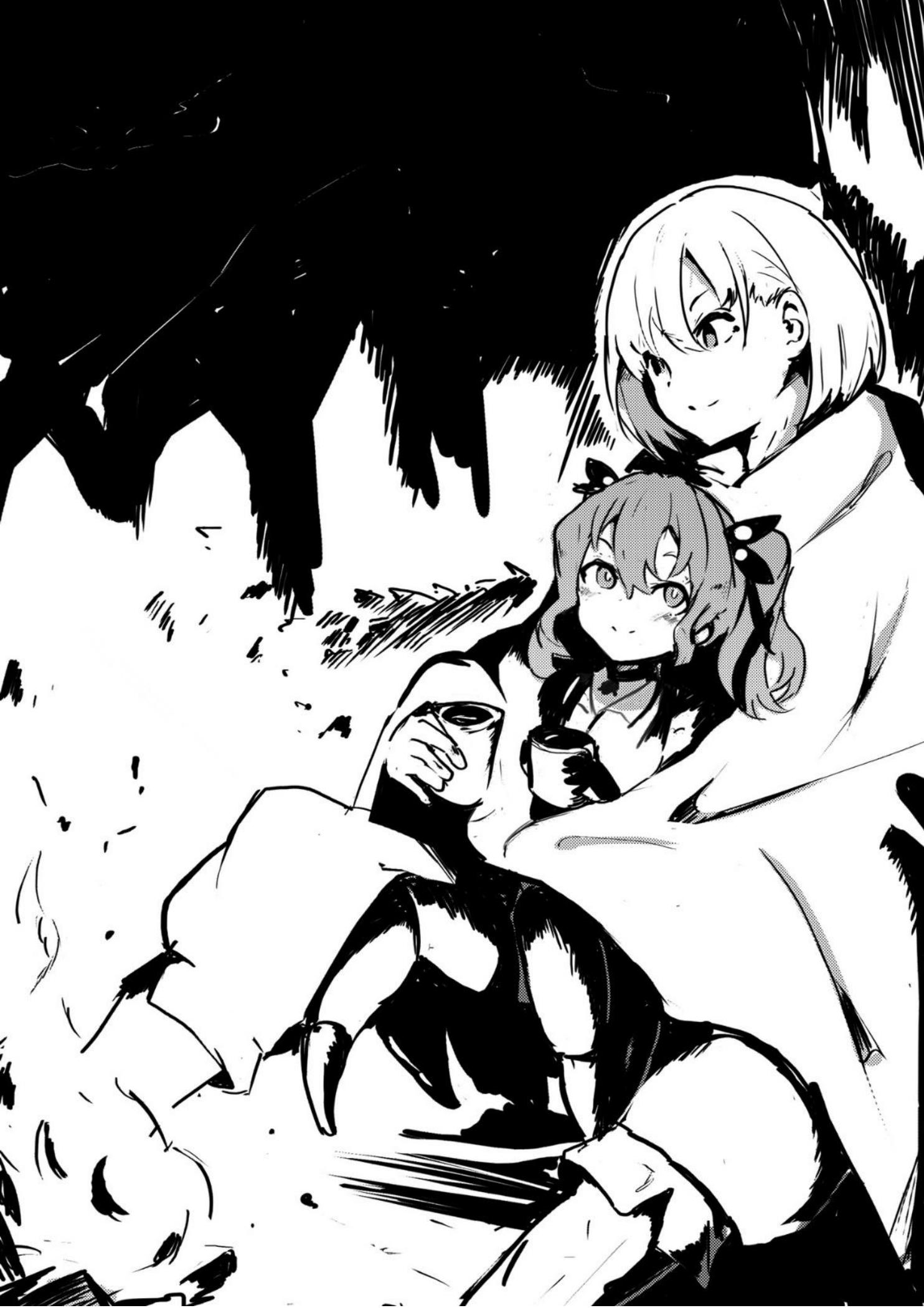
Nuestra ociosa conversación continuó hasta que por fin nos dimos un festín con la carne asada chorreante de grasa. Los animales comían todo lo posible para sobrevivir al invierno, así que la caza en esta época siempre era grasienta y deliciosa.

Después de terminar nuestra comida, Margit preparó una taza de té rojo finamente molido para cada uno de nosotros. Yo la miraba de reojo mientras preparaba nuestra cama, aunque todo lo que eso suponía era una sábana de cuero rellena de algodón y una manta de gran tamaño. Mi única otra tarea era amontonar tanta leña como fuera posible para prolongar nuestra fuente de calor.

—¿Has terminado? —preguntó Margit.

—Sí, todo hecho. —Apurado por mi compañera arácnida, me envolví los hombros con la manta, tomé asiento sobre la sábana de cuero y apoyé la cabeza contra un árbol.

—Muy bien. Si me disculpas, —dijo Margit, subiéndose a mi regazo como si fuera lo más obvio. La metí debajo de la manta y me convertí en el poste que sostenía una tienda de campaña humana. Con un suspiro de satisfacción, murmuró—: Qué calentito...



Acampar solía ser sinónimo de hacer turnos de guardia, pero en el bosque había pocas bestias peligrosas y los únicos visitantes humanos eran cazadores. Dos niños durmiendo no tenían de qué preocuparse.

Por supuesto, mi Detección de Presencia de nivel cinco desencadenaría una respuesta siempre y cuando me mantuviera alerta mientras dormitaba. Margit tenía habilidades similares y, para empezar, los aracnes no necesitaban dormir mucho.

Tomé una taza de ella y nos pusimos a charlar toda la noche. Las conversaciones que compartíamos eran nuestro pequeño entretenimiento antes de dormir. Los temas eran triviales, como que sería divertido trabajar como mercader, o que queríamos ver el mar algún día, o que podríamos aventurarnos más allá del océano.

En algún momento, nuestra charla se transformó en un juego de palabras. Era un juego al que habíamos jugado hacía mucho tiempo, cuando yo estaba aprendiendo la pronunciación correcta del vocabulario palaciego. Consistía en encadenar palabras formando poemas improvisados y cantárnoslos el uno al otro. Era un pasatiempo trivial al que no le importaba la rima ni el tema estacional.

Yo cantaba en voz baja: *«Oh, arboleda—escóndenlos. Como si fueras—a contener—estas almas dormidas».*

Una breve pausa dio paso a su respuesta: *«Dos lámparas—tan cálidas—me rodean. Defendiéndome—de la noche—protegiéndome del frío».*

Sin reglas complicadas, podíamos cantar lo que se nos ocurriera. *Puede que las dos lámparas que mencionó fueran mis brazos. Me pregunto cómo se sentirá envuelta en mi calor...*

Um, bueno, es un poco tarde para preguntar eso. El hecho de que me estuviera ayudando a preparar mi futuro sin ninguna compensación debería haber sido suficiente indicio para mí. Sólo se me ocurría una razón para que fuera tan lejos como para desvelarme las técnicas ocultas de su sustento.

Canté mientras Margit me pellizcaba la camisa: *«Oh, llama—estalla—sobre mí. Que no—nos descubra—el invierno».*

Ella cantaba: *«Descanso—sobre—una sombra invisible. Detrás de mí—junto a mí—pero fuera de mi vista».*

Ciertamente, Margit era una suave llama que ardía suavemente dentro de mí, sin dejar sombra detrás. El tacto frío de su piel de aracne se sentía como un carbón caliente comparado con el aire invernal. Envueltos en la fragancia del té rojo, nos quedamos dormidos con las palabras de tiernas canciones en nuestros oídos.

[Consejos] Algunos magos del Imperio Trialista se ganan la vida como Thalassurges. Su capacidad para producir agua dulce mejora significativamente la tasa de supervivencia en los viajes largos, y los marinos están mucho más seguros en Rhine que en la Tierra medieval.

Primavera del duodécimo año

Clímax

El destino final de una sesión.

A menudo se trata de un encuentro de combate que supone un punto de inflexión en la historia.

Siempre había respetado a los *cosplayers*, pero nunca habría imaginado que mi aprecio por el oficio crecería en este mundo. Seguro que alguna vez has visto a la gente que lleva su propia cota de malla hecha a mano con una armadura de placas completa por encima paseándose por ciertos festivales de verano. Su determinación siempre había sido digna de aplauso, pero en la primavera de mi duodécimo año comprendí por fin lo tortuoso que era ese acto.

—¡Vaya, no puedo moverme! —exclamé.

—Pues sí, —dijo el herrero sin rodeos—. Así son las armaduras. —Satisfecho con su trabajo, el hombre sonrió mientras yo me agitaba indefenso.

Yo también me había sentido satisfecho al ver el producto terminado colocado en un maniquí. Siempre había pensado que las armaduras de cuero eran malitas, pero el acabado oscuro de mi nuevo equipo parecía lo bastante heroico como para superar cualquiera de mis ideas preconcebidas.

La coraza forrada de metal estaba separada del tronco cilíndrico que cubría mi torso, y unos pequeños ajustes en pequeñas secciones de piel tejida bastarían para adaptarlas a mi cuerpo en crecimiento. Me alegró ver que las dos hombreras se inclinaban hacia abajo para protegerme de los tajos diagonales y que las partes que protegían mis brazos empleaban el mismo cuero endurecido y fiable que la pieza del torso.

Las protecciones de los antebrazos estaban salpicadas de remaches en el exterior para reforzar su defensa y tenían correas de cuero en el interior para sujetarlas con firmeza, lo que significaba que podría seguir usándolas hasta bien entrada la edad adulta. Los guardamanos colgaban holgadamente de los extremos, cubriendo sólo el dorso de la palma para facilitar el agarre. Apreciaba especialmente esta confección, ya que me permitía usar guantes gruesos en invierno y podía sustituir las pequeñas piezas de mis manos por metal en cualquier momento.

El cinturón que protegía mi cintura estaba igualmente adornado con relucientes tachuelas y era más que lo bastante resistente como para soportar una cuchillada. De él colgaban faldones con cadenas para protegerme los muslos y el lomo, lo que me permitía despreocuparme de mi parte inferior.

Por último, el casco tenía la forma de la parte superior de una bala y era lo bastante abierto como para asegurar un amplio campo de visión. Sin embargo, una pieza nasal bajaba desde la parte superior por si alguna vez recibía un golpe en la cara, y podía acoplar una máscara de cadena para protegerme la parte inferior de la cara de los escombros voladores. Mi elemento favorito, sin embargo, era el cuero rípiado que caía por detrás. Siempre podía cubrirme la parte delantera del cuello con una coraza, pero era igual de vital defender mi retaguardia.

Sólo necesitaba un par de espinilleras y unas botas de cuero para parecer un aventurero hecho y derecho. Pasé un momento maravillándome de lo increíble que parecía todo, pero mi entusiasmo chocó de cabeza contra un muro cuando me lo puse.

Por desgracia, y como era de esperar, no podía moverme tan bien como con ropas del día a día. Si pudiera, sería un desperdicio entrenar a los soldados durante horas y horas con el equipo completo, después de todo. Varias capas de cuero habían sido unidas con abrazaderas y golpeadas, para luego ser tratadas térmicamente con cera. A pesar de su aspecto blando, la armadura era cualquier cosa menos eso. Como no se adaptaba a los pliegues del cuerpo, no podía doblar las articulaciones como cuando llevaba tela o finas capas de piel.

Los parches de cadena y cáñamo de la coraza rellenaban los huecos de los brazos y las articulaciones, lo que empeoraba aún más mi movilidad. Moverme no era imposible, ni siquiera *tan* difícil, pero desde el primer paso me di cuenta de que no iba a ser fácil.

Aunque es difícil de explicar, la experiencia fue como si mi cuerpo fuera un latido más lento que mi mente. Cada movimiento era extrañamente incómodo. Podía moverme, pero no con fluidez, y la sensación me dejó indescriptiblemente frustrado. Quizá una comparación adecuada sería escribir con un par de guantes gruesos. Todavía se pueden escribir palabras, pero la torpeza de los dedos sería demasiado grande para escribir como se hace habitualmente. Este era un nivel similar de incomodidad.

—Bueno, ya te acostumbrarás, —dijo el herrero—. Ese cuero no se dobla, así que es básicamente una armadura de placas más ligera. Te caerás y tropezarás un montón, pero tu cuerpo acabará acostumbrándose.

El hombre se rio al señalar una obviedad muy desagradable. Tenía toda la razón... pero yo tenía la notable e injusta habilidad de transferir tiempo y esfuerzo de una actividad a otra. Ahora era el momento perfecto para hacer buen uso de mi favor divino: así de inmóvil, ¿cómo iba a poner un pie en un bosque o unas ruinas?

Hacía tiempo que le echaba el ojo a la habilidad Dominio de la Armadura Ligera en la categoría Artes Marciales, y por fin me deshice de mi experiencia para subirla directamente a III: Aprendiz. Una pizca de codicia se apoderó de mí, y en IV: Artesano apenas podía sentir la incomodidad que tanto me había costado describir hace unos momentos.

Ya veo, tengo que centrarme en la amplitud de movimiento de cada articulación y en cómo la armadura las inhibe. Es una sensación estupenda: concentrarme en esto me permite moverme con la mayor fluidez posible y, además, me da más experiencia. Puede que vaya a entrenar al bosque para acostumbrarme.

—Oye, guau... —El herrero dijo asombrado después de verme dar saltitos y hacer unos cuantos movimientos simulados con una

espada imaginaria. Verme pasar de robot a chico normal en pocos segundos le pilló desprevenido—. Vaya... mira tú qué cosas. Chico, ¿seguro que no eres el avatar de algún Dios de la Guerra?

—Si fuera así, hace años que me habría advocatedo a los torneos, —respondí. Si no fuera por mi deseo de disfrutar de una vida normal, podría haber acabado como los protagonistas de las novelas *isekai* que solía disfrutar. Recuerdo que uno había montado un escándalo a los dos años, pero una vida tan excesiva seguro que tiene su parte de problemas.

Además, no quería causarles problemas a mis maravillosos padres, así que renové mi determinación de que no tenía necesidad de ir deprisa por la vida, regodeándome en la simple satisfacción de poder moverme con mi armadura. *Le pediré a Sir Lambert que me deje llevarla durante el entrenamiento la próxima vez. La experiencia es genial, y tengo que probar cuánto daño puede mitigar una caída con esto puesto.*

No tenía un medidor de puntos de golpe en la esquina de mi visión, y el menú de estadísticas era igual de estéril. La única forma de ver cuánto castigo podía soportar antes de que mis movimientos se embotaran y mis piernas se rindieran era probarlo de primera mano. Experimentar con tiradas de salvación de cuerpo o muerte en el fragor del combate era mucho pedir para alguien tan cobarde como yo.

Hablando de tiradas de dados, había desbloqueado una plétora de habilidades nuevas al equipar la armadura por primera vez. Había algunas en el árbol de Espadachín que se centraban en ataques flexibles; la categoría Caballero estaba repleta de habilidades de alto nivel como Dominio de la Armadura Pesada; la sección Explorador contenía cosas para suavizar el sonido de mi equipo como Acciones Silenciosas. Este único conjunto de armadura podía usarse de muchas formas distintas. Por el momento estaba satisfecho, pero decidí dedicar algo de tiempo más adelante a calcular una combinación potente de habilidades baratas. Al fin y al cabo, había invertido mucho tiempo y esfuerzo en hacerme con esta armadura; quería aprovecharla bien y durante el mayor tiempo posible.

—Hecho esto, aquí tienes un regalito de mi parte para el futuro aventurero, —dijo el herrero.

—¿Eh?

Me había escabullido de los cueros pensando que necesitaba aprender a equiparme yo mismo, pero me detuve en seco cuando el herrero colocó una caja sobre la encimera. Era un cofre de armadura con correa, hecha a medida para guardar mi equipo.

—Necesitarás un cofre para la armadura, ¿verdad? No puedes llevarla contigo a todas partes.

—¿Qué?! ¡¿Me está *dando* esto?!

Tan simple como parecía, el maletín estaba bien hecho y claramente no era barato de producir. Tal y como él había dicho, sin duda me quitaría la armadura para los viajes de larga distancia, y un baúl de armadura estaba en mi lista de cosas que necesitaba antes de llegar a la mayoría de edad, pero nunca pensé que podría conseguir uno así.

—Sé que lo estoy llamando regalo, pero esto no es *completamente* gratis. Cuando los bardos empiecen a cantar canciones sobre ti, asegúrate de mencionar mi nombre. La publicidad es buena para todo mi clan.

El herrero me había hablado una vez de las diferentes sectas que se derivan de los estilos de herrería en el gremio de artesanos local, pero eso no era más que una excusa apenas velada. Con un guiño torpe, me entregó la armadura.

—Ahora, déjame enseñarte cómo se coloca.

—...Muchas gracias. —Habría sido una grosería por mi parte negarme ahora. Respetar a los ancianos (y el herrero *era* uno de los pocos ancianos de verdad que conocía), dejé que el hombre me mimara mientras escuchaba su precisa y atenta clase.

[Consejos] Llevar armadura agota rápidamente la resistencia. A veces, llevar armadura puede causar graves

debilitaciones. En climas helados, la cota de malla pasa de ser un metal protector a una jaula mortal.

Mientras la nieve se descongelaba y multitud de personas daban alegremente la bienvenida a la primavera quitándose la ropa, una chica solitaria caminaba por un sendero secundario. Pataleaba con las piernas hacia delante a cada paso y sus labios ferozmente mohínos prácticamente gritaban «¡Estoy enfadada!». Y, de hecho, Elisa —la hija mayor de Johannes del cantón de Konigstuhl— estaba bastante enfadada.

El final de los meses de invierno en cama era algo que había que celebrar: la única razón por la que Elisa había sido capaz de digerir la amarga medicina destinada a curar su insufrible fiebre era porque su hermano favorito se había ofrecido a llevarla a la fiesta local cuando llegara la primavera. Hoy debía ser un día feliz.

Las pintas que Elisa había heredado de su madre estaban perfectamente puestas, ya que había conseguido que su hermano le lavara la cara y la peinara pulcramente. Siendo la única hija de la familia, su padre le había comprado un bonito vestido en la ciudad el pasado otoño que la hacía sentirse de lo más encantadora.

Hoy tenía que ser un día maravilloso rematado con el querido caramelo helado de Elisa que sólo aparecía unas pocas veces al año. También estaba resultando así, hasta que... apareció aquella araña y lo estropeó todo.

Elisa odiaba a la araña. Erich era el hermano de *Elisa*, pero la araña se aferraba a él de todos modos; Erich era el hermano de *Elisa*, ¡pero a veces la araña era tan mala que se lo llevaba! Erich era demasiado amable para quitársela de encima, y le seguía el juego con una sonrisa preocupada pegada a la cara.

Pero él era el hermano de Elisa. *¡Él es mi Señor Hermano y se supone que tiene que ser amable conmigo!*

Hoy no había sido diferente. Elisa era toda sonrisas después de que todos en la familia hubieran elogiado su bonito atuendo, pero la

araña apareció justo antes de que estuvieran a punto de irse. A pesar de no haber sido invitada, la araña se subió a la espalda de su hermano como si tuviera derecho a estar allí.

—Vaya, ¿van a visitar los puestos de los mercaderes? Qué bien. ¿Te importa si me uno a ustedes?

¡A mí sí que me super-duper importa! pensó Elisa con rabia. No se atrevió a decirlo en voz alta, pero tiró de la manga de su hermano con la esperanza de que espantara al bicho. No te equivoques, Elisa estaba furiosa; la única razón por la que no había dicho nada era porque la sonrisa de la araña la había asustado. La mirada de aquellos ojos color avellana cuando la araña sonreía la aterrorizaba. Sabía que la araña no era de las que tejen telarañas, pero había un vacío insondable en aquellos iris que la aterrorizaba.

Incapaz de expresar las complejas emociones que asolaban su mente con su limitado vocabulario, Elisa permaneció en silencio hasta que, finalmente, su hermano cedió y levantó la araña sobre su hombro, diciendo: «Muy bien, vamos juntos».

Pero si íbamos los dos solos. ¡Los dos solos!

Así, Elisa perdió los estribos y fue totalmente incapaz de encontrarlos. Mientras su hermano se preparaba para irse, ella salió furiosa de casa. Aunque no tenía mucha experiencia en calzarse, se metió los pies por la fuerza del despecho y se escabulló por la puerta trasera, que había quedado abierta para que entrara aire fresco.

Elisa debería haber tenido miedo de salir sola por primera vez, pero estaba demasiado enfadada porque su hermano había roto su promesa como para preocuparse. Todos sus amigos flotaban a su alrededor, diciendo que era demasiado peligroso salir, pero ella no tenía oídos para escuchar. La imprudencia infantil había puesto un pie delante del otro hasta que se encontró lejos de casa.

Dicho esto, «lejos de casa» no era exactamente un maratón para una niña de ocho años pequeña para su edad. Su hermano podría haber corrido esa distancia en un abrir y cerrar de ojos, pero Elisa nunca había estado sola fuera del perímetro de su casa. Para ella, aquello era ir demasiado lejos. Incapaz de ver su casa más allá de una

colina, la ansiedad empezó finalmente a ganar a su rabieta mientras se giraba angustiada.

En ese momento, su hermano probablemente estaba entrando en pánico porque Elisa se había ido. En un momento o dos, vendría corriendo tras ella con una sonrisa preocupada y le diría: «Elisa, sabes que no debes escaparte sin mí», y todo iría bien.

Las expectativas de Elisa no estaban tan lejos de la realidad. A pesar de parecerse a su tierna madre, Erich era perspicaz y llevaba a su talentosa amiga de la infancia al hombro. Los dos podían detectar en un instante las huellas no ocultas de un niño pequeño.

Si le daban unos minutos más, el querido hermano mayor de Elisa, preocupado y mimoso, vendría a buscarla. Entonces él le pediría disculpas, a pesar de que ella se había equivocado al huir, la invitaría a un caramelo helado y los tres irían al festival.

—Oye, ¿qué hace aquí una chica arreglada como tú?

Si al menos hubiera tenido esos minutos. El sol desapareció tras la repentina entrada en escena y Elisa se encontró sumida en las sombras. Se giró aterrorizada y vio la silueta de un hombre corpulento.

El tipo estaba lejos de ser sospechoso. Su piel estaba permanentemente bronceada por las largas horas bajo el sol, y vestía la misma ropa deshilachada que cualquier otro mercader ambulante. Era la viva imagen de alguien que regentara un puesto callejero en el festival. De hecho, Erich había mencionado que este año había varias caravanas diferentes en la ciudad, por lo que habría más tiendas en el mercado de lo habitual.

No había nada inusual en el aspecto del hombre. Aunque de su cinturón colgaba una daga, sería difícil encontrar un viajero comercial que *no* llevara una. No se parecía en nada a los villanos que aparecían en los ocasionales cuentos de poetas errantes; estaba bien cuidado y bien bañado.

Aun así, un miedo amorfo se convirtió en un escalofrío físico que recorrió la espalda de Elisa. En realidad, sus instintos eran

correctos: al fin y al cabo, el único lugar donde los villanos dan la talla es en los cuentos.

La fuerza del cuerpo de Elisa la abandonó y cayó de rodillas, como si alguien le hubiera arrancado la médula. El mundo a su alrededor se volvió borroso, como cuando una fiebre especialmente fuerte le nublabla la vista. Sus últimos pensamientos no fueron sobre el incomprensible mareo, sino más bien que no quería ensuciar la hermosa ropa que su familia había preparado para ella.

Elisa simplemente no podía imaginar lo que había pasado. Al haber crecido rodeada únicamente de la bondad de su cariñosa familia, nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que hubiera gente malvada que le hiciera cosas malas. En cuestión de segundos, se había sumido en un profundo sueño, y el viajero atrapó la parte superior de su cuerpo justo antes de que se estrellara contra el suelo.

—Viejo, las cosas del jefe sí que pegan fuerte. Me pregunto cuánto valdrá esta encantadora señorita, —dijo, sacando de su bolsa un saco de arpillera doblado. Con mano experta, metió a la niña dormida en el saco y lo ató sin apretar. La entrada del saco tenía un tubo de madera para preservar el flujo de aire fresco, pero no había forma de verlo desde fuera.

—Hup, —gruñó el hombre, llevando la carga como se llevaría un gran saco de trigo. No había ningún secuestrador sospechoso, sólo un mercader ambulante decidido a vender sus mercancías.

El Imperio Trialista de Rhine reconocía la esclavitud en forma de servidumbre por contrato, pero prohibía la esclavitud clasista y denunciaba oficialmente el tráfico de seres humanos. Los secretos del código penal del Imperio ordenaban castigos corporales para los esclavistas: el castigo más leve que se podía recibir era la extirpación de los huesos o la pérdida de las cuatro extremidades. No se trataba en absoluto de un delito leve.

Sin embargo, al igual que los delitos de asesinato y violación seguían asolando el mundo, no había fin para los individuos sórdidos que buscaban el comercio de esclavos y su seductor beneficio. En

Japón se producían redadas de narcotraficantes todos los años a pesar de sus infames y estrictas normativas, y ningún número de delincuentes colgados de las carreteras públicas impediría que sus compatriotas rhinianos siguieran secuestrando niños.

El hombre se dirigió a su base mientras silbaba una alegre melodía. Nunca husmearía y se escabulliría como un ladronzuelo; si no podía mantener una cara seria y vender la imagen de que su equipaje no era más que mercancía aburrida, no podría ganarse la vida en esta línea de trabajo.

Desgraciadamente, era algo habitual. Todos los años morían niños a causa de enfermedades, y cada pocos años uno de ellos se alejaba por su cuenta para no volver a ser visto nunca más, ya fuera secuestrado, atacado por bestias o atrapado por algo mucho más nefasto.

Por mucho que se esforzara la Guardia, no podía acabar con *todos* los delitos. Los que eludían constantemente los ojos de las frecuentes patrullas de esta línea de trabajo eran perversamente astutos. Al fin y al cabo, en un sector en el que hasta los clientes eran enemigos, un ingenio astuto era requisito indispensable para sobrevivir.

Así, una joven iba a desaparecer de Konigstuhl para siempre. Normalmente, esta trillada tragedia terminaría con el llanto de sus padres y la conmoción de la ciudad durante un rato. Sin unos sistemas adecuados de gestión del tráfico y de la información, un secuestrador desconocido quedaba libre en cuanto abandonaba las fronteras del cantón.

Sin embargo, para bien o para mal, esta chica era cualquier cosa menos corriente.

[Consejos] El tráfico de personas es ilegal desde la fundación del Imperio, pero la ley no siempre se cumple. Si así fuera, ningún país volvería a necesitar una fuerza policial.

—Oye, espera... ¿Dónde está Elisa?

Después de tomarme mi tiempo preparando todo lo necesario para salir, me di cuenta de que la niña que debería estar sentada en el salón no aparecía por ninguna parte.

—Ahora que lo dices, no la veo por ningún lado, —dijo Margit. Me molestó un poco oírla decir eso con la cantidad de cháchara sin sentido que había estado haciendo (aunque yo también tenía la culpa por responder a todo lo que decía) mientras me preparaba, pero el paradero de mi hermana era más importante que hablar con ella.

La búsqueda de personas perdidas es uno de los tres grandes arquetipos de las aventuras de sobremesa (los otros dos son el buceo en mazmorras y otro que dejaré a la consideración del lector), pero que este tipo de cosas sucedieran todo el tiempo no era lo ideal.

—No tiene zapatos, —dije tras echar un rápido vistazo a la habitación. La relación íntima de Elisa con su cama le había dejado una aversión a llevar zapatos, así que siempre se los quitaba cuando se sentaba. Enseñar los pies no era propio de una dama, pero nunca me atreví a regañarla cuando lloraba por lo apretados que los tenía con ojos de perrito.

Lo que significaba que, a pesar de ser incapaz de atarse los cordones, debía de habérselos puesto ella misma y salir. Me agaché e inspeccioné la zona alrededor de la silla. Encadenar pequeños chequeos de percepción para alcanzar un objetivo como este era algo habitual. *Maestro del Juego, ¿veo algo?*

A pesar de mi intento medio en broma, no pude encontrar ninguna pista útil. Mi madre, adicta al trabajo, podría considerarse la quintaesencia del ama de casa por su escasa tolerancia a la suciedad. Mi familia había estado holgazaneando en el salón hoy temprano, pero ella ya lo había barrido para limpiarlo de cualquier resto de polvo o suciedad que pudiera haberme servido para rastrear las huellas de Elisa.

Por cierto, si alguien intenta entrar en casa sin quitarse el barro de los zapatos, mi madre lo hace pedazos. Aunque esta práctica se

adaptaba bien a mi sensibilidad japonesa, era un terrible obstáculo para mi razonamiento deductivo.

—Creo que se ha ido por ahí, —dijo la candidata a exploradora de mi grupo ideal. Hoy, la pequeña cazadora estaba encaramada a mis hombros.

—¿Lo puedes notar?

—Pues claro. Comparados con las bestias del bosque, los mensch bien podrían estar cantando cuando intentan esconderse.

La dramática analogía de Margit no me provocó ninguna ira después de haberla visto sacrificar gansos durante años en nuestros juegos infantiles. En mi juventud me habían gustado esas palabras grandilocuentes, de las que luego me cansé, pero sólo ahora me daba cuenta del peso que tenían viniendo de alguien con verdadera habilidad.

—Puede que a Madre Querida le encante mantener su casa limpia, —me explicó mi compañera aracne—, pero ni siquiera ella puede superar las interminables motas de polvo que entran. Creo que Elisa salió por la puerta de la cocina.

Me llamó la atención que Margit utilizara la expresión «Madre Querida» para referirse a mi propia madre, pero decidí dejarlo pasar. *Hubiera jurado que el idioma imperial tenía dos palabras completamente distintas para referirse a las madres y suegras de otras personas.*

—Oh, —me di cuenta en voz alta—, al principio pensábamos ir solo nosotros dos. Quizá por eso se enfadó.

—Vaya, ¿en serio? —dijo Margit—. Si me lo hubieras dicho, me habría encantado volver más tarde.

—No quería obligarte a hacerlo.

—No estoy tan desamparada como para no encontrar una forma de pasar el tiempo mientras espero a que tu princesita se quede sin energía y se eche una siesta, ¿sabes? —dijo riendo. Realmente deseaba que no se riera en mi oído de esa manera, porque cada vez

que lo hacía, el cosquilleo en mi columna vertebral se negaba a desaparecer—. Aun así, tu hermana está *tan* enamorada de ti.

—Sí, recuerdas el incidente del año pasado, ¿verdad? —Margit reconoció de inmediato el repugnante suceso al que me refería y me envió escalofríos por todo el cuerpo con otra risita.

—Ciertamente te hiciste un nombre, Sir Espadachín.

—Por favor, para... Es tan vergonzoso, —gemí. El enorme alboroto que mi venerable padre causó en el festival de otoño del año pasado le enseñó a mi querida hermanita una lección totalmente equivocada—. De todos modos, desde que obtuvo la perla en el *incidente*, ha empezado a pensar que estar conmigo le traerá algún tipo de espectáculo.

Puede que Elisa no haya tenido nunca la oportunidad de sostener una gema de esa calidad sin mi interferencia, pero su comprensión de que mi presencia equivalía a que ocurrieran cosas buenas era problemática. Prácticamente se pegaba a mi espalda cada vez que salíamos a jugar y luchaba incesantemente por conseguir pasar tiempo a solas conmigo.

Una vez habíamos estado jugando a fingir (no a los aventureros de mentira con nuestros hermanos, por supuesto. Yo la cuidaba a ella y a algunos de los niños más pequeños del vecindario) y había interpretado el papel de un mago, sólo para que Elisa actuara como... mi familiar. Había aprovechado la oportunidad de interpretar un papel que cualquier otro niño odiaría; quizá mi hermana era adecuada para papeles especializados.

Del mismo modo, en mi vida anterior había habido algunas ocasiones en las que yo interpretaba el papel de un héroe clásico y veía cómo todas las caras de mi mesa se retorcían de confusión. Teniendo en cuenta que mi estilo de juego consistía en evitar agresivamente las historias convencionales, tal vez este tipo de cosas corrieran por nuestras venas.

—Tee jee, —rió Margit—, si eso es lo que quieres creer.

—Eso suena terriblemente siniestro...

—Debe de ser tu imaginación, —dijo, sin dejar de reírse. Salí por la puerta de atrás mientras soportaba un aluvión de risas que me producían escalofríos y utilicé mi habilidad de Acecho de nivel III para inspeccionar la zona. La hierba recortada aún crecía en el camino que salía de nuestra cocina, y los pisotones sin freno de un niño dejaban claras huellas a mi vista.

No esperaba menos: Elisa no pensaba en que la siguieran cuando caminaba, y era fácil ver sus huellas en la tierra así de blanda. Aunque tuve que concentrarme para detectarlas, cualquiera podría seguir una pista como ésta con unos conocimientos mínimos.

—Hmm, —reflexionó Margit—, ha pasado bastante tiempo desde que estuvo aquí.

—¿Lo sabes sólo con mirar? —Sin embargo, mis habilidades palidecían en comparación con las de un profesional. Mejor no haberlo intentado.

—Si conozco la altura y el peso de la presa, puedo hacer una estimación aproximada comprobando el estado del suelo.

Margit saltó de mi hombro y, de alguna manera, no dejó ninguna huella al correr hacia las marcas. Al fijarme mejor, me di cuenta de que a su poco peso se sumaba el hecho de que las huellas de cada paso quedaban tapadas por la pierna que la seguía. Dejé escapar un suspiro de asombro ante su hazaña de dominio multipiernas.

—Mi madre es mucho más impresionante. Una huella en el suelo le basta para discernir la especie de una bestia, por supuesto, pero también su sexo, edad, peso y sabor.

—...Eso es terrorífico, —remarqué. *Hmm, escogí Acecho para un escenario urbano, pero siento que mi compra fue en vano...* Si Margit podía averiguar toda esta información con sólo invocar su habilidad de rastreo de bestias, ¿había alguna necesidad de que yo siguiera asignando experiencia a este tipo de cosas? Después de todo, una de las reglas fundamentales de la composición de un grupo es mantener los roles bien diferenciados.

Perseguí a mi escurridiza compañera cuando se detuvo bruscamente. Justo cuando nos alejamos de la vista de mi casa, el sendero que podía ver desapareció. La hierba florecía a ambos lados del sendero, y la vegetación estaba demasiado ocupada cantando las alabanzas de la primavera como para ofrecer pistas útiles. Esto estaba en el reino donde un Maestro del Juego rechazaría chequeos de percepción a menos que el grupo tuviera un argumento particularmente convincente.

—Supongo que se fue a jugar al bosque, —dije. Ah rayos, le dije que no se alejara demasiado de la casa. Debía de estar muy enfadada porque...

—Dame un momento, —me interrumpió Margit con sobriedad, con los ojos fijos en un discreto parche de plantas. El sonido de los dados rodando en su cerebro resonó a mi alrededor. Como si buscara una presa invisible, la joven exploradora tocó la hierba y empezó a murmurar para sí misma con convicción—. Dos piernas, y esta zancada... ¿Un mensch? Demasiado perfectamente espaciado para ser anciano, y... está entrenado en combate.

—¿Margit?

Mi compañera empujó un solo dedo hacia mí sin levantar la vista: la señal de mano de «Silencio» que utilizábamos en nuestras expediciones de caza. Ella me había enseñado un montón de ellos, diciendo que esta comunicación silenciosa era estándar entre los cazadores, pero para ella que lo usara aquí significaba que su cerebro había cambiado de marcha a modo caza.

—Ligeramente vestido para un mensch... pero mucho más pesado por allí... —Todavía cerca del suelo tras ponerse en pie, la experta cazadora masticó la información que mis ojos no percibieron. Después de pensarlo un poco, sus ojos se abrieron de par en par y se volvió hacia mí con una voz temblorosa que no había oído en mi vida—. ¿Qué-Qué debemos hacer?

—¿Qué-qué pasa? —pregunté nervioso.

—¡Oh, Erich! Esto es malo, ¡muy malo! ¡Oh, no!

Nunca había oído a Margit reducida a una niña asustada. Me arrodillé a la altura de sus ojos y ella saltó sobre mí. Su casi indestructible dialecto palaciego se desmoronó y balbuceó sus palabras como una plebeya.

—¿Qué...? No, esto no puede estar pasando... No puede...

—Cálmate, cálmate. ¿Qué ha pasado, Margit? Si no me lo cuentas, no lo sabré, —le dije dándole una palmada en la espalda. Las manos que me rodeaban apretaron de pronto camisa y carne por igual, y sus dedos temblorosos delataron un terror que iba más allá incluso de sus palabras de pánico. Verla convertida en una niña asustada me resultaba impensable; ni siquiera podía imaginarla actuando así antes de conocernos. *¿Qué demonios podría haber...?*

—¡Creo que han secuestrado a Elisa!

—...¿Qué?

Mi amiga de la infancia, que ahora no era más que un manojo de nervios, que tenía ante mí había vertido nitrógeno líquido en cada rincón de mi cráneo, congelando instantáneamente mi mente. Su proclamación había sido tan extravagante que casi la tomé a broma, pero las pruebas estaban en mi contra: La había visto demostrar su pericia una y otra vez.

Además, por su murmullo deduje que había visto rastros de un tercero. Un hombre joven había dejado huellas cerca, y las de Elisa habían desaparecido. Si el peso del hombre había cambiado de repente, sólo se me ocurrían dos posibilidades.

La primera era la cálida y esponjosa idea de que un hombre preocupado recogiera a una niña perdida para llevarla de vuelta con su familia. Sin embargo, la proximidad de nuestra casa eliminaba por completo esa posibilidad. Por muy joven que fuera Elisa, no se perdería en un camino recto desde casa.

La segunda hipótesis, más probable, era que un hombre hubiera recogido a Elisa y se la hubiera llevado. Su objetivo era obvio: al fin y al cabo, nuestra princesita era la niña más linda del mundo.

—Oh, Erich, ¿qué hacemos? Erich... —dijo Margit muy alterada.

—Margit, —respondí con firmeza, despegándola de los hombros. La miré a los ojos llorosos y vi dos gemas de color avellana que despertaron mis instintos protectores en ausencia de su sublime ternura habitual... pero ahora no era el momento—. ¿Puedes encontrarla?

—Qué, pero, deberíamos encontrar a un adulto... —tartamudeó.

—Están demasiado borrachos para ayudar, —insistí.

En cualquier otro día, el plan de Margit habría sido correcto, pero hoy era la fiesta de la primavera. Había estado esperando en casa a que Elisa se despertara, pero todos los demás se habían ido de fiesta. Tanto si estaban mirando escaparates como divirtiéndose en la plaza, sabía por experiencia que todo el mundo estaría borracho. La Guardia de Konigstuhl advirtió oficialmente a los ciudadanos de que no se excedieran, pero yo sólo podía esperar que un puñado de personas fueran funcionales.

Por supuesto, si me dirigía directamente a Sir Lambert, no dejaría de considerar mi informe como un cuento de niños, así que la idea tenía cierto mérito. Pero salvo las caravanas invitadas por el propio señor de la tierra, las horas a las que partía cada mercader eran impredecibles. Mientras algunos se quedaban a pasar la noche para abastecerse de frutas de primavera, otros hacían las maletas en cuanto disminuía el ajetreo del mediodía; un secuestrador no tenía motivos para quedarse en la escena de su crimen.

—Se está haciendo tarde, —explico—. Nadie sospecharía nada si una o dos caravanas cerraran el negocio y se marcharan. Y si escapan, no volveremos a ver a Elisa.

Sabía muy bien que dos niños persiguiendo a delincuentes era una tontería. Aunque a Margit sólo le faltaba un año para ser adulta y mi cuerpo crecía rápidamente, estábamos lejos de desarrollarnos del todo.

Por mucho entrenamiento que yo hubiera soportado, aún no tenía el elemento más crítico en combate: la experiencia. Podía mantenerme a la altura de la monstruosa fuerza de Sir Lambert mientras luchábamos, pero francamente, no estaba del todo seguro de poder soportar que me apuntaran con un arma real con intención de matarme.

Sin embargo, estaba seguro de que la situación nos obligaba a actuar. Cabía la posibilidad de que el culpable quisiera tomarse su tiempo para marcharse, e incluso cabía la posibilidad de que se quedara hasta la puesta de sol para capturar a tantos niños como pudiera. Todos los adultos borrachos supondrían que uno o dos niños desaparecidos acababan de irse a casa, y sólo se darían cuenta de la desaparición a la mañana siguiente; tal vez los días de fiesta fueran la época de cosecha para la escoria villana.

Sin embargo, era igualmente probable que su *modus operandi* consistiera en arrancar sólo uno o dos niños a la vez de cada cantón para pasar desapercibidos. ¿O que tuvieran una segunda fuente de ingresos y éste fuera su proyecto secundario?

Teníamos que suponer lo peor para cada detalle. Además, dicen que una versión beta chapucera es mejor que una obra maestra que nadie ve, y situaciones como ésta dependen de dar el primer paso correctamente. Los dos encontraríamos a Elisa y luego volveríamos corriendo a reunir a tantos adultos sobrios como pudiéramos. Eso era todo lo que mi patética mente podía reunir.

—Por favor, Margit, te lo ruego, —supliqué desde el fondo de mi corazón, empujando mi frente contra la suya. Poner a Margit en peligro me pesaba mucho, pero no podía hacerlo solo. Aunque invirtiera todos mis ahorros en habilidades de rastreo, mi compleción no estaba ni cerca de igualarla—. Ayúdame. Por Elisa... por *mí*.

—¿Por... ti? —preguntó.

—Sí, por favor. No quiero perderla, pero sé que no puedo hacerlo solo. Puede que eso me convierta en un hermano fracasado, ¡pero aún así quiero salvar a Elisa!

Qué bendito sería si todo esto fuera un malentendido. Si Elisa se hubiera enfadado tanto como para pedirle al amable desconocido que la llevara a la plaza del pueblo, todo esto se reduciría a un episodio embarazoso del que mis amigos y mi familia se burlarían durante años.

Pero la terrible premonición de mis entrañas me decía lo contrario. Yo no era un hombre con suerte. Salí del vientre materno atormentado por la falta de una estadística, y un análisis estadístico de las tiradas de dados de toda mi vida seguramente pasaría directamente del humor morboso al reino de las lágrimas. Los valores esperados eran la encarnación de la fortuna, y una vez hice que mi grupo fuera eliminado al sacar cinco ojos de serpiente en una sola sesión.

Lo peor era que mis alegres tiradas para chequeos que no podía fallar siempre arrojaban números asquerosamente altos. Tanto si sacaba 2D6 como 1D10, todos y cada uno de los trozos de plástico jugaban conmigo. Por eso me alejé de mi estadística SUE y de los dioses de los dados en favor de valores fijos.

Como resultado, me convencí de una cosa: perdería a alguien querido si ahora me volvía complaciente. Si no tenía ninguna posibilidad de salvarla, tal vez *podría* dejarlo después de llorar, maldecir y gritar al destino hasta vomitar sangre. Sin embargo, si me quedaba la más mínima esperanza de poder hacer algo, nunca podría perdonarme la inacción. *¿Quién fue el que dijo que el contenido del infierno se encuentra dentro del cráneo de un hombre superficial?*

—De acuerdo, —dijo Margit tras una larga pausa—. ¡Sí, muy bien! —Se sorbió la nariz goteante, se enjugó los ojos llorosos y frunció los labios—. Los perseguiré por ti. Seguir a un mensch es poco más que un juego de niños.

La aracne inclinó la cabeza y acercó aún más nuestros rostros tocándose. Frotó su nariz contra la mía y compartimos el mismo aire en nuestras respiraciones. Con nuestros globos oculares casi rozándose, sus gemas ámbar me tenían embelesado. Tal vez debido a las sombras que proyectábamos el uno sobre el otro, los ojos a mi vista abandonaron su color habitual por un rico brillo dorado.

—Pero te pediré que me devuelvas el favor... ¿Entiendes?



—Haré lo que sea, —respondí rápidamente—. Lo juro por la Diosa. —Decir esto en una tierra donde los dioses eran observablemente reales era nada menos que firmar un cheque en blanco. Ella podía exigir mi vida y yo debía obedecer en silencio.

No me lo tomaba a la ligera porque esperaba que no me pidiera nada irrazonable. Todo lo contrario: al fin y al cabo, se trataba de *Margit*. ¿Yo, subestimando a la fuente inagotable de intimidación, sudores fríos y escalofríos medio agradables, medio aterradores conocida como Margit? Por favor, yo no era el tipo de tonto que mete la cabeza en la boca de un tigre dormido.

Mi determinación no era tan endeble como para arrepentirme de esta decisión. No tenía reparos en que me ordenaran hacer algo ridículo... siempre y cuando Elisa llegara a casa sana y salva.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, escapándosele su habitual sonrisa como queriendo decir que no había más posibilidades de retroceder más allá de este punto. Por otro lado, eso significaba que aún tenía la oportunidad de volver atrás ahora.

Sin embargo, ¿qué clase de familia sería si retrocediera? Margit era mucho más temible que los demonios del infierno o los caprichos de los dados, pero no me echaría atrás. En el peor de los casos, hoy podría acabar en un combate a vida o muerte con espadas; no podía vacilar en algo así.

—Estoy seguro, —dije con seguridad—. Odio las mentiras, y haré todo lo que esté en mi mano para no convertirme en un mentiroso.

Se acercaba la hora de los dados. No importaba cómo cayeran, una tirada era la única forma de avanzar. La vida sería tan serena si todo fueran escenas de corte, pero como amante de los altibajos épicos que sólo los caprichos de dos poliedros tambaleantes podían producir, estaba dispuesto a aceptar mi destino.

—¡Espléndido! Acepto humildemente el pago de un favor. Encontrarla no me llevará nada de tiempo. —La comisura de los labios de Margit se estiró hacia arriba en su familiar sonrisa. La

cazadora aracne enseñó sus largos colmillos y se giró en busca de su objetivo.

Ahora echemos un vistazo a la bandeja de dados.

[Consejos] Atrapar a los criminales que cruzan las fronteras regionales es un ejercicio inútil. Sin fotografías ni teléfonos, la información es demasiado genérica para encontrar a un individuo determinado. Esta dificultad es válida tanto para buscar a los culpables como a las víctimas.

Con muy pocas excepciones, todas las personas se han creído especiales en algún momento. Ya sea por un egoísmo infantil o por el coraje de alguien que quiere demostrar su valía, este fenómeno está muy presente en el corazón de todos los mortales.

Uno de estos especímenes se encontraba tumbado en la cama de una diligencia aparcada entre las caravanas del camping. El hombre tenía unos veinte años y una complexión mediana: no era ni especialmente alto ni especialmente bajo, y se movía entre la delgadez y la gordura.

Sus rasgos más llamativos eran su cabello negro engominado y sus ojos oscuros, hundidos y caídos. Tenía a su lado un largo bastón adornado con innumerables gemas y ornamentos, y su túnica estaba bordada con una biblioteca de conjuros. El penetrante aroma a hierbas que se aferraba a él marcaba el toque final para dejar innegablemente claro que era un mago.

Dejando a un lado la rareza de los magos mensch, el hombre no era nada especial. Sólo lideraba una pequeña caravana de unas diez personas; se podían encontrar magos desarrapados vagando por todos los rincones del Imperio. Era habitual ver a investigadores mágicos conseguir subvenciones preguntando por el reino, y muchos iniciaban caravanas no como negocio, sino como medio más eficaz de financiar sus propios proyectos.

Una vez, él *había* sido especial: había nacido con recuerdos de una vida anterior. No nos detendremos en los entresijos de su pasado. Hacía tiempo que se había derramado esa leche, y el propio hombre había olvidado en gran medida los detalles de su propio origen. Basta decir que el reencarnado había experimentado un encuentro fortuito con algún ser superior que le ofreció una única bendición en su camino hacia este nuevo mundo.

—Si es un mundo con magia, quiero talento para ello.

La deidad sonrió, perdonó al hombre por interrumpir su explicación y le concedió el talento que tanto deseaba. Los pequeños actos de insolencia le importaban poco al dios, y hacía tiempo que se había acostumbrado a la codicia descarada de las almas mundanas. Teniendo en cuenta que algunos ansiaban un poder que rivalizaría con el de los dioses de la creación, la pequeña petición del hombre sólo evocó una tierna sonrisa.

Así, el hombre se convirtió en un niño con el ego intacto y talento para la hechicería. La historia que siguió apenas merece ser contada. Siguió adelante a las mil maravillas durante un tiempo, hasta que chocó contra un muro y el éxito de forzar las cosas con talento bruto dejó de parecer un resultado predestinado.

A los diez años era un prodigio; a los quince, un genio; a los veinte, un hombre normal: el viejo adagio que había oído en sus años escolares, hacía ya toda una vida, era cierto. Sus amigos y su familia lo presentaban como un genio, y él se hizo famoso con la ayuda del brujo local de su cantón.

El chico era capaz de encender el fuego sin necesidad de tutelaje, su habilidad para elaborar medicinas superaba con creces la de cualquier niño, e incluso había empezado a experimentar con la magia de curvatura espacial que la mayoría consideraba un arte perdido. Era la viva imagen de la brillantez.

Si se hubiera conformado con ser el mago local de su cantón, quizá su vida habría sido diferente. Rodeado del amor de su mentor y de muchos amigos de toda la vida, podría haber construido un mundo feliz en el que todos confiaran en él.

Sin embargo, el joven se resistía poco a la embriaguez del prestigio. Elogiado y alabado, el joven buscó una nueva fuente de elogios y dejó atrás su pueblo para servir al magistrado local.

Con una carta de recomendación del jefe de la aldea, el joven de quince años consiguió un puesto como consejero mágico del magistrado y recibió generosamente una casa en una ciudad de tamaño medio. Su ilimitado suministro de maná le permitía sacar el máximo partido —o abusar— de su dominio de las artes arcanas olvidadas, y su empleador lo apreciaba por sus servicios.

Si se hubiera detenido aquí, era muy probable que hubiera sido bendecido con un lento pero constante flujo de alegría. Mientras trabajaba para el magistrado, podría haber abierto una pequeña tienda de baratijas encantadas y vivir días plenos. Respetado por su tutor y sus compañeros y, afortunadamente, de alto estatus, no habría tenido problemas para encontrar una chica con la que compartir su vida, todo ello mientras disfrutaba de lujos fuera del alcance de cualquier plebeyo. Aunque totalmente diferente del futuro no realizado en su ciudad natal, ésta también era una posibilidad rica en felicidad terrenal.

Sin embargo, la abstinencia exigía saciar su adicción. Regodeándose en el placer del mérito y en su posición social como funcionario público, empezó a ahogarse en un nebuloso mar de gloria.

El cargo de consejero le exigía poco, y en su tiempo libre se topó con alguien conocido como *magus*. Los *magus* eran totalmente distintos de los magos normales y de los magos de seto, pero su vida en el campo no le había dado la oportunidad de conocer a ningún estudiante del Colegio Imperial de Magia.

La investigación reveló que «*magus*» era un título reservado a aquellos que habían sido considerados dignos por el Colegio de Magia de la capital imperial. Es más, a los admitidos como profesores se les conferían títulos nobiliarios, recibían un laboratorio oficial y tenían licencia para vender los frutos de su trabajo en todo tipo de oficios diferentes. Además, el Estado concedía a cada *magus* un estipendio para promover la investigación, y algunos incluso llegaban

a convertirse en burócratas que influían en la política nacional. Los magus estaban por encima del típico mago.

¿Cómo podía el hombre, con su sed infantil de influencia, esperar resistirse? Su paciencia no duró más que un puñado de días: saber que había algo superior rebajaba su posición actual hasta un punto insoportable.

Tras un año bajo el magistrado, dimitió repentinamente, vendió todos sus enseres domésticos y se dirigió a la capital. Habiendo visto ya los poderes poco impresionantes de un magus, pensó que el título sería suyo con facilidad.

Mientras hacía *autostop* con una caravana en su viaje a la capital, conoció a otro magus. Para gratificar su orgullo infantil, el hombre empezó a fanfarronear como un borracho temerario.

El hombre demostró sus habilidades y empezó a hablar de sí mismo lo mejor que pudo para asegurarse una rápida recomendación. Hasta ahora, el fanfarrón había acallado a los detractores con su innegable talento y se encontraba como blanco de nada más que admiración. Sin conocer el fracaso, estaba seguro de que el magus se postraría ante él (dicho esto, aunque inclinarse formaba parte de la cultura rhiniana, postrarse de rodillas no lo era) y reconocería su asombroso poder. Pero una ocurrencia inesperada lo dejó totalmente confundido.

—Vaya. ¿Y? ¿Por qué es tan derrochador este hechizo?

El timbre descarnado y desinteresado de la voz del magus y la naturaleza incomprensible de sus palabras se unieron y atravesaron al hombre. Para alguien que había utilizado la magia toda su vida por pura intuición, la pregunta que se le presentaba era indescifrable.

Ni el ensamblaje de las ecuaciones casi matemáticas que le permitían a uno inmiscuirse en la física, ni la secuencia lógica de acciones para doblar los fenómenos naturales a su voluntad, ni siquiera la idea general de la teoría mágica le eran conocidas. La pregunta... no, el *interrogatorio* dejó al hombre totalmente perplejo.

Su carácter pródigo nunca le había dado la oportunidad de pensar. Para él, la magia era algo que *ocurría*. Lo divino le había dotado de un talento intuitivo que le permitía prescindir de las molestas reflexiones que solían ser necesarias.

Tras un análisis más detallado, el ser superior había tomado una decisión perfectamente racional. Para dotar a un novato de una habilidad inimaginable, era mucho más sencillo darle un botón mágico que hiciera una cosa que intentar meterle todo tipo de teorías en el cerebro. El dios sabía muy bien que incluso la tecnología más impresionante carecía de valor en manos de alguien que no tuviera los conocimientos necesarios para utilizarla.

Ya se tratara de un hechizo o de una magia sencilla, toda magia obedecía a ciertos principios metafísicos y, por tanto, estaba ligada y regida por la razón. La razón, alcanzable sólo mediante el estudio diligente, era inherentemente antitética al conveniente talento que el hombre había deseado. Pero con los seres superiores venía la autoridad superior, y las reglas del mundo se habían torcido. El hombre ya no necesitaba saber para que el mundo pensara que sabía, y esta bendición potencialmente salvadora del mundo le había permitido utilizar la magia hasta ese momento.

Como mago local del pueblo, eso era más que suficiente. Sin embargo, el Colegio era mucho más que una colección de simples magos. Era una institución de aprendizaje, de investigación. Los experimentos que llevaban a cabo los mejores —es decir, los profesores— no eran un mero espectáculo. Su investigación era la razón misma por la que estaban allí.

El estudio es el proceso de alimentar el intelecto puliendo, refinando y filtrando el pensamiento profundo una y otra vez hasta que todo lo que queda es la verdad concentrada. La reluciente gema de la sabiduría no tenía margen para la mancha que suponía un hombre que «sólo lo hacía un poco». Para el Colegio, que pulía cuidadosamente este tipo de arañazos para que no existieran, la magia de ese hombre no era más que una enorme astilla en su hermoso diamante que nunca aceptarían.

Sintiéndose completamente insultado después de que el magus le dijera solo eso, el hombre marchó furioso al Colegio, donde rápidamente le echaron de la misma manera: con desinterés y desprecio. Al ver su pasión, algunos magus le habían escrito cartas de presentación para que conociera la realidad y, a decir verdad, el hombre debería haber agradecido que le concedieran una entrevista. Su arrogancia era motivo suficiente para rechazarle en la puerta.

Para un alma sagaz, la ignorancia y el fracaso no son sino los primeros pasos hacia el crecimiento y el éxito. Aprender de la derrota y buscar nuevos caminos fue exactamente lo que llevó a la civilización a extenderse por todo el planeta.

Si el hombre hubiera empezado a estudiar aquí las raíces lógicas de la magia, su historia seguramente habría sido muy distinta de su conclusión final. Con su talento natural y su energía mágica ilimitada, el Colegio lo habría aceptado como estudiante sin reservas. Si se hubiera dedicado al verdadero aprendizaje, no sería exagerado decir que podría haber dejado su huella en la historia.

Sin embargo, se derrumbó. Que lo único en lo que había puesto todo su empeño fuera tachado de inútil fue lo suficientemente desgarrador como para quebrar su frágil espíritu. No hay nada más débil que la fuerza sin fundamento; los hechizos que no había empleado esfuerzo ni trabajo en utilizar eran demasiado frágiles para servir de eje a un hombre que había dedicado su identidad a lanzarlos.

Como usuario de la magia, seguía estando dentro del escalón superior, incluso a escala global. Sin embargo, sus aptitudes como investigador o humano eran rudimentarias en el mejor de los casos. Los magus nunca se amilanaban en su perpetua búsqueda por cambiar el estudio de la propia magia con sus propias manos. La pasión de este hombre se vio irremediabilmente superada: no tenía la voluntad de vivir su vida como los torrentes de un río rápido.

Esta derrota crucial marcó el comienzo de su caída. No pudo volver a la magistratura tras abandonar su puesto al año de ejercer. Para bien o para mal, la sociedad valoraba la lealtad feudal, y un hombre demasiado enamorado de su propio poder como para pensar en las consecuencias de sus actos no tenía cabida a las puertas de la

magistratura. Un criado fiel era mucho más deseable que un genio altivo, y una merma en la habilidad era un pequeño precio a pagar por la dedicación.

¿Y qué hay de mi ciudad natal? Pero, ay, la bienvenida allí fue igual de fría, debido a su ingratitud al partir hacia la ciudad. Un cliente maleducado nunca es bienvenido, y las miradas de su mentor y sus compañeros de infancia expresaron elocuentemente su desagrado por su regreso. Dio la espalda al cantón por segunda vez, huyendo de sus miradas.

Con tendencia a los delirios convenientes, el hombre pensó en las muchachas que siempre le amarían, pero las ensoñaciones y la realidad no convergían aquí. Ninguna le perdonó que mancillara sus años de juventud dejándolas atrás en busca de mayor gloria. Atraer la ira de las mujeres influyentes es una forma segura de perder tu lugar en cualquier comunidad, independientemente de cualquier otro rasgo, como descubrió el hombre.

La arrogancia le había despojado de su título y de su hogar, y no tardó en tocar fondo. Engatusado y aprovechado, el hombre utilizó su magia para tomar siempre el camino más fácil. Perder su puesto en un lugar le envió a otro, y luego a otro, hasta que el mago errante no tuvo más remedio que vagar por tierras donde nadie le conocía.

Los subordinados que le rodeaban no eran más que sanguijuelas que querían aprovecharse de sus poderes. Su miserable compañía arrastró su mente por el fango, y ahora se encontraba rescatando y vendiendo niños en nombre del lucro.

El brillante rostro de un protagonista que una vez conoció no aparecía por ninguna parte. Con esfuerzo, podría haber sido un héroe, pero todo lo que le quedaba era una cáscara vacía.

—¡Eh, jefe, jefe!

—¿Qué?

Mientras contemplaba el cielo azul y reprimía el incesante e indescriptible dolor que sentía en el pecho, la llamada de uno de sus lacayos hizo que el hombre se removiera. El matón era uno de sus dos

ayudantes. Uno había falsificado documentos como escribiente oficial y ahora vendía registros familiares con pizarras en blanco. El que le precedía, sin embargo, había formado parte de los bajos fondos desde el principio, y había desempeñado un papel importante en la caída en desgracia del mago.

Con una sonrisa repugnante, el lacayo le hizo señas a su jefe para que se acercara. El mago ignoró la insolencia del gesto y se levantó: sabía que había algo de lo que no podían hablar abiertamente.

Siguió al matón hasta una abertura entre los árboles y encontró un saco. La bolsa de arpillera era habitual entre los mercaderes que transportaban sus mercancías, pero el secretismo deliberado daba a entender que contenía un tipo de producto muy diferente.

—¿Cómo está la mercancía? —preguntó el mago.

—Un maravilloso lote de trigo, —respondió el lacayo—. Textura fina, coloración de primera, y estoy seguro de que haría un pan blanco digno de un noble.

El jefe soltó un silbido impresionado. El trigo era el código en esta línea de trabajo para los secuestrados que iban a ser vendidos. La textura denotaba calidad, el color raza y el tipo de pan representaba al comprador previsto. Descifrado, el enunciado significaba que su presa era una niña mensch de buen aspecto que alcanzaría un buen precio tanto si era rescatada como vendida. El mago abrió la bolsa para echar un vistazo y, tras un momento, se tapó la boca.

—¿De dónde demonios has sacado a esta niña? —preguntó.

—¿Eh? —dijo el matón, perplejo.

Si juzgara a la niña sólo por su sedoso cabello dorado y su piel blanca e impecable, podría entender que alguien pensara que era una noble. Los niños de las granjas pasaban la mayor parte de su juventud al aire libre, y sus tareas domésticas hacían que incluso los más pequeños tuvieran marcas distintivas en las manos y las rodillas. La muchacha no tenía tales manchas, pero su vestido era algo que se podía comprar fácilmente en la ciudad, y desentonaba con el resto de su aspecto. A pesar de lo corto que había sido su tiempo bajo el

magistrado, un año había sido suficiente para que el hombre probara la moda noble. Ninguna hija de noble respetable se adornaría con algo de tan mediocre calidad.

Sin embargo, eso no era lo importante para el hombre. Había visto muchas veces en muchos cantones a idiotas cegatos vaciar sus escasos bolsillos para vestir a su hija para un festival. Más bien, el mago veía valor en la propia niña.

—Como quieras, —dijo secamente—. ¿Cuándo podemos irnos?

—¿Eh? —volvió a decir el lacayo—. Eh, bueno, no es una ciudad tan grande, así que podemos salir al atardecer al...

—Bien, prepárense para salir al atardecer.

—¡¿Qué?! O-Oye, vamos, ¡es un festival! ¿No podemos al menos ir a por algo de bebida gratis? —La verdad era que el matón había subestimado al mago. Ya había conseguido dirigir con facilidad la mente de su jefe antes, y como había sido él quien le había enseñado los fundamentos de los «negocios», el delincuente profesional había confiado demasiado en su capacidad para salirse con la suya.

Dios los cría y el diablo los junta y las manzanas podridas arruinan el grupo. El lacayo estaba tan perdido como el mago caído... pero habría hecho bien en recordar esto: el hombre que tenía delante podía vaporizar un cantón entero con su magia, si así lo deseaba.

—Dime, —espetó el mago—. ¿Desde cuándo te permito que me pongas la mano en el hombro?

—¡Eek! —chilló el lacayo cuando su amo lo fulminó con la mirada desde abajo.

La ira de que le replicaran hizo temblar el maná del mago, y sus ojos amargos brillaron dorados al compás del pulso. Su pelo se retorció como un ser vivo, y los efectos de su ira se filtraron para azotar el viento en un aullido furioso. Este despliegue de poder no le serviría de nada, pero fue suficiente para intimidar a su insolente seguidor.

—¿Entendido? —se mofó.

—¡Sí! Ahora mismo me pongo a ello.

De hecho, fue más que suficiente. Las piernas del matón habían cedido, pero se alejó cojeando para seguir sus órdenes, y el mago se quedó con la chica embolsada.

Levantó la bolsa con el tipo de sonrisa brillante que a menudo se le había colado en la cara cuando era joven e inocente, aunque su sonrisa era cualquier cosa menos eso: su dedicación de corazón puro a la impureza en los últimos años sólo dejaba una falsificación superficial y dorada.

—Si vendo esto, tengo una oportunidad. Puedo ser algo más que un viejo y cansado propietario de caravanas. Mucho más...

Una hoja rota aún puede atravesar su presa. El hombre vio alguna esperanza, alguna meta que perseguir, para su mente rota, igual que había hecho antes. El recuerdo de sus honores olvidados se aferraba a él.

Por desgracia, había pasado por alto una simple verdad: una hoja deformada sólo deja cortes deformados. Una vez rota, ninguna espada puede recuperar su forma anterior.

[Consejos] Incluso los maravillosos despliegues de magia están dictados por las inquebrantables leyes de la naturaleza.

Mi amiga de la infancia es realmente increíble. Ningún aplauso le haría justicia. Había pasado bastante tiempo desde que empezamos a buscar a Elisa y el sol había empezado a ocultarse. Sospechaba que los festejos estaban llegando a su punto álgido en la plaza del pueblo. Prácticamente podía oír crujir suavemente la atmósfera de orden cívico a medida que se acercaba su programado colapso en anarquía, el alcohol a raudales suavizaba los rígidos lazos del feudalismo mientras esponjaba los cerebros de todos.

La energía de la música jovial se fue apagando a medida que nos adentrábamos en el bosque. Si hubiera vagado solo por el bosque, habría tardado mucho más en encontrar este lugar.

Habíamos ido más allá de la espesura hasta un lugar que parecía adecuado para acampar, pero algo inconveniente para una caravana que intentaba hacer negocios en la ciudad. Los trabajadores estaban recogiendo barriles y cajas llenas de provisiones y dando un último trago de agua a sus caballos de carga mientras se preparaban para partir.

La incomodidad del lugar haría pensar que esta desafortunada tripulación había sido intimidada por una caravana más influyente o que había llegado demasiado tarde para encontrar un lugar de acampada razonable. Sin embargo, el tranquilo bosque también era el lugar perfecto para una banda de secuestradores ansiosos por evadir miradas indiscretas.

—Realmente están aquí, —dijo Margit, maravillada a pesar de ser la misma persona que descubrió su paradero. Sus manos se apretaron inconscientemente alrededor del dobladillo de su falda, y las manchas húmedas de sudor dieron forma a su miedo.

—Claro que están aquí, —dije—. Tú eras quien les seguía la pista.

—...Supongo.

Intenté elogiarla para aliviar la presión, pero la racha de buenas tiradas de dados de Margit claramente no se transfirió a mí, y mi intento de aflojarla cayó de bruces. Su tono estaba vacío de alegría por el éxito de su persecución.

—¿De verdad crees que son secuestradores? —preguntó.

—No estoy seguro. Pero los villanos...

—Nunca lo parecen, —dijo ella, terminando mi frase. La aracne frunció el ceño con más rabia de la que jamás la había visto expresar en nuestra larga historia juntos.

En cualquier caso, aquellos a los que calificábamos como los malos de nuestra sociedad siempre se esforzaban por ocultarlo. Los negocios eran difíciles cuando los demás conocían sus crímenes, y una apariencia de honestidad ayudaba a ocultar sus pecados ocultos. Un villano que aparentaba serlo era menos que de tercera clase: eran aficionados que disfrutaban representando su papel. Los criminales que podían convertir el miedo de los demás en un beneficio eran una raza especial, y los hombres que se ocupaban de cargas aparentemente normales pertenecían a su rango.

No parecían más que una caravana normal. Los tres carruajes y un puñado de caballos equipados con albardas parecían pertenecer a un respetable grupo de mercaderes, no a una banda de malvados secuestradores. Pero, por supuesto, un verdadero secuestrador nunca llevaría algo tan obvio como una jaula: sólo atraería las sospechas de la patrulla local. Sólo se atrevería un imbécil verdaderamente excepcional, alguien tan tonto como para dejar estupefacto a cualquiera que intentara dar cuenta de ello.

En cuyo caso, la cuestión era cómo podíamos saber que eran más de lo que parecía a simple vista.

—Echa un vistazo a esos dos, —señalé—. El tipo que está ahí de pie, y el que parece que está holgazaneando por ahí.

—Vigías, —confirmó Margit—. Ningún holgazán parecería tan alerta como él.

Aunque a primera vista parecían mercaderes normales, había algunas diferencias sutiles. En primer lugar, no tenían mercenarios ni aventureros para proteger su carga. No todas las caravanas empleaban guardaespaldas, pero las pequeñas compañías de unas diez personas solían emplear al menos a un puñado. Los bandidos preferían atacar a grupos más pequeños para minimizar el riesgo de que un fugitivo pudiera llamar a las autoridades. Además, había menos gente a la que matar. Cualquier jefe de caravana prudente contrataría a un luchador de aspecto rudo para protegerse de los ataques.

En segundo lugar, las armas que llevaban en la cintura eran poco ortodoxas. Aunque mi propia búsqueda para conseguir un arma

estuvo llena de dificultades, cualquiera con los fondos adecuados podía comprar una en el Imperio, e incluso podía llevarla abiertamente fuera de las grandes ciudades. En general, quienes transportaban objetos de valor por la peligrosa campaña contaban con algún tipo de protección.

Aun así, los mercaderes no eran en absoluto guerreros profesionales, por lo que daban prioridad a la facilidad de uso de sus armas. Entre sus armas favoritas se encontraban dagas fáciles de ocultar que no intimidaran a posibles clientes, garrotes que no necesitaran mantenimiento (al fin y al cabo, eran palos con un trozo de metal en el extremo) y machetes útiles para desbrozar.

Sin embargo, algunos de los hombres blandían espadas de armar, de fabricación respetable. A juzgar por la forma en que distribuían su peso y la posición de sus vainas, sus armas no eran sólo un adorno. Aunque estas espadas eran excelentes compañeras, eran demasiado excepcionales para llevarlas en defensa propia, sobre todo si las llevaban varios miembros del mismo grupo de mercaderes. No eran niños atraídos por historias románticas de esgrima. Resultaba difícil imaginar a un mercader viajero que se esforzara en sobrecargarse sin una razón más profunda.

Todo estoapestaba a juego sucio. Las pruebas eran endebles, pero estaba seguro de que Sir Lambert actuaría a favor de mis sospechas. Además...

—Erich, esto es malo, —dijo Margit de repente, bajando silenciosamente del árbol desde el que había estado espiando.

—¿Qué pasa?

—Ya están a punto de partir. Toda la mercancía que les queda está demasiado dañada como para molestarse en cargarla en los carruajes.

—¿Cómo lo sabes?!

—Leí sus labios. Todos los humanos tienen bocas parecidas, así que no es tan difícil.

Aunque me habría gustado sorprenderme de verdad por la despreocupada hazaña de mi compañera, ya me había acostumbrado. Probablemente lo había aprendido de su madre, una ex aventurera.

Estábamos lejos de la plaza del pueblo. En el tiempo que tardaríamos en volver, convencer a los adultos, prepararnos y partir, los hombres de aquí estarían fuera del cantón sin esperanza de determinar qué camino habían tomado. Ni siquiera la pequeña exploradora que tenía a mi lado sería capaz de distinguir un único conjunto de huellas en un camino pavimentado tomado por infinidad de otras caravanas.

Así pues, necesitaba ganar tiempo; no era necesario que ambos pidiéramos ayuda.

—¿Espera, Erich?!

—¡Iré a ganar tiempo, así que tú ve a hablar con Sir Lambert! ¡Eres más rápida que yo!

Los sabios del pasado sin duda sabían de lo que hablaban cuando decían que hay que golpear mientras el hierro está caliente. En general, más es mejor cuando se trata de puntos de acción, así que quería actuar rápido para ahorrar tantos asaltos como fuera posible. *Vamos*, me dije, *¿cuántas veces te has encontrado con un combate en el que la condición de victoria es estancarse? No era para tanto.*

Además, lo que la araña saltarina perdía en resistencia, lo compensaba en velocidad bruta. Margit era una mensajera mucho más adecuada que yo con mis rechonchas piernas de mensch. Ningún grupo dejaría que su cabezota de primera línea, cuyo único talento residía en el garrote, se encargara de los chequeos de percepción; sabía que era mucho más eficiente repartir los papeles en función de nuestras aparentes diferencias de habilidad.

Los dados sólo deben volar cuando tu personaje tiene la oportunidad de brillar. No pretendía lucirme delante de Margit ni nada parecido.

Después de todo, yo no tenía las enormes bonificaciones correctoras de un héroe épico. La bendición del futuro Buda me

permitía moldear mi futuro según mi voluntad, lo que a la inversa significaba que podía acabar no consiguiendo nada. Podía morir como un perro, como las bajas olvidadas enterradas en los recuerdos de incontables sesiones de juego.

Yo no era un héroe: era simplemente un personaje solitario lanzado al mundo. Fuerte o débil, un PJ podía morir en cualquier momento. No importaba lo abundantes que fueran las limosnas o lo espesa que fuera la armadura de la trama, el destino lo determinaban únicamente los dados.

Si es así, si todo sigue en juego... ¿de qué sirve tener una segunda oportunidad si ni siquiera hago lo que hay que hacer?

—...Me siento un poco achispado, —murmuré. Por supuesto, no por la bebida, sino por mi propia pomposidad. Aun así, mientras me preparaba para una conversación que podría llevarme directamente al combate, perdoné mis vergonzosos intentos de exagerar. En comparación con las líneas que había grabado para las repeticiones en el pasado y que me enviaron en busca de un agujero en el que enterrarme, estaba agradecido de haber conseguido mantenerlo todo en mi mente esta vez.

—Ahora llega la hora de los dados.

Me escabullí del follaje donde nos habíamos refugiado y di amplios pasos hacia los carruajes aparcados, exponiendo activamente mi presencia para llamar su atención. Mi última frase había sido genial, pero... *Mis tiradas son siempre tan malas que parece que estoy maldito.*

[Consejos] La frecuencia de ciertas probabilidades puede sesgarse con un número finito de ensayos. De hecho, algunos podrían afirmar que estos sesgos estadísticos son inevitables.

La joven aracne observó con la respiración contenida cómo se alejaba su amigo de la infancia. Margit tenía una buena razón para subirse a un árbol y vigilarlo a pesar de que se le había encomendado

la tarea de entregar un mensaje a los mayores. No le molestaba que un chico más joven le diera órdenes, ni tampoco estaba aterrorizada.

Más bien, al igual que Erich había percibido antes que algo iba mal, ella también tenía la premonición visceral de que algo iba a salir mal. El peligro que percibía no era el mismo que cuando uno está rodeado de enemigos, sino más bien un instinto único de cazador difícil de expresar con palabras. Era la corazonada de que un disparo dentro de los límites de su habilidad fallaría debido a factores imprevistos, y sólo aparecía el instante antes de soltar una flecha.

La intuición de Margit para este tipo de cosas nunca se había equivocado. Una brisa repentina desviaba la flecha de su trayectoria, un depredador inesperado le robaba el blanco o un estornudo inoportuno hacía que su forma se torciera... fuera cual fuera la razón subyacente, a veces una flecha salía disparada por pura desgracia.

En este caso, la flecha era Erich. Con su lengua de plata, Margit no debería haberse preocupado mucho de que consiguiera impedir que los hombres se marcharan. Pudo verle pronunciar las palabras «bebidas» y «fiesta» mientras llamaba a los vigías. La lectura de labios que había practicado con su madre estaba mucho de ser perfecta, pero podía distinguir lo suficiente para adivinar lo que se decía.

Probablemente Erich les estaba invitando a quedarse y disfrutar del vino gratuito que ofrecía el ministerio local. Ofrecer alcohol a los mercaderes al final de un alegre festival era una práctica habitual para animarles a volver en el futuro, así que su atractivo era más que natural.

Es un charlatán, pensó Margit, y se le dibujó una sonrisa en la cara. A este paso, desafiaría sus expectativas y los mantendría ocupados sin problemas. Incluso podrían llegar a la plaza del pueblo por su propio pie.

Pensando que ya no necesitaba su protección, la pequeña arácnida se dispuso a correr a toda velocidad para recuperar el tiempo perdido, pero en ese mismo instante, una visión peligrosa llamó su atención.

Un hombre caminaba tranquilamente hacia su elocuente compañero, como si quisiera unirse a la conversación, con los dedos fríamente envueltos en una daga. Cualquiera otro día, Erich se habría dado cuenta. Había conseguido eludir los ataques sorpresa de la cazadora, que superaban con increíble consistencia los sextos sentidos de las bestias salvajes; detectar a un simple mensch debería haber sido pan comido para él. Al fin y al cabo, la relación entre ambos nunca habría sido tan profunda si él hubiera sido un blanco fácil.

Pero hoy, Erich estaba ansioso, ansioso de que se hubieran llevado a su hermana, de que tuviera que hacer algo al respecto y de que un solo error pudiera costarle un preciado miembro de su familia. Sus sentidos habituales, capaces de detectar a una araña silenciosa empeñada en esconderse, se habían visto anulados por la abrumadora presión, como si le hubiera sorprendido una racha de mala suerte inimaginable.

El ruido fantasmal de dos piedras al caer llenó los oídos de Margit. Ante la torpeza de su compañero, tan poco frecuente, le faltó serenidad para mantener su habitual sonrisa de suficiencia.

El tiempo que Erich había pasado entrenando con Lambert le permitía dejar por los suelos a un matón cualquiera, pero no podía hacer nada contra un ataque que no viera venir. Incluso una frágil daga era más que suficiente para acabar con un mensch blando y frágil.

—¡Erich! —Ahogada, Margit apenas podía respirar. *A este paso, pensó, ¡lo van a matar!*

Sin embargo, la muchacha desarmada estaba demasiado lejos para acortar la considerable distancia, e incluso era dudoso que su voz le llegara a tiempo. *¡Algo, cualquier cosa!* Sus manos arañaron el árbol al que se había aferrado y de repente se hundieron en la corteza.

Margit, presa del pánico, comprobó que, sin darse cuenta, había metido la mano en un hueco de la madera y sintió algo frío en la punta de los dedos. Al sacar la fuente de esa sensación, encontró una moneda erosionada por el paso del tiempo. Grande y gruesa, el peso

del metal llamaba la atención; había sido acuñada con el rostro de una mujer regia que brillaba con un orgulloso dorado a pesar de los años de barro y astillas de madera que la cubrían.

Lo supiera o no, las manos de Margit nunca se habían movido tan rápido como cuando se quitó la cinta que sujetaba su pelo y la enrolló alrededor de la moneda que había cogido en la mano para formar un improvisado cabestrillo. Su madre le había enseñado este truco por si alguna vez se quedaba sin flechas o se le rompía la cuerda del arco durante una larga expedición. En aquel momento, había pensado que seguramente nunca se presentaría una ocasión así, pero las circunstancias actuales demostraban lo contrario.

Lo mismo podía decirse de la moneda. Margit no podía comprender por qué una pieza de oro de aspecto tan caro había estado descansando en el tronco de un árbol, sólo para que ella la encontrara por casualidad en ese preciso momento... pero eso no importaba. La moneda podría haber surgido de la nada, con tal de salvar a Erich. Habría cogido una piedra o una fruta verde y no habría tenido motivos para dudar del trozo de metal que tenía en la mano.

Margit hizo girar la honda sobre su cabeza. Su forma poco manejable resultaba inestable, y la naturaleza improvisada de su arma requería que la moneda y la cinta fueran arrojadas juntas: no habría una segunda oportunidad.

La distancia era de unos cincuenta pasos mensch. Sería un tiro garantizado con su querido arco corto, pero su compañero de fechorías estaba durmiendo la siesta en casa. Margit no tenía otra opción: lanzaría su ataque para salvar la vida de Erich.

Si mi amado está dispuesto a arriesgar su vida, yo me prepararé para morir si fallo.

La aracne no era tan devota como para rezar antes de disparar. Nunca rezaba a las deidades que presidían la caza o la guerra, ni siquiera al amor. Una vez que todo estaba dicho y hecho, su orgullo de cazadora brillaba porque la victoria era algo que se adjudicaba con sus propias manos. La oración sólo llegaba después de que el polvo

se hubiera asentado para agradecer a la divinidad por una cacería pacífica.

Libre tanto de la protección divina como de la mera coincidencia, el proyectil de vida o muerte alzó el vuelo y se estrelló contra su objetivo. La moneda se clavó en el hombro del hombre, que alzó la daga hacia el cuello de Erich, como si hubiera sido guiada hasta allí por un cable invisible.

Incluso desde lejos, el desgarrador grito de dolor del hombre resonó con fuerza en los oídos de Margit. Carne y hueso habían sido aplastados por el impacto, y el brazo derecho que antes empuñaba una daga se retorció ahora en una dirección impensable. El dulce toque de una trayectoria perfectamente concebida mutiló su hombro hasta dejarlo irreconocible.

Dos reacciones diferentes acompañaron al grito. Los matones se quedaron mudos de horror ante el fracaso de su infalible primer golpe. No podía decirse lo mismo del preciado amigo de la infancia de Margit. En cuanto se giró para ver el origen del agónico lamento, se le encendió el interruptor.

Cuando Erich luchaba, siempre tenía un aire diferente, como si algo hubiera cambiado dentro de su cerebro. *Lo que significa... que va a estar bien.* Confiando en que no moriría tan fácilmente, la aracne se alejó corriendo para llevar la victoria a su amado. Lo único que Margit lamentaba era no poder quedarse a luchar a su lado. Por desgracia, un aracne desarmado y sin el elemento sorpresa no serviría de nada en combate.

—¡Nunca te perdonaré si mueres! —gritó frustrada. Con una voluntad inquebrantable, sus pequeñas piernas rasgaron la tierra, avanzando tan rápido como podían.

[Consejos] La moneda de hada es una figura del folclore del cantón de Konigstuhl. La leyenda dice que fue entregada a un hada poderosa para asegurar el bienestar de los niños pequeños, pero nadie sabe dónde está. Sin embargo, los ancianos del lugar

dicen que nunca dejará de aparecer cuando un niño más lo necesite.

Me giré al oír el grito de un hombre y me di cuenta de que había metido la pata. Comerse un ataque furtivo como penitencia por fallar un chequeo de percepción no era nada nuevo, pero este suceso tan común podía acabar con medio grupo o derribar un tanque de un solo golpe, allanando el camino para una muerte prematura.

Rayos, nunca tengo un respiro, ¿verdad? El recuerdo de un grupo de cinco tirando por percepción y el mejor de nosotros obteniendo sólo un cuatro, sólo para girarse hacia mí y gritar «¡Esto es culpa tuya!» pasó ante mis ojos. *Qué escena tan terrible de recordar.*

En cualquier caso, la simpática araña del vecindario a la que yo llamaba compañera me había sacado de un apuro en mis chapuceras negociaciones. Yo creía que hacía tiempo que se había marchado en busca de ayuda, pero sin duda estaba demasiado preocupada por mi arriesgado plan como para dejarme sin supervisión.

Ahora me tocaba a mí entrar en escena. La exploración que daba paso al combate era algo habitual, y todo jugador de rol ha sustituido al menos una vez un control de palabra por la fuerza bruta. Todo vale cuando se adopta un enfoque más físico de la «negociación».

Mis reflejos relámpago hacían que todo pareciese casi exasperantemente lento, pero me permitieron arrebatar del aire la daga que mi asaltante tenía en las manos. La marca del arma era flagrantemente barata, pero serviría.

Había conseguido tener éxito en mi primera reacción, y quizás como bonificación por haber evitado el ataque furtivo, parecía que tenía la iniciativa. En otros tiempos, había tachado de poco realistas los sistemas de combate por turnos, pero mientras giraba el cuchillo hasta adoptar una postura de revés, me pareció que era una estimación razonable del combate.

Bajé hasta el suelo y giré sin desperdiciar ningún movimiento, presionando el mango de la daga contra mi cadera y asegurándolo en su sitio con la mano izquierda. Esta eficiente postura colocaba todo mi peso detrás de la hoja y evitaba cualquier resbalón que pudiera herir mi propia mano.

Las Artes de la Espada Híbrida incluían una ventaja para la última esperanza del guerrero: la daga. Cuando las aljabas se secaban, las lanzas se rompían y las espadas se hacían añicos, un arma versátil era el mejor amigo del hombre. Un arte marcial forjado en campos de batalla reales nunca sería tan ridículo como para omitir un arma tan crucial.

—¡Hurgh! —gritó el enemigo.

Clavé mi hoja en la rodilla del hombre con el que antes había estado hablando con el impulso de todo mi cuerpo. La desagradable sensación de separar la carne se hizo patente cuando mi golpe desgarró sus tendones. El metal chocó contra el hueso cuando retorcí el cuchillo para abrirle la herida, y me pareció desagradable que se pareciera tanto a disecar una bestia salvaje.

Ugh, ¿así es como se siente al cortar a una persona? A pesar de todo lo que habíamos dicho sobre sociedad y cultura, esta sensación me hacía pensar que no éramos mejores que cualquier otro animal desesperado que hurgara en la suciedad, y la verdad es que no lo éramos. Aquí estaba un grupo de personas que habían robado a mi hermana en nombre del lucro, y aquí estaba yo asegurándome de que no volverían a caminar para recuperarla. No éramos más que mortales en todos los sentidos.

En ese caso, la justificación podía esperar. Saqué la daga de un tirón —con sorprendente facilidad, gracias a la enorme herida que había abierto mi giro— y dirigí mi atención al siguiente objetivo más cercano. Mi primera víctima no era nada: sin dos piernas sobre las que sostenerse, no podía hacer mucho más que retorcerse de dolor.

Para mi gran alegría y sorpresa, mi siguiente objetivo seguía llevando equipaje, incapaz de procesar lo que había ocurrido. *¿Supongo que me toca otro turno?*

La distancia que nos separaba era mayor de la que podía acortar en un instante, así que pellizqué la daga por la hoja y me preparé para soltarla. Mi pericia con las armas arrojadizas difícilmente podía calificarse de experta, pero sabía que al menos podría golpear a mi oponente con todo el entrenamiento pragmático que había recibido. *A esta distancia necesitaré unas... tres rotaciones y media.*

—¡¿Argh?!

El acero giratorio se hundió profundamente en su hombro derecho; con el mango casi tocando su piel, me vi obligado a abandonar la esperanza de recuperar el arma. Aun así, agradecí saber que los matones no llevaban armadura debajo de la ropa, ya que habría sido muy difícil derrotar a una manada de enemigos de gran potencia.

Le quité otro cuchillo al hombre al que había destrozado la rodilla y me lancé hacia otro enemigo. Por barata que pareciera, la daga estaba bien usada y supuse que era lo bastante resistente para la tarea que tenía entre manos.

—¡¿Qué demonios le pasa a este chico?!

A quien madruga Dios le ayuda, así que me abalancé sobre el siguiente matón más cercano. Sin embargo, esta gente no eran criminales profesionales en vano, y este hombre superó su desconcierto para desenvainar su espada. Un golpe por encima de la cabeza con una hoja tan pesada como la suya podría partir en dos un tronco; mi cráneo, aún sin desarrollar, estallaría como un melón maduro si me alcanzara.

Por supuesto, eso era si me golpeaba. Aprovechando mi baja estatura, di una voltereta hacia delante para apartarme de su trayectoria. Me incliné ligeramente hacia la izquierda para dificultarle al máximo que me alcanzara con un golpe corregido, y estiré el brazo para clavárselo en la rodilla al pasar rodando.

—¡Ay, agh!

Sin ningún hueso robusto que la protegiera, la carnosa articulación se rompió con facilidad. Me di cuenta de que la punta de

la daga había hendido sus tendones y alcanzado el hueso cuando su trayectoria se inclinó, así que la saqué antes de que el hombre cayera. El estado de decúbito prono que acompañaba a los ataques a las rodillas de la gente lo convertía en un objetivo muy lucrativo.

Le golpeé la nuca con el mango mientras caía sobre mí y el hombre quedó inconsciente. El cuchillo se había astillado al destrozarle el hueso, así que relevé a mi compañero de su corta permanencia y fijé la vista en la espada caída. Su hoja ancha y ceñida era tan larga como el antebrazo de un adulto medio, justo de mi tamaño.

Ahora entonces, lo que sigue es... ¡guau! Alcancé a ver un arco tensado por el rabillo del ojo y, por reflejo, levanté la espada, sólo para que la fuerza del impacto reverberara en mi brazo un instante después. *Las espadas anchas como ésta son muy útiles como escudo improvisado.*

—¡Tienes que estar de broma! ¡¿Estás seguro de que este mocoso es humano?!

—¡Cállate y dispara! ¡Ya se ha cargado a tres de nosotros!

—¡Todos, a las armas! ¡No sé quién es, pero *solo mátenlo!* ¡¿A quién le importa si es un niño!?

Oh mierda, se están poniendo serios. ¿Dónde escondían esas espadas, lanzas de mano y arcos cortos? Un campamento entero de bandidos equivale prácticamente a un solo enemigo importante en los juegos de rol de mesa, pero estos matones no iban a caer tan fácilmente. Los arqueros se colocaron sobre barriles para ganar altura, y los dos delanteros que se acercaban a mí se aseguraron de mantenerse fuera de su trayectoria de fuego. Estaban demasiado bien coordinados para reducirlos a una simple turba olvidable.

No pude evitar sentir que este uso de la estrategia contra un niño de doce años era algo inmaduro mientras daba un enérgico salto a un lado para esquivar una flecha. El primer disparo que había desviado me dejó el brazo derecho entumecido, así que decidí que había que esquivar el siguiente.

—¡Eres mío, mocoso!

El bandido de la lanza de mano se abalanzó sobre mí, así que giré la empuñadura de mi espada para que siguiera mi antebrazo y me sujeté el estómago con la otra mano para desviar la estocada. La combinación de Reflejos Relámpago y Perspicacia hacía que las reacciones de defensa y evasión fueran ridículamente triviales. Cada uno me había costado un ojo de la cara, pero ahora me alegraba de tenerlos.

El lancero, que no esperaba que su ataque fuera rechazado por un oponente abatido, había entrado con excesivo ímpetu, lo que me dio la oportunidad de rodar sobre mi hombro y cortarle las piernas.

—¡Wha... gah!

Cuando se desplomó hacia delante, le golpeé sin piedad la nariz con el talón. Apoyé el codo en el suelo para poner toda mi fuerza en la patada, y fue suficiente para conmocionar a un adulto mucho más grande que yo.

—Maldita sea, ¿estás bien!?

—¡Olvídate de él, imbécil! ¡Sólo mata al chico!

El otro vanguardista que blandía una espada de una mano se quedó inmóvil cuando vio caer a su camarada, lo que me dio un momento para esconderme detrás de un montón de cajas de madera y protegerme del aluvión de flechas. *Bien, el entumecimiento está desapareciendo.*

—¡Elisa! —Grité—. ¡Elisa, ¿dónde estás?! —En este punto, su culpabilidad era indudable. Atacaron porque me consideraban una amenaza que podría descubrir lo que fuera que tenían que ocultar. Tanto si planeaban matarme como dejarme inconsciente, no había otra explicación para que de repente se volvieran contra un niño que les invitaba a unirse a las fiestas locales.

Grité en busca de Elisa mientras entraba y salía de la carga para ganar más tiempo. Después de todo, no era un completo idiota; la idea optimista de que podría acabar con ellos no se me había pasado por la cabeza ni una sola vez. Por mucho entrenamiento que tuviera, mi

joven cuerpo carecía de la resistencia necesaria para luchar durante mucho tiempo y, a decir verdad, ya me sentía agotado. Mi corazón latía más rápido que en cualquier sesión de combate con espadas; sabía que me estaba hiperventilando, pero no podía parar.

Me asustaba el hecho de que un solo paso en falso significara mi muerte. Tanto mi cuerpo como mi alma se encogieron ante el horrible destino que podía esperarme. La diferencia de habilidad entre estos matones y Sir Lambert era de la noche al día. Si el capitán de la Guardia hubiera estado aquí en mi lugar, un golpe o dos de su espada habría convertido a toda la multitud en hígado picado.

Comparado con cuando crucé espadas con él, esta batalla debería haber sido fácil. Pero a pesar de lo fácil que debía ser... no podía moverme como quería.

—¡Te encontré, chico!

—¡Quédate quieto!

La espada cayó perezosamente y la daga que iba a clavarse en mi dirección estaba a medio paso de aterrizar. Rebanar la mano del espadachín —con dedos y todo— fue una tarea sencilla, y conseguí apartar la daga de una patada mientras golpeaba al segundo enemigo en la cabeza con la empuñadura de mi espada. Pero eso mermó mi resistencia, y mi respiración desesperada se hizo más agitada mientras el sudor brotaba de todos mis poros. Los dedos resbaladizos humedecían mi empuñadura y luchaba por encontrar el control de mi espada.

Ya no podía decir si llevaba aquí unos minutos o unas docenas. Había intentado explícitamente no perder la noción del tiempo al principio de la batalla, pero perdí patéticamente la orientación en cuanto comenzó el combate.

Con los dos matones que acababa de eliminar, contaba con siete personas. Su escaso número me facilitó la huida, pero puede que me perdiera en el momento y fuera demasiado lejos. *A este paso, podrían usar a Elisa como rehén...*

—Qué lamentable.

Una voz joven enronquecida por el licor resonó en el aire, disipando el sonido de mi respiración y el abrumador tamborileo de la sangre en mis oídos. Me volví hacia el único carruaje techado del campamento para ver a un solo hombre bajar de él.

Su túnica estaba decorada con ornamentos funerarios cuyo propósito me era totalmente ajeno. Aunque nada de su complexión o estatura medianas me llamó la atención, las bolsas permanentes bajo sus ojos hundidos me llenaron de pavor. El brillo oscuro e incómodo de sus profundos ojos ámbar casi parecía dorado desde cierto ángulo.

Sólo había un tipo de persona que tuviera herramientas colgando así de cada rincón de su cuerpo. A pesar de no llevar bastón, el hombre era obviamente un mago.

—¿Por qué tanto alboroto por solo este chiquillo?

—¡Je-Jefe! —El hombre que había cortado antes había estado recogiendo frenéticamente sus dedos cortados y débilmente miró al mago—. No-no entiendes, este mocoso es...

—No quiero oír excusas. Pero supongo que es inútil esperar a que ustedes, tontos, hagan su trabajo. —Con una sacudida de su túnica, bajó del carruaje y pisó el suelo. Se pasó la mano por el pelo con cara de enfado y me lanzó una mirada evaluadora—. Bueno, al menos parece que podremos cubrir nuestras pérdidas.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, totalmente carente del afecto de los provocados por los suaves susurros de Margit. Su atenta mirada se posó en mí, pero yo no era lo que él veía. Para él, yo no era una persona, sólo ganado listo para ser vendido en el mercado. Lo único que le importaba era cuánto oro podría conseguir... De hecho, sus ojos desapasionados apenas me veían como un ser vivo.

—Siéntate agarrándote los dedos, —ordenó—. Te los volveré a poner más tarde.

—¡A-A la orden, señor!

El mago dio un paso hacia mí en lugar de su subordinado que se retiraba. *¿Un mago liderando un grupo de bandidos? He estado allí,*

he visto eso, pero... no sé, parece un poco diferente de lo que esperaba. Está muy lejos de los gamberros que hacen alarde de su magia básica para sentirse los mejores que actúan como el primer jefe de una campaña.

—*Préstenme atención,* —murmuró.

—*¡¿Hngh?!*

Justo cuando me propuse mantenerme alerta, me encontré volando por los aires al instante siguiente. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba en el aire y en sentir el dolor que me estallaba en la mandíbula a pesar de mis Reflejos Relámpago.

No tenía ni idea de lo que había ocurrido. Incluso con mi capacidad de observación potenciada, no le había visto telegrafiar su hechizo de ninguna manera, y un breve murmullo fue seguido inmediatamente por un golpe a la altura de un uppercut limpio de Sir Lambert. Era probable, más bien seguro, que su magia había provocado un ataque físico.

Sin la experiencia de resarcirme de los daños mientras mi mentor me golpeaba hasta hacerme papilla, aquel ataque seguramente me habría destrozado la mandíbula y me habría privado del conocimiento. Nunca había agradecido tanto haber invertido tanto en la reducción de daño. Aunque me gustaban los sistemas en los que el combate era como tirar cohetes, mi viaje habría terminado aquí si me hubiera convertido en un cañón de cristal²⁵.

Mi breve ensayo como criatura voladora llegó a su fin cuando me estrellé contra una pila de cajas. Por suerte, las cajas no contenían mercancías pesadas y absorbieron parte de mi impulso cuando pasé volando por encima de ellas y rodé para librarme de la mayor parte del impacto. Era la primera vez hoy que agradecía mi físico pequeño y ligero.

—Urgh...

²⁵ Un cañón de cristal, en los juegos, se le conoce al concepto de pegar fuerte pero no resistir nada de daño.

Aun así, eso no quería decir que no doliera. Mi sentido del gusto se vio abrumado por la sangre y pude sentir cómo algo se deslizaba por mi lengua hasta la parte posterior de mi garganta. *¿Esos eran dientes? No puedo decir cuáles se cayeron porque todo duele mucho, ¡pero nunca te perdonaré si eran dientes de adulto, bastardo!*

Dicho esto, mi caída había sido bastante aparatosa, así que decidí hacerme el muerto y esperar una oportunidad. Si me subestimaba y se acercaba pensando que estaba inconsciente, podría tenderle una emboscada, y quedándome en el suelo cumpliría mi objetivo original de ganar tiempo.

—Hm, supongo que debería golpearle otra vez, por si acaso.

—¡¿Guaaaa?! —Grité. Me puse en pie de un salto, pero el espacio que había ocupado mi cabeza momentos antes explotó. Llevado hacia delante por el viento, deduje por la nube de polvo en la zona del impacto que me había lanzado aire comprimido. *¿O tal vez expandió temporalmente el aire en ese lugar?* En cualquier caso, no me gustaba su magia misteriosa, difícil de esquivar y rápida de lanzar.

—¿Oh? Estás consciente después de un golpe directo e incluso lograste esquivar el segundo.

Conseguí ponerme en pie aprovechando la onda expansiva de su ataque y volví a equiparme con una daga cercana. Las palabras de elogio del mago iban acompañadas de un ceño realmente molesto, como el de un villano que no ha conseguido acabar una pelea con su movimiento estrella. Estuve a punto de estallar en carcajadas, pero me esforcé por mantener la compostura para no atraer su ira sustituyéndola por una exigencia.

—¡Devuélveme a Elisa! Devuélveme a mi hermana.

—¿Hermana? —preguntó inclinando la cabeza—. No conozco a tu hermana, pero la visión de mis pobres subordinados después de que los atacaras descaradamente me rompe el corazón.

Vaya mentira más descarada. Mi agarre se tensó hasta el punto de que la daga crujió, pero sabía que su respuesta era lógica. Admitir un secuestro, aunque fuera a un niño, no le haría ningún favor. Tanto

si planeaba matarme como secuestrarme, siempre valía la pena evitar riesgos innecesarios.

—Así que terminemos esto rápido, —dijo.

Al parecer, al mago no le gustaban los discursos interminables, así que lanzó otra andanada de hechizos. Bailé al son de sus imperceptibles explosiones de aire. Incapaz de bloquearlas, me vi obligado a esquivarlas con paso inseguro y dependí de mis quiebros para evitar daños críticos.

Primer disparo: la zona alrededor de mi cabeza explotó, así que me hundí para evitarlo. Segundo disparo: el suelo bajo mi estómago explotó, así que salté hacia atrás para esquivarlo. Tercer disparo: el aire bajo mi espalda explotó mientras estaba en el aire, así que no tenía ninguna esperanza de esquivarlo. En lugar de eso, relajé el cuerpo, rodé con el impulso e intenté acortar la distancia entre nosotros. Cuarto disparo: me cortó la trayectoria de aproximación, así que estampé mi daga contra el suelo para que sirviera de freno de emergencia. Quinto disparo, sexto disparo, séptimo disparo...

[Consejos] Muchas razas carecen del mecanismo interno para convertir el maná en magia. Incluso entre estas razas, hay algunas excepciones causadas por raras y repentinas mutaciones genéticas.

Durante su primera batalla, el hechizo que el mago había lanzado instintivamente expandió instantánea y explosivamente un volumen de aire alrededor de un único punto. Tenía un lugar especial en su corazón. El conjuro podía acortarse u omitirse por completo sin que disminuyera su impacto, que era comparable al de un fuerte golpe con un mazo. Además, un golpe ligero podía incapacitar a los enemigos sin matarlos, y la acumulación de varios de ellos podía derribar incluso a las bestias más grandes.

En definitiva, era un práctico truco de magia. Su viaje sin rumbo no había sido una aventura, pero el conocido hechizo se había

utilizado muchas veces por el camino. De hecho, incluso podría decirse que la ráfaga de aire que había utilizado para repeler a la bestia que lo había asaltado a él y a sus amigos de la infancia mientras jugaban en el bosque hacía tantos años era la fuente misma de su confianza; era un recordatorio de que podía luchar para proteger algo que le importaba.

Ver cómo esquivaban y preveían su movimiento característico a cada paso minaba su psique. Su espíritu astillado se fracturó aún más, y la ira se hinchó en su corazón. Por supuesto, no hablaba en serio, o eso insistía en las solitarias profundidades de su mente mientras disparaba otra ráfaga. La necesidad de preservar al muchacho para venderlo más tarde junto a su hermana le sirvió de excusa para abstenerse de utilizar magia más letal.

Volví a fallar. El mago había calculado el momento en que el niño caía al suelo, y tenía el presentimiento de que acertaría. Sin embargo, el niño giró hábilmente su cuerpo para alejarse del lugar que había marcado. A pesar de mezclar ilusiones y hechizos de sueño en cada momento libre, el niño se había encogido de hombros ante todo lo que el mago le había lanzado. Los niños eran débiles de voluntad y sus egos estaban poco desarrollados, por lo que se suponía que eran especialmente susceptibles a los encantamientos. El hombre no podía entender cómo el niño se resistía.

Para colmo, el niño utilizó la fuerza de las ráfagas para recuperar el equilibrio, lo que no hizo sino avivar las llamas de la ira del mago. *¿Por qué? ¿Por qué cada! ¡Pequeña! ¡Cosa! ¿¡Tiene que salir tan mal?* Siguió lanzando hechizos mientras intentaba calmarse. Fuera o no consciente de ello, la precisión de sus ataques había disminuido a pesar de su fachada de frío desinterés.

La sospecha se abrió paso en la nube de rabia que se agitaba en su cabeza. El chico parecía un mensch normal de poco más de diez años. En un mundo en el que los niños trabajaban largas jornadas y los quinceañeros eran considerados adultos, los niños eran propensos a un desarrollo acelerado, pero éste era demasiado fuerte.

Un niño normal debería haber quedado inconsciente al primer ataque. El hombre había visto niños en su ciudad natal y en su viaje

que habían entrenado con sus vigilantes locales, y ninguno de ellos habría sido capaz de esquivar sus golpes.

La sospecha exigió pensamiento; el exceso de pensamiento desvió su atención; los sucesivos errores torcieron su mente con envidia. Y esa envidia llevó al hombre a una única conclusión: *Es igual que yo.*

El chico tenía una habilidad superior a la que podía alcanzar un niño de su edad. Esa habilidad suya había llamado la atención del mago como argumento de venta para un futuro comprador, pero pensándolo bien, tanta delicadeza sólo era posible con algún tipo de favoritismo divino.

Ver a un muchacho joven y andrajoso tratando de salvar a su hermana chocaba con el ambiente degenerado que los rodeaba. El mago hervía de odio: él también había recorrido ese camino, pero hacía tiempo que se había desviado de él.

Ningún hombre puede ansiar placeres desconocidos. Del mismo modo que uno no puede desear un sabor que nunca ha probado, tampoco anhelará una vida que nunca ha vivido. Pero ¿qué hay de los que pierden algo sólo para ver a otro con lo que una vez tuvieron?

Tengo que eliminarlo, resolvió el hombre. Su decisión no tenía lógica, ¿cómo podría tenerla? Probablemente nunca volverían a verse, y el chico estaba a un trato en el mercado negro de desaparecer para siempre. La envidia infantil que hervía la sangre era todo lo que hacía falta para que una persona matara a otra.

Sin embargo, a pesar de que los únicos testigos presentes eran él y el chico (que desaparecería si lograba cumplir su cometido), el mago siguió lanzando ráfagas de aire. Podría haber prendido fuego a toda la región o haberse salido de los límites del espacio-tiempo, pero a alguna parte subconsciente de su cerebro simplemente le pareció demasiado embarazoso hacer un esfuerzo serio para matar al niño. Nadie puede escapar de sí mismo por mucho que corra, y por mucho que el mago lo intentara, no podía negar esta verdad, que aparecía en las pequeñas decisiones que tomaba.

[Consejos] Los dioses traen mortales a sus mundos con razón, igual que los humanos cuidan acuarios y plantan hierbas marinas para criar peces. La intención oculta no se puede espigar desde dentro del agua, pero al aire libre...

Mucho después de haber perdido la cuenta de cuántas explosiones había esquivado, la mueca del rostro del mago empezó a transformarse en un ceño fruncido. La línea plana de su boca se deformó y ya no pudo ocultar las arrugas angulosas de su ceño. Aunque su cadencia de tiro había aumentado, me dio la impresión de que su furia había disminuido mucho su precisión.

Oh, ese es un punto perfecto. Aproveché una explosión en mi retaguardia para acelerar rápidamente y avanzar unas decenas de pasos en un solo golpe. El insoportable dolor en el tobillo y las magulladuras que cubrían mi cuerpo eran un precio trivial a pagar por la supervivencia. *Trivial, digo.*

De repente, una voz encantadora cayó sobre mis oídos entumecidos. Me giré para ver la cabeza de Elisa asomando por el toldo del carruaje del mago. A pesar de no poder oírme llamarla, la voz del mago era alta y clara.

—Ya me harté. Si el método más problemático es más fuerte...
—El espacio frente a él comenzó a brillar. Líneas blancas de luz se curvaron en formas complejas, creando un conjuro de apoyo para el lanzamiento de hechizos conocido como círculo mágico. Los había visto en los libros, pero ninguno de los magos que acompañaban a las caravanas hasta aquí los había utilizado antes, así que ésta era una experiencia nueva.

Las brillantes luces rugieron cuando el aire que las rodeaba se sobrecalentó hasta brillar incluso más que el propio círculo. Un vivo resplandor bañó la oscura madera, ahogando la luz del atardecer. Lejos del sol resplandeciente, esta bola de energía liberaba rayos de destrucción que amenazaban con quemarme a mí y al aire que ocupaba.

No puedo... esquivar eso. Enfrentado a una muerte segura, mi espíritu estuvo a punto de flaquear, pero mi cuerpo se precipitó naturalmente hacia delante. Con una única y patética daga en la mano, lo aposté todo a las dudosas probabilidades de supervivencia que me quedaban.

Si los dados pueden lanzarse, que lo hagan. Una dulce, dulce serie de doce puntitos podría mirarte fijamente. Los dados del enemigo siempre podían caer en los dos puntos rojos de la perdición.

Mientras la luz se hinchaba y amenazaba con tragarme entero, oí la voz de Elisa.

—¡Señor Hermano!

[Consejos] Por lo general, la magia puede dividirse en dos categorías: hechizos que marcan un lugar determinado y hechizos que invocan fenómenos naturales. Los primeros son imposibles de resistir, pero pueden esquivarse, mientras que los segundos pueden resistirse, pero son inevitables una vez que el hechizo surte efecto.

Arrastrada fuera de un sueño fangoso y desagradable, Elisa se sentía tan enferma que quería llorar. Lo último que recordaba era que había salido y se había encontrado con un hombre aterrador. No recordaba nada más y estaba desesperadamente confusa sobre por qué se revolcaba en un saco en un lugar como aquel.

Se suponía que hoy iba a ser un día maravilloso. Iba a ir al festival con su querido hermano, comer el caramelo helado que él le había prometido comprarle y tal vez, sólo tal vez, volvería a bailar con él.

¿Cómo había acabado así aquel maravilloso día? Elisa tenía un sueño nauseabundo a pesar de que acababa de despertarse, y el ruido constante del exterior no ayudaba a su cabeza aturdida. Triste y sola, llamó a su hermano, y las lágrimas acompañaron sus palabras.

Después de llorar un rato dentro de la bolsa de arpillera, la tapa se abrió espontáneamente. Uno de los amigos de Elisa debió de abrirla. Salió gateando en busca de su casa, pero se encontró en un lugar que nunca había visto antes.

Elisa estaba dentro de un vagón oscuro, mohoso y lúgubre. Era completamente diferente del que montaba su padre cuando iba a la ciudad. *No quiero estar aquí*, pensó instintivamente. Por el persistente *algo* que flotaba en el aire oscuro, se dio cuenta de que nada bueno saldría de este lugar.

Había muchos ruidos fuera que la asustaron, pero se preparó y salió del carruaje. Asomó tímidamente la cabeza por el toldo sólo para ver cómo golpeaban a su querido hermano mayor. Su encantadora cabellera dorada había sido arañada en todas direcciones y su piel estaba salpicada de dolorosos moratones azules. Además, uno de sus ojos se había hinchado tanto que Elisa no podía distinguir el bonito azul que tanto apreciaba, y la lujosa ropa que se había puesto para su día en el festival estaba cubierta de barro.

La penosa visión de su maltrecho hermano llenó a Elisa de una desesperación que le partió el corazón en dos. Nunca había imaginado que ver herido al bondadoso Señor Hermano le causaría más dolor que ser herida ella misma.

El Señor Hermano está siendo molestado. Hieren al Señor Hermano. El Señor Hermano... ¡va a morir!

La niña expresó su angustia desgarradora con la voz. Un lamento sin forma escapó de sus labios y se transformó mientras llamaba a sus parientes... Y la luz blanca del dolor se desvaneció.

[Consejos] El elemento más importante en la magia es el deseo sincero de doblegar el mundo a la voluntad de uno.

—¿Qué?!

La onda del hechizo del mago se había deshecho, y la perdición inminente que simbolizaba había dado paso a la esperanza. No podía ni empezar a adivinar por qué, pero el proyectil a punto de ser lanzado se había disipado como un espejismo de verano sin rastro del calor que había caldeado el ambiente.

Realmente no lo entiendo... ¡pero lo aceptaré! Abandoné todo pensamiento y atravesé el camino despejado, clavándole mi daga en el estómago con todas mis fuerzas.

—¡Blagh! ¡¿Eh?! Qué...

Destrozarle los miembros no bastaría para desarmar a un mago, así que le apuñalé las tripas con la esperanza de inhibirle el habla, pensando que podría robarle sus conjuros.

Después de todo lo que había hecho, aún tenía mis reservas sobre matar. El hombre que tenía delante me había causado tanto dolor, casi me había matado y había secuestrado a mi preciosa hermanita; diez muertes y cien ahorcamientos apenas bastarían para pagar sus pecados. Sin embargo, la idea de acabar con su vida seguía asustándome.

Cortarle el cuello le mataría con toda seguridad. Los pulmones también eran un buen objetivo para evitar que lanzara magia, pero la idea de que pudiera ahogarse en su propia sangre me detuvo. Era un cobarde: Había llegado tan lejos y aun así me asustaba la idea de convertirme en un asesino. Pero también tenía miedo de que recuperara el vigor y empezara a recitar... así que le di una paliza.

—¡¿Se-Serás hijo de... uuf?! —Hay un truco para golpear a la gente: ¡es mucho más fácil si agarras una piedra o algo mientras lo haces!

—¡Augh! ¡¿Blegh?! ¡Hrngh!

Naturalmente, la sabiduría de que un puño apretado era la clave para dar los golpes más dolorosos vino nada menos que de mi maestro en todas las cosas brutales, Sir Lambert. Además, él me había enseñado que la forma más fácil de hacerlo no era agarrar con el pulgar, sino encontrar algo que apretar. Al parecer, con un puño

sólido y la forma adecuada para aprovechar al máximo la gravedad, ¡hasta los puñetazos de un niño pueden convertirse en golpes aplastantes!

Miré a mi alrededor en busca de una masa adecuada y encontré una moneda de bonita forma tirada en el suelo, así que decidí tomarla prestada. *¡El dinero es poder! Vaya refrán más acertado.* Con el trozo de metal en la mano, aporreé la cara del hechicero; sus dientes rotos me cortaron los dedos, pero prefería esto a cuando me lanzaba magia. *Creo que estaré bien si le rompo todos los dientes delanteros.*

Después de darle más de un puñetazo como para sentirme seguro, lancé otros dos o tres puñetazos por si acaso y todo quedó en silencio. No moriría pronto, ya que había evitado sus signos vitales, y me sentí bastante satisfecho. Con lo blando que estaba siendo, esto me bastaba.

Una rápida mirada alrededor reveló que todos sus compañeros habían desaparecido. *Era justo. Quedarse habría sido peligroso con la cantidad de explosiones que estaba provocando.*

—Elisa, ¿estás bien? —pregunté mientras la tomaba por las axilas para sacarla del carruaje.

—Mm, —afirmó débilmente.

La dejé en el suelo y la abracé con fuerza. Tenía un olor cálido y suave; la niña que ahora abrazaba con fuerza era tal y como la había dejado al mediodía.

—Estoy tan, tan contento... —La presencia de Elisa era un hecho, o mejor dicho, lo había sido hasta que me la arrancaron de las manos como a una pluma perdida. Su tierno calor no tenía precio, y su peso en mis brazos era el más preciado de todos los tesoros.

—¿Señor Hermano?

—Estoy aquí, Elisa.

—Señor Hermano... —Ella moqueó y comenzó a llorar ruidosamente mientras el miedo reprimido finalmente se instalaba—. ¡Tenía tanto miedo! ¡Señor Hermanoooo! Pensé que tú... ¡tú!

—No pasa nada, —la arrullé—. El Señor Hermano está aquí. Siento haberte dejado sola, Elisa. Estaré aquí mismo, así que ya está bien. No llores.

Elisa lloraba como si quisiera desgarrarse las cuerdas vocales, y yo la abracé desde el fondo de mi corazón. Le froté la espalda y enterré la cara en su pelo para estar lo más cerca posible de ella. Siempre conseguía que se calmara y se durmiera. Cada nervio de mi cuerpo gritaba de dolor, pero de ninguna manera mis heridas tenían prioridad sobre calmar a mi aterrorizada hermanita.

Ahora bien, ya era hora de que abandonáramos la escena. Me había desviado del plan original, pero había hecho suficiente daño para abatir a todos los enemigos, así que me dirigí hacia la plaza del pueblo. Seguro que Margit hizo su parte y podremos encontrarnos en el centro...

Al cabo de unos pasos, sentí que algo se movía detrás de mí. Al girarme, vi al mago levantándose mientras se agarraba la cara ensangrentada. *¿Cuándo fue que él...?*

Su mirada de pura animosidad se cruzó con la mía y mi cuerpo se congeló de repente bajo un maleficio. No sabía cuándo lo había conseguido ni de dónde lo había sacado, pero había sacado un gran bastón con el que había dibujado un círculo mágico, sin necesidad de conjuro.

El círculo era mucho más grande que el que me había abrasado hacía unos instantes, y su color era mucho más siniestro. Todo el aire a nuestro alrededor se detuvo por completo y la atmósfera se inundó de un silencio sepulcral.

Sólo el sonido de una maldición pronunciada entre dientes rotos y una lengua aplastada resonó en la nada. Escupió palabras y sangre por igual, haciendo que el círculo brillara intensamente y señalara mi inminente desaparición por enésima vez en el día.

La oscuridad se derramó desde el centro del círculo como una mancha de tinta, creciendo y creciendo hasta adquirir la forma de una esfera. Mi escaso vocabulario era inadecuado para describir aquella *cosa*.

Más negra que la noche más oscura, más grave que el fondo de un pozo seco, más silenciosa que un funeral y más vacía que un sueño sin sueños... Éstas eran las formas en las que podía intentar dar forma a la esfera incognoscible. Creció desde el centro del círculo mágico hasta alcanzar un tamaño que fácilmente podría tragarse a una persona entera.

Había abierto un agujero en el tejido de la realidad. Un horror distorsionado acechaba en su interior, esperando su momento para liberarse. Cada fibra de mi ser me decía que no podía escapar de él, que no había nada que las manos del hombre pudieran hacer una vez soltado el hechizo.

—Todos ustedes. Mueran. Todos los que se nieguen a reconocermé, todos, húndanse en las profundidades del infierno. — Entre sus largos murmullos, sólo estas palabras llegaron a mis oídos.

No sabría decir si la apariencia curiosamente suave del agujero negro se debía a que mis Reflejos Relámpago intentaban evadirlo de algún modo o si su extraña imagen estaba incorporada en el propio hechizo.

—Vaya, parece que he vuelto a tropezar con algo peculiar. — Una silueta apareció entre nosotros y la masa de pura desesperación que se aproximaba con toda la grandeza de alguien que camina hacia el mercado local. Sus pasos despreocupados la trajeron de la esquina de mi visión que había creído vacía al centro de la vista—. Aun así, qué conjuro tan grosero y derrochador.

El cuerpo negro se evaporó como un chasquido refrescante que empapó el universo. Como una vela cuya mecha se hubiera apagado, este conjuro se desvaneció con más naturalidad que la luz ardiente de antes.



Teñido de bermellón por el sol poniente, ni un solo pelo del moño perfectamente engastado de la mujer se había siquiera bamboleado cuando borró la bola de la muerte, y exhaló lánguidamente una nube de humo. Los brazos que se deslizaban a través de su profunda túnica carmesí eran delgados como su larga pipa, pero el contorno de su cuerpo tenía suficiente intrínquilis para mantener un equilibrio impresionante.

Además, me llamó la atención la punta afilada de las orejas que sobresalían de entre sus mechones. No era una mensch; era una matusalén, la cima de todos los humanos. Impermeables a la edad, la enfermedad y la debilidad, estos seres eternos permanecían en su mejor forma física durante todo el tiempo, a menos que alguien consiguiera matarlos.

—He seguido una interesante frecuencia de maná aquí, pero estoy completamente perdida en cuanto a lo que ocurrió.

Con su cabello plateado brillando orgullosamente en el resplandor del atardecer, la mujer le dio la espalda al atónito mago y me miró a los ojos.

—Tú. ¿Te importaría explicarme qué ha pasado?

Era extremadamente hermosa. La belleza de su rostro la hacía parecer artificial; la habría creído si me hubiera dicho que un maestro escultor había dedicado toda su vida a esculpirla a la perfección. Unos labios flexibles, una nariz alta y galante y unos ojos heterocromáticos de azul intenso y jade claro embellecían el perfil nítido de su rostro, clavándose en lo más profundo de mi conciencia. Ninguna obra de arte podría igualar su atractivo natural.

—Tú... —gimió el mago—. ¡¡¡Tú!!! ¡¡¡Eres tú!!!

—Vaya, qué odioso, —comentó ella—. No sé quién eres, pero no me interesa un talento de tu nivel.

Se apartó de mí y se subió el monóculo que descansaba sobre su ojo izquierdo verde, suspirando por el alborotado mago que tenía detrás. Le gritó maldiciones y se preparó para volver a lanzar la bola negra de la perdición.

La mujer chasqueó los dedos y, de repente, todo terminó. El hombre desapareció como si nunca hubiera estado allí.

—Ahora, ¿te importaría contarme tu historia? —volvió a preguntar—. ¿De dónde sacaste a ese mutante?

[Consejos] Ni los conjuros verbales ni los escritos son absolutamente necesarios para la magia, pero esto es un hecho desconocido para el común de la gente.



Un Henderson Completo

Ver0.1

1.0 Hendersons

Un descarrilamiento lo suficientemente importante como para impedir que el grupo llegue al final previsto.

La historia que sigue no pertenece a la línea temporal que conocemos, pero podría haberlo sido si los dados hubieran caído de otra manera...

Un Henderson completo Ver. 0.1

Cada lugar tiene su propia clase de intocables. Aunque algunos son fruto de la clase social, otros *alcanzan* este estatus con el poder.

Un solitario hombre gemía en las afueras del cantón. Se sujetaba el estómago con fuerza, luchando históricamente contra sus músculos abdominales para evitar que sus órganos internos se derramaran, todo porque sabía que una vez que sus intestinos tocaran el suelo, no habría forma de salvarlo.

El hombre había visto esto una y otra vez: en los campos de batalla, en las montañas, en las carreteras y en innumerables pueblos. Sin embargo, él nunca se había apretado el estómago. Era una visión reservada a los enemigos, las mujeres, los niños, los mercaderes, las presas que él había matado. Como líder de una banda de treinta bandidos, se suponía que el hombre era el depredador... y un depredador nunca debe encontrarse en una posición así.

El jefe de los bandidos había rebuscado en sus recuerdos para intentar recordar en qué se había equivocado y no había encontrado nada. Nada había sido diferente de lo habitual.

Sus preparativos habían sido perfectos. Los exploradores habían estudiado las rutas de patrulla de los vigilantes del señor y el magistrado locales, y las habían evitado hábilmente. Había enviado a algunos hombres disfrazados de viajeros para confirmar que no había soldados acuartelados en el pueblo. Incluso se habían quedado algunas noches para determinar cuándo se empezaba a vigilar las torres y cuándo terminaba cada turno. La noche anterior al sabbat — el único día de la semana en que todo el campesinado podía disfrutar de un profundo sueño—, los asaltantes habían sido bendecidos con una noche nublada que ocultaba la luna. ¿Podría haber pedido más?

Había diez vigilantes, más o menos. Aunque reunieran a todos los hombres de la ciudad que supieran empuñar un arma, serían treinta como máximo. Naturalmente, el bando con el elemento sorpresa

tendría una gran ventaja. Todo lo que tenían que hacer los asaltantes era irrumpir primero en las casas de los vigilantes o prender fuego a todo el pueblo para disfrutar de una buena cacería de patos. Luego, disfrutarían del suave y delicioso botín de la victoria durante unos días antes de arrasarlo todo.

El jefe de los bandidos llevaba siete años repitiendo esta rutina en las ciudades y cantones de los estados satélites de Rhine. En el año que había pasado vagando por las bien vigiladas calles del Imperio, su villanía no había sido controlada y dejaba a otros criminales temblando en sus botas.

El matón profesional nunca había bajado la guardia, y esta vez no había sido diferente... o al menos, él *sentía* que no lo había sido, pero ahora se encontraba en una situación lamentable.

Cuando su explorador había agitado dos antorchas de un lado a otro para indicar que estaban a salvo, toda la banda se había puesto en marcha. Todo había ido bien hasta que saltaron la valla de piedra que rodeaba las viviendas del cantón y se prepararon para el ataque.

Una lluvia de flechas les esperaba al otro lado, acribillando a la banda. Preocupados por la emoción del saqueo, la mitad de los involuntarios subordinados del hombre murieron o quedaron mutilados por la descarga inicial. Aunque todos iban equipados al menos con una cota de malla ligera que habían saqueado en incursiones anteriores, los pesados proyectiles habían atravesado sus defensas sin problemas. Su equipo era lo bastante robusto como para bloquear las flechas desde lejos, pero no lo bastante fuerte como para hacer frente a los arcos largos y las ballestas a corta distancia.

Lo que vino a continuación fue un huracán de acero conjurado por una única espada danzante. Todo lo que el jefe de los bandidos podía ver a la luz de las antorchas de sus subordinados era un mortífero resplandor plateado que dejaba gritos a su paso.

Los dedos, muslos y tendones de sus matones —supuestamente a salvo bajo la armadura— se hicieron trizas en un abrir y cerrar de ojos. El jefe no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. A pesar

de su habilidad con la espada, bastó un solo golpe para atravesarle la coraza y la pieza del torso, dejándolo desplomado en el suelo.

El hombre se arrastró, agarrándose la herida. Apenas podía moverse con la herida abierta, no podía luchar y había perdido a todos sus hombres, pero aun así intentó huir.

Sencillamente, no quería morir. En toda su larga historia de derramamiento de sangre, nunca había tenido la menor intención de morir. Matar y morir no eran tan inseparables en su mente, y la idea de que esto último pudiera llegar a suceder nunca se le ocurrió.

Qué equivocado estaba. Algo chocó contra su nariz, y tardó algún tiempo en relacionar el débil olor a aceite con la larga bota de la que emanaba. El viento separó las pesadas nubes que cubrían la luna, y a la nueva luz el hombre reconoció el zapato frente a su cara... y al hombre que lo llevaba.

—Oh... Ohhh... —El matón gimió y miró a la cara de un espadachín solitario. Vestido con una armadura de cuero ligera y un yelmo abierto, mostraba una figura prosaica mientras apoyaba la espada en el hombro. Sólo destacaba la mirada helada de sus ojos azules, que brillaban a la luz de la luna.

—¿Eres el líder? Ni me importa, no te molestes en contestar. Lo sé por tu armadura.

Una voz tan gélida como el frescor de la noche caló hondo en el cerebro del jefe de los bandidos —no, del matón solitario que había perdido a todos sus subordinados—, como si quisiera demostrar un único hecho: *Oh, estoy acabado.*

Su cabeza se hundió en la desesperación hasta que la punta de la espada del vencedor le puso la mandíbula en su sitio y le obligó a levantar la mirada de la bota que tenía delante. Ensartado por esa mirada de odio, el hombre pronunció una frase que ya había oído muchas veces. Sin ningún pensamiento consciente, suplicó por su vida.

—¡A-Ayuda! No-no me mate... Por favor.

Sus patéticas súplicas de clemencia y sus gimoteos hicieron que el espadachín frunciera el ceño como si hubiera mordido algo amargo y le costara tragar.

—Qué petición tan indulgente, —espetó el espadachín—. ¿Te han detenido alguna vez palabras así?

El hombre recordó sus viajes. Ni una sola vez le habían detenido las palabras desesperadas de nadie. Sin embargo, la hoja del espadachín no se clavó cruelmente en sus órganos vitales. Se retiró lentamente de su barbilla y volvió a deslizarse en su vaina con mano delicada.

—Aun así, no tengo intención de rebajarme al nivel de un vulgar matón. No te preocupes, ninguno de tus hombres ha muerto.

Oír palabras tan suaves de una voz tan áspera hizo que las comisuras de los labios del matón se levantaran. *Tendremos muchas oportunidades de librarnos de un idiota así de tierno*, pensó.

—En todo caso, —continuó el espadachín—, no creas que puedes librarte de morir aquí, escoria.

Una hábil y despiadada patada en un lado de la cabeza apagó limpiamente la conciencia del matón antes de que pudiera siquiera empezar a tramar su huida.

[Consejos] La implacable guerra contra el crimen del Imperio Trialista significa que siempre hay una recompensa por tratar con bandidos, incluso si no tienen recompensas. Los hombres de a pie de poca monta siguen valiendo una libra entera, y los jefes de bandidos obtienen un mínimo de un dracma, mientras que los criminales más notorios tienen recompensas por valor de treinta piezas de oro. Además, hay una recompensa extra disponible bajo ciertas condiciones...

Tras dejar inconsciente al bandido de una patada, lo levanté y lo envolví en una gasa antes de que sus entrañas decidieran jugarse la

vida al aire libre. No estaba atendiendo caritativamente sus heridas con la vana esperanza de que cambiara de vida, por supuesto.

Era un hecho verificable que este tipo de alimaña estaba podrido hasta los huesos. Podía sumergirlo en un río de agua bendita, pero su corazón empapado en sangre nunca perdería su mancha. Separar su cabeza de sus hombros era mucho mejor que esperar una reforma que nunca llegaría, tanto para él como para la sociedad.

La única razón por la que aún no lo había hecho era porque convenía a mis intereses a largo plazo.

—Bien hecho. —Me giré para ver a Sir Lambert llamándome. Ahora que yo tenía veinte años, mi maestro estaba entrado en años, pero aterradoramente no tenía problemas para mantenerse como vigilante activo—. Veinte hombres reducidos a hígado picado en un instante.

—Eso me hace parecer una especie de monstruo, —protesté—. No he matado ni a uno solo, ¿sabes? —El capitán hizo una mueca mientras levantaba su antorcha sobre los matones caídos, lo que provocó que yo frunciera involuntariamente el ceño.

Algunos de los asaltantes habían muerto por nuestra descarga sorpresa de flechas, pero me aseguré de no aumentar el número de muertos cuando me adelanté solo. Les había mutilado miembros o les había abierto una brecha en la armadura para herirlos lo suficiente como para que no pudieran defenderse.

—Eso te convierte aún más en un bicho raro, —dijo Lambert con un suspiro cansado. Hizo un amplio gesto con ambas manos hacia la multitud de hombres que se arrastraban y dijo—: Por muy caótica que sea la lucha, la mayoría de la gente no sería capaz de apuntar a un solo pulgar o a un tendón específico contra bandidos curtidos en mil batallas. Ni siquiera yo querría hacerlo.

Tú «no querrías», pero eso significa que teóricamente podrías. Entiendo. En cualquier caso, no me habían dado elección: la recompensa por esos criminales era mayor si estaban vivos.

Después de decírselo a mi mentor con una sonrisa, se limitó a rascarse la nuca, sin saber qué decir. Yo no veía cuál era el problema. Estos sádicos marcharon y conspiraron para desbocarse en nuestro cantón; cualquier castigo que recibieran era justo.

Enviar una partida de exploración estaba muy bien, pero esos imbéciles habían sido demasiado descuidados. Su equipo estaba demasiado orientado al combate para ser adecuado para un viajero normal (ya que las armas pesadas y las armaduras no eran adecuadas para viajes largos), y su torpe dominio de la lengua imperial había hecho que su tapadera fuera obviamente antinatural.

Además, podía hacer la vista gorda ante la forma en que habían explorado las ubicaciones de nuestros almacenes y torres de vigilancia, pero la forma en que habían mirado fijamente a las mujeres locales se aventuraba en el territorio de la estupidez. Saltarse las llamadas de atención y pasar directamente a acecharlas hasta sus casas era el colmo de la idiotez. Bien podrían haber enarbolado una bandera que rezara: «Estamos tramando algo maligno».

Mi mejor conjetura fue que una racha de buena fortuna se les había subido a la cabeza. Sus tácticas de asalto estaban cuidadosamente concebidas y eran difíciles de contrarrestar, pero eso también significaba que cualquier fallo estaba condenado a ser un fracaso crítico.

Por encima de todo, no tenía ni idea de lo que pensaban que pasaría si se insinuaban a la señora de alguien antes de ponerse a trabajar. Perdí los nervios de inmediato e invité a uno de ellos a una pequeña y amistosa... conversación en la que confirmé sus planes y empecé a prepararme para ofrecerles nuestra mejor hospitalidad. Después de todo, no hay nada más suave en lo que hundir el puño que en la distraída jeta de un hombre que cree tener la sartén por el mango.

El resultado fue el que ven aquí. Todo salió como queríamos, y ni un solo ciudadano del cantón resultó herido. Además, nos llevamos un buen botín, así que la situación salió a pedir de boca.

—Honestamente, —dijo Lambert—, el hecho de que te quedaras como vigilante de reserva fue la perdición de estos tontos.

—No me atrevo a apreciar este giro del destino, teniendo en cuenta que fuiste tú quien dijo: «¿Por qué no intentas enfrentarte a ellos tú solo?». —Respondí al chistesito de mi maestro con un cínico golpe.

Así es: después de todas esas vueltas y revueltas, acabé quedándome en el cantón...

—Sí, sí, —llamó una nueva voz—, veo que son tan cordiales como siempre.

—Margit, —dije—, podrías haberme esperado en casa.

...Por el bien de mi nueva familia. Ahora era miembro de las reservas de la Guardia de Konigstuhl y pasaba mis días trabajando como cazador, ya que me había casado con la familia de Margit. No tenía una razón especialmente compleja para abandonar el camino de la aventura, a pesar de mi gran palabrería y mis largos años de preparación. Un poco de esto y un poco de aquello me habían llevado a algunas caídas amistosas en el heno, y...

—¿Cómo va a dormirse nuestra princesita si su padre anda así por ahí? —dijo Margit, poniendo los ojos en blanco. A sus veintidós años, su belleza no había disminuido desde que nos conocimos, y la niña que tenía en brazos casi se parecía a su hermana. Margit la sujetaba con fuerza por el tórax, y el adorable ángel me miraba con su lustrosa melena rubia y sus ojos azul bebé.

—Papá...

—Iseult, cariño, —le arrullé—, sabes que tienes que estar en la cama.

—¡No! ¡Quiero dormir con papá!

El ángel se llamaba Iseult, y mi adorable única hija había bendecido nuestras vidas hacía seis años. Mira, estas cosas pasan, sólo soy humano. No es mi culpa; yo no fui quien empezó, ¿de acuerdo?! ¡¿No crees que es injusto que sea yo el que asuma la responsabilidad sólo porque soy un hombre?! No es que no quisiera, pero aun así...

Y, bueno, acabé quedándome en el cantón a vivir mis dichosos días; mis padres se habían quedado eufóricos pero sorprendidos, y la cara de mi hermano mayor había sido brillantemente meh. De vez en cuando surgían problemas de este tipo, y Elisa había tardado años en aceptar nuestro matrimonio, pero en general tenía una buena vida.

Aunque lejos de la aventura, cada día estaba lleno de sorpresas. A diferencia de mí, mi hija de seis años era una lindurita infantil, y verla crecer era increíblemente satisfactorio. No tenía más que gratitud hacia ella por enseñarme lo que se sentía al ser padre. Por inesperada que fuera, en mi mente, ella era la encarnación de mi felicidad.

—Hrm, —gruñó Lambert—, nosotros limpiaremos las cosas aquí, así que tú vete a casa.

—¿Eh? Pero...

—No puedes dejar que tu hija se quede en un maldito lugar como este. —Me fulminó con la mirada mientras yo mecía a mi pequeña y me espantó como a un perro callejero—. Y Margit, ten más cuidado con los sitios a los que la traes.

—Vaya, mis disculpas, capitán, —respondió—. Pero la pequeña tiene los ojos pegados a su padre, así que no hay por qué preocuparse.

Aún nos quedaba mucho por hacer: los preparativos para entregar a los criminales al magistrado eran interminables, y debíamos asegurarnos de que no murieran por pérdida de sangre o infección antes de llegar allí. E incluso fuera de eso, el mero acto de ordenar la escena era su propia tarea, pero Sir Lambert se había decidido y me había alejado una vez más.

—¡Sí, sí, vete de una vez, Erich!

—¡Vamos, que la pobre Iseult parece tener sueño!

—Tú hiciste el trabajo pesado, así que déjanos el resto a nosotros.

El resto de los vigilantes repitieron, y empecé a pensar que sería de menos gusto de mi parte quedarme a ayudar que irme en este momento.

—Papá...

—De acuerdo, tienes razón, Iseult. Vamos a casa y a la cama. — Acepté amablemente la amabilidad de todos y decidí retirarme un paso antes que mis compañeros guardias de la ciudad. Por alguna razón, a nuestra hija le costaba dormirse si yo no estaba cerca. Limpiándome de hasta la más mínima pizca de sangre, me preparé para meterme entre las mantas y acunarla hasta que se durmiera.

[Consejos] Los bandidos vivos valen entre la mitad y el doble de la recompensa por sus homólogos muertos; los jefes de bandidos triplican, cuadruplican o incluso quintuplican su valor.

El hombre que había asumido de nuevo el título de jefe de bandidos —o más exactamente, que había sido convertido de nuevo en jefe de bandidos— se estremeció al darse cuenta de que una ejecución rápida no era tan despiadada como pensaba.

Le dolían los oídos por el coro de voces. Cada una de ellas gritaba las mismas palabras, pero el ritmo y la armonía disonantes sólo daban lugar a una cacofonía de sonidos. Aun así, sabía muy bien lo que gritaban. Su voluntad había tomado forma y le asaltó sin piedad desde el momento en que apareció.

—¡Mátenlos!

Los hombres, las mujeres y todos los demás; los jóvenes, los ancianos e incluso los propios dioses; todos en la ciudad pedían la muerte. El hombre y sus subordinados habían recibido los cuidados médicos mínimos para sobrevivir a su traslado a alguna metrópoli que no sabían nombrar. Los habían encerrado como paquetes de correo en su viaje hasta aquí, dejándolos desorientados en esta tierra extranjera.

Además, los habitantes del cantón los habían preparado cuidadosamente: les habían cortado los tendones de las cuatro extremidades para evitar que volvieran a causar problemas o a escapar.

Primero los encadenaron en una celda a la vista de todos. Aunque los espectadores les arrojaban de todo, desde guijarros hasta pescado y fruta podridos, los cautivos aún tenían suficiente voluntad para gritar a los que les arrojaban porquerías. Al fin y al cabo, se habían aprovechado de ciudadanos comunes como los que estaban más allá de los barrotes de hierro.

Sin embargo, la teatralidad del tercer día bastó para quebrar su orgullo. Algunos de sus lacayos habían sido eliminados y reducidos a hazmerreír para que los lugareños los mataran.

Tres de sus hombres más jóvenes, de los cuales uno sólo había participado en su última incursión, fueron arrastrados y encadenados a un poste en el centro de la ciudad. Los muchachos apenas parecían mayores de edad, pero eso no atrajo la piedad de la multitud salvaje.

Cada uno de los espectadores sostenía piedras del tamaño de un puño y empezaron a lanzarlas con avidez en cuanto el guardia lo permitió. Sin embargo, se negaron a emplear su fuerza en los lanzamientos por encima de la cabeza, optando en su lugar por golpes suaves por debajo de la mano o laterales.

No se puede subestimar la crueldad de este acto. Un lanzamiento limpio de un adulto podía arrancarle la cabeza a un hombre. Esta muerte relativamente rápida liberaría las almas de los chicos de su sufrimiento terrenal. Sin embargo, los ciudadanos se contuvieron para prolongar su calvario. Las pesadas rocas traían dolor y sólo dolor: su suave trayectoria nunca vendría acompañada de una dulce liberación.

La agonía continuó a medida que los daños se acumulaban lentamente y, tras una eternidad insoportable, los chicos finalmente murieron. Ellos mismos no podían saber cuántos días habían pasado, pero la tortura se había extendido más allá del alcance del tiempo.

Los bandidos temblaron al ver a sus nuevos reclutas reducidos de humanos a carne con forma de hombre en el lapso de unos días...

mientras se hacía evidente lo que venía a continuación. Su miedo se manifestó cuando el último de los novatos (que no había conseguido matar ni a una sola persona en su primera y única incursión) exhaló su último aliento, y se llevaron al siguiente puñado de hombres.

Este lote fue cocinado vivo en un enorme artilugio. El imponente mecanismo parecía una parrilla para ahumar carnes, y los habitantes de la ciudad podían añadir leña a su antojo. Aunque los hombres estuvieron bien durante un breve periodo, el calor prolongado los convertía poco a poco en no más que trozos de venado curados. Los espectadores señalaban y se reían de cómo sus cuerpos abrasados e hinchados se parecían a los corderos que se servían en las fiestas.

Pasaba el tiempo y el jefe de los bandidos seguía presenciando la tortura. Le metían comida y bebida a la fuerza en la boca para quitarle la posibilidad de morir de hambre. Tras soportar un eterno torrente de abusos verbales por parte del público y de sus otrora leales subordinados, la psique del hombre se había hecho añicos. En realidad, ya no podía distinguir el clamor odioso de las voces del pasado que rebotaban en su mente.

Por fin, cuando el último de su grupo había muerto mordisqueado por las ratas, le llegó el turno a él. Una vez más reducido de jefe de bandidos a mero hombre, respiró aliviado cuando le deslizaron una gruesa cuerda de paja alrededor del cuello. Por mucho que tardaran, una muerte en la horca era más humana que el destino de cualquiera de sus hombres.

—¿Te gusta este nudo, muerto de hambre? —dijo el verdugo al ver su felicidad—. Pero déjame advertirte. Yo no soy tan simpático como la gente de la ciudad.

El verdugo enmascarado pateó al hombre como si fuera un guijarro junto a la carretera y lo condujo hasta un río que atravesaba el corazón de la ciudad. Un gran puente dominaba el agua, apto para transbordadores, bellamente adornado, con suficientes adornos como para delatar su condición de monumento turístico a primera vista.

Tirado hacia el centro de esta maravilla arquitectónica, el hombre fue bajado al agua con la cuerda atada a la barandilla del puente, como si fuera un cebo de pesca o un marcador fluvial flotante.

Bajo la suave corriente se había construido una única plataforma de madera, cuya altura se ajustó para que el agua llegara al ombligo del convicto cuando se pusiera de pie. Al principio, el antiguo jefe de bandidos no entendía la intención de este castigo. *¿Por qué me obligan a estar aquí de pie?* pensó, sólo para recibir una rápida respuesta.

A pesar de su fatiga, ya no podía sentarse ni dormir; cualquier intento accidental de esto último se veía interrumpido por el escozor del agua en sus pulmones, mientras que la plataforma lo mantenía en su sitio para que no lo arrastrara la corriente.

Al final, intentó ahogarse... pero no lo consiguió. Ahogarse era tan horrible que, por muchas veces que lo intentara, su cuerpo se aferraba instintivamente a la cuerda para prolongar su vida. Cada vez, se desesperaba por seguir respirando mientras la gente del pueblo se burlaba de él por su locura.

El Imperio Trialista de Rhine había optado por mantener la confidencialidad de su código penal. Jueces, abogados y los señores de cada región ocultaban estrictamente los secretos de sus castigos por una única razón: no querían que sus ciudadanos evaluaran las consecuencias establecidas y llegaran a la conclusión de que un crimen «merecía la pena».

El preámbulo inicial del código penal del Imperio estaba forrado con este mensaje: *Que cada pena expíe cien pecados*. Hoy, los austeros habitantes de Rhine mantenían su política. Esto era tan común de ver como un padre luchando para proteger a su familia.

La arena de la orilla era aún más finita que las semillas de la malevolencia humana; aun así, qué fácil es cortar el brote una vez que se forma.

[Consejos] Los castigos públicos se consideran un mal necesario en todos los rincones del mundo.

—La noche con su manta abraza a la araña – la luna, su almohada – le brinda calma y maña. Las estrellas vigilan – su sueño gentil, escondida y cubierta – sus ojos son sutiles.

Mientras cantaba mi canción de cuna original y acariciaba suavemente la espalda de Iseult, ella se adormecía rápidamente en el reino del sueño. Verla dormirse con tanta facilidad casi me convence de que soy un cantautor genial.

Hacía tiempo mi hija había tenido un terrible mal dormir. Cuando era un bebé, sus lágrimas eran tan obstinadas que, incluso después de tomar los rasgos para reducir el descanso que necesitaba, mi esposa aracne que necesita dormir poco y yo apenas podíamos seguirle el ritmo.

Escribí esta canción de cuna en un intento desesperado por acunarla, y no tengo palabras para expresar lo agradecido que me sentí cuando le gustó. Subir de nivel una habilidad de canto era ridículamente caro, así que había optado por rasgos baratos como Timbre Persistente y Voz Suave para intentar inventar algo yo mismo. La primera vez que se durmió con ella, lloré de alegría.

Aunque, hay que reconocerlo, Margit me prohibió inmediatamente cantar —no sólo canciones de cuna, sino en general— delante de otras personas, así que mi emoción duró poco. Supongo que mi hija era tan parcial conmigo como yo con ella. *Me pregunto cuánto tiempo más la hará dormir esta canción.*

—¿Ya dormida? Vaya, es como si ni siquiera me necesitara.

Yo había estado velando amorosamente a mi adorable niña cuando mi esposa me susurró al oído sin el menor aviso previo. El armazón de la cama no crujió, y me extrañó que ni siquiera hubiera sentido moverse el colchón. Ella había estado colocando mi armadura mientras yo estaba ocupado acostando a Iseult, pero había terminado su parte en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras un delicioso cosquilleo me recorría la columna, constaté mentalmente otra derrota. Intenté girarme hacia ella desde el lado en el que estaba tumbado, pero Margit me bloqueó el brazo con el pecho. Su perfecta posición me había inmovilizado por completo; tenía el punto de apoyo de mi cuerpo firmemente atado. Estaba claro que no necesitaba telarañas para atrapar a su presa.

—¿Qué vas a hacer con tu pobre marido cautivo? —le pregunté.

—¿Quién quiere saberlo? ¿Qué voy a hacer? Tal vez te mantenga en una pequeña jaula. ¿O prefieres un collar? —Margit se asomó, apoyando la mayor parte de su peso sobre mí. Aunque sus labios se torcieron en una sonrisa arqueada, pude ver en el reflejo dorado de la luna en sus ojos que no estaba jugando. Era tan cautivadora que su encanto superaba el exterior infantil que había visto durante toda mi vida, dejándome sin aliento.

—Sabes, he estado pensando... ¿Por qué nuestra princesita es tan llorona?

Oh-oh. Esto es malo. Inmediatamente intenté soltarme, pero las ocho patas que se clavaron en el colchón se retorcieron hábilmente para acabar con cualquier impulso que tuviera. Me puso boca arriba antes de que me diera cuenta y, para cuando me montó con los brazos pasados por mis axilas, estaba a su merced.

Por un momento me preocupó que el movimiento pudiera haber despertado a nuestra hija, pero antes de que me diera cuenta la habían trasladado a la esquina de la cama (pero no tan cerca del borde como para caerse, naturalmente). No sólo eso, sino que la manta extra que la envolvía era una prueba del amor de su madre. *¡Espera, no es momento de impresionarse!*

—Iseult está solita, ¿verdad? —Margit arrulló—. Tiene a su madre y a su padre para ella sola, y sus cariñosos abuelos la adoran en todo momento.

—Um, eso es verdad...

Mi mujer se echó sobre mí, apoyando la barbilla en mi pecho con una sonrisa juguetona. Sin embargo, la mirada en sus ojos era cualquier cosa menos alegre.

Inquietantemente hermosa, como siempre. Ya había utilizado esta frase antes, pero permítanme reiterar que no estaba diciendo que su elegancia se quedara conmigo; simplemente era aterradora y cautivadora a partes iguales. Y para mi horror, parecía que ambas cualidades aumentaban con el paso de los años.

—Así que, tal vez, —continuó—, le vendría bien un hermanito o hermanita.

¿No te parece perfecta mi idea? se le leía en la cara, y no se me ocurrió ninguna objeción. Yo mismo no encontraba absurda la idea: yo había sido el menor en mi vida pasada, y la responsabilidad fraternal que sentí desde el nacimiento de Elisa sin duda me había cambiado mucho. Su razonamiento era sólido, pero...

—No estarás pensando que las cosas están bien como están porque te encanta mimar a tu hija... *¿verdad?*

—Ajajajá. Obvio no. —*¿¿Cómo lo supo!?*

Margit suspiró ante mi monótona respuesta y apoyó la barbilla, aún sobre mi pecho. Su mano izquierda libre se acercó y me frotó suavemente la mejilla.

—Vaya, qué padre más dulce. Pero... ya sabes, *Erich*, —susurró mientras me acercaba la cara—. Puede que seas padre, pero no debes olvidar que también eres mi marido, *¿verdad?*

La sonrisa de Margit desapareció cuando sus labios se posaron en los míos. El suave beso dejó tras de sí una sensación tierna y pastosa cuando la cazadora por fin enseñó los colmillos. Para ser justos, no tenía intención de negarme desde el principio. El amor me hacía débil... o más bien, tal vez simplemente estaba predestinado a ser su presa.

Puede que nuestro matrimonio surgiera de una acampada demasiado cariñosa, pero yo no era tan imprudente como para arriesgarme a tener un hijo sólo por lujuria, por muy excitable que

fuera mi cuerpo púber. Ya era casi un adulto, así que siempre tuve la opción de apartarla de mí... pero no lo hice.

No veo razón para que me esfuerce en explicar por qué. ¡No preguntes, es vergonzoso!

—Entonces, ¿qué me dices? —preguntó Margit con picardía.

Respondí cerrando los ojos. *Tú ganas: esta noche haré obedientemente el papel de presa cazada.*

[Consejos] Cuando los hombres mensch se reproducen con otras especies, la descendencia casi siempre se parece a la madre.



Palabras del autor

Permítanme dar las gracias en primer lugar a los loables lectores que tuvieron la amabilidad de hacerse con este libro. A continuación, permítanme ofrecer mi más profunda gratitud a mi paciente editor, que ni una sola vez perdió los nervios ante mi lento progreso, y a la espléndida Lansane, que embelleció esta historia con magníficas ilustraciones de principio a fin. Y, por supuesto, gracias a todos los que me han regado con sus pensamientos mientras escribía la novela web sobre Narou; después de todo, soy bastante propenso a marchitarme.

Por encima de todo, estoy agradecido a las compañías que desarrollan los RPG de mesa que han servido de base para innumerables historias y aventuras. Sólo puedo esperar haber sido capaz de honrar de alguna manera a los juegos de mesa que he disfrutado durante años.

Recuerdo ahogarme en la montaña de libros de reglas que habíamos metido en el armario de una desordenada habitación de cuatro tatamis (¿o eran seis?); antes de que me diera cuenta, estábamos tirando dados en un apartamento un poco más grande mientras los vecinos nos gritaban que nos calláramos; y un día me encontré jugando con espacio suficiente para alinear tres mesas una al lado de la otra. Echando la vista atrás, ha sido un largo viaje desde que me gradué en nuestra decrepita cuevita.

—Viejo, quiero hacer una hoja de personaje y tirar unos dados de tamaño cómico, —me quejaba en el trabajo. Como soy una criatura extraña, me limité a escribir según me apetecía, hasta que me encontré en un lugar sorprendente: con un libro de bolsillo lleno de dibujos, ahora yo también puedo afirmar que soy un autor hecho y derecho.

Aunque sólo sea por eso, permítanme que me dirija a mis antiguos compañeros de colegio que me animaban diciendo: «¿Vas a

convertir tus pomposas divagaciones en una novela ligera? No me hagas reír. Date prisa y escribe la siguiente parte de nuestra campaña.» Yo les devolveré el favor extendiéndome a través del tiempo para preguntarte: ¿¿¿*Me ven ahora???*

Con esto fuera del camino, me gustaría tocar el tema de los RPG de mesa como un buen epílogo debe hacer. De vez en cuando, recibía comentarios sobre la novela web de gente que no conocía en absoluto el concepto. No hace falta decirlo; no es precisamente un pasatiempo omnipresente (aunque es increíblemente popular en comparación con los días de su creación) y requiere de varias personas para disfrutarlo de verdad. Aun así, no se me ocurre ninguna otra actividad que sea tan divertida de disfrutar con un grupo grande.

Es como representar una obra de teatro con una historia, pero sin guión, en la que el director general y los jugadores intentan matarse unos a otros, pero trabajan juntos para tejer una historia. Tanto tú como los demás disfrutarán de la historia a través de personajes cercanos y queridos: reirán, llorarán, disfrutarán de la gloria y, a veces, se pasarán la noche hablando pestes de los otros. Sinceramente, es difícil resumirlo en una sola frase.

Hay bichos raros perfeccionistas como yo que utilizan papel y bolígrafo para apuntarlo todo, desde los números hasta el escenario, con el fin de causar todo tipo de caos. También hay aficionados a los que no les importan los datos y sólo están ahí para meterse de lleno en su papel. Esto me parece preocupante, pero también hay belicistas que ven al GM y a otros jugadores como «oponentes» a los que golpear por la emoción del triunfo. E incluso hay quien simplemente utiliza el medio como una herramienta para pasar un rato divertido con la gente a la que quiere. Los juegos de mesa son un pasatiempo muy, muy tolerante que acepta a todo el mundo.

Más allá de eso, hay suficientes géneros en los que ahogarse. Hay fantasías clásicas, escenarios en los que cabe esperar que una cosa oscura u otra resida en el ojo o la mano izquierda de alguien, mundos que amenazan con minar tu cordura con sólo leer sobre su existencia, y mucho más.

He intentado enumerar todas las cosas posibles, pero la profundidad de esta afición no se puede enumerar en el breve espacio de un epílogo, así que le animo a que lo intentes tú mismo. Tranquilo, todo irá bien: igual que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones, el sendero que conduce al pozo sin fondo de los juegos de mesa es fácil de recorrer. Unos minutos con la plancha de metal incandescente a tu lado son más que suficientes para encontrar un lugar donde disfrutar de una campaña.

¿Y quién sabe? Podría ser el comienzo de una amistad duradera, de esas en las que escuchas sus balbuceos de borracho incluso acercándote a la treintena. La diversión de interpretar un papel, escribir una campaña y dejar que los dados decidan tu destino puede conducir a algo nuevo.

Con sólo una pizca de espacio restante, por fin me he dado cuenta de que me he olvidado por completo de hablar de la historia en sí, pero espero que al menos se hayan reído con mi atolondrada naturaleza. Tengo previsto continuar las aventuras de Erich en Internet, y me alegraría mucho que siguieran las últimas entregas con la misma despreocupación con la que leen las repeticiones de alguien. Si tenemos la oportunidad de volver a vernos, estoy seguro de que esas terroríficas hadas tendrán su turno de protagonismo.

Ahora que ya está todo dicho, gracias por acompañar el prolijo texto tanto de la novela como del epílogo. Rezo por poder ofrecerles más del viaje de Erich en el futuro.

[Consejos] El valor esperado del autor al tirar 2D6 es 5 como jugador y 9 como GM.



Margit
(desde la
perspectiva
de elisa)

¡Felicidades por
el lanzamiento!
¡Que la heroína sea
aracne está 10 de 10!

PERSONAJE

Nombre

Erich

Raza

Mensch

Posición

Guardia frontal

Especialidades

Destreza VII

Habilidades

- ◆ Artes de la Espada Híbridas
- ◆ Tallado de Madera

Rasgos

- ◆ Arte Encantador
- ◆ Perspicacia



Nombre

Margit

Raza

Aracne

Pocisión

Exploradora, Arquera

Especialidades

Agilidad VI

Habilidades

- ◆ Movimiento Silencioso
- ◆ Disolución de Presencia
- ◆ Tiro con arco corto

Rasgos

- ◆ Físico de araña
- ◆ Encanto hechizante

PERSONAJE

Margit



Historias Bonus Extra

Concierto para la bañera

La bañera es el paraíso de los japoneses. Por supuesto, ahora soy un ciudadano imperial, pero, aun así.

—Muy bien, con esto debería bastar.

Me enjuagué el sudor de la frente mientras contemplaba el fruto de varios días de duro trabajo cerca de un pequeño arroyo en el bosque de mi cantón. Tras pagar el peaje de sudor y agonía que exigen todas las grandes hazañas de la creación, había dado forma física a mis penurias, frustraciones e ingenio. Al ver la gran bañera de madera consagrada ante mí, casi se me saltan las lágrimas.

Tenía el tamaño justo para preparar miso o salsa de soja, pero no pensaba recrear los sabores de mi patria, lo único que quería era un baño.

Nuestro cantón era demasiado rural para algo más que un económico baño turco. Las saunas tenían sus méritos, pero mi alma forjada en el país del sol naciente anhelaba unas aguas termales que me llegaran hasta los hombros. Cada viaje al baño de vapor no hacía más que avivar las llamas de mi deseo, y finalmente perdí la paciencia y me construí el mío propio.

Y vaya que si me lo había creído.

Pensaba que construir un gran cubo sería fácil gracias a mi habilidad para tallar, pero el proceso había sido una pesadilla. Alinear todos los tablones para crear un ajuste hermético era realmente el trabajo de un artesano. No creo que hubiera terminado el proyecto sin el consejo del herrero local.

Después de fracasar tres veces en el intento de unir los tablones defectuosos que rescaté del aserradero, por fin conseguí hacer algo que retuviera el agua en mi cuarto intento. También había arreglado los agujeros de una vieja estufa de leña del montón de chatarra del cantón y había colocado encima una olla oxidada para hervir agua caliente. No podía crear algo tan complejo como un calentador de agua, pero supuse que diluir el agua hirviendo con agua fresca del río sería suficiente para la pequeña bañera de una sola persona.

—El arroyo cercano lo hace muy fácil, —me dije mientras echaba leña al fuego. Empecé a sudar mientras echaba agua en la bañera, pero me alegré mucho de hacerlo por el bien de mi baño; después de todo, no hay nada como sumergirse en agua caliente cuando se está sudoroso y cansado.

—Está casi listo...

Aumentar la temperatura del agua había sido más laborioso de lo que había previsto, pero por fin, mis preparativos estaban completos. Sumergirme en agua ligeramente demasiado caliente era parte de mí, y me sentí bastante satisfecho de mí mismo cuando sumergí la mano para comprobar el calor, hasta que un escalofrío me recorrió la espalda.

—Has estado muy distante últimamente, pero nunca habría imaginado que te escondías construyendo algo así. —Una voz sensual que se filtró en mis oídos vino acompañada de una nueva sensación de peso en mi espalda. Mi cuello giró como una bisagra sin engrasar para ver a mi sonriente amiga de la infancia—. Todo el mundo querría un turno si se corriera la voz sobre esto. ¿No sería una pena?

—...¿Cómo es que esto terminó así? —pregunté.

—Ahh, qué agradable, —dijo Margit, ignorándome.

Aunque los detalles distaban mucho de mi plan original, me encontré bañándome unos minutos después. La chica que me había amenazado con una sonrisa alegre hacía unos instantes ahora estaba sentada en mi regazo.

Había hecho la bañera más pequeña para que fuera más fácil llenarla de agua caliente; un adulto tendría que apretujarse, y dos niños mensch apenas cabrían. Sin embargo, Margit tenía espacio de sobra, siempre que doblara las piernas y se colocara encima de mí. Aun así, tenía un problema: mi agradable y relajante baño se había convertido en un horrible literal guiso de tensión.

—Había oído hablar antes de los baños de agua caliente, pero nunca me había dado cuenta de que fueran tan maravillosos, Erich, —dijo, mirando por encima del hombro con una sonrisa maliciosa. Se había soltado las coletas de siempre y su misterioso encanto no dejaba rastro de la inocencia propia de su edad.

—Me alegro de que te haya gustado...

—Mucho, —dijo ella—. ¿Volvemos a hacerlo alguna vez? — Mientras hablaba, sus brazos me rodearon el cuello y apoyó todo su cuerpo contra el mío.

—¡Qué... oye!

—Pero sabes, el hecho de que el agua se enfríe tan rápido es realmente una pena. Oh, así que por eso sigues hirviendo agua a pesar de estar ya en la bañera. Déjame ver, ¿cuánto debo añadir para calentarnos?

A Margit le habría resultado más fácil alcanzar el agua caliente si se hubiera inclinado un poco hacia delante. *Lo hace a propósito... ¡Qué miedo! Cualquiera otro chico de nuestra edad habría perdido la cabeza en más de un sentido.*

—Aun así, te habría agradecido que me avisaras. —Sirvió un poco más de agua hirviendo para ajustar la temperatura y me lanzó una mirada acusadora—. No sabía que tenía que traer jabón, así que no puedo lavarme.

—Espera un momento, —le dije—, de todas formas, no puedes hacerlo.

—¿Qué? Pero los baños sirven para limpiar el cuerpo.

—No, se supone que tienes que mantener la bañera limpia.

—¿Eh? Pero no puedo evitar sentirme rara sin lavarme...

—¡No se te permite en absoluto ensuciar la bañera!

Para bien o para mal, mi apasionada disertación sobre la forma correcta de bañarse me hizo olvidar por completo otros detalles de mi situación actual. Sin embargo, Margit sólo había probado antes las saunas, y seguía mostrándose totalmente poco convencida por mucho que yo intentara explicarle con entusiasmo mi postura.

[Consejos] Los ciudadanos imperiales también se lavan antes de entrar en el baño, pero es aceptable usar un estropajo en el agua.

Hormigueo, amor fugaz

La mirada melancólica de una joven se posó en un chico de su misma edad. Bañado por la suave luz del sol filtrada a través de los árboles de los bosques del cantón, Erich se adormiló y comenzó a dormir la siesta de la tarde. Disfrutaba de un pequeño grado de fama local, y no era sólo por su pelo rubio y sus ojos azules por lo que era popular entre la población rhiniana.

Había muchas razones por las que su nombre era reconocido en todo su cantón; la primera y más sencilla, era popular entre las damas. En un mundo que aún no había alcanzado la madurez cultural, poseía el rasgo más atractivo que podía tener un hombre: el poder de ganar dinero. Normalmente, un cuarto hijo sin esperanzas de heredar su casa no atraería más atención romántica que una rama caída. Sin embargo, su nombre era un pilar en los cotilleos que florecían cada vez que se reunían las jóvenes.

Sus estatuillas de la Diosa eran lo bastante buenas como para que la iglesia se hiciera con ellas, y sus piezas de madera para juegos de mesa despertaban la admiración incluso de artesanos profesionales. De hecho, su habilidad como tallador era tan grande que corría el rumor de que financiaba de su bolsillo los persistentes gastos médicos de su hermana enferma. El hambre era una sentencia de muerte en esta época, y cualquiera que pudiera poner pan en la mesa era más que seguro que atraería los ojos y oídos del sexo opuesto.

Sin embargo, el interés de esta chica era de otro tipo. Al igual que Erich, era una mensch, y su crecimiento había comenzado un latido antes que el de todos sus compañeros, por lo que la intención de sus apasionadas miradas también era diferente. Su historia era tan sencilla como corriente; sin embargo, para una niña que apenas pasaba de los diez años, parecía cosa del destino.

Un día, sus amigos se burlaron de ella por su cuerpo alto y en desarrollo. No lo habían hecho por maldad: se había vuelto más linda

y se habían burlado de ella en un intento simpático e infantil de procesar los latidos de sus propios pechos.

Sin embargo, una joven frágil no tenía margen de maniobra para apreciar esta «lindura». Poco acostumbrada al dolor, las palabras burlonas de los que consideraba sus amigos le dolieron más de lo que podía imaginar. Sintió la herida en lo más profundo de su corazón, en el punto vulnerable que la gente sella cuando llega a la edad adulta. Atormentada, la niña sólo podía rezar para desaparecer.

Pero entonces, Erich intervino suavemente para detenerlos. Con una lengua de plata superior a la de su edad, guio al grupo por la nariz y, antes de que se dieran cuenta, todos estaban jugando juntos de nuevo. La niña había encontrado naturalmente su lugar en sus juegos, del mismo modo que se sintió cautivada por la tierna mirada de Erich mientras los observaba. Desde una perspectiva ajena, la impía elocuencia del muchacho podría haberse considerado inquietante. Sin embargo, su significativa mirada sólo le pareció fiable a la joven, y catalizó el cambio en sus sentimientos de gratitud a amor.

Desde entonces, la muchacha no podía apartar los ojos de él cada vez que lo veía. Sin embargo, a pesar de albergar su fugaz primer amor, la chica nunca participaba en los cotilleos que florecían entre sus amigas.

El mejor rasgo de Erich no era que supiera hacer dinero. Era amable, cariñoso y no te daba la espalda en un apuro. Es más, había soportado el doloroso entrenamiento de la Guardia de Königstuhl, o eso contaba la historia que ella había oído un día, por una razón que le hacía cosquillas en el corazón: no quería que nadie más sintiera el mismo dolor. *¿Qué tan galante y noble puede ser?*

Ninguna de las otras chicas comprendía su verdadera valía. El dinero no era secundario, ni siquiera terciario. Ella sólo podía imaginar lo mucho que él cuidaría de la chica que consideraba máspreciada.

Sólo sus fantasías bastaban para que un dulce cosquilleo recorriera su cuerpo. Quería saborear para siempre el pozo de calor

en lo más profundo de sus entrañas desbordándose por todos los rincones.

Pero hoy la sensación era un poco diferente. Un miedo helado se abrió paso desde la parte más baja de su columna vertebral. Sorprendida por esta intrusión en el tierno calor de su felicidad, se giró para enfrentarse a un par de ojos dorados y brillantes.

—Disculpa, ¿te gustaría acompañarme en una conversación amistosa?

La voz era a la vez amistosa y hostil; el frío que transmitía ahogó el suave cosquilleo que había estado sintiendo... y nunca volvería a sentirlo.

Frizcop: Nooo, penita por la niña :c

[Consejos] Hubo un tiempo en la historia de la humanidad en que la capacidad de ganar dinero extra en invierno era mucho más sexy que la buena apariencia o una hermosa voz para cantar.

Artes secretas para seducir hombres

Hanna ladeó la cabeza con curiosidad cuando oyó que llamaban a la puerta. No esperaba invitados, y sus parientes no le hicieron el honor de pedirle permiso para entrar. Se quedó pensativa mientras abría la puerta a una joven que llevaba una cesta.

—¡Oh, pero si es Margit!

—Encantada, madre querida, —dijo la aracne, haciendo una reverencia juguetona como una noble.

Hanna no tardó en reconocer a la amiga de su hijo; la verdad es que la tenía en gran estima, desde sus patas de araña hasta su adorable pelo castaño y sus ojos color avellana.

La campiña era poco transitada, por lo que a menudo carecía de entretenimiento. Los prosaicos dramas humanos eran su principal pasatiempo, y ninguna conversación podía tocar la fibra sensible de una madre como las vidas amorosas de sus hijos. Los cuartos hijos solían tener grandes dificultades para encontrar pareja, dada la escasez de su herencia, por lo que ver a Erich envuelto en un joven romance llenaba de alegría a Hanna.

Además, Margit no sólo era una trabajadora de buenos modales que tenía todo lo necesario para triunfar en el campo, sino que era evidente desde fuera que estaba locamente enamorada de Erich. Tal vez los miembros del sexo menos capaz emocionalmente no se hubieran dado cuenta, pero Hanna también había sido una vez una doncella enamorada.

—Esto es de mi propia madre, para compensarla por prestarnos aceite el otro día.

La cesta de Margit contenía un trozo de venado cuidadosamente procesado. Los cazadores se ganaban la vida protegiendo de los ciervos las arboledas del coto, y la carne que proporcionaban al cantón era un artículo muy caro. Utilizaban mucho aceite: lo necesitaban para mantener sus herramientas, y muchos ganaban un buen dinero extra fabricando jabón con el aceite sobrante y las vastas

reservas de grasa de sus presas. La granja de Johannes tenía su propio campo de olivos y su familia solía prestar aceite a los cazadores que lo solicitaban. Hoy parecía que habían pagado la deuda.

—¡Vaya! —dijo Hanna—, ¡esto es un corte de paleta!

—Sí, he oído que a todos les gusta.

El comercio en el cantón se basaba en el intercambio de favores, hasta el punto de que era raro saldar una cuenta en efectivo. Pagar fielmente la deuda era clave para vivir feliz en la aldea, pero este regalo era extraordinario. La paletilla de ciervo era muy magra pero sabrosa, y su preparación dependía en gran medida de la habilidad culinaria del cocinero.

En algunas regiones del mundo, la belleza de una mujer se ponía de manifiesto por lo bien que supiera preparar el plato de su pueblo. Hanna pensó en marinar la carne en una salsa a base de vino que a su cuarto hijo le gustaba especialmente cuando, de repente, tuvo una revelación.

—Sabes, Margit... Erich está fuera ahora mismo haciendo un recadito.

—Sí, estoy al tanto, —respondió la aracne—. No quiero molestar, así que me despido...

—Voy a preparar uno de sus platos favoritos. ¿Quieres acompañarme?

—¡Por supuesto!

Hanna no pudo reprimir una sonrisa al ver el entusiasmo de Margit. La visión de aquella doncella enamorada la llenó de vergüenza al recordarle su juventud. Una vez, ella también había dedicado incontables horas a cocinar con la madre de un chico, retocando esto y aquello en infinidad de pruebas que él nunca se comería. Los amargos recuerdos que se derretían sobre su lengua la dejaban con un impulso persistente de animar a la pequeña aracne como pudiera.

No podía evitar sospechar que había agotado toda su suerte como madre. *¡Y pensar que hay una chica que ama a Erich no por su estatus o fortuna, sino por ser quien es!*

—Para empezar con los ingredientes, vamos a querer encontrar el vino más agrio que podamos.

—¿Eh? Pero a Erich le gusta el vino dulce...

—¡Jee, jee, es cierto! Pero podemos ajustar el sabor con miel, y no queremos que sepa demasiado dominante.

Al ver la atención de Margit fija como si estuviera en uno de los sermones del obispo, Hanna le enseñó alegremente a la chica sus artes secretas para seducir hombres.

[Consejos] El sauerbraten es un plato de carne muy adobada, un clásico del Imperio. Generalmente, la paletilla de cerdo o de ciervo se sumerge en una salsa a base de vino.

Animadas voces rebotan de un lado a otro sobre la mesa del comedor. Comer un enorme almuerzo para prepararse para el agotador trabajo de la tarde era algo muy rhiniano, y me sentí bendecido por estar sentado a una mesa forrada de carnes al vapor y pan.

—Viejo, esto está tan bueno como siempre.

Mientras saboreaba uno de mis platos favoritos, una sonrisa de complicidad se dibujó en el rostro de mi madre cuando empezó a contar su historia. Tejió su historia como una poeta sonora, y estoy seguro de que una lira le habría sentado bastante bien cuando reveló que el plato de hoy se había hecho en tándem con Margit, que había pasado a dejar la carne en mi ausencia.

—Ahh, así que esto es de esa chica, —dijo mi padre—. Tenía la sensación de que esta carne estaba más blanda de lo habitual; quizá sea porque esos cazadores la preparan como es debido.

—Ah, claro, los padres de Margit son cazadores, —siguió mi hermano mayor—. Espera, ¿eso significa que podemos comer toda la carne que queramos si son nuestros parientes?

—¡Heinz, eres un genio! —exclamó Michael—. ¡¿Crees que también podríamos comer carne de jabalí y de ave?!

—Sería genial, —asintió Hans—. Erich, ¿cuándo te casas con su familia?

La aguda observación de mi padre fue seguida inmediatamente por mis hermanos, que se lanzaron a decir lo que les dio la gana, dejándome con el ceño fruncido. *¡Qué astuta es Margit para tender trampas!*

—¡Señor Hermano, no!

—¡¿Por qué no, Elisa?! ¡No todos los días se come carne tan buena!

Me deleité en la salubridad del único miembro de mi familia que me eligió a mí antes que a la carne, y le di otro mordisco a lo que era esencialmente una trampa de foso en forma culinaria. Sabía delicioso, pero la idea de que este sabor podría decidir mi vida me hizo fruncir los labios.

[Consejos] El matrimonio suele ser decidido por las personas que rodean a la pareja que se casa, y no por ella misma.

Madre insistente

—¡Vaya, vaya! ¡Bienvenido!

Llamé a la puerta de una casa que apenas se parecía a la mía y me respondió una dulce voz desde el interior. Esta casa de piedra a la sombra del bosque era el hogar del cazador designado oficialmente por el magistrado, lo que la convertía en la residencia de Margit. Dicho esto, *no* fue ella quien me recibió en la puerta.

—Lo siento mucho, querido. Margit está fuera haciendo un recado. ¿Por qué no entras mientras tanto?

El familiar pelo castaño y los grandes y bonitos ojos color avellana que me recibieron adornaban un rostro redondo y juvenil que parecía tener más o menos mi edad sólo por las apariencias. Sin embargo, mi sensibilidad masculina no podía evaluar correctamente la edad de la mujer de ocho patas; no era en absoluto la hermana de mi amiga de la infancia.

Tenía el pelo ligeramente ondulado y un aire muy distinto al de Margit. Mientras su hija destilaba picardía juguetona, ella tenía la compostura de una señora hecha y derecha.

—¿Te apetece un té? —me preguntó la venerable madre de Margit.

Aunque sólo fuera por eso, su porte chocaba con su aspecto: desde luego, no parecía una treintañera. Aunque podría pasar por la hermana preadolescente de Margit, sus expresiones, su forma de hablar y sus ademanes rezumaban una gracia madura. Además, podía distinguir los pendientes que colgaban de sus orejas entre los mechones de pelo, y su ropa holgada dejaba al descubierto la piel tatuada que llevaba debajo. No era la primera vez que me escandalizaba su brecha de apariencia: la tradicional marroquinería de aracne que había llevado en festivales pasados tenía un corte profundo que mostraba con orgullo un tatuaje de araña en la parte inferior de sus abdominales y un par de alas de mariposa justo encima del coxis.

—No, gracias, estoy bien, —le contesté.

—No está bien ser tan reservado desde tan joven. Ven, ven, acabo de preparar una nueva tanda de té. Toma asiento.

La viej... *experimentada madre* me empujó hacia una silla y me sirvió una taza de té rojo. No sólo era fresco, sino que lo acompañó de frutos secos aparentemente caseros para que no me fuera. Mi orgullo imperial no me permitía desperdiciar una taza de té en perfecto estado. *Oh bueno, ¿qué se le va a hacer?*

—Los chicos jóvenes son maravillosos, —dijo con una risita—. Están llenos de vida.

Frizcop: Ajale, le sabe la señora.

Su afirmación estaba cargada de un significado más profundo que hizo que una sacudida recorriera mi columna vertebral. Si los susurros de Margit eran una repentina gota de hielo, la voz de su madre era como un plumero recorriendo mi espalda.

—Sabes, cuando yo era más joven...

—¡Madre, ¿qué demonios estás haciendo?!

La voz familiar de mi amiga de toda la vida cortó el peculiar timbre dulce que me había estado haciendo cosquillas en el oído. Con una cesta bajo el brazo, entró, por la razón que fuera, por una ventana abierta. Saltó hacia mí tan ágilmente que la perdí de vista por un momento, y no tuve tiempo de reaccionar a su salto sobre mi pecho. Su sonrisa habitual desapareció y miró a su madre por encima de mi hombro.

—¿Por qué te estás intentando ligar a Erich?!

—Que cosa más fea dices. Sólo le he servido un poco de té.

El enfado inusitado de Margit la hacía parecer un cachorro descontento (en realidad, estaba más cerca de un lobo majestuoso), con el ceño arrugado por la rabia. Intenté calmarla y me tomé el resto del té para salir. Hoy me había prometido clases de tiro con arco en el bosque.

—¿Por qué estás tan enfadada? —le pregunté.

—Vi cómo le hacías ojitos a mi madre, —dijo.

—¿Qué?! No, espera... —Intenté disipar sus sospechas, pero seguía irritable, y el día de entrenamiento acabó siendo un infierno.

[Consejos] Los aracne alcanzan la madurez física relativamente rápido y apenas ven cambios en su aspecto una vez que lo hacen.

—Margit sonaba muy enfadada. ¿Qué ha pasado?

Un hombre delgado bajó del segundo piso un rato después de que su hija se llevara a rastras a su compañero con bocanadas de vapor saliendo de sus orejas. El hombre se quitó los guantes de trabajo y se sacudió la madera de la ropa.

Aparentaba unos cincuenta años; aunque podría haber sido un abuelo convincente para Margit, su parentesco estaba un paso más cerca, y poca gente habría creído que él y su mujer no estaban tan alejados en edad.

—¿Eh? Solo le di un empujoncito, eso es todo.

El cazador de toda la vida tomó asiento junto a su pareja. En contraste con la exuberante sonrisa de ella goteante de intención, dejó que sus músculos faciales se relajaran.

—¿Qué vas a hacer si eso crea un incendio?

—Pero querido, no creo que sea muy apropiado estar demasiado lleno de uno mismo o de su posición. —Se llevó una mano a la mejilla e inclinó la cabeza mientras hablaba, haciendo que una sensación familiar recorriera la columna de su marido—. Si se descuidara y dejara escapar a su objetivo... bueno, eso no es lo que *hace* un cazador, ¿verdad?

La razón de los escalofríos del hombre era simple: su expresión era la de un depredador arquetípico. Al reflexionar sobre su propia

historia, el hombre recordó que, a pesar de su condición de cazador, también era un blanco indefenso enredado en una tela de araña.

Según su mujer, su hija era, con diferencia, la favorita en su carrera de amor, pero se le había subido el protagonismo a la cabeza, y hacía poco que había empezado a jugar con su comida. Por supuesto, la madre de Margit nunca prohibiría tales cosas; el periodo de dulzura que transcurría entre la amistad y el noviazgo no era territorio que pudiera recauchutarse una vez asentada una relación. Aun así, era inaceptable ahogarse en aquella dicha y perder de vista los peligros de sus rivales románticos.

—Nuestra pequeña tiene mucha competencia, —suspiró—. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Tiene sentido, —dijo—. El chico tiene buena reputación.

La cara de Erich apareció en la mente del delgado cazador mientras pensaba en lo que había oído decir a sus amigos. El chico era diligente y honrado, y era especialmente popular por el valor de sus tallas de madera. Las viudas y las familias sin hijos se fijaban especialmente en él.

El padre estaba impresionado por lo bien que su hija se las había arreglado para defenderse de sus competidores y conservar su puesto a su lado. Sin embargo, si seguía danzando a su alrededor, corría el riesgo de perder su presa ante la emboscada de otro depredador: después de todo, existía una situación en la que un hombre no tenía más remedio que asumir su responsabilidad.

—Así que, bueno, ya sabes... —dijo su mujer con una risita traviesa.

Su risa no le hizo más que presentir cosas malas, y pensó en silencio en el niño. *Este es un camino de espinas, hijo.*

—¿Qué pasa, querido? ¿Sucede algo?

—...¿Qué te hace pensar eso? Estaba pensando en lo encantadora que está hoy mi mujer.

—Vaya, no conseguirás nada por hablar dulcemente de tu encantadora esposa, ¿sabes? Por supuesto, estoy más que feliz de aceptar cualquier cosa que me des.

La señora sonrió alegremente ante su arriesgada broma y su hombre imitó su expresión. Sus dos sonrisas, tan incongruentes como eran, continuaron durante un buen rato.

[Consejos] La «responsabilidad» recae generalmente en el hombre, aunque se encuentre inmovilizado.

La opinión de una aracne sobre el amor

Cualquier conversación entre doncellas desembocará en una charla sobre el amor, con el aroma meloso de los pétalos danzantes. Los labios lubricados con suficiente alcohol seguramente dejarán escapar el nombre de su chico favorito, y quizás incluso los secretos más profundos de su gusto por los hombres.

—¿Que por qué me enamoré de él? —preguntó Margit a modo de confirmación.

Ante esta pregunta, su característica sonrisa había sido sustituida por una rara mueca. Las divagaciones románticas de las borrachas del lugar ya eran bastante aburridas y, para colmo, a ella personalmente no le parecía decente hablar tan abiertamente del tema. Disfrutaba enormemente del espacio que ocupaba en ese momento: no era del todo una amante, pero desde luego era más que una amiga, y la sacarina relación dejaba el suficiente regusto agrio como para estimular sus sentidos.

Por encima de todo, Margit era muy consciente de que no estaba sola en su búsqueda por conquistar el corazón de su amado. Aun así, no tenía intención de enviar al enemigo ningún tipo de munición, y la pregunta de por qué lo amaba tanto había puesto a la pequeña cazadora al borde del abismo; decidió responder, ya que destacar entre sus compañeras no era lo ideal. A veces, la capacidad de rendirse demostraba ser una habilidad útil.

El objetivo de Margit era su amigo de la infancia Erich. El impulso de su curiosidad era bastante simple, pero las raíces de su amor eran abundantes. Pensó en razones que superaban en número a sus dedos, buscando la más fundamental.

—Déjame pensar... —Tras una larga pausa, su primera opción fue—: Quizá lo decidido que es.

Erich no vacilaba. Había momentos en los que se tomaba una pausa, pero nunca abandonaba los valores fundamentales en los que había decidido anclarse. No importaba lo difícil o engorrosa que fuera

la tarea, siempre terminaba lo que se proponía. Del mismo modo, nunca faltaba a su palabra.

Su disposición también se manifestaba físicamente: nunca había dejado caer a Margit cuando se abalanzaba sobre él. Saltar sobre alguien no es tarea fácil, y los pequeños errores pueden convertirse en lesiones graves tanto para el que salta como para en el que saltan. Incluso una aracne saltadora, compacta y ligera, es muy potente cuando se lanza a toda velocidad. Si los dos caían al suelo juntos, no sería de extrañar que se rompieran uno o dos huesos.

Sin embargo, Erich la había atrapado amorosamente todas las veces. Margit tenía la misma fe absoluta cuando se abalanzaba sobre él que cuando saltaba a las robustas ramas de un gran y venerable árbol.

—Sabes, la lista de cosas sobre las que uno puede saltar a ciegas es bastante limitada, —dijo la aracne, terminando su licor. Sus palabras no hicieron más que avivar las llamas de la envidia de las otras chicas.

¿Cuántos *lugares* había a los que uno podía confiar su cuerpo? Para la mayoría era difícil relajarse por completo y caer de bruces en la propia cama con la fe de que nada saldría mal.

Los alardes de Margit dejaban una silenciosa inquietud en las mentes de las demás chicas: ¿las aceptarían *sus* enamorados o sus prometidos, tanto física como emocionalmente? La frustración de su público y la magia del hidromiel (agravada por su lamentable baja tolerancia) llevaron a la aracne a amontonar una característica encantadora tras otra.

Habló de las pequeñas cosas que él hacía despreocupadamente por ella cuando la tomaba o la llevaba de un lado a otro; de la consideración con la que preparaba las cosas que ella quería sin que ella se lo pidiera; de su naturaleza indulgente y su voluntad de ayudarla a aprender de sus errores sin reproches; y, sobre todo, de cómo elegía decir las cosas que ella quería oír en cada momento. ¿Cuántas personas conocería en su vida que se preocuparan tanto por ella?

—...Y ahora que lo pienso, su pelo es maravilloso. —Los elogios de Margit a lo atractivo en lo que a menudo posaba sus ojos sólo llegaron al final de su floreciente diálogo como una ocurrencia pasajera, llenando a las que la rodeaban de un misterioso sentimiento de inferioridad. Ajena o indiferente a sus luchas, se levantó de la mesa para dejarlos atrás tras decir—: Y venga, echen un buen vistazo.

Margit había hablado del diablo, y el chico en cuestión había aparecido ante sus ojos. Debía de haber tirado de otro lote vacío, pues caminaba con el rostro agotado y una copa en las manos.

La aracne preparó su habitual aproximación. Como doncella enamorada, esta exhibición ampulosa era su derecho divino. Apagó su presencia y se acercó sigilosamente detrás de él sin siquiera dar un paso, y luego utilizó cada gramo de su agilidad arácnida para saltar directamente hacia él.

El resultado apenas necesitaba palabras: una mirada a la plétora de tazas vaciadas por la frustración era prueba suficiente de su éxito. Tras completar su ataque furtivo, la aracne enterró alegremente la nariz en el suave pelo dorado del chico y sonrió.

Créditos

Optimizando al extremo mi build de juegos de rol de mesa en otro mundo

Predica la buena palabra del Sr. Henderson

Volumen 1

Historia por Schuld e ilustrado por Lansane

Traducido al inglés por el equipo de J-Novel Club

Traducido al español por Frizcop del equipo de Turret Translations

Imágenes limpiadas por KaiseR del equipo de Turret Translations

Si te gusta lo que hacemos, visita nuestra página web para más y también considera apoyarnos con una donación, compartiendo nuestra página con tus conocidos o descargando las novelas de nuestra página web en:

<https://frizcosas.blogspot.cl/>

¡También, no olvides apoyar al autor comprando los libros en su versión original o la versión traducida al inglés!